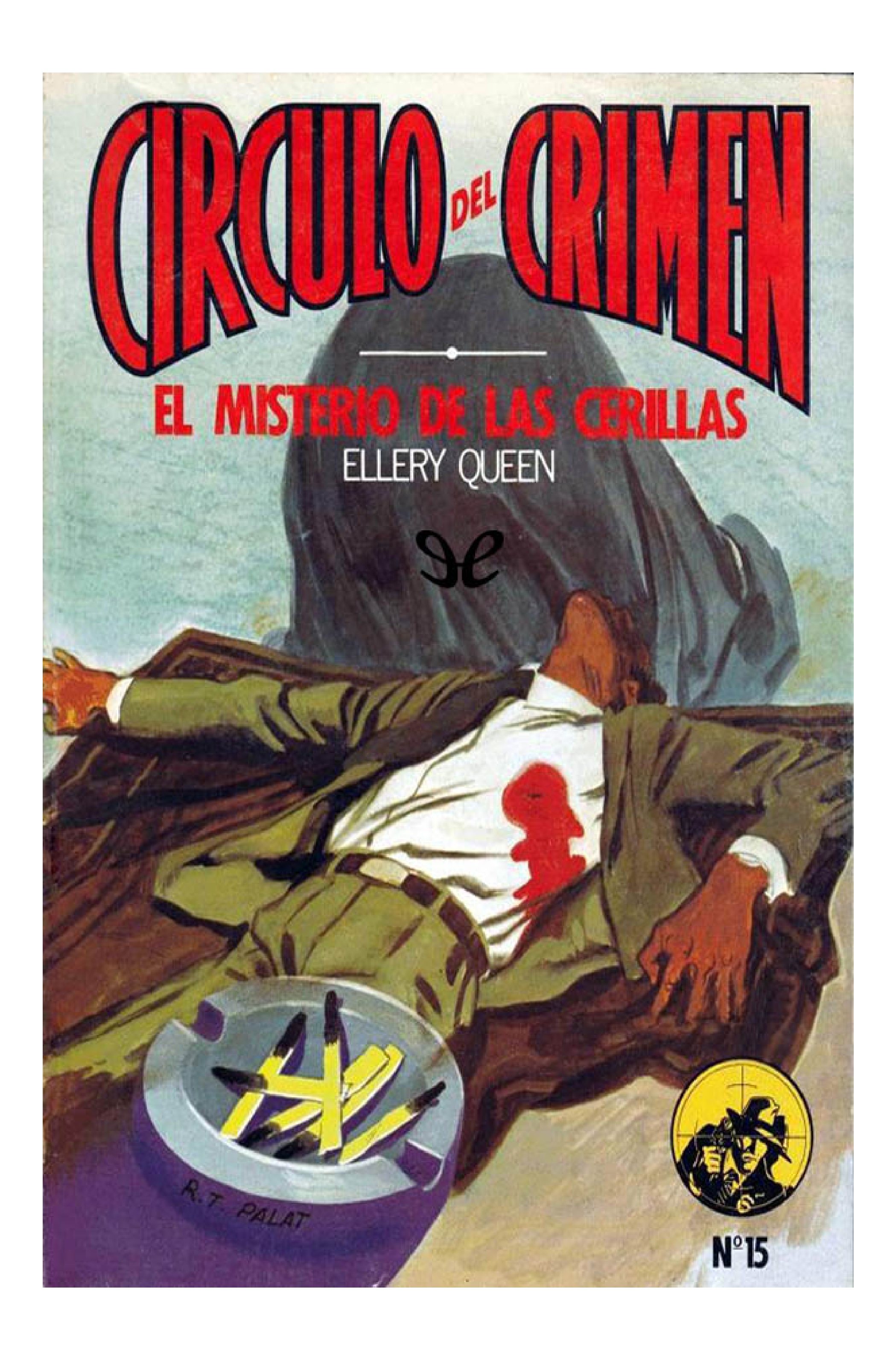

CIRCULO DEL CRIMEN
EL MISTERIO DE LAS CERILLAS
ELLERY QUEEN
R. T. PALAT
Nº 15

Aquella casa ignorada de todos, perdida en un lugar solitario, marcaba el lugar donde la vida de un hombre tomaba dos direcciones distintas que nunca se encontraban. Pero su muerte, bajo la forma de una misteriosa mujer cubierta de un espeso velo, puso fin a aquella doble vida dejando tras de sí una plegadera manchada de sangre y varias cerillas quemadas cuyo significado sólo Ellery Queen supo deducir.

También se ha traducido como *La casa a medio camino*.



Ellery Queen

El misterio de las cerillas

Círculo del Crimen - 15

ePub r1.0
Titivillus 04.03.17

Título original: *Halfway House*
Ellery Queen, 1936
Traducción: Miguel Giménez Sales

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



LA TRAGEDIA

1

…la comedia es la tragedia, muchacho,
y su héroe es el Gusano Conquistador.

Trenton es la capital de Nueva Jersey. Según el último censo tiene una población, entre hombres, mujeres y niños de ciento veintitrés mil trescientos cincuenta y seis habitantes. Originalmente se llamaba Población de Trent, nombre que tomó del magistrado real William Trent. ¿Sabía usted esto, señor Kloppenheimer? Claro, está situada sobre el río Delaware, el río más hermoso de Estados Unidos.

El hombrecito asintió cautelosamente.

—Fue en las riberas del Delaware donde George Washington liquidó a los ingleses, en la Navidad de mil setecientos setenta y seis —continuó el gordo, enterrando su nariz en el jarro de cerveza—, en un terrible combate. El viejo George metió a sus chicos en botes, cruzaron el río y pillaron descuidados a esos hesianos. No perdió ni un solo hombre… según la Historia. ¿Y dónde sucedió eso, señor Kloppenheimer? ¡En Trenton, en Trenton!

El señor Kloppenheimer se frotó su pequeña mandíbula y murmuró algo admirativo.

—Vaya —añadió el gordinflón, dejando el jarro—. ¿Sabe una cosa? Trenton estuvo a punto de ser la capital de la nación. El

Congreso celebró una asamblea allí en el ochenta y cuatro, señor Kloppenheimer, y votó instalar una ciudad federal al otro lado del río.

—Pero —interpuso tímidamente el señor Kloppenheimer—, el Capitolio está en Washington.

El gordo sonrió burlonamente.

—Cosas de la política, señor Kloppenheimer.

El voluminoso personaje, que se parecía lejanamente a Herbert Hoover, llevaba ya algún tiempo entonando las alabanzas de Trenton en los oídos del señor Kloppenheimer.

En una mesa contigua un joven que usaba lentes, escuchaba fascinado la conversación mientras saboreaba una suculenta pierna de cerdo, rociada con cerveza alemana.

No se necesita poseer una gran inteligencia para llegar a la conclusión de que el hombre gordo le estaba vendiendo algo al más flaco… Pero, ¿qué? ¿La ciudad de Trenton? Era improbable… De pronto, oyó cómo el señor Kloppenheimer pronunciaba las palabras «lúpulo» y después «cebada», de manera casi reverente, y la niebla se aclaró. El señor Kloppenheimer representaba unos intereses cerveceros, y el gordo debía de ser, sin duda alguna, el representante de la Cámara de Comercio local.

—Un sitio ideal para una cervecería —alabó el gordo—. ¡Ah!, aquí está el senador. Mire señor Kloppenheimer…

Solucionado el misterio, el joven dejó de prestar atención. Dedicándose al cerdo y la cerveza que tenía delante, sus intrigas eran la carne y la bebida; y no había ningún enigma que pudiera quitarle el apetito. El gordo le había inducido a demorar la comida. A pesar de la muchedumbre que llenaba la taberna de Stacy-Trent, con sus manteles rojos y blancos, y el tintineo de la loza detrás del tabique de madera, se sentía como un extranjero en tierra extraña. A la sombra del Capitolio, con su bella cúpula dorada, de la calle del Estado Oeste, el Stacy-Trent era frecuentado por individuos que hablaban un lenguaje distinto al inglés; el ambiente estaba saturado de conversaciones legislativas… ¡y el joven nada entendía de aquellas charlas! Lanzó un suspiro. Llamó al camarero, pidió pastel de manzana y café, y consultó su reloj de pulsera. Las ocho y cuarenta y dos minutos. No estaba mal.

—¡Ellery Queen, viejo zorro!

Sobresaltado, levantó la vista y miró a un individuo tan alto y flaco como él, que le sonreía con la mano extendida.

—Caramba, Bill Angell —exclamó Ellery Queen, encantado—. Supongo que mis ojos no me gastarán una broma, ¿eh? Vaya, Bill, siéntate. ¿De dónde diablos sales? ¡Camarero, otra cerveza! ¿Cómo demonios…?

—Cada cosa a su tiempo —rió el joven recién llegado, sentándose—. Eres tan rápido como siempre. Me asomé aquí para ver si localizaba a uno que conozco, y tardé casi un minuto en reconocerte, viejo bribón. ¿Cómo estás?

—Así, así. Pensaba que vivías en Filadelfia.

—Exactamente. Estoy aquí para un asunto particular. ¿Todavía sigues con tus crímenes?

—El zorro cambia de piel —sentenció Ellery—, pero no de costumbre. ¿O lo prefieres en latín? Mis clásicos solían irritarte.

—El mismo Ellery de siempre. ¿Qué haces en Trenton?

—De paso. Estuve en Baltimore, donde me ocupé de un caso interesante. Bien, bien, Bill Angell…, ya hace mucho tiempo desde la última vez que nos vimos.

—Casi once años. ¡Ah!, en esto el zorro no ha cambiado mucho —los ojos de Angell estaban fijos y bien controlados, pero Ellery creyó vislumbrar cierta inquietud junto al placer experimentado por el encuentro—. ¿Qué tal te parezco?

—Tienes arrugas en las comisuras de los ojos —observó Ellery—. La barbilla más dura que antes, y un poco rojiza la nariz. El cabello microscópicamente más ralo en las sienes. Un bolsillo lleno de lápices y bolígrafos…, lo cual denota al menos cierto amor al trabajo; las ropas tan descuidadas y mal planchadas, y bien cortadas, como antes; un aspecto de confianza en ti mismo, junto con lo que podríamos llamar un qui vive inquieto… Bill, estás envejeciendo.

—Buena deducción —gruñó Angell.

—Aunque, en esencia, sigues siendo el mismo. Eres aún el chiquillo listo, harto de las injusticias del mundo. Y muy inteligente, Bill. Oh, sí, he leído varias cosas sobre ti.

Angell se ruborizó y cogió su jarro de cerveza.

—¡Bah!, lo de costumbre. Nunca dejan de husmear. El caso del testamento Curry fue pura casualidad.

—¡Nada de eso! Lo seguí atentamente. Sampson, el fiscal del distrito del condado de Nueva York, que dijo que se trataba del asunto legal más brillante del año, te predijo un gran porvenir.

El joven bebió calmosamente un sorbo de cerveza.

—No en este mundo de millonarios. ¿Porvenir? —se encogió de hombros—. Probablemente terminaré defendiendo demandas sin importancia ante algún cascarrabias con halitosis.

—Siempre estás a la defensiva. Recuerdo que poseías uno de los complejos de inferioridad más crónicos de la Universidad.

—El pobrecito no tiene… —rió Angell, enseñando sus blancos y bien formados dientes—. Calla, viejo zorro. Me estás poniendo un cebo, ¿eh? ¿Cómo está el inspector? Me gustaba el viejo pajarraco.

—Está muy bien, gracias. ¿Casado, Bill?

—No, gracias. Todas las desdichadas que conozco me toman por un tipo aburrido; y no tienes idea de lo que yo pienso de las ricas.

—Conozco algunas muy interesantes —suspiró Ellery—. ¿Qué tal está tu encantadora hermana?

—Lucy está muy bien. Se casó, claro. Con un viajante… Joe Wilson. Un chico muy decente; no bebe, no fuma, no juega ni le pega a su esposa. Te gustaría —Angell miró su reloj—. Supongo que no recordarás muy bien a Lucy.

—Claro que sí. Recuerdo de qué modo solía latir mi corazón por ella. Botticelli habría enloquecido al verla.

—Todavía está guapa. Vive en Fairmount Park, en una modesta casita. Joe se gana bien la vida… como burgués.

—Me alegro —repuso Ellery—. ¿En qué se ocupa?

—Vende bisutería. Brazaletes, broches… —Bill parecía amargado—. Temo haberte dado una impresión equivocada. A decir verdad, el marido de Lucy trabaja por su cuenta, no es un buhonero. Oh, tiene mucho crédito: carece de familia y ha subido por sus propios medios. Un hombre hecho a sí mismo. Claro que yo siempre pensé que Lucy se merecía algo mejor…

Bill Angell frunció el ceño.

—¿Qué hay de malo en un hombre que se gana la vida yendo de un sitio a otro vendiendo honradamente una mercancía aceptable? ¡Eres un maldito sibarita!

—Oh, sí, es un chico honrado. Y yo soy un estúpido. Joe está muy enamorado de Lu, y ella de él; y Joe siempre le regala objetos

y chucherías de gran efecto. Lo que a mí me pasa es que poseo aquella mirada mendaz y hambrienta que mencionó César.

—O sea, que tienes un caso.

—¡Que Dios te bendiga! Tengo una conciencia culpable, eso es todo. Mi apartamento se halla en el centro de la ciudad, y veo poco a Lucy. Y me acuso por ello. Joe está siempre por esos andurriales, y ella debe de aburrirse mortalmente por hallarse tan sola.

—Oh —exclamó Ellery—. Entonces, sospechas de tu hermana.

Bill Angell estudió sus manos antes de contestar.

—Mi querido amigo, ya veo que es inútil querer ocultarte algo. Siempre fuiste un mago en las adivinanzas. Lo malo del asunto es que Joe está casi siempre fuera de aquí. Cuatro, cinco días por semana. Y lleva de este modo diez años…, desde que se casaron. Naturalmente, él tiene coche, y yo no tengo el menor motivo, aparte de mi carácter tremendamente suspicaz, para creer que él se marche por algo ajeno al negocio… —volvió a mirar su reloj—. Caramba, Ellery, he de irme. Estoy citado con mi cuñado precisamente, a las nueve, no muy lejos de aquí, y faltan sólo diez minutos. ¿Cuándo te marchas para Nueva York?

—Tan pronto como logre hacer andar al viejo «Duesenberg».

—¡Ah, tu viejo coche! ¿Aún conservas esa tartana? Creí que estaría ya hace tiempo en algún solar… ¿Te gustaría tener compañía en tu viaje de vuelta?

—Bill, eres muy amable.

—¿Puedes aguardarme una hora, aproximadamente?

—Y toda la noche, si es necesario.

Bill se puso de pie.

—Joe no me entretendrá mucho —dijo lentamente. Hizo una pausa y prosiguió en tono casual—: De todos modos, pensaba ir a Nueva York esta misma noche; mañana es domingo y tengo un cliente allí que sólo puedo visitar los domingos. Dejaré mi coche en Trenton. ¿Dónde me esperas?

—En el vestíbulo de este local. Por supuesto, esta noche te quedarás en casa y así verás a papá.

—De acuerdo. Nos veremos dentro de una hora.

Ellery Queen se relajó, viendo cómo la espalda de su amigo se desvanecía más allá del umbral. ¡Pobre Bill! Siempre echaba sobre sus hombros la carga de los demás. Ellery se preguntó por un

instante a qué se debería la cita de Bill con su cuñado. Luego, tras encogerse de hombros, pensó que no era asunto de su incumbencia, y pidió otra taza de café. En realidad, Bill sería un buen tónico para el viaje; y en compañía del joven, el trayecto de noventa minutos hasta el túnel de Holanda, se reduciría indudablemente a nada.

En realidad, el Destino había decidido algo muy distinto. Pues aunque el señor Ellery Queen no lo sabía aún, ni él ni el joven abogado de Trenton, William Angell, abandonarían la ciudad aquella noche de sábado, uno de junio.

El «Pontiac» de Bill Angell iba resoplando por la carretera Lamberton, desierta aquella hora, que corría paralelamente a la ribera del río Delaware. Era una carretera estrecha, y sus luces tembleteaban sobre los charcos, en el negro asfalto. Por la tarde había lloviznado y, aunque no llovía ya desde las siete, la carretera y los solares y el campo abierto de la izquierda, todavía estaban enlodados. Unas luces parpadeaban, pálidamente sobre el río, desde el oeste, donde se alzaba la isla Luna; al este, el terreno nivelado era gris y llano, como pintado.

Bill aflojó la marcha al pasar por delante de un conjunto de edificios junto al río, el Marine Terminal. No estaba ya muy lejos de su destino, según las instrucciones de Joe. Conocía bien el camino, pues a menudo había pasado por él, yendo desde Filadelfia a Trenton por el puente de Camden. Cerca de los edificios no había más que terreno yermo; la fábrica para disponer de los residuos ciudadanos, hacia el este, había malogrado aquel sector para viviendas, por lo que no había ninguna en aquella zona. Las instrucciones de Joe eran muy específicas: a unos centenares de metros después del Marine Terminal, saliendo de Trenton.

Pisó el freno. A la derecha, hacia el río, en la estrecha ribera situada entre la carretera Lamberton y el agua, pulimentada como una hoja de acero, se elevaba una vivienda con ventanas iluminadas.

El «Pontiac» resopló una vez más y se detuvo. Bill estudió los alrededores fijamente. La estructura negra contra el río apenas era más que una cabaña… construida con tierra cocida, un tejado abombado casi desprovisto de tejas y una chimenea arruinada. Se

hallaba bastante apartada de la carretera, y se llegaba hasta ella por medio de un sendero semicircular que pasaba al otro lado de la casa haciendo un arco y volvía al camino. Entre las sombras de la noche, había algo siniestro en aquel lugar. Delante de la puerta cerrada de la cabaña había un coche vacío, casi aparcado en el peldaño de piedra. El morro del silencioso monstruo parecía mirar a Bill. Este torció el gesto como una fiera suspicaz, en busca de otros detalles. Aquel coche… Lucy conducía uno pequeño; siempre había poseído uno para sus desplazamientos, puesto que Joe era muy considerado y atento con su mujer, y comprendía, por lo visto, lo muy sola que vivía. Joe, por su parte, poseía un antiguo «Packard», aún en buen estado. Pero aquel «Cadillac» todopoderoso y magnífico, de dieciséis cilindros, era algo especial. Y cosa rara, a pesar de su mole, había algo tremendamente femenino en su aspecto; parecía de color crema, y Bill logró discernir una multitud de apliques de cromo. El coche deportivo de una mujer rica…

De pronto, Bill descubrió el «Packard» de su cuñado al lado de la cabaña; por primera vez el joven divisó un segundo sendero, de tierra apisonada y mal conservado que salía de la carretera Lamberton a pocos metros delante de su propio coche. El sendero, un montón de barro, no rozaba la salida del camino semicircular, sino que lo evitaba, curvándose ligeramente hacia dentro hasta llegar a una segunda puerta, al lado de la casa. Dos senderos, dos puertas, dos coches.

Bill Angell se inmovilizó detrás del volante. La noche era sosegada, con el silencio acentuado por el canto de los grillos, el débil zumbido de una motora en el río, y el rumor del motor de su auto. Salvo por el Marine Terminal y la casita de un vigilante enfrente, Bill no había divisado ninguna casa desde que dejara atrás los arrabales de Trenton, y por lo que alcanzaba a ver, más allá de la cabaña sólo se extendía un terreno llano. Aquél era el lugar de la cita.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí; mas, de repente, la quietud de la noche se vio alterada por un horrible sonido, como un aullido espantoso. El corazón de Bill dio un vuelco de aviso antes de que sus sentidos percibieran la naturaleza del grito. Sí, había sido un chillido, salido de una garganta femenina; la protesta solitaria de unas cuerdas vocales ultrajadas, al distenderse después de una

parálisis de miedo, como la cuerda de una guitarra al romperse. Un grito corto, agudo, que se extinguió tan inesperadamente como había nacido. Llegó a los oídos de Bill Angell, que estaba sentado inmóvil en el «Pontiac». El joven pensó que aquélla era la primera vez que había oído chillar a una mujer. Algo en su interior respondió con un escalofrío, experimentando un asombro verdadero. En el mismo instante, y sin ninguna razón consciente, sus ojos se fijaron en el reloj del tablero de mandos del coche y vio la hora a la luz del mismo. Eran las nueve y ocho minutos.

Levantó la vista rápidamente, ya que la luminosidad había cambiado sutilmente. Acababa de abrirse la puerta principal de la vivienda, y Bill oyó el golpe cuando aquélla chocó contra la pared interior de la casa. Un prisma de luz bañó el costado del coche situado delante del peldaño de piedra. Luego, quedó parcialmente obstruido por una figura. Bill se incorporó a medias en su asiento, esforzando la vista. Era una mujer, y llevaba la cara oculta entre las manos como para borrar de su vista algo espantoso. Estuvo allí sólo un fugaz instante, como una silueta cuyos detalles resultaban excesivamente borrosos para perfilarlos. Con la luz de la cabaña a su espalda, y el cuerpo en la oscuridad, lo mismo podía ser joven que vieja, puesto que en su cuerpo había una esbeltez ambigua. Bill no logró distinguir los detalles del vestido. Era ésta la mujer que había chillado. Y huía de la cabaña como si estuviera enferma y ciega.

De pronto, divisó el «Pontiac» de Bill y corrió hacia el coche aparcado, agarrándose a la portezuela. Casi al momento estuvo dentro. El «Cadillac» atronó el espacio. Inmediatamente, avanzó por la curva del sendero semicircular; hasta aquel momento no recuperaron sus energías los músculos de Bill Angel!. Al instante, estupefacto, puso su coche en primera velocidad y giró el volante a la derecha para evitar el choque, lanzándose por el fangoso sendero que conducía a un lado de la casa.

Los guardabarros de ambos coches se rozaron brevemente. El «Cadillac» se apartó, sosteniéndose sobre dos ruedas. Durante un mínimo momento, ambos conductores estuvieron lado a lado, y Bill vio con claridad que la mujer asía un pañuelo en su mano derecha enguantada, pañuelo que le tapaba el rostro. Sus ojos, sobresaltados y muy grandes, asomaban por encima del pañuelo.

Luego, ella y el «Cadillac» desaparecieron por la carretera en dirección a Trenton, en un abrir y cerrar de ojos, como tragados por las tinieblas. Bill comprendió que era inútil intentar su persecución.

Aturdido, guió el «Pontiac» por el sendero embarrado y lo aparcó junto al viejo «Packard» de su cuñado, consciente de sus manos bañadas en sudor. Cerró el contacto, y saltó a un porche de madera situado a un lado de la cabaña. La puerta estaba ligeramente entornada. La empujó.

Cegado por la luz, sólo pudo vislumbrar los detalles generales de la vivienda. La habitación era baja de techo, con paredes descoloridas, de donde faltaban pedazos de yeso. Bill se dio cuenta de un perchero anticuado, de grandes dimensiones, colocado contra la pared opuesta, lleno de ropas masculinas; un fregadero de hierro en un rincón, una vieja chimenea, una mesa central redonda con una lámpara eléctrica encima, fuente de la luz que alumbraba la estancia. No había cama, ni litera, ni fogón, ni lavabo. Unas cuantas sillas desvencijadas y un sillón muy recargado, que se combaba peligrosamente… Bill se inmovilizó.

Había un hombre en el suelo, detrás de la mesa. Divisaba dos piernas embutidas en un pantalón, dobladas por las rodillas. Había algo en la postura de aquellas piernas que sugería la muerte.

Bill Angell, petrificado, se quedó donde estaba, junto a la puerta, reflexionando lentamente. Tenía los labios muy apretados. Dentro de la cabaña reinaba un completo silencio. Bill comprendió la terrible soledad de su situación. La gente que respiraba se hallaba muy lejos, y la risa era un lujo remoto e inconcebible. Las cortinas de las ventanas se agitaban a causa de la brisa procedente del Delaware. Una de las piernas se movió. Bill la contempló con muda estupefacción. También él se movió por el alfombrado suelo, hacia la mesa.

El hombre yacía de espaldas, con los ojos vidriosos contemplando, sin ver, el techo. Sus manos, peculiarmente grises, arañaban la alfombra como garras, con un ejercicio lento y paciente. Tenía la chaqueta de tela de saco desabrochada, y la camisa blanca estaba casi alegremente manchada de sangre. Bill se dejó caer de rodillas y, aturdido, oyó cómo su propia voz exclamaba:

—Joe… ¡Por favor, Joe!

No tocó el cuerpo de su cuñado.

Las pupilas de Joe Wilson no podían ver. Estaban dirigidas a un lado, como descansando.

—Bill…

—¿Agua?

Los dedos se movieron más rápidamente arañando la alfombra.

—No…, demasiado… Bill, me muero…

—Joe, ¿quién?

—Una mujer…, la mujer… —la voz cayó, aunque la boca continuó moviéndose, retorciendo los labios y la lengua. La voz consiguió articular de nuevo—: La mujer…

—¿Qué mujer, Joe? ¡Por amor de Dios!

—La mujer…, velo…, velo grueso…, cara. No pude ver… Me… acuchilló… Bill… Bill…

—¿Quién diablos…?

—Amo… a Lucy. Bill…, cuida de… Lu…

—¡Joe!

La boca dejó de moverse, los labios de retorcerse y la lengua de temblar. Todo quedó quieto. La mirada volvió a los ojos, que contemplaron a Bill con la misma salvaje y lenta agonía. De pronto, el joven se dio cuenta de que aquellos dedos habían dejado de arañar. Se puso de pie y salió de la cabaña.

Ellery Queen estaba confortablemente arrellanado bajo una palmera en el porche de la Stacy-Trent, con los ojos cerrados sobre su pipa de cerezo, cuando oyó una voz que gritaba su nombre. Abrió los ojos con suma extrañeza, viendo a un botones que lucía el uniforme verde y marrón del establecimiento.

—¡Aquí, chico!

El vestíbulo estaba lleno de gente y varios ojos le contemplaron con curiosidad. Su nombre acababa de resonar por la estancia.

—¿El señor Queen? Al teléfono, por favor —le indicó el botones.

Ellery le entregó al muchacho una moneda y se dirigió hacia el mostrador. Entre las cabezas que se habían vuelto al pasar él, se contaba la de una joven pelirroja, con vestido marrón. Con un rápido fruncimiento de labios, se levantó y siguió a Ellery. Sus largas piernas se reflejaban borrosamente sobre el suelo de mármol.

Ellery cogió el teléfono. La joven se situó bastante cerca y de espaldas, abrió el bolso, sacó un lápiz de labios y empezó a pintarse la boca.

—¿Bill?

—¡Gracias a Dios!

—Bill, ¿qué ocurre?

—Ellery… No puedo ir contigo esta noche a Nueva York. ¿Sería posible…?

—Sí, claro. Dime, Bill, ¿ha sucedido algo?

—Oh, sí… —el abogado calló un momento, y Ellery oyó cómo carraspeaba tres veces seguidas—. Ellery…, se trata de una pesadilla. No puede haber ocurrido. Mi cuñado…, está…, está muerto.

—¡Dios santo!

—Asesinado de una puñalada.

—¡Asesinado! —repitió Ellery, parpadeando.

La joven que se hallaba casi a su lado se estremeció como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Después, cuadró los hombros y volvió a dedicarse a embadurnar sus labios.

—Bill, ¿dónde estás? ¿Qué ha ocurrido exactamente? ¿Cuándo ocurrió… la desgracia?

—No lo sé. No hace mucho. Todavía vivía cuando llegué allí. Dijo… Bien, luego murió. Oh, Ellery…, estas cosas nunca le ocurren a uno… ¿Cómo podré decírselo a Lucy?

—Bill —insistió Ellery—, deja de divagar. Escucha. ¿Has avisado a la Policía?

—No…, no.

—¿Dónde estás?

—En la casita de un vigilante, delante del Marine Terminal. ¡Ellery, tú tienes que ayudarnos!

—Claro, Bill. ¿A qué distancia se halla ese lugar del Stacy-Trent?

—A unos cinco kilómetros. ¿Vendrás, Ellery, vendrás?

—Al momento. Dime cómo puedo llegar hasta ahí. Por el camino más corto. Dímelo claramente, Bill. Tienes que sobreponerte.

—Estoy bien. Sí, estoy bien. Bien, el modo más sencillo —continuó el joven, respirando pesadamente, como el recién nacido que ha de llenarse de aire los pulmones— para llegar hasta aquí…

Sí, tú ahora estás en South Willow y East State. ¿Dónde tienes el coche?

—En un garaje detrás del hotel.

—Conduce hacia el este por el Front durante dos manzanas. Llegarás a la South Broad. Gira a la derecha, pasa por el Tribunal, a la derecha otra vez hasta llegar a la calle Center, una manzana más allá. Sigue dos manzanas más y gira a la derecha hacia Ferry. De allí pasarás a la carretera Lamberton. Tuerce a la izquierda y sigue hacia el sur por la carretera hasta la Marine Terminal. No puedes extraviarte. La cabaña… está a doscientos metros más allá.

—Del Front a la South Broad, a la Center, a Ferry y a la carretera Lamberton. Siempre a la derecha salvo en la Lamberton, que es a la izquierda. Tardaré quince minutos. Aguárdame en la casita del vigilante. Bill, no vuelvas a la cabaña. ¿Me has oído?

—No iré.

—Llama a la Policía de Trenton. Yo salgo para allá.

Ellery soltó el teléfono, se encasquetó el sombrero, y corrió como un bombero. La joven pelirroja le miró con una chispa maliciosa en sus pupilas celestes. Después, cerró el bolso.

Eran las diez menos veinte cuando Ellery frenó el coche delante de la casita del vigilante enfrente de la Marine Terminal. Bill Angell estaba sentado en el guardabarros de su «Pontiac», con la cabeza entre las manos, mirando la húmeda carretera. Varios curiosos se hallaban en el umbral de la casita. Los dos amigos se contemplaron brevemente.

—¡Es terrible —jadeó Bill—, terrible!

—Lo sé, Bill, lo sé. ¿Has avisado a la Policía?

—No tardarán. También… he avisado a Lucy —una chispa de desesperación se asomó a sus ojos—. No está en casa.

—¿Dónde está?

—Lo había olvidado. Los sábados por la noche siempre se marcha a un cine, cuando Joe…, cuando Joe está de viaje. No he obtenido respuesta. Le he cursado un telegrama, pidiéndole que venga. Le digo que Joe ha sufrido un accidente. El telegrama llegará a su casa antes que ella. Bien, de nada sirve no encararse con los hechos.

—Ciertamente, Bill.

El joven abogado sacó las manos de los bolsillos y las estudió.

Luego, levantó la cabeza hacia el negro firmamento. Era noche de luna nueva, y sólo se veían las estrellas, pequeñas y muy brillantes después de la lluvia.

—Bien, vamos —murmuró tristemente.

Los dos amigos subieron al «Pontiac». El coche se dirigió hacia el sur.

—Conduce despacio —le rogó Ellery. Tenía los ojos fijos en los conos de luz de los faros—. Cuéntame todo lo que sepas.

Bill obedeció. Al mencionar a la mujer del «Cadillac», Ellery miró fijamente a su compañero. La expresión de éste era siniestra, peligrosa.

—Una mujer tapada —murmuró Ellery—. Una suerte, Bill; me refiero a que el pobre Wilson viviera el tiempo suficiente para decírtelo. ¿Llevaba un velo aquella mujer?

—No lo sé. No lo llevaba sobre el rostro cuando su coche pasó junto al mío. Aunque pudo llevarlo alzado hacia el sombrero. No lo sé. Cuando Joe…, cuando murió, volví al coche y conduje hasta la Terminal. Después, te llamé. Esto es todo.

La cabaña se perfilaba ya al frente. Bill empezó a girar el volante.

—¡No! —le ordenó Ellery—. Para aquí. ¿Tienes una linterna?

—En la bolsa de la portezuela.

Ellery saltó fuera del «Pontiac» y paseó la luz de la linterna a su alrededor. En unos escasos instantes grabó toda la escena en su mente: la cabaña silenciosa, el sendero semicircular que terminaba en la puerta principal, los trechos de terreno cubiertos de cizaña, que bordeaban los senderos. Giró la luz hacia el sendero lateral, agachándose ligeramente. Por lo que podía ver, no había señales humanas sobre la tierra, excepto la de neumáticos, de las que se veían varias series. Las estudió atentamente unos minutos y regresó al «Pontiac».

—Bill, iremos andando desde aquí.

—Sí.

—O mejor aún; coloca tu coche de modo que bloquee la carretera. No podemos permitir que nadie pase con un coche por los senderos. En el barro no veo huellas de pies, lo cual puede ser importante. Naturalmente, hay que conservar las huellas de los neumáticos. La lluvia de esta tarde fue un bien providencial. Bill,

¿me escuchas?

—Sí, sí, claro.

—Entonces, obedece —replicó Ellery gentilmente.

Por su parte, avanzó hasta el lugar donde empezaba el sendero semicircular. Se paró al borde de la carretera, cuidando de no pisar el sendero. En la tierra humedecida había huellas de neumáticos, claramente grabadas. Las contempló un momento y retrocedió.

—Yo tenía razón. Bill, será mejor que te quedes aquí y custodies los senderos. Avisa a la Policía cuando llegue. No permitas que nadie ande por ahí; los agentes pueden entrar en la casa rodeando los senderos, y caminando sobre el terreno herboso… ¡Bill!

—Estoy bien, Ellery —musitó el joven abogado. Estaba jugando con un cigarrillo, sintiendo escalofríos—. Te he comprendido.

Se detuvo en el centro de la carretera. Algo que vio en los ojos de su amigo, obligó a Ellery a dar media vuelta de espaldas, y luego, impulsivamente, volvió a girar sobre sí mismo. Bill sonrió con una sonrisa extraña. Ellery le palmeó la espalda casi desvalidamente y, levantando la linterna, regresó al sendero de tierra apisonada. Anduvo sobre los hierbajos por la ribera del río, jugueteó con la linterna, dirigiendo su luz al azar, y se abrió paso cautelosamente hacia la puerta lateral de la cabaña.

A quince pasos del porche se detuvo; allí terminaba la cizaña, y entre las últimas matas y el porche sólo había tierra desnuda. Al pasar, dirigió una ojeada al «Packard» allí estacionado, pero fue el terreno circundante y el de más allá de la casita lo que atrajo su atención. Por algún tiempo, paseó la luz por el terreno, y con cierta satisfacción se convenció de que ningún pie humano había pisado por allí en todo lo que alcanzaba su mirada. Después, plantó sus propios pies en la tierra.

El porche de madera era una plataforma pequeña y cuadrada de tablas podridas, que se elevaba un par de palmos sobre el terreno. Por el momento, Ellery ignoró la puerta entreabierta y la pierna inmóvil que sobresalía por un lado de la mesa en el interior; en vez de ello, cruzó hasta el extremo más alejado del porche y estudió el terreno con la linterna. Enarcó las cejas. Un estrecho caminito llevaba desde el porche al río. En el barro del mismo se veían dos

series de huellas masculinas, una de ida y otra de vuelta. Las que apuntaban hacia el porche se hallaban, en su mayor parte, superpuestas a las que iban hacia el río. Incluso en un examen superficial, resultaba evidente que todas las huellas pertenecían a los mismos pies.

Ellery paseó la luz por el sendero. Conducía a una pequeña construcción encaramada al borde mismo del río Delaware, a unos quince metros de distancia. Esta segunda cabaña todavía presentaba un aspecto más derruido que la casita.

«Garaje o cobertizo para botes», pensó Ellery.

Después, apagó rápidamente la linterna y avanzó hasta el umbral de la vivienda. En la carretera se oía el ruido de un motor.

La visión de Ellery del interior de la cabaña fue apresurada, mas el señor Ellery Queen poseía un don para observar los más nimios detalles en un tiempo mínimo, sin perder ninguno. La alfombra era una nota curiosa en aquel lugar; estaba muy deshilachada, si bien era de buena calidad, sedosa, profunda, sin dibujos, de color grato a la vista. No tenía bordes, por lo que debían de haberla cortado para adecuarla al tamaño de la habitación, pues estaba doblada por las esquinas, junto a las paredes.

—Seguro que estaba destinada al dormitorio de una mujer —murmuró Ellery— ¿Qué diantre hace aquí?

Al observar que la alfombra carecía de manchas, restregó las suelas de sus zapatos en el umbral, observando que alguien le había imitado antes, y después penetró en la casita.

Joe Wilson aún tenía los ojos abiertos, ladeados mortalmente, aunque ya estaban vidriosos. Había sangrado copiosamente por el pecho, y la camisa estaba empapada de sangre, siendo visible la naturaleza de la herida; sobre el corazón, en el mismo vértice del órgano vital, había una estrecha incisión, una herida que sólo podía deberse a un instrumento de hoja muy fina y afilada.

El motor del coche en la carretera era ya estruendoso.

Examinó rápidamente la mesa, iluminada por la lámpara del techo. Vio un cenicero de loza con la superficie cubierta casi por los papelitos chamuscados, de color amarillento, de cerillas de papel; aparte de eso, todo estaba perfectamente limpio. Cerca del cenicero había una plegadera, con su larga y maligna hoja, manchada de sangre coagulada, hasta la empuñadura. Había algo empalado en la

punta: un diminuto cono truncado de una sustancia, indeterminada, que, a juzgar por la espesa capa de tizne que la recubría, había sido cuidadosamente calcinada. Fuese lo que fuese, estaba completamente achicharrado por el fuego. Sus ojos volvieron a posarse en el cadáver.

Ellery vio, con una sensación de enojo, que había algo en el rostro contorsionado de Joe Wilson, que le sorprendió desde el primer momento. Descartando la distorsión de la muerte, era un rostro sorprendente, de facciones crispadas e interesantes, perfectas de una manera sutil. Wilson se hallaba en la plenitud de su vida al morir, entre treinta y cinco y cuarenta años, juzgó Ellery. La frente era elevada y amplia; la boca, casi femenina; la nariz, breve; la barbilla, ligeramente partida. El cabello castaño, rizado, era claro en las sienes, aunque todavía crecía con vigor. Ellery no supo decidir qué le inquietaba. Tal vez fuese la apariencia de delicada inteligencia, cierto refinamiento, la señal de buena distinción.

—¿Quién demonios es usted? —tronó una voz de bajo cantante.

—¡Ah!, la Policía… —replicó Ellery—. Adelante, caballeros, adelante. Y, por favor —cogió negligentemente algo de la mesa—, límpiense los zapatos antes de entrar.

La puerta lateral estaba obstruida por varios individuos, al frente de los cuales se hallaba un hombre alto y grueso, de ojos duros como el pedernal. Los dos hombres, Ellery y el jefe de Policía, se contemplaron unos instantes.

—Limpiaos los zapatos, muchachos —ordenó por fin el jefe, dando ejemplo.

Luego, miró de nuevo a Ellery y avanzó para apoderarse de lo que aquél acababa de coger de la mesa.

—Oh —exclamó, devolviéndoselo—. Encantado de conocerle, señor Queen. Bill Angell no mencionó su nombre. Sí, conozco a su padre. Me llamo De Jong, y soy el jefe de Policía de Trenton.

—Encantado —repuso Ellery—. He echado un vistazo por ahí. Espero que ustedes no habrán pisoteado los senderos, ¿verdad?

—Angell nos previno. Fue buena idea la suya, Queen. Ya tengo los senderos bien vigilados. Ahora, veamos el fiambre.

La casita estaba atestada. Los detectives se afanaban por todas

partes. De Jong se arrodilló junto al muerto. Luego, un individuo de aspecto paternal, con un maletín negro, lo apartó a un lado. Los *flashes* de las máquinas de fotografiar lanzaban continuos fogonazos. Bill Angell estaba en un rincón, contemplándolo todo con profunda amargura.

—Cuénteme todo lo ocurrido, señor Queen —pidió una voz femenina a espaldas de Ellery.

Este dio medio vuelta, encontrándose con una joven alta, pelirroja, de labios carmíneos, que llevaba una libreta y un bolígrafo en la mano. Estaba sonriendo. Su sombrerito, que parecía un plato grande, lo llevaba bastante hacia atrás, y un rizo del cabello le caía sobre un ojo.

—¿Por qué? —quiso saber Ellery.

—Porque yo soy la voz de la conciencia del pueblo —replicó ella—. Represento a la opinión pública y a varios anunciantes acaudalados. Vamos, señor Queen.

Ellery encendió la pipa y se metió cuidadosamente la cerilla apagada en el bolsillo.

—Tengo la impresión de haberla visto antes —murmuró.

—Señor Queen, esta frase ya era vieja en tiempos de Cleopatra. Naturalmente, estuve sentada en el vestíbulo de la Stacy-Trent cuando le llamó a usted su amigo. Buen trabajo, Sherlock, se merece usted su reputación. ¿Quién es el tipo del suelo?

—Un momento —protestó Ellery—, ni usted ni yo hemos sido presentados formalmente.

—¡Tonterías! De acuerdo, yo soy Ella Amity, articulista del Trenton Times. Y ahora no perdamos más tiempo, que el mío es muy limitado. ¡Dispare!

—Lo siento. Tendrá que hablar con De Jong.

—Bien, ha hecho blanco —sonrió Ella Amity.

Luego, se interpuso entre el anciano caballero del maletín negro y el jefe De Jong, y empezó a tomar notas en su libreta, a una velocidad increíble. De Jong le guiñó un ojo a Ellery y acto seguido le pegó una palmada a la joven en el trasero. Ella se rió, siguió escribiendo, le tiró un beso al jefe de Policía y salió de la casita.

—¿Dónde está el teléfono más cercano? —preguntó, ya fuera.

—¡Eh, está andando sobre la hierba! —gruñó una voz masculina.

Poco después, Ellery Queen oyó el motor de un coche que se

dirigía a la Marine Terminal.

—Angell —susurró casi De Jong.

Todos se apartaron para dejar pasar al joven. Ellery se agregó al grupo que rodeaba al cadáver.

—Tome notas, Murphy —ordenó el jefe—. Usted dijo antes que el muerto era su cuñado. ¿Su nombre?

—Joseph Wilson.

La mirada de Bill ya no era de amargura, sino de decisión. A continuación, mencionó una dirección de Fairmount Park, en Filadelfia.

—¿Qué hace aquí?

—No lo sé.

—Y usted, señor Queen, ¿por qué se ha metido en esto?

Ellery contó su encuentro fortuito con el joven abogado de Trenton y, antes de que el otro pudiera interrumpirle, todo lo que aquél le explicó con ocasión de su primer viaje a la cabaña.

—¿Velada dijo Wilson? —De Jong frunció el ceño—. ¿Reconocería usted a la dama que se marchó en el «Cadillac», Angell?

—Únicamente pude distinguir sus ojos, llenos de miedo. Tal vez también reconocería el coche —añadió el joven, describiéndolo.

—¿Quién es el dueño de esta choza?

—No tengo la menor idea —musitó Bill Angell—. Es la primera vez que vengo.

—¡Valiente agujero! —gruñó De Jong—. Ahora recuerdo que esta cabaña servía antiguamente de refugio a los vagabundos. La creía deshabitada. Ignoraba que alguien viviese aquí; este terreno es del municipio de Trenton. ¿Dónde está su hermana, Angell?

El abogado se puso rígido y fue Ellery HI quien respondió:

—Bill trató de ponerse en contacto con ella por teléfono, pero ella estaba fuera de casa. Y le envió un telegrama.

De Jong asintió fríamente y se apartó de ambos. Poco después volvió hacia ellos.

—¿En qué negocio andaba metido Wilson? —quiso saber.

Bill le contó a qué se dedicaba su cuñado, añadiendo que ignoraba cualquier otra cosa.

—Hum… —rezongó el jefe de Policía—. Esto me huele mal. ¿Cuál es su veredicto, doctor?

El viejo caballero se incorporó.

—Un cuchillo atravesó el corazón. Una herida profunda. Trabajo limpio, De Jong. Es un milagro que no muriera instantáneamente.

—Sobre todo —intervino Ellery—, teniendo en cuenta que el arma fue sacada de la herida después del ataque.

El jefe le miró agudamente, dirigiendo después la vista a la plegadera manchada de sangre que había encima de la mesa.

—Es gracioso. ¿Qué es eso que tiene en la punta?

—Creí que descubriría que se trata de un corcho —replicó Ellery.

—¡Un corcho!

—Sí, de los que suele haber en la punta de una plegadera al comprarla.

—Hum… Seguro que ese hombre no fue apuñalado con el corcho en la punta del arma. Alguien colocó el corcho después del crimen —De Jong estudió las cerillas chamuscadas del cenicero con cierta irritación—. Y chamuscó bien el corcho. ¿Por qué, en nombre del cielo?

—Esta es, técnicamente, una pregunta épica —repuso Ellery, chupando la pipa—. Y muy pertinente. A propósito, tal vez sería prudente no dejar cerillas por aquí. Soy un perfecto creyente en la regla de dejar siempre las cosas tal como están en la escena de un crimen.

—Aquí sólo fuma usted —refunfuñó De Jong—. No estoy muy entrenado en esta clase de asuntos, de modo que no andemos por las ramas, Queen. Usted dijo que estaba citado con su cuñado Angell. Bien, cuente toda la historia.

Bill calló unos instantes. Luego se llevó una mano a un bolsillo y sacó un sobre amarillento, arrugado.

—Supongo que no debo callar —murmuró roncamente—. Joe regresó a casa el miércoles pasado, después de uno de sus viajes. Volvió a marcharse esta mañana.

—¿Cómo lo sabe?

—Llamó a mi despacho el viernes por la tarde, o sea ayer, pues quería verme al día siguiente… Es decir, hoy. Por esto lo sé —Bill parpadeó—. Hoy a mediodía recibí este telegrama en mi despacho. Léalo y estará tan enterado como yo de este asunto.

De Jong cogió el sobre y extrajo el telegrama. Ellery también lo leyó, alargando el pescuezo:

> IMPORTANTE VERTE ESTA NOCHE SIN FALTA. MANTÉN SECRETO DE TODO. ESTO SIGNIFICA MUCHO PARA MÍ. ESTARÉ EN UNA VIEJA CASITA JUNTO DELAWARE CINCO KILÓMETROS TRENTON DIRECCIÓN SUR EN CARRETERA LAMBERTON VARIOS CENTENARES METROS SUR MARINE TERMINAL. ES CASA ÚNICA EN ZONA. NO PUEDES EXTRAVIARTE. HAY SENDERO SEMICIRCULAR Y CASA DE BOTES DETRÁS. VE A LAS NUEVE. MUY URGENTE. ESTOY EN APURO Y NECESITO TU CONSEJO. NUEVE EN PUNTO ESTA NOCHE. NO FALTES. JOE.

—Muy extraño —comentó De Jong—. Fue enviado desde Manhattan. ¿Tenía que ir a Nueva York en su último viaje, Angell?

—No lo sé —repuso Bill.

Sus ojos estaban fijos en el cadáver.

—¿De qué quería hablar con usted?

—Lo ignoro. Bueno, volví a tener noticias suyas. Me llamó desde Nueva York esta tarde, a las dos y media, a mi despacho.

—¿Y bien…?

Las palabras salían lentamente de entre los labios del joven.

—No logré entender sus propósitos. Parecía terriblemente deprimido y en urgente apremio. Dijo que deseaba asegurarse de que yo había recibido el telegrama. Repitió que era muy importante para él, y yo le aseguré que vendría a verle. Cuando le hice una pregunta respecto a la casita… —Bill se frotó la frente—. Me contestó que formaba parte de su secreto, que nadie estaba enterado de su existencia, y que era el mejor sitio donde mantener nuestra charla por razones que no podía divulgar. Se mostró muy nervioso e incoherente. No le presioné y colgó.

—¿Nadie sabía lo de la casita ni su secreto? —indagó Ellery—. ¿Ni siquiera Lucy?

—Esto es lo que dijo.

—La cosa debía de ser muy importante —gruñó De Jong—, porque alguien le cerró el pico para siempre, antes de que pudiera hablar. Con lo cual, Wilson no dijo la verdad. Alguien conocía la existencia de esta vivienda.

—Yo, en primer lugar —asintió fríamente Bill—. Lo supe cuando

recibí el telegrama. ¿Es a esto a lo que se refiere?

—Vamos, Bill —le apaciguó Ellery—. Estás muy nervioso, y es natural. A propósito, dijiste que Wilson estuvo ayer en tu despacho de Filadelfia. ¿Algo importante?

—Tal vez sí, tal vez no. Dejó un sobre abultado a mi custodia.

—¿Qué había dentro? —insistió De Jong.

—No lo sé. Estaba sellado y él no me lo aclaró.

—Por Dios santo, ¿no dijo nada referente al sobre?

—Sólo que lo guardase temporalmente.

—¿Dónde está ahora?

—En mi caja de caudales, y allí seguirá.

—Olvidaba que es usted abogado —rezongó el jefe—. Bien, Angell, ya trataremos de esto. Doctor, es posible saber cuándo fue apuñalado ese ti… Joe Wilson? Sabemos que falleció a las nueve y diez minutos. Pero, ¿cuándo le acuchillaron?

El médico meneó la cabeza.

—Imposible responder categóricamente. Ciertamente, no mucho antes de esa hora. Ese individuo debió de aferrarse a la vida con asombrosa tenacidad. Puedo conjeturar… hacia las ocho y media, ¡pero no tenemos plena seguridad en ello! ¿Llamo a la furgoneta?

—Sí… No —cambió de idea De Jong—. Lo tendremos aquí un poco más. Cuando la necesite, yo mismo avisaré. Puede irse, doctor. Por la mañana procederá a realizar la autopsia. ¿Es seguro que fue esta plegadera la que sirvió para cometer el crimen?

—Positivamente. Pero si hay algo más, ya lo averiguaré.

—Doctor —intervino Ellery lentamente—. ¿Ha visto en las manos… u otro lugar del cuerpo, alguna quemadura?

El viejo le miró fijamente.

—¿Quemaduras? ¡Ciertamente, no!

—Por favor, ¿buscará alguna quemadura cuando efectúe la autopsia? Sobre todo en las extremidades.

—Es una tontería. Pero… lo haré.

El doctor salió de estampía.

De Jong tenía la boca abierta, como a punto de formular una pregunta, cuando un detective, con una boca llena de cicatrices, se le acercó. Bill empezó a pasearse por la estancia. Poco después, el detective se marchó.

—Hay muchas huellas de pisadas por todas partes, me dice mi

agente —gruñó De Jong—, y la mayoría parecen pertenecer a Wilson… ¿Qué hace usted con la alfombra, Queen? Parece una rana.

Ellery se incorporó, después de haber estado de rodillas. Llevaba unos minutos dando vueltas a la habitación, examinando atentamente la alfombra, como si de ello dependiese su vida. Bill acababa de colocarse junto a la puerta principal, con un brillo especial en sus pupilas.

—De vez en cuando me gusta volver al estado animal —sonrió Ellery—. Le va muy bien al cuerpo humano. De Jong, esta alfombra está notablemente limpia. Ni el menor rastro de barro.

De Jong le miró desconcertado. Ellery chupaba plácidamente su pipa y, súbitamente se dirigió al perchero de la pared. Por el rabillo del ojo contempló a su amigo, aún en la puerta. De pronto, Bill se miró los pies, hizo una mueca, y se agachó para anudarse el cordón de un zapato. Tardó bastante en tenerlo atado a su completa satisfacción. Cuando se puso de pie tenía la cara colorada por el esfuerzo, y su mano derecha estaba enterrada en el bolsillo. Ellery suspiró. Estaba seguro, cuando estudió los rostros de los demás, que nadie había visto a Bill coger algo del sitio de la alfombra que él no había examinado todavía.

De Jong salió de la cabaña, tras dedicar una mirada de advertencia al detective Murphy. Luego le oyeron gruñir varias órdenes desde el porche. Bill se sentó en una silla, con los codos sobre las rodillas, contemplando al difunto con mirada extraña y triste.

—Cada vez me siento más fascinado por tu cuñado —manifestó Ellery, de pie delante del perchero.

—¿Cómo?

—Me refiero a esas ropas. ¿Dónde compraba Wilson sus trajes?

—En las tiendas de Filadelfia. A menudo adquiría algo en las rebajas de «Wanamaker».

—¿De veras? —Ellery examinó la etiqueta de una chaqueta—. Es raro. Porque si aceptamos la evidencia de esta etiqueta, llegaremos a la conclusión de que vestía en el mejor sastre de la Quinta Avenida de Nueva York…

—Tonterías —musitó Bill, volviendo la cabeza.

—Y el corte, la tela y demás, no dan un mentís a tal etiqueta.

Veamos… Sí, sí, aquí hay cuatro trajes, procedentes todos del mismo sastre de la Quinta Avenida.

—¡Esto es totalmente increíble!

—Naturalmente —observó Ellery—, siempre existe una explicación, por ejemplo: que esta cabaña no perteneciera a tu cuñado.

Bill miró el perchero con horror.

—Ciertamente —exclamó—, no lo entiendo. ¡Joe jamás se gastó más de treinta y cinco dólares en un traje!

—Por otra parte —murmuró Ellery, cogiendo algo del suelo debajo de la percha—, hay dos pares de zapatos que proceden de Abercrombie y Fitch —añadió, descolgando un sombrero—, y un sombrero estilo italiano que costó veinte dólares, si soy buen juez en prendas masculinas.

—¡No puede ser suyo! —gritó Bill, poniéndose de pie. Apartó al detective Murphy del paso y se arrodilló junto al cadáver de su cuñado—. ¿Lo ves? ¡Esta etiqueta es de «Wanamaker»!

Ellery dejó el sombrero en la percha.

—Está bien, Bill. Siéntate y tranquilízate. Todo se aclarará a su debido tiempo.

—Sí, lo supongo —asintió el joven, volviendo a su silla y cerrando los ojos.

Ellery continuó con el examen de la habitación, sin tocar nada ni perder detalle. Ocasionalmente miraba a su amigo, fruncía el ceño y apresuraba su registro, como impelido por un irresistible impulso. Una cosa le impresionaba: la cabaña constaba de una sola habitación y carecía de cualquier rincón o armario que hubiese podido servir de escondite temporal. Incluso hurgó en la chimenea, que era muy baja, y vio que el cañón de tiro era demasiado pequeño para contener a un hombre.

Poco después, De Jong regresó y se agachó detrás de la mesa, ocupado en las ropas que vestía el cadáver. Bill abrió los ojos, se levantó y fue hacia allí, contemplando al jefe de Policía. Fuera de la casita se oían varias voces. Por lo visto, estaban ocupados algunos hombres con las huellas de ambos senderos. Una vez, desde el interior de la casita, oyeron la voz de Ella Amity en clara

competencia con la de los detectives.

—Bien, Queen —preguntó el jefe, sin levantar la vista—, ¿alguna idea?

—Ninguna por la que estuviese dispuesto a partirme el pecho —replicó Ellery—. ¿Por qué?

—Siempre oí decir que trabajaba usted muy deprisa.

La voz del jefe estaba teñida de sarcasmo.

Ellery también rió y cogió algo de la repisa de la chimenea.

—Ha visto esto, claro…

—¿Esto?

—¿Qué diantre es? —inquirió Bill, rápidamente.

—Sí, ¿qué es? —repitió De Jong.

Ellery le contempló brevemente. Luego, depositó su hallazgo, con su envoltura, sobre la mesa redonda. Bill soltó un respingo. Era un juego de escritorio, de cordobán marrón: carpeta de despacho con piel en las esquinas, portaplumas con base de bronce y soporte de dos estilográficas y un pequeño secante curvo de bronce. De una de las esquinas de la carpeta sobresalía una cartulina blanca, que sólo ostentaba en tinta azul y caligrafía masculina:

A Bill, de Lucy y Joe.

—¿Cuándo es su cumpleaños, Angell? —preguntó De Jong, mirando un pedacito de papel que sobresalía del bolsillo de pecho del difunto.

—Mañana —repuso el aludido.

—Fue muy considerado su cuñado —sonrió el jefe—. Hay una huella en la cartulina, y no hay la menor duda. Uno de mis muchachos la comparó con una muestra de su escritura, hallada en un traje. Véalo por sí mismo, Queen.

Dejó sobre la mesa el papel sacado del bolsillo del muerto, con unas frases sin importancia alguna.

—¡Oh!, le creo —asintió Ellery, frunciendo el ceño ante el juego de escritorio.

—Esto parece interesante —comentó De Jong, agrupando diversos artículos sobre la mesa—. ¡Y Dios sabrá por qué! Siempre me gusta aprender un nuevo sistema.

¿Hay algo que a mí se me haya escapado?

—Como nunca tuve el placer de verle trabajar, De Jong —replicó Ellery—, no estoy en situación de calibrar la exactitud de sus observaciones. Pero aquí sí tenemos algo de, al menos, un hipotético interés.

—¡No me diga! —rezongó De Jong.

Ellery desenvolvió el juego de escritorio.

—Por un lado, esto fue comprado en «Wanamaker», la tienda de Filadelfia. Lo cual, lo confieso, significa muy poco. Pero… es un hecho, y los hechos, como diría Ellis Parker, son hechos.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió De Jong, hurgando entre el montón de artículos de la mesa—. Desacuerdo, esto estaba en un bolsillo del difunto, arrugado Es la etiqueta del precio. De «Wanamaker», sí. Fue una venta al contado. Pero, ¿cómo diablos adivinó…?

—¿Cómo lo sé? Muy fácilmente. Reconocí el papel de envolver de dicha tienda, porque esta misma tarde compré allí precisamente un obsequio para mi padre, al pasar por Filadelfia. Y, claro está —continuó Ellery suavemente—, se habrá fijado usted en el estado del papel. Lo cual impone una pregunta: ¿quién deshizo el paquete?

—No sé a qué tiende la pregunta —masculló el jefe—, pero picaré el anzuelo. ¿Quién lo deshizo?

—Yo diría que cualquiera menos el pobre Wilson —contestó Ellery—. Bill, ¿tocaste algo de esta habitación antes de llegar yo?

—No.

—¿Abrió el paquete alguno de sus hombres, De Jong?

—Lo encontramos, tal como usted lo vio, sobre la repisa.

—Entonces, cabe la probabilidad de que lo abriese la asesina… la mujer tapada de que Wilson le habló a Bill antes de morir. Sólo se trata de una probabilidad porque pudo haber otra persona. De todos modos, el paquete no lo abrió Wilson.

—¿Por qué no?

—Este juego de escritorio fue comprado como un obsequio… según indica la cartulina. Fue envuelto como un regalo, quitando la etiqueta del precio, la cual estaba en el bolsillo del muerto y no en el paquete. Por tanto, alguien lo adquirió con la idea preconcebida de dárselo a Bill Angell. Existen muchas probabilidades, además, de que lo comprara Wilson en persona, mas aunque así no fuese y hubiera delegado la compra a otra persona, la inspiración del regalo procedía de él. En cuyo caso, Wilson no tenía ningún motivo para

abrir aquí este paquete.

—No lo veo claro —arguyó el jefe—. Supongo que no redactó la cartulina en la tienda… y que abrió aquí el paquete para escribir con una de esas plumas.

—No hay tinta en ninguna pluma —replicó Ellery pacientemente —, como ya he observado. Naturalmente, él lo sabía. Pero, incluso concediendo que hubiese podido tener otras razones para abrir aquí el paquete, no tenía ninguna, como donante del regalo, para desgarrar el papel —Ellery mostró el envoltorio rasgado por varias partes—. Este papel no podía ya utilizarse para su función primitiva, y por aquí no hay más papel para envolver el regalo. Por tanto, está claro que Wilson no abrió el paquete, puesto que, en caso contrario, habría tenido buen cuidado de no romper el papel. La asesina, por otra parte, no se paró a considerar tal motivo.

—¿Y bien? —preguntó De Jong.

—Mi querido De Jong —repuso Ellery con mirada vaga—, su pregunta es tremendamente fatal. Por ahora, me hallo interesado principalmente en descubrir lo que hizo el criminal, mejor dicho la criminal, en la escena del crimen; sus razones, significativas o no, ya nos preocuparán más tarde. Ahora, pensemos en la plegadera utilizada como arma. Incuestionablemente, forma parte del juego de escritorio…

—Seguro —asintió el jefe—. Por eso la mujer abrió el paquete… para coger la plegadera. Hace rato que yo sabía que fue la asesina la que abrió el paquete.

Ellery enarcó las cejas.

—Yo no afirmo que fuese éste el motivo. En primer lugar, como el regalo fue comprado ayer, es muy improbable que la asesina supiese que esta noche tendría aquí, bien a mano, una magnífica plegadera. No, no, el empleo del abrecartas como daga fue completamente casual. Estoy convencido de ello. Es más probable que la asesina mirase por aquí antes de cometer el crimen y abriese el paquete por mera curiosidad, o por un impulso interior debido al nerviosismo natural ante lo que iba a hacer. Claro está, al ver el abrecartas prefirió utilizarlo en lugar del arma que debía llevar consigo… si el asesinato fue premeditado, como así parece. Por otra parte, desde hace largo tiempo, la hembra de la especie ha hallado en el cuchillo la mejor expresión de sus impulsos homicidas.

De Jong se rascó la nariz, enojado.

—Si ella tuvo tiempo de examinar la vivienda —terció, jadeante, Bill—, ello demuestra que estuvo aquí un rato sola. ¿Dónde estaba Joe? ¿Le atacó ella antes? El doctor…

—Calma, Bill —le cortó Ellery—. No te anticipes a los hechos. Aún carecemos de datos suficientes. ¿No sabías nada del regalo, Bill?

—Nada en absoluto. Me… me sorprende. Nunca he celebrado mis cumpleaños. Joe… —apartó el rostro.

—Bueno —De Jong se encogió de hombros—, admito que un cuñado muerto es un mal regalo de cumpleaños. ¿Qué más ha descubierto, Queen?

—¿Desea un resumen completo —preguntó Ellery calmosamente —. De Jong, lo malo de ustedes, los profesionales, es que jamás saben disimular su desprecio hacia los aficionados. Y yo conozco aficionados que son mucho mejores que los profesionales, a pesar de no poder decir lo contrario. Murphy, en su lugar, yo tomaría notas. El fiscal de Trenton tal vez las agradezca algún día.

Murphy pareció aturdido, pero De Jong asintió, sonriendo torvamente.

—Una descripción general de la vivienda y de su contenido —comenzó Ellery, chupando pensativamente la pipa—, nos induce a una curiosa conclusión. En esta cabaña de una sola habitación no hay cama ni camastro, ningún mueble para dormir. Hay una chimenea, pero no hay leña… en realidad, ni residuos ni cenizas, y el hogar está completamente limpio. Obviamente, no se ha encendido fuego en la chimenea hace varios meses. ¿Qué más? Una estufa desvencijada, mohosa y oxidada, completamente inútil para guisar o calentar… sin duda una reliquia de los tiempos en que esta cabaña estaba ocupada por el anterior inquilino. A este respecto, observen que no hay velas, ni lámparas de petróleo, ni cañerías de gas, ni cerillas…

—Es cierto —reconoció De Jong—. ¿Fumaba su cuñado, Angell?

—No —repuso el aludido, mirando por la ventana.

—En realidad —prosiguió Ellery—, el único medio de iluminación es la lámpara eléctrica situada sobre la mesa. ¿Hay

alguna central eléctrica cerca de aquí? —el jefe asintió—. Bien, de nada serviría saber si el actual ocupante de esta cabaña instaló él mismo la electricidad o ya estaba instalada anteriormente; probablemente, esto último. En cualquier caso, anotaremos el dato. Y, para completar el cuadro, sólo hay un puñado de cacharros de loza desportillados, sin rastros de comida, y menos aún el más simple botiquín para una cura de urgencia.

—¿Lo ha anotado todo, Murphy? —sonrió De Jong—. Estupendo, Queen. Ni yo mismo lo habría hecho mejor. Mas, sumado todo, ¿adónde nos conduce?

—A alguna parte —concluyó Ellery—. Aquí tenemos una casa en la que su ocupante ni come ni duerme…, un sitio con poquísimas cosas de las que caracterizan una vivienda, con todas las señales de un sitio de paso, de un refugio temporal, un punto de parada… transitoria. Además, por diversos signos es fácil deducir la cualidad del ocupante. Esta alfombra es lo único de aquí dentro que no data de la era del anterior inquilino… puesto que es demasiado costosa. Casi afirmaría que fue comprada, de segunda mano, a un precio respetable, por el actual inquilino de esta cabaña. Una concesión a su buen gusto, ¿no cree? Esta tendencia al sibaritismo se ve fortalecida por las prendas de aquel perchero, por las cortinas de las ventanas, buenas aunque mal colocadas… Naturalmente, un toque masculino. Finalmente, el interior de la estancia se halla casi meticulosamente limpio; no hay ni una mota de polvo o cenizas en la alfombra, el hogar está sin cenizas… ¿A qué clase de hombre puede adaptarse esta escena?

Bill se volvió desde la ventana; sus ojos estaban circundados por una señal roja.

—Ciertamente, no describe a Joe Wilson —exclamó.

—No, claro que no —asintió Ellery.

La sonrisa de De Jong se desvaneció.

—Esto no concuerda con lo que el propio Joe Wilson le dijo a Angell hoy por teléfono: ¡que nadie más que él conocía la existencia de esta vivienda!

—Y a pesar de ello —refutó Ellery—, opino que en este asunto se halla mezclado otro hombre totalmente diferente.

Fuera se oyeron unas voces. De Jong se rascó la barbilla con ademán pensativo.

—Creo que ha llegado la Prensa —gruñó, saliendo.

—Veamos qué ha encontrado el amigo De Jong en los bolsillos del muerto —observó Ellery.

El montón de objetos en la mesa se componía por la acostumbrada serie de artículos que todo hombre lleva en sus bolsillos: un llavero; una cartera usada que contenía doscientos treinta y seis dólares en billetes (Ellery miró a Bill, que seguía en la ventana); varios pedazos de papel; algunos recibos de cartas certificadas; una licencia de conducir a nombre de Joe Wilson, y dos retratos de una mujer hermosa, delante de una casa sin pretensiones. Ellery reconoció en ella a la hermana de Bill, Lucy, algo más gruesa de lo que la recordaba, aunque todavía vivaracha y bella, como en los tiempos de la Universidad. Había una factura de una compañía del gas de Filadelfia, una estilográfica y unos sobres vacíos dirigidos a Wilson, en el dorso de los cuales habían efectuado varias cuentas. Ellery cogió un talonario de cheques y lo abrió; pertenecía a una Caja de Ahorros de Filadelfia e indicaba un saldo favorable de algo más de cuatro mil dólares.

—Ahorraba —le dijo a Bill, que continuaba sin moverse—. No efectuó ningún retiro de dinero en varios años, y aunque los ingresos eran modestos, fueron constantes.

—Sí —afirmó Bill—, ahorraba. Creo que también tiene algún dinero en la Caja Postal. Lucy, en realidad, no ha carecido de nada, como esposa de Joe.

—¿Poseía Joe bonos o acciones?

—Mi querido Ellery, te olvidas de que nosotros pertenecemos a la clase media, en el quinto año de la depresión.

—Un error por mi parte. ¿No tenía cuenta bancada? No veo ningún talonario de Banco…

—No tenía —Bill hizo una pausa—. Siempre decía que no necesitaba ninguno en su trabajo.

—Muy extraño —observó Ellery—. Es…

Calló de repente y volvió a examinar los artículos de la mesa. No había nada más.

Cogió la pluma estilográfica, le quitó el capuchón y trató de escribir en un trozo de papel.

—Hum… Está seca. Lo cual aclara el asunto de la escritura en la cartulina del regalo. No se escribió aquí. No llevaba lápices encima,

la pluma está vacía, y estoy seguro de que no hay ningún otro recado de escribir en la casa. Lo cual parece sugerir…

Ellery dio una vuelta a la mesa y se arrodilló junto al cadáver, fijo sobre la alfombra como clavado en ella. A continuación efectuó una curiosa maniobra: volvió los bolsillos de Wilson de dentro afuera y examinó, con la mirada de un joyero experto, los residuos de las costuras. Al incorporarse de nuevo, fue al perchero y repitió la operación con los bolsillos vacíos de los cuatro trajes allí colgados. Asintió con satisfacción, tal vez salpicada de cierta extrañeza. Regresó junto al cuerpo y levantó las manos del mismo, estudiando los rígidos dedos. Luego, hizo una mueca y, con dificultad, separó los labios de la boca de Wilson, examinando los dientes. Se levantó y volvió a asentir.

Ellery estaba sentado encaramado a la mesa, contemplando con el rostro contraído el distorsionado semblante de Joseph Wilson, cuando entró De Jong, seguido de varios detectives.

—Creo que he aquietado al cuarto poder, por algún tiempo —declaró, refiriéndose a la Prensa—. ¿Algo más, Queen? Supongo que le gustará enterarse de lo que hemos descubierto.

—Gracias, muy amable.

Bill dio media vuelta.

—Se dará cuenta, De Jong —murmuró—, de que mientras usted está dando vueltas por aquí, la mujer del «Cadillac» puede hallarse ya muy lejos, completamente a salvo.

De Jong le guiñó un ojo a Ellery.

—No soy más que un policía tonto de pueblo, ¿eh? Angell; concédame más crédito. Cinco minutos después de llegar aquí, envié una alarma general. No hay informes aún, pero toda la Policía del Estado está rastrillando las carreteras. El coronel Merry en persona dirige la operación.

—Probablemente, esa mujer esté ya en Nueva York —observó Ellery, secamente—. Ya es tarde, De Jong. ¿Qué ha descubierto?

—Muchas cosas. En los dos senderos de ahí fuera.

—¡Ah!, las marcas de neumáticos…

—Le presento al sargento Hannigan —un joven con rostro bovino inclinó la cabeza—. Hannigan es como un mago para

estudiar las huellas automovilísticas. Adelante, Hannigan.

—Pues bien, señor —Hannigan se dirigió a Ellery—, el principal sendero que va a la fachada principal de la casa, el sendero que hace curva, donde el señor Angell vio el «Cadillac» aparcado, tiene tres series de señales de neumáticos en el barro.

—¿Tres? —repitió Bill—. Yo vi el «Cadillac» y no hice entrar mi coche en ese sendero.

—Tres series de neumáticos —afirmó Hannigan con solemnidad —. No tres coches. En realidad, sólo dos. Dos de las series las hizo el mismo auto, el «Cadillac». Unas señales muy claras, de un gran coche, sí, señor Angell. La tercera serie procede de neumáticos «Firestone»; no estoy seguro, pero posiblemente de un coche «Ford». Los neumáticos están bastante gastados, y probablemente se trata de un «Ford» treinta y uno o treinta y dos. Aunque no lo juraría.

—Yo tampoco —asintió Ellery—. ¿Cómo sabe que las marcas de neumáticos del «Cadillac» no forman una sola serie?

—Bueno, es muy fácil —repuso el sargento—. Primero, tenemos las marcas del «Cadillac». Encima de ésta se ven las huellas, en parte, de los neumáticos «Firestone». Lo cual demuestra que el «Cadillac» llegó primero. Pero en algunos sitios pueden verse huellas del «Cadillac» de nuevo encima de las señales «Firestone». Lo cual significa que el «Cadillac» estuvo aquí, que se marchó, que llegó el auto de los neumáticos «Firestone», que se fue, y que el «Cadillac» volvió.

—Entiendo —asintió Ellery—. Muy ingenioso. Mas ¿cómo sabe que las dos series de marcas del «Cadillac» fueron impresas por el mismo coche? ¿No pudo ser la primera serie dejada por otro coche que utilizara neumáticos semejantes?

—En absoluto. Los neumáticos dejan en el suelo rastros tan netos como impresiones digitales —el sargento tosió, como alabando su propia frase—. En dichas huellas hay la señal de un corte que demuestra que se trata del mismo coche en ambas series.

—¿Y las direcciones?

—Buena pregunta, señor. El «Cadillac» llegó de Trenton la primera vez, se detuvo junto al peldaño de piedra de la entrada, y después pasó por la curva y se alejó en dirección a Camden. El «Ford» vino por el lado de Camden, paró junto al porche principal, dio la vuelta por el sendero y giró bruscamente en la carretera

Lamberton para volver hacia Camden, por donde había venido. Luego, regresó el «Cadillac», frenó junto al porche principal… y el señor Angell le vio partir en dirección a Trenton.

Ellery se quitó las gafas y se golpeó con ellas la barbilla.

—Espléndido, sargento. Una explicación muy gráfica. ¿Y respecto al sendero de tierra que va hacia la parte lateral de esta casa?

—No hay nada especial. El viejo «Packard» que el señor Angell nos dijo pertenecía al señor Wilson, vino desde Trenton, y hay señales húmedas en el barro, o sea, que a mi entender ese coche llegó aquí después de haber empezado a llover.

—Probablemente, después de cesar la lluvia —observó Ellery—. De lo contrario, las señales habrían desaparecido.

—Exacto, señor. Lo cual también cuenta para las otras. La lluvia cesó poco antes de las siete de esta tarde, por lo que llego a la conclusión de que todos los coches vinieron aquí después de esa hora. Las demás señales del sendero lateral pertenecen al «Pontiac» del señor Angell, de llegada y partida. Y nada más.

—Muy bien, sargento —aprobó Ellery—. ¿Huellas de pisadas aproximándose a la casa?

—Ninguna, excepto las suyas en un trecho de cinco metros —repuso De Jong—. Al llegar, también nosotros pasamos por allí. Está bien, Hannigan; que se tomen moldes de esas impresiones de los neumáticos —el sargento saludó y se marchó—. S. una sola huella de pies en torno a la casa ni en los senderos. Ambos conducen a los porches directamente, y supongo que quienes estuvieron aquí esta noche, saltaron de los coches a los porches sin pisar el suelo.

—¿Y las pisadas que hay en el caminito que va hasta la casa de los botes?

De Jong miró a un detective que estaba agachado detrás de la mesa, ocupado con los pies del muerto.

—¿Johnny?

El aludido levantó la cabeza.

—Son del difunto, seguro, jefe. Debió limpiarse los zapatos en el borde lateral antes de entrar aquí, pero son sus zapatos los que dejaron aquellas huellas.

—¡Ah! —exclamó Ellery—, entonces fue Wilson quien bajó hasta el río. Y volvió para enfrentarse con la muerte. ¿Qué hay en aquel

cobertizo? Es para botes, ¿verdad?

El jefe frunció el ceño contemplando al muerto.

—Sí —su tono era de extrañeza—. Usted parece estar en lo cierto al asegurar que es como si otro hombre hubiera utilizado esta cabaña. Allí hay una lancha de vela con un motor fuera borda… un juguete muy caro, a mi entender. El motor todavía está caliente. Un empleado de la Marine Terminal declaró que vio a un hombre, respondiendo a la descripción de Wilson, navegando en la lancha, poco antes de las siete y cuarto de esta tarde.

—¿Joe? ¿Joe en una lancha? —se asombró Bill.

—Eso dice. Dicho empleado también vio regresar a Wilson hacia las ocho y media, con el motor en marcha. Recuerden que el viento cesó hacia las siete y media…

Ellery se rascó la nuca.

—Muy raro… ¿Iba solo Wilson?

—Eso dice el de la Terminal. Se trata de una lancha pequeña, sin camarote, por lo que no puede estar equivocado.

—Conque salió en la lancha… Hum… —gruñó Ellery, contemplando el rostro del cadáver—. Una cita con su cuñado, con gran urgencia para las nueve… dos horas antes va en lancha… nervios, necesidad de meditación… soledad… Sí, entiendo. Naturalmente, De Jong —añadió sin mirar a Bill—, usted comprende que el empleo de esa lancha no indica necesariamente que perteneciese al difunto.

—Seguro, seguro. Sólo que —replicó el jefe—, ese empleado de la Terminal afirma haber visto a Wilson en varias ocasiones en los últimos tiempos, yendo en la lancha. Y siempre solo. En realidad, es como si hubiera un misterio en torno al muerto.

—¿Estuvo Joe aquí con anterioridad? —preguntó Bill.

—Durante años.

Alguien rió fuera.

—No lo creo —exclamó Bill—. En todo esto hay un error. No puede ser que…

—Y además —prosiguió De Jong, impertérrito—, hay otro coche en el cobertizo posterior.

—¿Otro coche? —inquirió Ellery.

Las mejillas de Bill eran del color de la ceniza.

—Un «Lincoln» deportivo, último modelo. La llave está en el

encendido. Pero el motor está frío, helado, y hay una lona tapando el coche. Dentro no hay la licencia de circulación, aunque será coser y cantar seguir el rastro de la matrícula; sí, coser y cantar, caballeros —sonrió De Jong—. Ese coche ha de pertenecer por 200 fuerza al propietario de esta cabaña. Es una buena pista. Sí, señor… Y aún hay más. ¡Pinetti!

—¡Dios mío! —musitó Bill—. ¿Qué vendrá ahora?

Uno de los detectives avanzó hacia su superior y le entregó una maleta aplastada. De Jong la abrió. Estaba llena de cartulinas y cartones con muestras de bisutería: collares, brazaletes, anillos, gemelos de puño, emblemas de fraternidades y organizaciones…

—Esto era de Joe —afirmó Bill, humedeciéndose los labios—. Son sus muestras. Todo el muestrario.

—Procede del «Packard» —gruñó De Jong—. Pero no me refería a esto, Pinetti, sino a lo otro.

El detective mostró un objeto metálico. De Jong lo sostuvo en alto, dándole vueltas entre sus dedos con falsa preocupación.

—¿Lo ha visto antes, Angell? —lo dejó en las manos del joven abogado.

Fue muy curioso. Como si la pregunta del jefe de Policía se hubiera compuesto de aceite, Bill cambió de expresión, hasta adquirir una calma casi completa. Ellery sintióse asombrado, y De Jong entornó los ojos. Todos se dieron plena cuenta de la metamorfosis de Bill al coger el objeto; sus facciones volvieron a la posición normal, su frente perdió sus arrugas, quedando en calma e inescrutable, y sus ojos se tornaron duros como el mármol.

—Claro está —sonrió—. En centenares de coches.

Jugaba con el objeto en sus manos. Era una parte del tapón del radiador que representaba una silueta de metal, algo mohosa, de una joven desnuda, con los cabellos y los brazos tendidos hacia atrás, y las piernas en posición de correr. La figurita estaba rota por los tobillos, dejando dos extremos de metal más brillante en el lugar de los pies, por donde la figura había estado unida al tapón del radiador.

De Jong gruñó, como de costumbre, y volvió a apoderarse de la figura.

—Se trata de una pista, caballeros. La encontramos en el sendero principal, frente a la puerta de esta casa, semienterrada, donde, según Hannigan, pasó el «Ford». Claro que podía llevar allí varios meses. Pero tal vez no fuese así —curvó sus labios en una mueca—. ¿Comprenden a qué me refiero?

—Ha puesto usted el dedo en el punto débil de esta evidencia, De Jong —observó Bill fríamente—. Su fiscal tendrá mucho trabajo en demostrar que esta figurita cayó rota de la capota de un coche el primero de junio, aunque localice usted el vehículo.

—¡Oh!, seguro —admitió De Jong—, ya conozco a los abogados como usted.

Ellery paseó su mirada desde la figura de la joven desnuda hasta el rostro de Bill, y luego hacia la mesa. De pronto, fue hacia el cadáver, se inclinó, con los ojos fijos en los dedos del mismo, atrapados por la muerte cuando se crispaban sobre la alfombra. No había anillos. Ninguno. Lo cual iba bien. Estuvo en postura inclinada, inmóvil excepto los ojos, que estudiaron el semblante de Wilson por enésima vez aquella noche, con la misma expresión de fastidio.

—Por tanto, ahora mismo empezaremos a buscar el coche —decía De Jong, muy contento—, y cuando lo hayamos localizado…

Ellery se enderezó lentamente. Tendió la mirada hacia su amigo, y por un instante experimentó un impulso demencial. Volvió a mirar al muerto, y de pronto la incertidumbre y el fastidio desaparecieron de su expresión, dejando sólo la extrañeza, la convicción y la compasión.

—Perdonen —dijo con voz desprovista de toda inflexión—. Salgo a tomar el aire. Esta habitación es tan sofocante…

De Jong y Bill le contemplaron asombrados. Ellery sonrió levemente y salió de la cabaña como si le resultara intolerable. El cielo estaba muy negro, como bajo una luz indirecta, punteado de diminutas estrellas; la brisa era fresca y sopló contra las sudorosas mejillas del joven. Los detectives se apartaron para dejarle pasar. Ellery descendió por el sendero lateral, por encima de las tablas colocadas para proteger las huellas.

Era difícil, iba pensando, endiabladamente difícil. Y sin embargo, tenía que salir a la luz. Si fuera sólo por él…

Al llegar a la carretera Lamberton, un grupo de figuras oscuras

que fumaban entre las sombras de varios coches, corrió hacia él, formulando veinte preguntas a la vez.

—Lo siento, amigos. Por el momento no puedo decir nada.

Finalmente, consiguió librarse de ellos. Le pareció haber visto a Ella Amity sentada sobre las rodillas de un individuo, en uno de los coches, y que ella le sonreía calmosamente cuando pasó por su lado. Al llegar a la casita que se alzaba delante de la Marine Terminal, entró y le dijo algo al vigilante, poniéndole un billete en la mano, tras lo cual descolgó el teléfono. El viejo le miró con curiosidad. Ellery llamó a Información y dio un nombre de la ciudad de Nueva York; mientras aguardaba, consultó su reloj con impaciencia. Eran las once y diez minutos.

Cuando regreso a la cabaña en su «Duesenberg» eran las doce menos cuarto. Dentro de la casita parecía haber ocurrido algo, pues todos los periodistas estaban fuera, contenidos por las maldiciones y gruñidos de los detectives. Ella Amity se colgó implorante de su brazo, cuando Ellery atravesó el cordón policial; pero él se limitó a librarse de ella y a apretar el paso.

Nada había cambiado en la cabaña, excepto la gente que la invadía. De Jong seguía allí, con semblante pétreo, aunque ligeramente complacido, hablando en tono bajo con un individuo bajito, de cara olivácea. Bill estaba allí… y también Lucy Wilson, nacida Angell.

Ellery la reconoció al instante, después de once años de no haberla visto. La joven estaba junto a la mesa, con su delgada mano sobre un hombro de su hermano, mirando al suelo con expresión horrorizada. Su vestido blanco y negro estaba arrugado, tanto como su rostro. Un abrigo de tela liviana se hallaba colgado del respaldo de una butaca. Los zapatos de Lucy estaban un poco enlodados.

Seguía siendo la joven bella y vigorosa de antaño, casi tan alta como su hermano, con la misma barbilla resuelta, los ojos negros y vivos, y un cuerpo tan fuerte y flexible como un muelle. Su figura se había rellenado algo con los años, y en ella había gracia y hermosura sexual.

Ellery Queen no era sentimental con las mujeres, pero en presencia de Lucy, igual que en tiempos pasados, experimentó la

fascinación de su gran atracción animal. Era una mujer que siempre había atraído a los hombres con un encanto inconsciente. En ella no había nada obsceno; su encanto era el hechizo de la piel blanca, generosa y húmeda, de unos labios dulces y unos ojos suaves y penetrantes, junto con un cuerpo de gráciles movimientos. Pero todo esto se había desvanecido bajo el horror que expresaban sus pupilas al contemplar el helado cuerpo de su esposo.

—Lucy Angell —murmuró Ellery.

La joven levantó la cabeza lentamente, y, por un momento, sus ojos sólo reflejaron la terrible realidad de la figura tendida en tierra. De repente, se iluminaron.

—¡Oh! Ellery Queen… ¡Qué alegría!

Extendió la mano que él estrechó fervorosamente.

—No acierto a expresar con palabras mi…

—Me alegro de que estés aquí. Es algo tan horrible… tan inesperado… —la estremeció un escalofrío—. Mi querido Joe ha muerto… en este horrible lugar. Ellery, ¿cómo es posible?

—No lo es… y sin embargo, así ha sido. Tienes que enfrentarte con la realidad.

—Bill me contó cómo te hallas aquí. ¡Oh!, quédate, Ellery.

La joven le apretó la mano con fuerza y logró esbozar una débil sonrisa. Después, volvió a dirigir la vista al suelo.

—De Jong ha ejecutado una sucia maniobra —explicó Bill, fríamente—. Él sabía que yo había enviado un telegrama a Lucy. Sin embargo, mandó a un detective en un coche patrulla a Philly a esperarla, y cuando ella regresó a casa, al salir del cine, la obligó a venir aquí…

—Oh, Bill… —expresó ella con delicadeza.

Ellery sentía su cálida mano entre la suya, y el anillo de boda en el cuarto dedo, contra su palma. La mano de Lucy apoyada en el hombro de Bill estaba blanca por el dolor y tan falta de adornos como un crucifijo de pino.

—Yo conozco mi obligación, Angell —replicó De Jong sin rencor —. Veo que conoce usted a la señora Wilson, Queen. Antiguos amigos, ¿eh? —Ellery enrojeció y retiró su mano—. Supongo que querrá saber lo que ella ha declarado.

Bill produjo un gruñido en su garganta. Pero Lucy manifestó con voz firme, sin volver la cabeza:

—Sí, yo deseo que él lo sepa todo. Bueno, Ellery, no hay nada… no puedo ofrecer ninguna explicación… He contestado a todas las preguntas de ese policía… Tal vez tú logres convencerle de que he dicho la verdad.

—Mi querida señora —observó De Jong—, no tome a mal mis palabras. Yo conozco mi oficio —parecía ofendido—. Bien, Sellers, buen trabajo. No te alejes mucho.

Entre el jefe y el policía pasó una mirada de secreta comprensión; el detective asintió con la cabeza y salió de la cabaña.

—Bueno, ahí va la historia. La señora Wilson declara que su marido salió de su casa esta mañana en su viejo «Packard» para emprender uno de sus acostumbrados viajes. Fue entonces la última que le vio y supo de él. Wilson parecía tranquilo, normal; tal vez un poco distraído, si bien ella lo atribuyó a preocupaciones por su negocio. ¿Es así, señora Wilson?

—Sí —los ojos de Lucy no podían apartarse del rostro del cadáver.

—Salió de su casa de Fairmont Park hacia las siete de esta tarde, cuando dejó de llover (había cenado sola en casa), tomó un ómnibus hasta la ciudad y entró en el «Fox» a ver una película. Luego, regresó a casa de la misma forma. Ese detective la estaba esperando, y la trajo aquí.

—Ha olvidado usted —tronó Bill con voz acerada— que mi hermana siempre va al cine los sábados por la noche, cuando no está Joe en casa.

—Exacto —admitió De Jong—. ¿Lo ha entendido todo, Queen? Ahora, vayamos al crimen —fue enumerando los puntos salientes con los dedos—. Ella ignoraba la existencia de esta cabaña, y no la había visto jamás… según afirma. Wilson no le dijo ni media palabra al respecto. Bueno, eso dice ella. Tampoco estaba enterada de que su esposo estuviera metido en un apuro. Siempre se portó bien con ella, y, por lo que sabe —De Jong sonrió—, siempre le fue fiel…

—Por favor —murmuró Lucy—, ya sé lo que los hombres, particularmente los policías, piensan en un caso como éste. ¡Pero Joe me fue siempre fiel! Me quería. ¡Oh, me quería mucho!

—La señora Wilson está muy poco enterada de la marcha de los negocios de su marido, porque éste jamás se refería a ellos, y a ella

no le gustaba mostrarse curiosa. Ella tiene treinta y un años, y él tenía treinta y ocho. Casados hizo diez años en marzo pasado. Sin hijos.

—Sin hijos, —repitió Ellery, con una mirada extraordinariamente satisfecha en sus ojos.

—La señora Wilson —continuó De Jong impertérrito— ignoraba que su esposo supiese navegar en lancha, aunque sabe que era entendido en motores y mecánica. No sabía que tuviese amigos ricos; sus amigos, los pocos que tiene en Philly, son gente de su misma condición. Wilson carecía de vicios, no bebía, no fumaba, no tomaba drogas. Salían de excursión cuando él estaba en casa, cuando estaba en casa, o iban a Willow Grove, un domingo… o se quedaban en el hogar —sus ojos resultaron burlones al mirar a la joven de soslayo—, amándose, ¿no es así, señora Wilson?

—¡Maldita sea! —gruñó Bill.

Ellery le cogió del brazo.

—Basta ya, De Jong. ¿Qué oculta usted en la manga? De lo contrario, no comprendo sus insinuaciones.

Lucy no se movió. Sus ojos parecían muy remotos, bañados por las lágrimas. De Jong sonrió. Fue a la puerta y gritó:

—¡Dejad que entren esos bastardos de la Prensa!

Pasó el tiempo y todos se vieron continuamente inmersos en un océano de ruidos. En ciertos aspectos era una, pesadilla; el aire dentro de la cabaña era tan denso por el humo de los cigarrillos, que ocasionalmente se entreveían los fogonazos de los fotógrafos; las paredes devolvían el eco de las charlas y las carcajadas. A cada momento, alguien apartaba el periódico que De Jong había colocado sobre el rostro del cadáver, para hacer una nueva foto del muerto. Ella Amity iba de un grupo a otro, como una arpía pelirroja, aunque siempre regresaba junto a la joven de ojos negros entronizada como una reina involuntaria en la butaca. Se inclinaba junto a Lucy, de forma protectora, susurrándole palabras de consuelo, cogiéndole una mano y alisándole tiernamente el cabello. Bill lo contemplaba todo, casi humeando de rabia.

Poco a poco, se hizo el vacío en la habitación.

—Bien, amigos —exclamó De Jong cuando se extinguió el

rugido del último coche—. Por esta noche, nada más. Naturalmente, ustedes se mantendrán a nuestro alcance, señora Wilson. Llevaremos el cuerpo de su esposo al depósito…

—De Jong —le interrumpió Ellery desde un rincón—, aguarde.

—¿Aguardar? ¿Para qué?

—Es tremendamente importante —la voz de Ellery sonaba grave —. Aguarde.

—Siempre actúa por medio de presentimientos —rió Ella Amity desde el umbral—. ¿Algo escondido bajo la manga, Queen? Nadie puede ocultarle nada a la pequeña Ella.

Su cabello rojo estaba despeinado y le relucían los dientes. Se apoyaba contra la pared, tan vigilante como una cobra. Reinó de pronto en la cabaña un silencio tan intenso que todos pudieron escuchar los rumores del río, después de tanto tiempo de haber quedado ahogados por la agitación interior de la choza.

—Está bien —asintió De Jong irritado. Luego, salió de la casa.

Lucy suspiró. Bill apretó los labios. Tras una larga pausa, De Jong volvió, acompañado por dos sanitarios que llevaban una camilla, sobre la que cargaron el cadáver.

—No —objetó Ellery—, aún no. Dejen aquí el cadáver, por favor.

—Aguarden fuera —refunfuñó De Jong, mirando a Ellery con hostilidad, al tiempo que mordisqueaba un cigarrillo. Por fin, fue a tomar asiento. Nadie se movió. Todos estaban expectantes, demasiado cansados para hablar o protestar.

Al fin, a las dos de la madrugada, como dispuesto de antemano, un coche llegó atronando por la carretera Lamberton. Ellery flexionó ligeramente los brazos.

—Venga conmigo, De Jong —invitó con voz átona, yendo hacia la puerta.

El jefe de Policía le siguió con los labios apretados. También Ella Amity, con sus dedos de uñas rojas, curvados en actitud de triunfo. Bill Angell vaciló, miró a su hermana y salió también.

Tres personas descendieron de una enorme limusina, conducida por un chófer de presencia majestuosa. Guiadas por los detectives, caminaron por encima de las tablas del sendero principal, de manera un tanto reacia. Las tres eran altas y de aspecto distinguido, y a pesar de las malas condiciones del terreno y la hora avanzada,

avanzaron muy seguras y engreídas; una mujer de edad algo madura, una joven y un caballero. Llevaban trajes de *soirée*. La mujer de más edad, un abrigo de martas cebellinas encima de un vestido blanco de lentejuelas; la jovencita lucía un abrigo de armiño sobre un vestido *chiffon* que barría el suelo, y el caballero llevaba en la mano un sombrero de fieltro. Las mujeres habían llorado; el hombre mostraba un semblante severo, con arrugas provocadas por la cólera.

—¿La señora Gimball? —inquirió Ellery desde el sendero.

La de más edad levantó los ojos, como cargados con sacos de plomo, unos ojos azules que pregonaban un aplomo que poco se había resquebrajado.

—Supongo que usted —contestó— es el caballero que telefoneó a mi padre. Sí, la misma. Y ésta es mi hija Andrea. Este caballero es un amigo íntimo de la familia, el señor Grosvenor Finch.

—¿Qué pasa ahora? —gruñó De Jong.

Bill se apartó del umbral como una sombra. Sus ojos, un poco entornados, estaban fijos en los dedos de la mano izquierda de la jovencita. Fue hacia ella y se detuvo tan cerca que hubiera podido tocar la capa de armiño. A sus oídos, la profunda y suspicaz voz del policía, la más culta del caballero del sombrero de fieltro y la de la mujer de más edad, resultaron borrosas o inexistentes. Vaciló, en medio del charco de sombra en donde estaba, y sus ojos pasaron de la mano de la joven a su rostro.

Andrea Gimball. De modo que éste era el nombre. Bill distinguió que aquel rostro juvenil no estaba estropeado como los de las jóvenes que él conocía, ni se parecía en absoluto a los de las jóvenes que solían salir retratadas en las notas de sociedad. Era un rostro adorable, delicado, suave, que en el corazón del abogado hizo sonar una cuerda muy íntima. Cosa singular, anhelaba hablar con ella. Una parte de su cerebro le envió un aviso, mas lo ignoró. Extendió la mano y tocó el brazo desnudo de la muchacha.

Andrea Gimball volvió la cabeza hacia él, y Bill intuyó la alarma en sus pupilas. Bajo la presión de sus dedos, la piel de la joven estaba fría. Bill comprendió que no debía tocarla y sintió instintivamente la retirada de ella. Sin embargo, algún motivo desconocido le obligó a aumentar la presión sobre aquel lindo brazo y atraerla hacia sí, hacia su sombra, a lo que la muchacha sólo

resistió a medias.

—Usted… usted… —balbució Andrea, tratando de escrutar el semblante del abogado.

Sólo logró distinguirlo borrosamente, pero lo poco que vio pareció tranquilizarla, puesto que su piel se tornó más caliente bajo los dedos, y la alarma se convirtió en sus ojos en simple fatiga. Con una sensación aguda de culpabilidad, él la soltó.

—Señorita Gimball —susurró—, sólo disponemos de un segundo. Por favor, escuche…

—¿Quién es usted? —preguntó ella suavemente.

—Esto no importa. Me llamo Bill Angell. Igual podría ser otra persona —aunque sabía que ello no era cierto—. Señorita Gimball, por un momento estuve a punto de delatarla. Pensé… Bueno, no lo sé.

—¿Delatarme? —vaciló ella—. No sé a qué se refiere.

Bill se le acercó más, tanto, que pudo aspirar el aroma de su cabello y su piel.

—Mire su anillo —dijo de pronto, levantándole la mano izquierda a la muchacha.

Por el sobresalto que ella sufrió, por la forma extraña en que aproximó la mano a los ojos y la miró, Bill comprendió que había estado en lo cierto. Y, cosa extraña, hubiera querido estar equivocado. Era una joven tan diferente de la que él había creído divisar…

—¡Mi anillo! —exclamó ella con voz ahogada—. ¡Le… le falta la piedra!

Era un anillo que ella llevaba en el cuarto dedo de la mano izquierda, un circulito de platino increíblemente delicado, con unas finísimas abrazaderas, dos de ellas un poco torcidas. Donde hubiera debido estar la piedra no había nada.

—Yo la encontré —murmuró Bill—, allí.

Señaló hacia la cabaña. De pronto, miró a su alrededor y la muchacha comprendió la advertencia, pues la alarma reapareció en sus pupilas y se acercó más a él.

—De prisa —añadió él—. Dígame la verdad. Usted era la mujer del «Cadillac», ¿verdad?

—¿El «Cadillac»? —repitió ella en voz muy baja.

Durante un instante enloquecedor, el aroma de la muchacha

inundó el olfato de Bill con creciente insistencia.

—Dígame la verdad —repitió él—. Yo hubiera podido contárselo todo a la Policía. Usted estuvo aquí esta misma noche, hace unas horas, conduciendo un «Cadillac». Vestía de modo diferente… con ropas oscuras. Salió de esta casa. ¿Qué vino a hacer, señorita Gimball? ¡Dígamelo!

La muchacha estuvo callada tanto tiempo que Bill pensó que no le había oído.

—Oh, Bill Angell, estoy asustada —murmuró ella al fin—. No… no sé qué decir. Jamás pensé que… Si al menos pudiese confiar en usted…

«Esto es lo que tiene ser débil con una mujer —pensó Bill con amargura—. ¿Es astucia o desesperación?».

—No tuve tiempo de pensar —replicó—. No me fío mucho de las mujeres… por regla general. Aunque supongo…

Sentía el esbelto cuerpo apretado contra el suyo, y su voz flotó como una suave cadencia dentro de su conciencia.

—No tengo derecho a hablar…, Bill Angell, sea usted quien sea. Pero usted no dirá nada, ¿verdad? ¿Me protegerá? ¡Oh!, sería tan sencillo para ellos… interpretar mal mis actos…

Temblaba como si acabara de salir del agua fría.

—Bueno… —musitó él, tras una pausa—, bueno, no diré nada.

El breve grito de ella fue como música celestial. Durante un segundo, Bill sintió la fuerte presión de los brazos femeninos en su cuello y cómo los labios cálidos de Andrea buscaban los suyos. Luego, se alejó como una sombra entre las sombras, y Bill se encontró tan solo que se estremeció. Luego, retrocedió hacia la cabaña, hacia la realidad.

—Creo —decía Ellery, cerca de la casa—, De Jong, que usted debería demorarlo todo hasta más tarde.

Ni su madre ni De Jong se habían dado cuenta del aparte sostenido por la joven con el abogado. Todos callaron, y el policía abrió el camino hacia la casa.

Lucy Wilson continuaba sentada donde la habían dejado. Igual podía ser un instante antes, a juzgar por su inmovilidad. Tampoco su palidez había menguado. Bill se situó en un rincón, mirando al

suelo. Algo le impedía mirar a la joven del armiño. Todas las fibras interiores de su cuerpo le exigían refrescarse del calor íntimo que experimentaba. ¡Oh!, debía ser muy hermosa… No, bellísima. Vaya, ¿qué locura acababa él de cometer?

—¿Dónde está…? —empezó a balbucear la mujer de las martas cebellinas, vacilando en el umbral.

Sus ojos, más aviejados de lo normal, iban de un rostro a otro, con inseguridad, hasta que por fin se fijaron con horror en las rígidas piernas que sobresalían por detrás de la mesa.

—Madre…, por favor —murmuró Andrea—. No, por favor.

Bill la miró. A la luz de la lámpara, vio gracia, exuberancia y juventud… y algo más que relajó la presión de sus ardientes labios, aún trémulos por el recuerdo. Era algo tan fútil, pensaba, tan fuera de lugar… La muchacha representaba todo lo que él siempre había despreciado. Una joven debutante en sociedad. La sociedad… La riqueza… El esnobismo de la sangre… La ociosidad… La antítesis de aquello porque lucharon siempre él y Lucy. Su deber era bien claro. Era algo más que un deber para con la ley. Miró a su hermana, tan mortalmente inmóvil, en su silla. También era hermosa… pero de modo diferente. Y era su hermana. ¡Oh!, ¿cómo podía pensar tales cosas en aquellos terribles momentos? Y había dos cosas que le quemaban en su cuerpo: los labios, que ella había besado, y el diamante que él había recogido sobre la alfombra.

—Señora Gimball —comenzó Ellery Queen con voz remota y fría —, ¿quiere identificar el cuerpo, por favor?

La sangre huyó de la cara de Lucy Wilson. La vista de su creciente palidez obligó a Bill a ponerse de pie.

—No entiendo… —rezongó De Jong—. ¿Qué diablos pretende, Queen?

Pero la mujer de las martas cebellinas iba ya dando la vuelta a la mesa como una sonámbula. Su delgada figura, erguida, real, como deshidratada, parecía de acero. La joven permaneció donde estaba, y el caballero del sombrero de fieltro alargó una mano para sostener a la dama. Las aletas de la nariz de De Jong oscilaban acusadamente; de pronto, pasó detrás de la mesa y apartó el periódico que cubría el rostro del cadáver.

—Esto es… —balbució la dama; luego rectificó—: Es…

Se apoyó en la mesa con una mano muy enjoyada.

—¿Está segura? ¿No cabe el menor error? —preguntó calmosamente Ellery desde el umbral.

—Ninguno… en absoluto. Sufrió un accidente de automóvil hace quince años. Aún es posible ver la cicatriz sobre su ceja izquierda.

Lucy Wilson exhaló un grito penetrante y se puso de pie. Había perdido el dominio de sí misma, y bajo el tosco vestido jadeaba pesadamente. Avanzó como queriendo desgarrar a la otra mujer en pedazos.

—¿Qué quiere decir? ¿Por qué ha venido? ¿Quién es usted?

La dama volvióse hacia ella lentamente. Los ojos de ambas mujeres chocaron… unos ojos juveniles y negros, y otros azules y envejecidos.

La señora Gimball se envolvió más ceñidamente en su abrigo con un gesto casi insultante.

—¿Y usted quién es? —inquirió a su vez.

—¿Yo? ¿Yo? —chilló Lucy—. Soy Lucy Wilson, y éste es… era Joe Wilson, de Filadelfia. ¡Mi marido!

Por un instante, la dama elegante pareció aturdida. Luego, sus ojos buscaron a Ellery Queen, siempre en la puerta, y dijo con frialdad:

—¡Qué necedad! Creo no haber entendido bien, señor Queen. ¿Qué significa esto?

—Madre, por favor —suplicó Andrea con voz angustiada—. Por favor.

—Dígale a la señora Wilson, señora Gimball —ordenó Ellery con voz clara y precisa, mas sin moverse—, dígale quién es el hombre que se halla aquí tendido.

—Es Joseph Kent Gimball —pronunció con toda claridad la mujer de más edad—, de Park Avenue, Nueva York. Y es mi marido. Mi marido!

—¡Oh, Dios santo! —exclamó Ella Amity, corriendo como una flecha hacia la carretera.

EL RASTRO

2

El rastro de la serpiente se
Halla por encima de todos.

—Cáscaras… esto clama al cielo —rezongó De Jong.

Con un gesto brutal se quitó el cigarro de la boca y lo arrojó al suelo. Después, corrió tras la periodista.

Lucy Wilson se asía la garganta como si temiera que le fuera a estallar. Sus negros ojos iban desde la señora Gimball hasta el cadáver que estaba en el suelo. Andrea Gimball se estremecía y se mordía los labios.

—¡Gimball! —exclamó Bill con voz ahogada—. ¡Santo Dios! Señora Gimball, ¿se da cuenta de lo que ha dicho?

La dama efectuó un gesto imperioso con sus finas manos. Las sortijas destellaron bajo la lámpara.

—Esto es una locura. ¿Quiénes son estas personas, señor Queen? ¿Y por qué se me somete a una escena tan ridícula cuando mi esposo, está ahí muerto?

Las aletas de la naricilla de Lucy se expandieron como las velas de una nave bajo la tormenta.

—¿Su esposo? ¿Suyo? Este es Joe Wilson, repito. Tal vez su marido se parezca a Joe… Oh, por favor, váyanse, ¿quieren?

—Me niego a discutir con usted mis asuntos personales —replicó

la dama altivamente—. ¿Dónde está ese individuo que se halla a cargo del asunto? De todas las mayores desdichas…

—Jessica —intervino pacientemente el caballero de edad madura—. Tal vez sería mejor que te sentases y dejaras que el señor Queen y yo manejásemos este caso. Está claro que se ha producido un grave error, pero de nada servirán los nervios 206 ni los insultos.

Hablaba como si se dirigiese a una chiquilla. La profunda arruga existente antes, entre sus cejas, se había desvanecido.

Los labios de la mujer formaron dos líneas paralelas. Se instaló en una silla.

—Si no he entendido mal —preguntó el viejo caballero cortésmente—, usted es la señora Lucy Wilson, de Fairmont Park, Filadelfia.

—¡Oh, sí! —gritó Lucy.

—Ya —la mirada que él dirigió a la joven fue fría, casi calculadora, como deseando averiguar hasta dónde llegaba en ella la falsedad—, ya —repitió.

La arruga volvió a aparecer entre sus cejas.

—Creo que no he entendido su nombre —intercaló Bill.

El caballero dejó ver una mueca antes de contestar:

—Me llamo Grosvenor Finch, y soy amigo íntimo de las familias Borden y Gimball desde más años de los que quisiera poder decir. Si esta noche me encuentro aquí es solamente porque el señor Jasper Borden, padre de la señora Gimball, está inválido y me pidió que ocupase su puesto junto a su hija —Finch dejó cuidadosamente su sombrero encima de la mesa—. Vine, pues, como amigo de la señora Gimball. Aunque ahora empiezo a pensar que tal vez deba quedarme en calidad de algo diferente.

—¿Qué quiere dar a entender con esto? —inquirió Bill suavemente.

—¿Puedo saber con qué derecho me interroga, joven?

Los ojos de Bill lanzaron chispas.

—Soy Bill Angel, abogado de Filadelfia, y hermano de la señora Wilson.

—Ya, el hermano de la señora Wilson.

El anciano miró a Ellery, asintiendo con la cabeza en gesto interrogador. Ellery, que no se había apartado de la puerta, murmuró una frase, y Finch rodeó la mesa para inclinarse sobre el

cadáver. No lo tocó. Por un momento, contempló el rostro helado, rígido; luego, susurró:

—Andrea, querida, ¿crees que podrás resistir…?

La joven tragó saliva; parecía mareada, pero cuadró la barbilla, avanzó, obligándose a mirar al difunto.

—Sí —murmuró muy quedo, apartando seguidamente la vista—. Es Joe, Joe, Ducky.

Finch asintió y Andrea fue hacia la silla de su madre, situándose detrás, como desamparada.

—Señora Wilson —dijo Finch—, tiene usted que comprender que está horriblemente equivocada.

—¡Oh, no!

—Un error, repito. Espero sinceramente que sea esto… y nada más —Lucy agitó las manos en son de protesta—. Le aseguro una vez más —prosiguió el distinguido caballero—, que el hombre que está muerto ahí en el suelo es Joseph Kent Gimball, de Nueva York, esposo legal de la dama que está en esa silla, nacida Jessica Borden, después señora de Richard Peine Monstelle, y después, al morir Monstelle, señora de Joseph Gimball. Y la jovencita que ve ahí es la hijastra de Joseph Gimball, Andrea, hija de la señora Gimball y su primer esposo.

—Puede usted ahorrarse los detalles genealógicos —sonrió Ellery.

Las claras pupilas de Finch no se alteraron.

—Conozco a Joe Gimball desde hace veinte años, desde sus días en la Universidad de Princeton. Conocí a su padre, el viejo Roger Gimball, de la rama Back Bay de la familia, el cual falleció durante la guerra. Y a su madre, que murió hace seis años… la señora Providence Kent. Durante generaciones, los Gimball han sido… —vaciló en busca de la frase adecuada—, una de nuestras familias más distinguidas.

Por lo tanto, como usted ve, es imposible que ese hombre sea su esposo, señora Wilson.

Lucy profirió un curioso suspiro, como la exhalación de una esperanza perdida.

—Nosotros nunca fuimos nada. Sólo gente trabajadora. Y Joe también. Joe no podía ser…

—Querida Lucy —la interrumpió Bill, con ternura—. Lo más

gracioso es que nosotros sabemos que se trata en realidad de Joe Wilson, de Joe Wilson, de Filadelfia, buhonero errante que se ganaba la vida vendiendo bisutería barata a las amas de casa de la clase media. Tenemos fuera su coche, y su muestrario de bisutería. Tenemos los contenidos de sus bolsillos, muestras de su escritura… o sea, todas las pruebas de que se trata de Wilson el buhonero, y no el Gimball de la alta sociedad. ¿Imposible, señor Finch? Supongo que no lo cree usted así.

El caballero devolvió la férrea mirada de Bill, y había algo obstinado y reacio en su barbilla.

—¿Un viajante de comercio? —se horrorizó Jessica Gimball.

Andrea contemplaba a Bill con el mismo pavor que la atormentaba desde que había puesto los pies en la cabaña.

—La respuesta —intervino Ellery desde la puerta— es bastante simple. Naturalmente, tú ya lo sospechabas, Bill —se encogió de hombros—. Ese hombre era el mismo con dos personalidades.

De Jong entró, con aspecto de triunfo. Se detuvo en seco.

—Oh, trabando amistad, ¿eh? —se restregó las manos—. Es lo mejor; de nada sirve pelearse. Ya está todo demasiado revuelto, demasiado.

Continuó restregándose las manos. De la carretera provenía el ruido de varios coches al partir.

—Hemos llegado a una conclusión, De Jong —dijo Ellery, avanzando lentamente—. No se trata de un caso ficticio de mellizos, ni de usurpación de personalidad, sino algo más sórdido: se trata de una doble identidad deliberada. Lo cual es más frecuente de lo que cree la gente. No existe la menor duda de ello. Tenemos pruebas positivas por ambas partes. Todo concuerda.

—¿De veras? —inquirió De Jong, extrañamente complacido.

—Sabemos que, como Joseph Wilson, este hombre, durante muchos años, sólo pasaba dos o tres días por semana en Filadelfia con Lucy Wilson; tú mismo, Bill, te sentiste perturbado por esta peculiaridad de su conducta. Y yo estoy seguro de que la señora Gimball puede confirmar que su marido pasaba todas las semanas algunos días lejos de su hogar de Nueva York.

La altiva dama tenía los ojos fatigados, enrojecidos por el resentimiento y la humillación sufrida.

—Durante años —tartamudeó—, Joe fue siempre… Oh, ¿cómo

se atrevió a hacer semejante cosa? Solía decir que tenía que gozar de unos días de soledad en un lugar apartado o se volvería loco. ¡El muy miserable! ¡El muy canalla!

—Mamá… —murmuró Andrea, colocando sus bellas manos sobre los temblorosos hombros de su madre—. Joe decía que poseía un escondrijo cerca de Nueva York. Jamás le contó a mamá ni a nadie dónde tenía el refugio, afirmando que un hombre tiene derecho a gozar de su intimidad. Nunca sospechamos nada, porque no le gustaba la vida de sociedad.

—¡Ahora lo veo claro! —exclamó la señora Gimball—. ¡Era sólo una excusa para marcharse y estar con su… con esta mujer!

Lucy se tambaleó como si le hubieran propinado un puñetazo. Grosvenor Finch sacudió la cabeza, mirando a la dama con un signo de desaprobación y prudencia. Pero ella continuó sin hacerle caso:

—¡Y yo nunca sospeché nada! ¡Tonta de mí! —su voz sonaba áspera—. ¡Qué bajeza! ¡Qué bajeza! ¡Hacerme una cosa tan mezquina a mí!

—Bajeza desde su punto de vista, señora Gimball —replicó Bill fríamente—. Recuerde, por favor, que también mi hermana se vio engañada. Y ella es tan buena…

—Bill —le atajó Ellery—, no iremos a ninguna parte con esas pueriles recriminaciones. Por otra parte, el sentido común exige una aclaración de la situación. ! Esta cabaña confirma una aclaración a la situación. Esta cabaña confirma la teoría de la doble personalidad. Aquí hemos encontrado a las dos personalidades mezcladas. Las ropas de Wilson y las de Gimball, un coche de Wilson y otro de Gimball. Podemos afirmar que esta cabaña representa, en cierto modo, un territorio neutral. Indudablemente, se detenía aquí periódicamente, camino de Filadelfia, para ponerse la ropa de Wilson y coger el «Packard»; y volvía a detenerse aquí para recuperar las ropas de Gimball y su «Lincoln», de regreso a Nueva York. Naturalmente, nunca se dedicó a la venta de bisutería; se limitó a decírselo así a la señora Wilson… Y, a propósito, señora Gimball, ¿por qué piensa que su marido tenía un asunto… de carácter inmoral con la señora Wilson?

La dama curvó sus labios desdeñosamente.

—¿Qué podía buscar un hombre como Joe Gimball en una joven como ésta? Oh, sí, supongo que es atractiva dentro de un estilo…

barato, pero Joe era un hombre de gusto, bien educado. Esta señora no podía ser para él más que un pasatiempo vulgar. ¡Su esposo…! ¡En absoluto! Y si no fuera porque soy una señora muy señora, hasta diría ¡narices! Pero no lo digo porque, repito, soy una señora muy señora.

Sus fríos ojos examinaban a Lucy con odio corrosivo, como despojándola de todos sus vestidos y dejando a su víctima desnuda a la vergüenza pública. Bill la hizo callar con un grito.

—Señora Gimball… —murmuró Ellery con acento helado.

—¡No! Haz algo, Ducky —suplicó Jessica, dirigiéndose a Finch—. Ya te darás cuenta de que esa joven es de las que cobran. Por tanto, supongo que un cheque lo solucionará todo. En casos como éstos, el dinero siempre…

—¡Jessica, por favor! —se encolerizó al fin el distinguido caballero.

—Temo que no sea tan sencillo, señora Gimball —masculló Ellery—. ¡Lucy…, oh, Lucy!

—¿Sí? —gimió la joven.

—¿Te casaste en una ceremonia legal con el hombre a quien conociste como Joe Wilson?

—Se casó conmigo. Yo no soy ninguna… ¡Se casó conmigo!

—¡Casados! —se burló Jessica—. ¡Valiente cuento!

—¿Dónde os casasteis? —quiso saber Ellery.

—Conseguimos la licencia en el Ayuntamiento de Filadelfia. Nos casó…, nos casó un ministro de una iglesia de la parte baja.

—¿Tienes el certificado de matrimonio?

—Oh, sí, sí.

La señora Gimball se movió con inquietud.

—¿Hasta cuándo tendré que soportar esta situación intolerable? Está bien claro que todo es un truco. ¡Ducky, haz algo! El certificado de matrimonio…

—¿No comprendes, madre —intervino Andrea—, que la señora Lucy no es lo que tú dices? Por favor, madre. Esto es más grave de lo que… ¡Oh, tienes que ser razonable!

—¿Cuándo se casó usted con Joseph Gimball, señora? —inquirió Bill con voz estrangulada.

La interrogada echó atrás la cabeza, como desdeñando dar una respuesta.

—Se casaron —contestó Finch, con voz preocupada— en la catedral de San Andrés, de Nueva York, el diez de junio de mil novecientos veintisiete.

Lucy lanzó una exclamación de triunfo, y la otra mujer sufrió un sobresalto. Estaban una frente a la otra, separadas por un espacio de dos metros, con las piernas rígidas del muerto entre ambas, como una valla.

—Domingo, en la Quinta Avenida —murmuró Lucy—, damas, la alta sociedad, periodistas, sombreros de copa, coches, joyas, la catedral, el obispo seguramente… ¡Oh, Dios mío! —se echó a reír—. Supongo que cuando Joe me cortejó en Filadelfia todo resultó mucho más barato, y que se escondió tras el apellido Wilson porque temía verse mezclado al mío. Sí, le resultó muy barato enamorarse y casarse conmigo —se puso de pie y, en medio del silencio reinante, su voz volvió a sonar como una sirena—. Durante ocho años la baratura estuvo de su parte… y de la de ustedes. Soy barata, ¿verdad? Durante ocho años, usted, señora, vivió con un hombre al que no tenía derecho…, al menos, más derecho que cualquier buscona callejera.

—¿Qué está diciendo —susurró Andrea—, señora Wilson?

—En su calidad de Joseph Wilson —explicó Bill suavemente—, se casó con mi hermana el veinticuatro de febrero de mil novecientos veinticinco. O sea, más de dos años antes de casarse con su madre, señorita Gimball.

El único sonido fue el respingo lanzado por Jessica.

—¿En mil novecientos veinticinco? —repitió luego—. Usted me acusa de bigamia… ¡a mí! ¡Todos ustedes son un lote de malditos embusteros!

—¿Está seguro, Bill Angell? —volvió a susurrar Andrea.

Bill se pasó una mano por sus labios.

—Es la verdad, señorita Gimball, y podemos demostrarlo. Y a menos que ustedes logren exhibir un certificado de matrimonio anterior al veinticuatro de febrero de mil novecientos veinticinco, su madre está perdida. Tenemos la justicia de nuestra parte y hemos de protegernos.

—¡Oh, esto es infame! —exclamó la señora Gimball

coléricamente—. Tiene que tratarse de un error. ¡Por fuerza!

—Por favor —intervino Grosvenor Finch—, no hay que apresurarse. Señor Angell, la señora Gimball, como es natural, se halla trastornada, y, naturalmente también, lo siento mucho por su hermana. ¿No…, no podríamos llegar a algún acuerdo? ¡No, Jessica! Tal vez, señor Queen, con un poco de influencia…

—Es demasiado tarde —replicó Ellery con frialdad—. ¿Vio a esa pelirroja salir de aquí a toda marcha? Representa a la Prensa. La historia circula ya por todos los periódicos.

—Pero esto de la bigamia… Esa periodista no se ha enterado de ello, puesto que no lo ha oído. Estoy seguro de que…

Bill lanzó un gruñido y empezó a pasearse por la cabaña.

—Nada de este mundo lograría impedir que esos malditos periodistas husmeen en las fechas de matrimonio. Tenemos que enfrentarnos todos juntos con eso. Dios sabe que estamos en un buen lío.

Lucy permanecía muy quieta, como muerta.

—Muy bien —aceptó Finch finalmente. Los músculos de su ancha barbilla estaban en tensión—. Si se trata de una batalla, ya tengo una carta por jugar.

—Creo —le atajó una voz sardónica desde un rincón— que ya he permitido demasiado tiempo esta discusión.

El jefe de Policía De Jong les sonreía sin el menor humor; todos le habían olvidado.

—Ahora que todo el mundo empieza a enfurecerse, yo me mostraré duro. Murphy, ¿lo has anotado todo? —el detective que estaba en el umbral, asintió, mientras mordisqueaba su lápiz—. Bien —prosiguió De Jong, avanzando—, tenemos que organizamos. Usted, primero, Queen. Opino que sus acciones exigen una explicación.

Ellery se encogió de hombros y se guardó la pipa.

—El rostro de ese individuo me tenía preocupado, sin saber por qué. Y, de pronto, me acordé. Lo que me irritaba era una semejanza. Hace varios meses asistí a un banquete en honor de un personaje, y allí conocí y conversé con un caballero que podía muy bien ser el hermano gemelo del que esta noche había conocido, ya muerto, como Joe Wilson, el marido de Lucy. Pero al otro me lo habían presentado como Joseph Kent Gimball, de Nueva York.

Cuando pensé en las habituales ausencias de Joseph Wilson de su hogar de Filadelfia, pensé que entraba dentro de lo posible que Wilson y Gimball fuesen una misma persona. Por tanto, bajé a la carretera y telefoneé al apartamento de los Gimball en Nueva York.

—Nosotros lo habríamos descubierto también más pronto o más tarde —gruñó De Jong—. ¿Qué más?

Ellery le miró fijamente.

—En casa no había más que Jasper Borden, el suegro de Gimball. Le formulé varias preguntas, descubrí que Gimball faltaba de su casa hacía unos días, y comprendí que estaba sobre la buena pista. Entonces le conté lo ocurrido. El señor Borden me contestó que la familia había salido, pero que trataría de localizarles a todos y los enviaría hacia aquí lo antes posible.

—Borden, ¿eh? —murmuró De Jong—. El viejo ferroviario. ¿Por qué no la ha acompañado su padre, señora Gimball?

Andrea suspiró.

—El abuelo lleva años sin salir de casa. Sufrió un ataque en 1930 que le paralizó todo el costado izquierdo.

—¿Dónde estuvieron ustedes esta noche? ¿A dónde les envió a buscar el abuelo?

—Mamá y yo asistimos a un baile de caridad que daban en el «Waldorf». Fuimos allí con un grupo de amigos. El señor Finch, mi prometido el señor Burke Jones, de Newport, la señora…

—Todos juntos, ¿eh? —masculló De Jong—. Un grupito de gente gorda, vaya.

Sin saber por qué, Bill enrojeció. Bien, debió preverlo. Miró a la chica, primero a su cara y después a su mano izquierda. La joven se había quitado el anillo del dedo.

—Si se refiere —manifestó Finch fríamente— a que alguno de nosotros pudo marcharse de allí, venir hasta aquí y matar a Joe Gimball, supongo que, hipotéticamente, tiene razón. Sin embargo, si no tiene nada más que añadir a esta necedad, por mi parte le diré que…

—Una buena coartada jamás hace daño a nadie —aseveró De Jong—. ¿Dónde está su novio, señorita Gimball? Ese Jones.

—No estábamos seguras de que fuese Joe el que… —Andrea se reprimió, evitando la mirada de Bill—. Bueno, yo… no le dije nada a Burke. El abuelo habló con mamá por teléfono cuando nos

localizó, y no le creímos. Pero se mostró tan insistente que decidimos venir a ver qué había de cierto en sus palabras. Yo no quise mezclar a Burke en… en un…

—Entiendo, entiendo —De Jong se mostró conciliador—. Ello hubiese podido estropear la boda. El novio abandona a la novia… Sí, una buena noticia para los diarios. Señor Finch, creo que usted deseaba sacarse algo del pecho. Pues bien, ¡adelante!

—En circunstancias ordinarias —replicó Finch con tono tenso—, me disgustaría sacar a relucir el asunto. Pero también nosotros tenemos que defendernos. Este antagonismo hacia la clase adinerada, De Jong, a veces resulta muy enojoso. Sí, tengo que revelar algo, y temo que resulte un poco… desagradable.

Ellery se estremeció.

—¿Puedo sugerirle que vaya al grano?

—Supongo que ustedes ignoran quién soy. En otro momento, ello no importaría ni lo sacaría a relucir, pero resulta que ahora es importante. Yo soy el vicepresidente ejecutivo de la Compañía Nacional de Seguros de Vida.

—¿Sí? —gruñó De Jong.

No parecía muy impresionado, aunque la Nacional era una de las compañías de seguros de vida más importantes del mundo.

—En el curso de mis relaciones con la Compañía —continuó Finch—, he tenido ocasión de asegurar a muchos amigos. No como agente, naturalmente…, pues hemos progresado desde aquellos tiempos —esbozó una sonrisa—. Puramente, como un favor. Mis amigos me llaman el agente de seguros mejor pagado del mundo. ¡Ja, ja!

—¡Ja, ja! —le imitó De Jong—. ¿Qué más?

—Entre el pequeño número de amistades cuyas pólizas he obtenido personalmente se halla la de Gimball. A menudo, bromeábamos por ello. Una póliza notablemente buena. Gimball fue a verme en el año treinta y me pidió que le asegurase por un millón de dólares.

—¿Un… qué? —se asombró el jefe de Policía.

—Un millón de dólares. No es la póliza más importante que conozco, aunque sí es la mayor suscrita por un hombre joven. En mil novecientos treinta, Gimball sólo contaba treinta y tres años. La prima no excedía de veintisiete mil dólares. Sea como sea, conseguí

la póliza para él; gozaba de una salud perfecta, y la póliza fue suscrita aquel mismo año.

—En la Nacional, ¿eh? —murmuró Ellery—. Siempre pensé que la ley prohibía que una compañía de seguros asumiese un riesgo tan grande.

—Muy cierto. El límite legal para una sola compañía es una póliza de trescientos mil dólares. En el caso de un contrato que pase de tal cantidad, el exceso queda suscrito por otras compañías, lo cual es un procedimiento muy corriente. La Nacional aceptó trescientos mil dólares y otras siete compañías aceptaron cien mil cada una.

El contrato se redactó como una sola unidad, y Gimball abonaba sus primas a través de la Nacional. La póliza se halla en condiciones óptimas, sin préstamos por adelantado, ni primas atrasadas.

—Un millón de dólares… —repitió Bill, como ofuscado por la cifra.

De Jong contempló al cadáver con mirada asombrada.

—Bien —acució Ellery—, ¿de qué se trata?

Grosvenor Finch le miró con fijeza.

—Yo soy un representante de la Compañía —afirmó con sequedad—. Y todas las compañías de seguros tienen el derecho de investigar la muerte de sus asegurados.

Aquí tenemos un caso de asesinato. Un caso de asesinato, además, que lleva consigo un seguro de un millón de dólares a nombre de la víctima. Supongo que todos ustedes conocen la ley. En efecto, la ley afirma que un contrato de seguro queda automáticamente cancelado si hay pruebas suficientes de que el asegurado halló la muerte mediante la instrumentalidad de su beneficiario.

Por un momento reinó el silencio en el interior de la cabaña.

—Pero, Ducky… —exclamó, de repente, la señora Gimball, refiriéndose a Finch.

—¡Ducky! —repitió Andrea, muy agitada—. ¿Estás loco?

El aludido sonrió.

—Naturalmente, yo me debo ante todo a la Compañía. Y la rutina más simple del mundo aconseja investigar escrupulosamente este asesinato. La cantidad que está en juego es muy considerable. Si Gimball fue asesinado por su beneficiario, las pruebas

significarían que la Nacional y otras siete compañías sólo son responsables del dinero invertido por Gimball, más los dividendos e intereses acumulados… en un período de cinco años solamente, más aún si se tiene en cuenta el valor del dinero entregado, que es una suma pequeñísima en comparación con la total de la póliza, o sea, el millón de dólares.

—Diantre —exclamó De Jong—, no me diga que una compañía como la Nacional no puede resistir el pago de tres mil de los grandes.

Finch pareció tremendamente estupefacto.

—Mi querido señor… No se trata de eso, en absoluto. Según la ley, es virtualmente imposible que una compañía de seguros se halle en una situación financiera precaria. En cuanto a la Nacional… ¡eso sería ridículo! No, se trata de un asunto de principios. Si las compañías de seguros no se protegieran con tales investigaciones, ello significaría una invitación virtual a los beneficiarios de las pólizas de seguros de vida a asesinar a los asegurados.

—¿Y quién —quiso saber Ellery— es el beneficiario de Gimball?

Los dos sanitarios que ya habían aparecido antes volvieron a entrar. Dejaron la camilla junto al cadáver.

De pronto, la señora Gimball hundió el rostro entre las manos y empezó a sollozar. Por la expresión estupefacta de Andrea y Finch, resultó evidente que el espectáculo de Jessica Gimball llorando era tan raro como el de la lluvia en el Sahara.

—Jessica, Jessica —murmuró Finch, con voz turbada—, no pensarás que…

—¡No me toques… Judas! —sollozó la dama—. ¡Acusarme a mí… a mí…!

—¿Es la señora Gimball la beneficiaría de Joe Gimball? —preguntó de nuevo Ellery, sin expresión en la voz.

—Jessica, no, por favor. Oh, he sido un tonto… Mire, Queen, como es natural, no estoy acusando a Jessica de asesinato… —Fich no hallaba palabras para expresar lo ridículo de tal idea—. Deseaba explicar que Jessica sólo fue la beneficiaría de Joe Gimball. Pero que ya no lo es.

La dama dejó de sollozar al instante. Andrea se puso de pie, chispeantes de indignación sus pupilas azules.

—¡Ducky! Todos sabemos que mamá era la beneficiaría de Joe. Fue el abuelo quien sugirió que se asegurase, por sus anticuadas ideas sobre las «responsabilidades» de un buen marido. ¡Claro que mamá no necesita ese dinero! Oh, Ducky, no puedes hablar en serio.

—Hablo en serio —replicó Finch, con gravedad—. No estaba en situación de poder contártelo, Jessica; de lo contrario, lo habría hecho. Esos asuntos son confidenciales, y cuando Joe dispuso el cambio de beneficiario, tuve que prometerle silencio. ¿Qué podía hacer yo?

—Un momento —intervino De Jong—, pongamos esto en claro. Empecemos desde el principio. ¿Cuándo fue a verle Wilson… Gimball o como se llame?

—No fue a verme. Hace unas tres semanas, era el diez de mayo, la señorita Zachary, mi secretaria, me informó que se había recibido por correo una solicitud de Gimball, pidiendo un formulario para efectuar el cambio de beneficiario. Me sorprendió que Joe nada me hubiera dicho o consultado; siempre me he ocupado personalmente de todo lo concerniente a las pólizas de mis amigos. No obstante, ello no importaba, porque todo lo referente a la póliza de Gimball llegaba automáticamente a mi despacho. Naturalmente, el formulario fue enviado inmediatamente, y yo telefoneé a Joe a su oficina.

—¡Un momento! —le atajó De Jong—. Eh, muchachos, saquen el muerto de aquí. ¿A qué diablos esperan?

Los sanitarios se apresuraron a salir con su fúnebre carga.

—Joe… —sollozó Lucy, contemplando la puerta ya cerrada. Después calló.

La señora Gimball contemplaba la puerta con resentimiento, como si no pudiese perdonarle al muerto lo que le había hecho. Retorcía sus enjoyados dedos con claras muestras de cólera.

—Le telefoneé —continuó Finch—, para obtener su confirmación. No comprendía por qué deseaba Joe cambiar de beneficiario. Claro está, hablando en propiedad, no era cosa de mi incumbencia, lo que le dije al momento. Pero Joe no estaba enfadado, sino nervioso. Me confirmó que deseaba cambiar el beneficiario por motivos demasiado complicados para comunicármelos en aquel momento. Dijo vagamente que Jessica ya era inmensamente rica, que no necesitaba la protección de la

póliza… o algo por el estilo; y me pidió que le guardase el secreto de sus intenciones, al menos hasta que pudiera hablar conmigo a solas.

—¿Y… habló con usted? —le instó Ellery.

—No, por desgracia. No le vi ni hablé con él desde nuestra conversación telefónica de hace tres semanas. Creo que me eludía, tal vez para no verse obligado a darme las explicaciones prometidas. Cuando vi el nombre del nuevo beneficiario en la solicitud, no significó nada para mí. Era un nombre totalmente desconocido. Temo que después de pensar vagamente que aquel cambio podía significar una pequeña trifulca entre Joe y Jessica, me olvidé completamente del asunto.

—¿Qué ocurrió después de su conversación con Gimball? —quiso saber De Jong.

—Joe rellenó los formularios y me los envió por correo, unos días más tarde; tardé un par de semanas en solucionar el caso con las demás compañías, y finalmente me fueron devueltas las nuevas pólizas debidamente conformadas el miércoles pasado; y éste fue el fin del asunto. Hasta esta noche —Finch frunció el entrecejo hasta esta noche, en que Joe fue asesinado por la mano de alguien. Tremendamente extraño.

—Bien, creo que estamos llegando al punto crucial —observó Ellery, pacientemente—, aunque por un camino sumamente tortuoso. ¿Quiere decirnos, por favor…?

Finch paseó su mirada por los rostros de todos los presentes.

—Comprendan —murmuró— que lo que voy a decirles es únicamente la confirmación de un hecho. Por mi parte, todavía no tengo el cerebro muy claro, y tal vez esté equivocado… El significado de este cambio de beneficiario no penetró en mi cerebro hasta que llegué aquí esta noche y descubrí… —hizo una pausa—. Cuando Gimball devolvió los formularios, indicaban éstos, en el debido lugar, que el beneficiario debía ser cambiado: en lugar del nombre de Jessica Borden Gimball, el de la señora Lucy Wilson. Repito, a la señora Lucy Wilson, cuya dirección quedaba expresada debidamente, hacia Fairmount Park, en Filadelfia.

—¿A mí? —exclamó Lucy, débilmente—. ¿Un millón de dólares?

—¿Está seguro, Fich? —De Jong se inclinó hacia delante, en actitud ávida—. No estará arrojando un puñado de polvo a mis ojos,

¿verdad?

—Supongo que no puedo enfadarme —replicó Finch, con frialdad y altanería—. Les aseguro que no tengo nada en contra de la señora Wilson, a la que no he conocido hasta esta misma noche y que, con toda seguridad, es la víctima de un malentendido. Por otra parte, querer engañarle a usted, De Jong, sería estúpido. La Nacional es una organización que está por encima de las personalidades y de las posibilidades de las maquinaciones individuales.

—Han hablado los Estados Unidos.

Finch parpadeó.

—No veo la necesidad de que emplee usted unos modales insultantes. Sin embargo, existe un archivo, y nadie, ni yo ni Hathaway, el presidente de la Nacional, ni nadie de este mundo podría falsificarlo. Además, usted podrá ver por sí mismo la solicitud de Joe Kent Gimball, de su propia mano, tanto junto a las pólizas como en su fotocopia…, donde debe de estar, bien en la caja fuerte de su oficina, o en la caja de seguridad de su Banco.

El jefe de Policía asintió con impaciencia; su mirada estaba fija en Lucy, como atenazándola en la silla con un cálculo sin remordimiento alguno. Lucy se encogió, en tanto sus dedos jugueteaban con un botón de su vestido.

—¡Joe se portó como un canalla! —gritó la señora Gimball, apasionadamente—. ¡Dejar como beneficiarla a ésta… ésta… a su esposa…! ¡Oh, me niego a creerlo! Y no es por el dinero. Pero su crueldad, su mal gusto…

—El histerismo no nos ayudará en nada, mi querida señora —la interrumpió Ellery, quitándose las gafas para limpiar las lentes con vigor—. Dígame, señor Finch, ¿no dijo nada a nadie sobre este cambio de beneficiario?

—Claro que no —se ofendió el interrogado—. Joe me pidió el secreto y yo lo guardé.

—Naturalmente, el propio Gimball tampoco debió contárselo a nadie —reflexionó Ellery en voz alta—. Por lo visto, se hallaba en una encrucijada emocional; había adoptado una acción a seguir y estaba disponiéndose a dar la noticia. Sí, todo concuerda. Bill Angell recibió un telegrama de Wilson (supongo que hemos de seguir diferenciando sus personalidades) ayer por la mañana,

pidiéndole que viniese aquí esta noche por un asunto de extrema urgencia. Estaba en un apuro, según su telegrama. Naturalmente, resulta obvio que deseaba contarle toda la historia a Bill, confesarse con él, y pedirle consejo para sus futuras acciones. No dudo de que estaba ya decidido, puesto que cambió el beneficiario de su póliza a favor de Lucy. Pero, probablemente, dudaba respecto a la forma cómo la joven se tomaría la revelación de su verdadera personalidad. ¿Qué piensas, Bill?

—Ya no puedo ni pensar —repuso el joven, anonadado—.‘Aunque me imagino que estás en lo cierto.

—¿Y el abultado sobre que te dejó el viernes? ¿No se te ha ocurrido pensar que puede tratarse de las pólizas?

—En efecto.

—Bien, no se necesita ser un genio para determinar…

—Señora Wilson —exclamó De Jong, con rudeza—. Míreme.

Lucy obedeció como hipnotizada; el asombro, el dolor y el golpe todavía no se habían borrado de sus facciones.

—No me gusta su tono, De Jong —gruñó Bill.

—Entonces, cállese. Señora Wilson, ¿sabía que Gimball estaba asegurado?

—¿Yo? —tartamudeó la muchacha—. ¿Si lo sabía? No, no sabía nada. Joe no había hecho ningún seguro. Una vez le pregunté por qué, y me contestó que no creía en tales cosas.

—Naturalmente, no era éste el motivo —intercaló Ellery—. Asegurarse como Joe Wilson significaba un reconocimiento médico, la firma de varios documentos…, y un hombre que vivía constantemente con el temor de que fuese descubierta su doble vida debía evitar estampar su firma en cualquier papel. Lo cual explica por qué no tenía una cuenta bancaria…, un peligro remoto, pero Wilson debía de hallarse en las últimas fases del agotamiento nervioso, debido al constante esfuerzo de tener que mantener el engaño. Casi aseguraría que debía de escribir lo menos posible, en su calidad de Joe Wilson.

—Usted no solamente sabía que poseía un seguro de vida, señora Wilson —acusó De Jong, mirando fijamente a Ellery—, sino que tal vez incluso persuadió a cambiar el nombre de la beneficiaría, de la señora Gimball a usted, ¿verdad?

—¡De Jong! —amenazó Bill, dando un paso al frente.

—¡Quietos todos!

Las tres personas de Nueva York quedaron inmóviles. De repente, había invadido la cabaña algo amenazador. El rostro del policía estaba congestionado, y las arterias de sus sienes palpitaban visiblemente.

—No sé qué es lo que pretende —balbuceó Lucy—. He dicho antes que ignoraba que él fuese alguien… bueno, que fuese otro hombre, aparte de Joe Wilson… ¿Cómo podía yo estar enterada de la existencia de esa señora?

De Jong soltó un bufido claramente burlón. Luego, se dirigió a la puerta lateral, la abrió y chasqueó los dedos. Entró el pequeño hombrecillo que había acompañado anteriormente a Lucy, parpadeando ligeramente bajo la luz del interior.

—Sellers, repita en beneficio de esos señores, lo que usted hizo esta noche, cuando fue a casa de la señora Wilson.

—Sí, señor. Encontré la casa, me apeé del coche y toque el timbre —explicó el detective, con voz fatigada—. No hubo respuesta. Y la casa estaba a oscuras. Era una vivienda particular, ¿comprenden? Esperé un poco en el portal, y luego pensé que sería una buena idea dar un vistazo por allí. La puerta trasera estaba cerrada, como la principal, y también la de la bodega. Fui hacia el garaje. Las puertas, cerradas. Una cadena de hierro a través de la puerta oxidada y desvencijada, sin cerradura. Bueno, abrí las puertas y encendí la luz. El garaje, con capacidad para dos autos, estaba vacío. Volví a cerrar la puerta, regresé al portal y aguardé a la señora Wilson…

—Nada más, Sellers —le interrumpió De Jong, y el aludido volvió a marcharse—. Bien, señora Wilson, usted no fue en coche a la ciudad para ir al cine; usted misma nos contó que había tomado el autobús. Entonces, ¿dónde está su coche?

—¿Mi coche? —repitió débilmente Lucy—. ¡Oh!, no puede ser. Ese policía… debió registrar otro garaje. Yo salí con el coche ayer por la tarde, muy poco rato, y volví cuando llovía. Dejé el coche en el garaje y cerré yo misma la puerta. El coche se quedó allí. Oh, sí, estaba allí.

—No estaba, si Sellers dice lo contrario. Usted ignora qué le

pasó al coche, ¿verdad, señora Wilson?

—Acabo de decirle…

—¿De qué marca y año es el auto?

—¡Ni una palabra más, Lu! —intervino Bill, quedamente. Avanzó hasta quedar frente a frente del policía, y por un momento ambos se contemplaron fijamente a los ojos—. De Jong, no me gustan las malditas implicaciones de sus preguntas, ¿entiende? Y le prohíbo a mi hermana que conteste nada más.

De Jong le miró en silencio; luego sonrió torvamente.

—Está bien; refrene sus caballos, señor Angell. Ya sabe que se trata de mera rutina. No acuso aún a nadie. Sólo trato de descubrir los hechos.

—Muy loable —Bill volvióse bruscamente a Lucy—. Vamos, Lu. Salgamos de aquí. Ellery, lo siento, pero ese pájaro es imposible. Nos veremos mañana aquí, en Trenton, si no te has ido.

—No me iré —respondió Ellery.

Bill ayudó a Lucy a ponerse el abrigo y condujo a la joven hasta la puerta.

—Un momento, por favor —pidió Andrea.

Bill se inmovilizó, muy colorados los lóbulos de sus orejas. Lucy contempló a la jovencita embutida en un abrigo de armiño, como si la viera por primera vez, con cierta curiosidad mal disimulada. Andrea fue hacia ella y le cogió una mano.

—Quiero que sepa —balbuceó torpemente, evitando la mirada de Bill— que lo siento terriblemente… Nosotros no somos monstruos, oh, no. Por favor, perdónenos, querida, si… si la hemos ofendido en algo. Usted es una mujer valiente y muy desdichada.

—Oh, gracias —murmuró Lucy.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y se precipitó fuera de la cabaña.

—¡Andrea! —gritó la señora Gimball, enfurecida—. ¿Cómo… cómo te atreves a…?

—Señorita Gimball —dijo Bill en voz raja. Ella le miró, y él hizo una pausa—. No olvidaré su amable gesto.

Dio media vuelta y siguió a Lucy. La puerta resonó secamente. Un instante después oyeron el «Pontiac» de Bill jadeando en dirección a Camden. Aquel ruido parecía un desafío, y De Jong palideció de cólera. Encendió un cigarro con mano temblorosa.

—*Ave atque vale* —exclamó Ellery—. A usted no le gusta, De Jong, y sin embargo es un joven notable. Y como todos los machos, muy peligroso cuando sus hembras están en peligro… En nombre de la amistad, señorita Gimball, ¿puedo darle las gracias? Y ahora… ¿me permite que inspeccione sus manos?

La joven levantó lentamente la mirada.

—¿Mis manos? —susurró.

De Jong musitó algo en voz baja y salió de la cabaña.

—En otras circunstancias menos penosas —prosiguió Ellery cuando ella levantó las manos—, éste sería un placer inmenso. Si yo poseo un talón de Aquiles, señorita Gimball, es precisamente mi debilidad por las manos bien cuidadas de una mujer. Las suyas, y no necesito subrayarlo, son la esencia de la perfección manual… Creo haber oído decir esta noche que usted está prometida para casarse…

Bajo la presión de los dedos de Ellery, las palmas de la muchacha estaban húmedas, y había en su carne un ligero temblor.

—Sí… sí.

—Naturalmente —continuó Ellery—, no es asunto mío. Mas tengo entendido que la última moda de las novias acaudaladas es llevar encima el símbolo de la petición de mano. Syrus dijo que Dios mira las manos puras, no llenas, pero ignoraba que las clases pudientes habían seguido el consejo del clásico —la joven no replicó, y su rostro adquirió tal palidez que pareció a punto de desmayarse. Por fortuna, Ellery volvióse hacia su madre—. A propósito, señora Gimball, yo soy un verdadero sabueso para las verificaciones. Observé que las manos de su… de su esposo, ya que ahora tratamos del tema de las manos, no presentaban manchas de nicotina, y que sus dientes no estaban tampoco descoloridos. No había residuos de tabaco en sus bolsillos, ni ceniceros aquí. ¿Es cierto, pues, que no fumaba?

De Jong acababa de volver a entrar.

—¿Qué es eso de fumar? —preguntó.

—No —contestó la dama—, Joe no fumaba. ¡Vaya pregunta tonta! —se puso de pie y ofreció su brazo a Finch—. ¿Podemos irnos? Todo esto es inaguantable.

—Seguro —gruñó De Jong—. Aunque me gustaría que ustedes volvieran por la mañana. Quedan ciertas formalidades. Y me he

enterado de que el fiscal, el señor Pollinger, desea hablar con ustedes.

—Volveremos —afirmó Andrea en voz baja.

La joven se estremeció y se ciñó más fuertemente el abrigo en torno al cuerpo. Bajo sus ojos había unas manchas pálidas. Miró subrepticiamente a Ellery y apartó rápidamente la vista.

—¿No hay modo —preguntó Finch con insistencia— de suprimir la historia de ese… ese casamiento anterior? ¡Oh!, resulta tan terriblemente violento para ellas…

De Jong se encogió de hombros, pareciendo pensar en otra cosa. Los tres avanzaron torpemente hacia la puerta; la señora Gimball con el mentón levantado en desafío, aunque sus hombros estaban caídos como cestas atestadas. Luego, en medio de un silencio opresivo, salieron de la cabaña. Nadie habló hasta haberse alejado el estruendo del motor del coche.

—Bien —rezongó De Jong, al fin—, todo listo. Y en buen fregado nos hemos metido.

—Los fregados los formamos nosotros, De Jong —observó Ellery —, y éste es fascinante, de todos modos. Constituiría una delicia para el corazón del padre Brown.

—¿De quién? —preguntó De Jong distraídamente—. ¿Vuelve usted a Nueva York? —prosiguió, al ver que Ellery cogía su sombrero. No hizo el menor esfuerzo para intentar ocultar su alegría.

—No. En este caso hay elementos que exigen una aclaración, y no podría dormir si no me ocupase de ellos.

—Oh… —gruñó De Jong, claramente defraudado—. Pues, entonces… buenas noches.

—Buenas noches —replicó Ellery amablemente.

El policía estaba metiendo en un bolsa de papel el plato con su contenido. Su ancha espalda daba a entender su antagonismo. Ellery fue hacia su coche silbando, y regresó al Stacy-Trent.

El domingo por la mañana, Ellery Queen salió del hotel con una sensación de culpabilidad. Los suaves brazos de la cama le habían traicionado. Eran más de las once.

Un alegre sol primaveral iluminaba las desiertas calles de

Trenton. Anduvo en dirección a un estrecho callejón llamado Chancery Lane. A mitad del bloque de casas divisó un edificio. Delante, en la acera, había un farol muy alto y anticuado, con la lámpara de vidrio; y en la farola había un cartel blanco con letras mayúsculas en negro:

JEFATURA DE POLICÍA
Prohibido estacionarse

Penetró por el estrecho portal y se encontró en una salita de recepción con paredes húmedas, un escritorio muy largo, y un techo bajo; otra sala posterior estaba llena de arquillas de acero verdoso. En el ambiente reinaba un olor a vetustez y a masculinidad, que le deprimió. El sargento del mostrador le dirigió a la Sala 26, donde encontró a De Jong conversando con un individuo bajo y flaco, de facciones pálidas, como atacado de dispepsia; Bill Angell, hundido en una silla, con los ojos enrojecidos y despeinado, parecía no haber dormido en toda la noche, ni haberse quitado las ropas que llevaba el día anterior.

—¡Hola! —saludó De Jong sin entusiasmo—. Queen, le presento a Paul Pollinger, fiscal del condado de Mercer. ¿Dónde ha estado usted?

—Bebiendo la mandràgora de la infancia agotada —Ellery le estrechó la mano al individuo flaco—. ¿Alguna novedad esta mañana?

—Se ha perdido usted el espectáculo Gimball. Han estado aquí y ya se han marchado.

—¿Tan pronto? Hola, Bill.

—Hola.

Bill miraba fijamente al fiscal. Pollinger encendió un cigarro.

—En realidad, ese Finch quiere que usted vaya mañana a su despacho.

Estudió a Ellery por encima de la llama de la cerilla.

—¿De veras? —Ellery se encogió de hombros—. ¿Aún no tiene el informe de la autopsia, De Jong? Me muero de curiosidad.

—El forense me encargó comunicarle que no había quemaduras.

—¿Quemaduras? —intercaló Pollinger—. ¿Por qué quemaduras, Queen?

Ellery sonrió.

—¿Por qué no? Sólo se trata de una de mis habituales aberraciones. ¿No informó de nada más el forense, De Jong?

—¡Oh!, caramba… ¿De qué sirve la autopsia en este caso? Dijo algo respecto a que el cuchillo penetró en el cuerpo de Wilson impulsado por una mano derecha… Bueno, lo normal en tales casos.

—¿Y qué hay del sobre que Wilson… Gimball ¡maldito sea el tipo!, le dejó a Bill Angell?

El fiscal hojeó con el índice un montón de documentos que estaban sobre la mesa del jefe de Policía.

—Como usted adivinó, se trata de las ocho pólizas revisadas para convertir a Lucy Wilson en su beneficiaría. Me imagino que Gimball deseaba dejarlas en poder de Bill Angell, como protección de la señora Wilson. No tengo la menor duda de que intentaba confesarle a Angell su verdadera personalidad.

—Tal vez —sonrió De Jong— el cambio de beneficiario fuese una parte del trato. Sabía que el hermano de su esposa se enfurecería y pensó que si les llenaba de dólares todo se suavizaría.

Bill calló, pero trasladó su atención desde Pollinger al jefe de Policía. La mano que apoyaba sobre su rodilla empezó a temblar.

—No lo creo —opinó Ellery deliberadamente—. Ningún hombre se somete a una vida de tortura mental durante ocho años sin superar la causa emocional. Lo que usted dice, De Jong, podría ser cierto si Gimball consideraba a Lucy Angell como un mero juguete. Pero se casó con ella hacía diez años, y al menos durante ocho resistió la tentación natural de solucionar su problema divorciándose de ella, o simplemente desapareciendo, cuando quedándose a su lado se complicaba terriblemente la existencia.

—La amaba —murmuró Bill muy quedamente.

—¡Oh!, esto es incuestionable —afirmó Ellery, buscando su pipa y empezando a atiborrarla de tabaco—. La amaba tanto, que soportó una vida auténticamente proustiana para conservarla a su lado. Ese hombre no era un libertino encallecido, como demuestran su cara y su historia. Lo peor que podemos decir de él es que era débil. Además, hay que comparar a Lucy Wilson con Jessica Gimball. Usted no conoce a Lucy todavía, Pollinger; pero De Jong sí, y hasta el pulso de ese ofidio debió acelerarse. Es una joven singularmente atractiva, mientras que Jessica Gimball… Bueno, no

es muy amable contar las arrugas de una dama.

—Sí, es posible que esto sea cierto, Queen —replicó Pollinger—, mas en tal caso, ¿por qué diablos cometió un delito de bigamia con una dama de la alta sociedad?

—Tal vez por ambición. Los Borden son multimillonarios. Y aunque Gimball procedía de buena familia, creo recordar que en los últimos años la familia se empobreció casi totalmente. El viejo Jasper Borden no tiene hijos. Un hombre débil pero ambicioso como Gimball no podía resistir la tentación… y posiblemente hubo presiones por parte de su madre. La vieja Gimball era un marimacho, y tengo entendido que en los chismorreos de la alta sociedad se la llamaba la Vieja Hacha de Combate de la República. No me sorprendería que, ignorante del lío en que su hijo se hallaba, le hubiese impulsado a la bigamia.

El fiscal y el jefe de Policía se contemplaron mutuamente.

—Puede ser cierto —admitió el primero—. Esta mañana he hablado con la señora Gimball, no la madre del difunto sino su esposa, y según todos los indicios, se trató de un matrimonio de conveniencia… al menos por parte de Joe Gimball.

Bill Angell se agitó en su silla.

—No comprendo qué tiene que ver todo esto conmigo. ¿Puedo irme?

—Un momento, amigo —gruñó De Jong—. ¿Qué hay de Wilson? Bueno, deseo saber si Wilson hizo testamento.

—No. En caso contrario, su testamento habría llegado a mis manos.

—¿Todo está a nombre de su hermana?

—Sí. Los dos coches, la casa… libre de hipotecas.

—Y el millón —añadió De Jong, volviendo a sentarse en su sillón giratorio—. Y el millón. Perspectiva muy agradable para una joven viuda.

—Algún día, De Jong —sonrió Bill—, haré que se trague usted esa sonrisa de hiena.

—¡Eh, oiga!

—Basta ya —intervino Pollinger—. No hay necesidad de un duelo. ¿Ha traído usted el certificado de matrimonio de su hermana, Angell?

Mirando todavía al policía con enojo, Bill dejó un documento

sobre la mesa.

—Hum… —refunfuñó Pollinger—. Ya hemos efectuado una verificación en los archivos de Filadelfia. No existe la menor duda sobre el particular. Gimball se casó con Lucy Angell dos años antes de casarse con la Borden. Lo cual significa un verdadero embrollo.

Bill recogió el certificado.

—¡Sí, un maldito embrollo… con mi hermana colgando en uno de sus extremos!

—Nadie dice que…

—Además, queremos la custodia del cadáver. Era el marido de Lucy y tenemos derecho legal a enterrarle. Sobre esto no puede existir ninguna discusión. ¡Ningún juez del Estado le negará a Lucy el derecho a enterrar a su marido ante la evidencia de su prioridad matrimonial!

—Bueno, Angell —replicó Pollinger con inquietud—, al fin y al cabo, esto carece de importancia. Esa gente de Nueva York es poderosa, y él era, en realidad, Joseph Kent Gimball. No sería justo…

—¿Justo? —le cortó Bill, con una risita sarcástica—. ¿Es que nadie se acuerda de los derechos de mi hermana? ¿Cree usted posible borrar diez años de la vida de una mujer de un simple plumazo? ¿Cree que le temo a esa gente porque tengan posición y dinero? ¡Antes le vería en el infierno!

Salió del despacho con una mueca de desprecio. Los otros tres permanecieron en silencio hasta que dejó de oírse el ruido de sus pisadas en la escalera.

—Ya les dije —manifestó Ellery— que Bill Angell es un joven inteligente. Y no subestimen tampoco sus dotes como abogado.

—¿Qué quiere dar a entender? —rugió el fiscal.

Ellery cogió su sombrero.

—Plagiando a Cicerón: «La sabiduría consiste tanto en el conocimiento de las cosas que deben evitarse como en el de las que hay que buscar». Cuidado con los Idus de Marzo, y todas esas otras zarandajas… *Au revoir*.

Eran la nueve y media del lunes por la mañana cuando Ellery. Con una gabardina color aceituna y con un sombrero panamá

inmaculado, se presentó en las oficinas de la Compañía Nacional de Seguros de Vida, sita en un elegante edificio de la parte inferior de la Madison Avenue, en Nueva York. Había pasado el domingo en casa, meditando sobre el caso, entre las atenciones culinarias de Djuna, su ayuda de cámara, y los comentarios bastante cínicos de su padre, el inspector Queen; y a pesar de la bulliciosa vivacidad de su atuendo, Ellery estaba muy lejos de sentirse animado.

Una joven vivaracha, con una sonrisa deslumbradora, que se hallaba en la antesala del despacho señalado como Oficina del Vicepresidente Ejecutivo, enarcó las cejas al leer su tarjeta:

—El señor Finch no le aguardaba tan temprano, señor Queen. Todavía no está en su despacho. ¿No era para las diez la entrevista?

—Si era así, nadie me lo comunicó. Esperaré. ¿Alguna idea de por qué desea verme el señor Finch?

—Ordinariamente —sonrió ella—, diría que no. Mas como usted es detective, supongo que de nada serviría engañarle. El señor Finch me telefoneó ayer por la tarde a casa y me contó todo lo ocurrido. Fue terrible lo sucedido en Trenton, y creo que la señora Gimball también anda metida en el asunto. En fin, ¿desea aguardar en el despacho privado del señor Finch?

Ellery la siguió hasta un salón palatino de marfil y azul, que parecía un decorado cinematográfico.

—Estos días me muevo en círculos dorados —observó Ellery—. Esto es en sentido metafórico, no literal, señorita Zachary… Este es su nombre, ¿verdad?

—Naturalmente, ya supuse que lo sabía. Siéntese, señor Queen.

La joven se dirigió hacia el enorme escritorio y cogió una cajita.

—¿Un cigarrillo?

—No gracias —Ellery se hundió en el sillón tapizado de azul—. Si no le importa, fumaré en mi pipa.

—¿Desea probar el tabaco del señor Finch?

—Esta es una invitación que ningún fumador de pipa rechazaría —la joven le entregó otra caja de la mesa y él procedió a llenar la pipa—. Hum… no está mal. En realidad, muy bueno. ¿Qué es?

—Oh, no lo sé. Soy muy tonta para estas cosas. Una mezcla especial, extranjera creo, que vende Pierre, el de la Quinta Avenida. ¿Desea que le envíe algunas libras?

—Oh, bueno…

—Al señor Finch no le importa. Ya lo he hecho otras veces. ¡Oh! ¡Buenos días, señor Finch!

La joven volvió a sonreír y salió.

—Según veo, temprano y animado —comentó Finch, estrechando la mano del joven—. Bien, bien, este asunto se torna más enojoso a cada instante. ¿Ha leído los diarios de la mañana?

—Lo acostumbrado —sonrió Ellery.

—Espantoso —el dueño del despacho se quitó el sombrero, dejó el bastón, repasó la correspondencia distraídamente y encendió un cigarrillo. De repente, levantó la mirada—. Vea, Queen, de nada serviría andarnos por las ramas. He hablado con Hathaway y algunos directivos. Estamos todos de acuerdo en que, desde el punto de vista de la Compañía, hay que emprender alguna acción.

—¿Acción? —Ellery enarcó las cejas cortésmente.

—Tiene usted que admitir que, a primera vista, el asunto es muy sospechoso. No estoy acusando a nadie, pero… Perdone. Debe de ser Jessica.

La señorita Zachary dejó pasar a la señora Gimball, Andrea y dos caballeros.

En treinta y seis horas, la madre de Andrea se había convertido en una anciana, según observó Ellery al momento. Se apoyaba pesadamente en el brazo de su hija, y las pupilas, que elevó en saludo, carecían de vida. A la clara luz de los ventanales del despacho de Finch, Ellery leyó la muerte de un espíritu estrecho, orgulloso e inhibido. Apenas podía andar, y en silencio, Finch la condujo a un sillón.

Cuando el vicepresidente de la Compañía Nacional se enderezó, su rostro mostró cierta turbación.

—Señor Queen, le presento al senador Frueh, abogado de los Borden.

Ellery estrechó la mano flácida de un hombrecillo panzudo, cuyos astutos ojillos le contemplaron fríamente desde un rostro notable por la barba. Ellery conocía a Frueh de oídas; un antiguo senador del Congreso Federal, con un despacho particular digno de su arrogante personalidad, y un rostro barbudo que constantemente era reproducido en los periódicos y revistas. La barba era de estilo olímpico, con varios matices de gris, y le llegaba casi hasta el pecho. Parecía muy orgulloso de tal apéndice capilar, y su

gordezuela mano jugaba con ella incesantemente.

—Este es Burke Jones, el prometido de la señorita Gimball. No esperaba verte hoy, Burke, muchacho.

—Pensé que podría servir de ayuda —repuso Jones, lo que Ellery tomó por desconfianza peculiar.

Era un joven grueso, de ojos vacuos, piel tostada por el sol y un poco encorvado de espaldas. Llevaba el brazo derecho en cabestrillo.

—Hola. ¿De modo que usted es Queen? Llevo años leyendo sus libros.

Lo dijo como si Ellery fuese uno de los monstruos más conocidos del mundo de los fenómenos.

—Espero que la desilusión no suspenda tan loable práctica —rió Ellery—. En realidad, también yo estoy familiarizado con sus hazañas. Aunque no quedó muy bien en Meadowbrooks hace dos semanas. Todos los periódicos lo comentaron.

—Un mal caballo —Jones hizo una mueca—. Tenía mala sangre. ¡Oh!, la sangre cuenta mucho en los caballos del polo. Igual que en los seres humanos. Es la primera vez que me fracturo un hueso jugando —indicó su brazo en cabestrillo—. Por suerte, no fue una pierna.

—¿Nos sentamos? —propuso Finch—. Señorita Zachary, que nadie nos moleste. Le decía, señor Queen —continuó cuando todos estuvieron instalados—, lo que hemos decidido.

—No sé por qué me veo favorecido con esta distinción —repuso Ellery—. Es un poco… abrumadora. Mi sangre no es mala, señor Jones, pero es de variedad muy común; y pienso que esta mañana me hallo un poco fuera de mi nivel.

Andrea Gimball se estremeció. Ellery observó, por el rabillo del ojo, que, bajo el diestro maquillaje, la joven se hallaba terriblemente preocupada. Desde que entraron en el despacho, no había mirado ni una sola vez al joven Jones, y en cuanto a éste, había una arruga de mal agüero entro sus gruesas cejas, arruga muy poco apropiada para un enamorado. Estaban sentados uno junto al otro, como dos niños enfadados.

—Antes de seguir adelante, Finch —intervino el senador Frueh, con voz profunda—, deseo que Queen tenga entendido que yo no estoy a favor de esto.

—¿De qué? —sonrió Ellery.

—De esta deliberada confusión de motivos —aclaró el barbudo abogado—. Finch tiene que blandir un hacha en favor de su maldita Compañía, y nosotros blandimos otra muy distinta. Estoy de acuerdo, Finch, como le dije anoche, sólo porque usted y Jessica insistieron. Pero si Jessica siguiese mi consejo… y el de Andrea, se mantendrían estrictamente fuera de todo este lío.

—No —dijo en voz baja la señora Gimball—. Esa mujer me lo robó todo… mi buen nombre, el amor de Joe… Lucharé. Siempre he permitido que todo el mundo me pisotease; mi padre, Joe, hasta Andrea. Esta vez voy a defenderme yo misma.

Ellery pensó que la dama forzaba un poco sus probabilidades. No era posible pensar en ella como en una combatiente.

—Usted puede hacer muy poco, señora Gimball —manifestó en voz alta—. Respecto a lo de Lucy, no hay duda. Me refiero al estado legal de la señora Wilson. Era la esposa auténtica del señor Gimball. Y el hecho de que lo fuese bajo un nombre supuesto, no altera en nada los hechos.

—Ya se lo dije a mamá —adujo Andrea—. Este asunto sólo puede conducirnos a una mala publicidad. Mas, por favor…

Jessica Gimball apretó sus labios. Y algo en el tono de su voz hizo callar a su hija.

—Fue esa mujer la que mató a Joe —murmuró.

—¡Oh!, entiendo —asintió Ellery—, sí, entiendo. ¿En qué se basa para formular su acusación, señora Gimball?

—Lo sé. Lo presiento.

—T e m o —replicó secamente Ellery— que nuestros tribunales no acepten esta evidencia.

—Por favor, Jessica —suplicó Grosvenor Finch, frunciendo el ceño—. Mire, Queen, la señora Gimball se halla… trastornada, cosa normal. No, sus razones no son válidas en absoluto. Pero ahora hablo en nombre de la Compañía. La Compañía Nacional no tiene ningún motivo personal contra esa joven, que pueda tomarse como persecución. Sólo está interesada en determinar los hechos.

—Y como yo soy, razonablemente, un agente objetivo que persigue el mismo resultado, ustedes solicitan mi ayuda…

—Por favor, permítame acabar y aclarar la postura de Hathaway, nuestro presidente, que estaría ahora aquí hablando con

usted, a no ser porque está enfermo. La señora Wilson se convirtió en beneficiaria de uno de nuestros asegurados muy pocos días antes de la muerte de éste, una muerte violenta. Cierto, fue él mismo quien nombró a su segunda beneficiaría, pero no existen pruebas de que ella no le obligase a ello o le coaccionase de algún modo.

—Tampoco hay pruebas de que le obligase.

—Cierto, muy cierto. Sin embargo, existe esa posibilidad desde nuestro punto de vista. Esta póliza exige el pago de un millón de dólares a la nueva beneficiaría. Y existen unas circunstancias peculiares. La nueva beneficiaría era la esposa secreta del asegurado, secreta al menos desde el punto de vista de su verdadera identidad. Si ella de repente descubrió su perfidia, su doblez, aun concediéndole un gran amor hacia él antes de tal descubrimiento, habría sido inhumano que su amor no se trocara en odio. Añadamos el hecho de que es la mujer beneficiada por un millón de dólares… sin parar mientes en la posibilidad de que su odio la indujese a obligarle a su marido a convertirla en su beneficiaría… y tendremos un motivo doble para el asesinato. ¿Comprende nuestra posición?

El senador Frueh se agitó inquietamente en su sillón, en tanto se manoseaba la barba.

—Por mi parte —replicó Ellery en son de disculpa—, yo podría formular una teoría casi tan poderosa… que implicase a la señora Gimball. Al descubrir que su esposo estaba casado con otra mujer, que ni siquiera nunca había sido su esposa legal, que además él la había echo objeto de su última indignidad al convertir a la otra mujer en su beneficiaría… Voilà!

—Pero lo cierto es que la beneficiaría es la señora Wilson y el millón pasa a su poder. Como digo, ante estas circunstancias, la Nacional se mostraría indigna de la confianza de sus asegurados si no retrasara el pago de la póliza durante la investigación.

—¿Por qué acudir a mí? Ustedes deben tener su propio cuerpo de investigadores.

—Oh, naturalmente —Finch hizo una delicada pausa—. Pero aquí entra en juego el elemento personal. Yo creo que un agente exterior, empleado especialmente para este propósito, ejercerá más… discreción. Y como usted estuvo en el escenario del crimen desde el principio…

Ellery tabaleó ligeramente sobre el brazo de su sillón. Sus

pupilas estudiaban a su interlocutor.

—En realidad —dijo al cabo—, esta posición es muy incómoda para mí. La joven a quien me propone que investigue es la hermana de un amigo mío. Por lo tanto, yo milito en el bando opuesto. El único elemento de su petición que me atrae es que ustedes están interesados, no en obtener un resultado preconcebido, sino en el descubrimiento de la verdad. Sí, Finch, ustedes podrían contar con mi discreción, pero no con mi silencio.

—¿Cómo? —preguntó el senador.

—Lo que se infiere lógicamente de mis palabras. A mi estilo, yo intento vivir de acuerdo con el complejo mesiánico. Si descubro la verdad… no puedo garantizar que no ataña a unas personas muy estimables y…

Finch jugueteó con los papeles que tenía delante, extrajo uno, le quitó el capuchón a su pluma estilográfica y empezó a escribir.

—Lo único que desea la Nacional —murmuró— es una prueba razonable de que Lucy Wilson mató o no, o fue la causa de la muerte de su marido. Creo —añadió, secando lo escrito, poniéndose de pie y pasando delante de la mesa— que esto servirá como anticipo para usted, señor Queen.

Ellery parpadeó. Se trataba de un cheque, y encima de la firma de Finch había estampada la suma de cinco mil dólares, en una tinta de un bello color verde.

—Muy amable —exclamó Ellery—. Aunque supongo que tendremos que diferir la cuestión de la minuta hasta que haya tenido la oportunidad de husmear un poco más. Todavía no estoy plenamente decidido.

Finch sintióse defraudado.

—Como guste.

—Por favor, un par de preguntas, señora Gimball. ¿Tiene alguna idea de cuál es la situación financiera de su… del señor Gimball?

—¿Sus finanzas? —inquirió ella, como enojada por la pregunta.

—Joe era un pobre negociante —intervino Andrea con amargura —. No tenía nada a su nombre. Era pobre en esto como en todo lo demás.

—Si quiere usted enterarse de su testamento —gruñó el abogado de la familia—, se lo deja todo a Jessica Borden. Pero como no ha dejado virtualmente más que deudas y el seguro, en tales

circunstancias el testamento resulta cínico.

—A propósito —asintió Ellery—, senador, supongo que usted no sabía de la súbita decisión del difunto de cambiar de benificiaria en el seguro de vida.

—Nada en absoluto. ¡El muy idiota!

—¿Y usted, señor Jones?

—¿Yo? —el joven levantó las cejas—. ¿Cómo podría saberlo? No estábamos en unos términos muy amistosos.

—¡Ah!, su suegro en perspectiva no le estimaba mucho… ¿o era meramente falta de intereses comunes, señor Jones?

—¡Por favor! —suplicó Andrea, fatigada—. ¿De qué sirve todo esto, señor Queen? Burke, por otra parte, no sabe nada ni tiene nada que declarar.

—Ya —asintió Ellery, poniéndose de pie—. Tenga entendido, Finch, que si acepto el encargo, no habrá nada que coarte mis actividades.

—Lo doy por descontado.

Ellery cogió su bastón y su sombrero.

—Dentro de un par de días le haré conocer mi decisión, cuando haya averiguado más datos en Trenton. Mientras tanto… buenos días.

Atardecía aquel lunes cuando Ellery tocó el timbre del apartamento de los Borden-Gimball en el undécimo piso de un edificio imponente de Park Avenue. Un individuo con cara de pez, vestido de frac, le dejó pasar a un salón, con modales de gran afectación. Mientras el joven aguardaba ser anunciado, inspeccionando los cuadros y el mobiliario de auténtico estilo clásico, se preguntó indolentemente de qué bolsillo habría salido tanta magnificencia. El apartamento debía costar veinte o treinta mil dólares al año; lo demás se elevaba al menos a seis cifras, si el salón en que estaba era la norma general. Ello debía deberse mucho más al viejo Jasper Borden que al poético y alevoso caballero que estaba sobre una losa del depósito de cadáveres de Trenton, el día antes.

El individuo de cara de pez le condujo, sin el menor rumor, hasta una habitación algo misteriosa, alumbrada con luces

amortiguadas y cortinajes de terciopelo, en el centro de la cual permanecía sentado en una silla de ruedas un hombre gigantesco y anciano, entronizado como un rey moribundo. Llevaba un batín de brocado sobre su camisa de cuello ancho y su corbata de plastrón, y un grueso anillo con un sello muy curioso en un dedo de su huesuda mano derecha. Para ser octogenario, estaba muy bien conservado, pensó Ellery, hasta que observó la peculiar rigidez del costado izquierdo del viejo. Los músculos del lado izquierdo de su rostro no se movían, y hasta el ojo del mismo costado permanecía inmóvil, en tanto que el otro se agitaba inquieto. Era como si el hombre estuviese formado de dos cuerpos, uno vivo y otro muerto.

—Encantado, señor Queen —saludó el anciano, con voz de bajo profundo, hablando sólo por un lado de la boca—. Por favor, perdone que no me levante. Y permítame agradecerle su amabilidad y su mensaje del sábado por la noche. ¿Debo a esto el placer de su visita?

En el ambiente había una humedad casi de necrópolis. Ellery juzgó que aquel anciano estaba ya en su tumba. Las órbitas color cobalto de sus ojos eran muy grandes y estaban ya muertas. Pero, estudiando su prominente mentón y la nariz resuelta, encajadas en un rostro de color terroso, Ellery decidió que el viejo Borden era una fuerza con la que aún había que contar. El único ojo móvil le tornaba tan incómodo como si fuese una convulsión potencial de la naturaleza.

—Gracias, señor Borden, por recibirme —empezó Ellery—. No perderé el tiempo en cortesías que sólo podrían resultarle dolorosas. Usted ya conoce la naturaleza de mi interés en la muerte de su yerno, ¿verdad?

—He oído hablar de usted…

—Pero la señora Gimball…

—Mi hija me lo contó todo.

Ellery hizo una pausa.

—Señor Borden —dijo luego—, la verdad es una cosa curiosa. Nunca hay que negarla, y hasta su revelación puede apresurar su inevitabilidad. Puesto que usted sabe quién soy, creo innecesario asegurarle que mi interés por tales tragedias es completamente desapasionado. ¿Querrá usted contestar a mis preguntas?

El ojo sano se inmovilizó.

—¿Comprende, señor Queen, lo que todo esto significa para mí… para mi nombre, para mi familia?

—Completamente.

El viejo guardó silencio.

—¿Qué desea saber? —inquirió al final.

—Quiero saber cuándo supo usted que su yerno llevaba una doble vida.

—El sábado por la noche.

—¿Jamás había oído el nombre de Joe Wilson? —la anciana cabeza se movió lentamente en negación—. Bien, creo que usted fue el responsable de que su yerno suscribiese la póliza del millón de dólares.

—En efecto.

Ellery procedió a limpiar los cristales de sus quevedos.

—Señor Borden, ¿tuvo algún motivo especial para ello?

Observó la más leve de las sonrisas en el lado bueno de la boca del anciano.

—No de carácter criminal. Mis motivos eran puramente por cuestión de principios. Mi hija no necesitaba la protección financiera de su marido, pero —la mohosa voz se endureció— en estos tiempos modernos, cuando los hombres carecen de Dios y las mujeres sólo son objetos de lujo, es necesario que alguien recuerde las buenas y viejas virtudes. Yo soy un hombre del pasado, señor Queen, un anacronismo. Todavía creo en Dios y en el hogar.

—Algo excelente —alabó Ellery, apresuradamente—. A propósito, naturalmente usted no sabía que su yerno…

—No lo era —le atajó Borden.

—Entonces, que Gimball…

—Era un perro —repuso el octogenario secamente—. Una bestia carnal. Una vergüenza y una degradación para cualquier persona de calidad.

—Comprendo bien sus sentimientos, señor Borden. Iba a preguntarle si estaba usted enterado del cambio de beneficiario de su póliza.

—¡De haberme enterado, débil y atado como estoy a este sillón, caballero, le habría estrangulado con mis propias manos!

—¿Sería demasiado personal preguntar le, precisamente en qué circunstancias Gimball cortejó y se casó con su hija? —Ellery tosió

—. Comprenda que empleo los términos convencionales a falta de otra fraseología más precisa.

Por un instante, el ojo móvil llameó; luego, su párpado cayó.

—Vivimos una época muy extraña, señor Queen. Nunca me gustó Joseph Gimball. Siempre lo tuve por un hombre débil, la cáscara de un hombre, demasiado guapo e irresponsable para su propio bien. Pero mi hija se chifló locamente por él, y yo no pude negarle a mi única hija una ocasión de ser feliz. Mi hija, como usted sabe —prosiguió la voz de bajo—, fue muy desdichada en su primer matrimonio. Se casó joven, y sufrió la desgracia de que su primer marido, un joven impecable y de buena familia, muriese de neumonía. Cuando, años más tarde, llegó Gimball, Jessica contaba ya cuarenta años —el hombro derecho efectuó un movimiento rotativo—. Ya sabe cómo son las mujeres.

—¿Cuál era el estado financiero de Gimball, entonces?

—Una porquería —gruñó el viejo—. Su madre era un demonio muy astuto, y estoy seguro de que fue su ambición la que indujo a Gimball a ser culpable de bigamia. Joseph Gimball no tenía redaños suficientes para resistirse a una persona como su madre. Jessica poseía una fortuna bastante grande, a título personal, como combinación del testamento de su primer marido y un legado de mi querida esposa, y naturalmente, yo no podía permitir que se casara sin… Gimball no poseía nada y yo lo asocié a mi negocio. Pensé que daría resultado. Le ofrecí varias oportunidades —la voz se extinguió en un murmullo peligroso—. El muy perro… el muy desagradecido… Hubiera podido ser mi hijo…

La enfermera hizo una seña imperiosa.

—¿Dirigía sus negocios, señor Borden?

—La parte de los mismos en que no podía causar ningún daño. Yo poseo considerables acciones en diversas empresas. Le ofrecí la dirección de algunas corporaciones que yo controlo. En la quiebra de los años 29 y 30 perdió todo lo que le había cedido. ¡Aquel viernes negro debía de estar en su madriguera de Filadelfia, acariciando a aquella mujer!

—¿Y usted, señor Borden? —inquirió Ellery, sin la menor sombra de ironía en la voz.

—Entonces, todavía estaba en activo, señor Queen —replicó el anciano, tristemente—. No, no pillaron a Jasper Borden. Ahora… —

agregó, volviendo a mover el hombro significativamente—, ahora no soy nada, un cadáver viviente. Ni siquiera me permiten fumar cigarros. Me alimentan con una cuchara como si fuese un maldito…

La enfermera estaba furiosa y su pulgar señalaba la puerta.

—Una última pregunta —añadió Ellery apresuradamente—. ¿Tiene usted objeciones de conciencia con respecto al divorcio, señor Borden?

Por un instante Ellery temió que el anciano sufriera otro ataque. Su ojo bueno dio varias vueltas en círculos terroríficos y su rostro sufrió un aflujo de sangre.

—¡Un pecado hijo del Diablo! —exclamó—. ¡El divorcio! ¡Ningún hijo mío…! —calló, gruñendo. Poco después, continuó con voz queda—: Mi credo prohíbe el divorcio, señor Queen. ¿Por qué me lo ha preguntado?

—Gracias, señor Borden —se limitó a murmurar el joven—. Ha sido usted muy amable. Sí, sí, enfermera, ya me voy.

Se dirigió a la puerta. De pronto, alguien dijo desde el umbral:

—Señor Queen…

El tono de voz era apagado, y al dar media vuelta, Ellery se enfrentó con Jessica Borden Gimball, como un fantasma negro. Más tarde divisó la figura de Grosvenor Finch.

El ambiente quedó más enrarecido.

—Lo siento —se disculpó Ellery, haciéndose a un lado.

La dama pasó delante de él, sin tener ya conciencia de su presencia en la estancia. Finch la siguió.

Al salir, captó la voz del anciano.

—Jessica, no pongas esa cara tan triste. ¿Me oyes?

—Sí, padre —repuso sumisamente la madura hija.

Ellery bajó la escalera reflexionando febrilmente. Ahora estaban claros gran parte de los antecedentes que antes permanecían oscuros. Y uno de los datos a los que se debía tal claridad, era que Jasper Borden, pese a ser casi un moribundo, todavía regía su hogar con un cetro inflexible.

El individuo de cara de pez parecía enojado, aunque sólo hasta el límite que sus modales de impecable mayordomo le permitían expresar su enfado. Ellery le pidió amablemente ser anunciado a la

señorita Andrea Gimball, en lugar de abandonar aquel sagrado dominio. Cuando apareció, procedente de una habitación interior, el mayordomo se quedó a su lado, muy envarado, como si fuese su deber protegerla contra cualquier invasión exterior.

La seguía Burke Jones, con esmoquin, y el brazo metido dentro de un suntuoso cabestrillo negro.

—¡Ah!, señor Queen —exclamó Jones—. Husmeando, ¿eh? Por San Jorge, que le envidio. La suya debe de ser una vida excitante. ¿Hubo suerte?

—Ninguna visible —sonrió Ellery—. Buenas noches, señorita Gimball. Ya está aquí de nuevo «ese hombre».

—Buenas noches —correspondió Andrea.

Al verle, la joven había palidecido visiblemente. Su vestido de noche, corto y de líneas atrevidas, habría causado una intensa emoción en cualquier joven, pero Ellery era Ellery Queen, y prefirió estudiar los ojos de la muchacha. Los tenía agrandados por el miedo.

—¿Quería usted hablar conmigo? —preguntó ella.

—Al llegar —observó Ellery casualmente—, vi que había un coche color crema aparcado junto a la acera. Un «Cadillac» dieciséis cilindros…

—Oh —interpuso Jones—, debe de ser el mío.

Ellery captó la oleada de profundo horror que se pintó en el pálido rostro de la muchacha.

—¡Burke! —gritó involuntariamente. Después se mordió los labios y tanteó en busca de un sillón.

—¿Qué diablos te ocurre, Andy? —inquirió Jones, juntando las cejas.

—¿Suyo, Jones? —murmuró Ellery—. Es raro. Bill Angell vio un «Cadillac» color crema, dieciséis cilindros, que salía por el sendero principal de la cabaña en la que Joseph Kent Gimball fue asesinado aquella noche. Sí, muy raro. El coche estuvo a punto de atropellar a Bill.

La piel caoba de Jones casi se torno gris.

—¿Mi… coche? —tartamudeó al fin, humedeciéndosele los labios. Sus vacuos ojos se clavaron en Andrea y luego se apartaron de ella—. Queen, no es posible. Yo asistí al baile de caridad del «Waldorf» el sábado por la noche, con el grupo de los Gimball, y mi

auto estuvo aparcado en la Avenida toda la noche. Debe tratarse de otro coche.

—Oh, sin duda. Y, como es natural, la señorita Gimball puede atestiguar todo esto.

—Sí —balbuceó la joven casi sin mover los labios.

—¡Oh! —exclamó Ellery—, ¿lo atestigua usted, señorita Gimball?

Las manos de la joven se retorcieron un poco, entrelazadas.

—Sí —susurró.

Jones procuraba no mirarla. Parecía ensimismado, con los poderosos hombros alicaídos, como enfrentándose con una batalla, mas sin saber todavía qué curso de acción emprender.

—En tal caso —prosiguió Ellery gravemente—, no me deja usted otro camino, señorita Gimball, que pedirle que me deje ver su anillo de compromiso.

Jones se inmovilizó. Sus ojos pasaron de Ellery a la mano izquierda de Andrea y quedaron fijos allí con mudo horror.

—¿El anillo de compromiso? —musitó—. ¿Qué diablos…?

—Me imagino que la señorita puede responder a esto.

De pronto, se oyó el rumor de voces fuera del vestíbulo. Jones dio un paso hacia Andrea.

—¿Vamos? ¿Por qué no se lo enseñas?

—Burke… —murmuró ella, cerrando los ojos.

—He preguntado —repitió Jones— ¿por qué no se lo enseñas. Andrea, ¿dónde está? ¿Por qué te interroga de esta forma? Tú no me has dicho…

Una puerta resonó en el corredor de arriba y aparecieron la señora Gimball y Grosvenor Finch.

—¿Qué ocurre, Andrea? —preguntó la primera.

Andrea se llevó ambas manos al rostro; el cuarto dedo de su mano izquierda no lucía ningún anillo. Empezó a sollozar.

La señora Gimball bajó apresuradamente.

—¡Deja de llorar tontamente! —exigió—. Señor Queen, insisto en que nos dé una explicación.

—Me he limitado a rogarle a su hija —dijo Ellery cortésmente— que me enseñara su anillo de compromiso, señora Gimball.

—Andrea —rugió Jones—, si me has puesto en un lío…

—Andrea —exclamó su madre—, ¿qué…?

Tenía el semblante ajado y lívido. Finch descendió al fin. Obviamente estaba trastornado.

—¡Oh! —sollozó la joven—, ¿todos estáis contra mí? ¿No veis que yo… yo…?

—Si mi hija se niega a responder a su estúpida pregunta, señor Queen —estableció la señora Gimball con frialdad—, no tiene por qué hacerlo. No comprendo sus motivos, pero sí entiendo que protege usted a la preciosa hermana de aquel nauseabundo joven de Filadelfia. Usted no trabaja para nosotros. ¡Usted sabe muy bien que ella le asesinó!

Ellery suspiró y se dirigió a la puerta.

—¡Oh! Sí —murmuró, defraudando al mayordomo, ya en la puerta—. Finch…

—Esto es una chiquillada —le interrumpió el aludido, precipitadamente—. ¿Por qué no discutir…?

—Las palabras son propias de mujeres, los hechos lo son de hombres. Creo que he de volver a adoptar mi natural masculinidad.

—Yo no…

—En estas circunstancias —continuó Ellery, con tono apesadumbrado—, resulta para mí manifiestamente imposible seguir adelante con el caso por cuenta de la Compañía Nacional de Seguros de Vida. No tengo colaboración. ¡A pesar de haber formulado un ruego tan simple! Por tanto, he de renunciar a su amable encargo.

—Si los honorarios…

—¡Al cuerno los honorarios!

—Ellery… —murmuró una voz.

El nombrado dio media vuelta. Bill Angell estaba en el umbral. El individuo de cara de pez pareció casi colérico. Luego, se encogió de hombros. Finalmente, con la nariz en alto, se apartó, dejando entrar a Bill.

—Hola, Bill —le saludó Ellery, tranquilamente—. De modo que por fin has venido. Me lo imaginé.

El joven parecía muy desdichado, mas su mandíbula se mostraba firme y resuelta.

—Lo siento, Ellery, ya te lo explicaré en otra ocasión. Mientras tanto —añadió, elevando la voz y mirando serenamente a su alrededor—, me gustaría conversar con la señorita Gimball… a

solas.

Andrea estaba ya de pie, llevándose una mano a la garganta.

—Oh, no debió venir usted.

—¡Andrea! —gritó la señora Gimball.

—Yo no puedo tolerar tanto misterio —se enfadó Jones—. Andrea, ya has jugare bastante conmigo. Exijo una explicasen inmediata, o, maldita sea, todo ha terminado entre nosotros! ¿Quién es ese tipo? ¿Dónde está el anillo? ¿Qué diablos hiciste el sábado por la noche con mi coche? Si estás complicada en ese crimen…

Por un momento, los ojos de Andrea llamearon. Después se apagaron y sus mejillas se colorearon ligeramente.

—¿Su coche? —se extrañó Bill, quedamente.

—Ahora comprenderás —intervino Ellery— por qué el candor es la mejor parte de un romance, Bill. Anoche yo hubiera podido decirte que Andrea no posee ni conduce un «Cadillac» color crema. Era elemental; una ligera investigación en el lugar adecuado… ¿Puedo sugerir que se cierre la puerta, nos sentemos y discutamos el asunto como personas sensatas?

Finch le ordenó algo al cara de pez, que pareció ofendido, aunque cerró la puerta y se esfumó. La señora Gimball se sentó muy altiva y enojada, con los labios comprimidos, como si desease pronunciar una frase ofensiva, pero sin saber cuál. Jones miraba a Andrea, y ésta tenía los ojos fijos en el suelo. En cuanto a Bill, de repente estuvo consciente de sus pies. Los mona inquietamente, con aspecto desdichado.

—¿Qué deseabas discutir con la señorita Gimball, Bill? —inquirió Ellery.

—Que conteste, si quiere, la señorita Gimball —sacudió Bill la cabeza—. Yo no tengo nada que decir.

Andrea le dirigió una mirada apenada.

—Yo creo —murmuró Ellery, tras un momento de tenso silencio—, que tendré que llevar la voz cantante, al fin y al cabo, si bien habría preferido escuchar. Los dos se han comportado de manera muy rara; usted, señorita Gimball, y tú, Bill. Más bien, de manera infantil —Bill enrojeció—. ¿He de decirte lo que sucedió? El sábado por la noche, mientras yo examinaba la alfombra de la cabaña, tu

mirada captó algo brillante en el suelo. Y pusiste el pie encima. Cuando creíste que nadie te miraba, fingiste anudar el lazo de tu zapato y te apoderaste del objeto. Yo te espiaba y lo vi. Era un diamante bastante grande, al menos de seis caras.

Bill se estremeció y Andrea lanzó un sordo respingo. La tez de Jones volvió a adquirir el color de la ceniza, y sus pómulos parecieron atirantados por la ira.

—Creí… —balbuceó Bill.

—Creíste que nadie te había visto —le interrumpió Ellery gentilmente—, pero no olvides, Bill, que mi oficio me obliga a verlo todo y que mis principios me prohíben permitir que mis amigos entorpezcan el camino de la verdad. Tú ignorabas de dónde había salido aquel diamante; temiste mencionarlo ante De Jong por si, de una manera ignorada, se relacionaba con tu hermana. Luego, llegó la señorita Gimball y tú observaste que al anillo que lucía en un dedo le faltaba la piedra. No podía tratarse de una coincidencia. Entonces, comprendiste que ella ya había estado en la cabaña. Bill, yo también lo comprendí.

El joven lanzó una risita falsa.

—Naturalmente, soy un pobre idiota. Te presento mis más abyectas disculpas, Ellery.

Levantó los hombros, como haciéndole a Andrea una secreta señal, para indicarle su desamparo ante el detective. La muchacha, a pesar de su aflicción y su angustia, logró esbozar una sonrisa. Jones lo vio y apretó los labios.

—Llevaste a la señorita Andrea hacia un rincón en sombras —prosiguió Ellery, como si no hubiera ocurrido nada—, y desde una sombra muy conveniente, yo ejercí la prerrogativa de abusar de la amistad, y escuché. ¿He de continuar?

Andrea dejó oír un leve sonido. Luego, de pronto, levantó la mirada; sus ojos estaban muy serenos.

—No necesita continuar, señor Queen —dijo con firmeza—. Ahora comprendo cuán tonto fue. Yo no sirvo para… para estas cosas. Gracias, Bill Angell, ha sido usted muy amable.

Se ruborizó y pareció un poco afectada.

—Cogiste mi coche el sábado por la tarde —la acusó Burke Jones—. Maldita sea, Andrea; tienes que aclararme todo el asunto.

La mirada de ella se posó con desdén en su prometido.

—No te preocupes, Burke, lo haré. Señor Queen, el sábado por la tarde recibí un telegrama… de Joe.

—Andrea… —musitó su madre, débil mente.

—Andrea, no creo prudente… —intervino Finch en voz baja.

Los párpados velaron los ojos de la joven.

—No tengo nada que ocultar, Ducky. Yo no le maté, si esto es lo que pensáis —hizo una pausa—. El telegrama rogaba que fuese a verle a aquella cabaña, por un asunto urgente. También había instrucciones para llegar hasta allí. La cita era para las nueve.

—Un duplicado del mío —murmuró Bill.

—Cogí el coche de Burke… Íbamos a estar fuera toda la velada y Burke no podía usarlo… No le dije a dónde iba.

—¿Por qué no explicas que tú conducías últimamente? —gruñó Jones—. Yo no podía hacerlo porque mi maldita fractura me lo impedía.

—Por favor, Burke —suplicó la joven—, creo que el señor Queen ya lo entiende. Salí temprano. No había nadie en la cabaña, de modo que di una vuelta, hacia Camden. Cuando volví…

—¿Qué hora era la primera vez? —puntualizó Ellery.

—No sé… quizá las ocho. Cuando…

—¿Y la segunda?

La joven vaciló.

—Óh, no me acuerdo. Era casi de noche. Entré y… la luz estaba encendida. Entonces…

Ellery inclinó el cuerpo hacia delante.

—Perdone que la interrumpa, señorita Gimball —dijo—. Cuando llegó a la cabaña por segunda vez, ¿no observó nada sospechoso?

—No, no, nada —se expresó con tanta vehemencia que Ellery acalló una nueva pregunta y encendió su pipa—. Nada en absoluto. Entré y allí estaba Joe… Estaba en el suelo. Pensé que estaba muerto. No… no lo toqué. No pude. La sangre… Creo que chillé. Después… salí corriendo. Vi otro coche cerca de la cabaña, en la carretera, y me asusté más. Salté al «Cadillac» y huí de allí. Naturalmente, ahora ya sé que era el señor Angell, con cuyo coche estuve a punto de chocar. Y… —hizo una pausa—, eso es todo.

En el silencio que siguió, Burke Jones se aclaró la garganta. Cuando habló, en su voz había una nota nueva de aturdimiento.

—Bueno…, lo siento, muchacha. Si al menos me lo hubieses

contado todo… Cuando el domingo me suplicaste que no dijese nada respecto a haber cogido mi coche…

—Fuiste muy amable, Burke —le interrumpió ella fríamente—. Siempre me j acordaré de tu gran generosidad.

Grosvenor Finch se aproximó a la joven y le acarició un brazo.

—Fuiste una chiquilla, Andrea, como ha insinuado el señor Queen. ¿Por qué no confiaste en mí o en tu madre? No cometiste ningún delito. En realidad, también el señor Angell recibió un telegrama y también fue allí, sin testigos. Sin embargo, ya ves que él no está nervioso…

Andrea cerró los ojos.

—Estoy muy fatigada. ¿Tal vez podría…?

—¿Y la piedra, señorita Gimball? —preguntó Ellery con tono casual.

Andrea volvió a abrir los ojos.

—Creo recordar haberme golpeado la mano contra la puerta al salir. Supongo que fue entonces cuando se desprendió el diamante. En mi… bueno, no me di cuenta de que lo había perdido hasta que el señor Angell me llamó la atención al respecto más tarde.

—Ya —Ellery se puso de pie—. Muchas gracias, señorita Gimball. Si quiere seguir mi consejo, yo le contaría esta historia al señor Pollinger…

—¡Oh, no! —se alarmó la joven—. No, por favor. Usted no se lo dirá, ¿verdad? Tener que enfrentarse con esos hombres…

—Realmente, no es necesario, Ellery —la apoyó Bill en voz baja —. ¿Por qué complicar más el asunto? No puede hacer ningún bien, y sólo serviría para que la señorita Gimball adquiriese una publicidad poco grata.

—Angell tiene razón, señor Queen —adujo Finch.

Ellery sonrió levemente.

—Bueno, me veo abrumado por una mayoría aplastante. Buenas noches.

Estrechó las manos de Finch y Jones. Bill estaba ya junto a la puerta, con gesto un poco torpe. Sus ojos tropezaron con los de Andrea. Luego, siguió a Ellery fuera del apartamento con un encogimiento de hombros.

Ninguno abrió la boca camino de Trenton. Una vez, al salir del Camino Celeste del General Pulaski, y dejar atrás las luces del

aeropuerto de Newark, Bill murmuró:

—Siento no habértelo contado, El. Pero…

—Olvídalo.

El «Pontiac» continuó traqueteando.

—Al fin y al cabo —prosiguió Bill, en la oscuridad—, está claro que Andrea dijo la verdad.

—¿Oh, sí? ¿Lo crees?

Bill calló un momento.

—¿Qué quieres decir? —preguntó después—. Cualquiera puede darse cuenta de quee esa chica es decente y… Tú no pensaras que ella… ¡Vaya, es ridículo! La considero tan criminal como a mi hermana.

Ellery encendió de nuevo su pipa.

—Yo opino —observó— que has sufrido un sorprendente cambio de sentimientos en los últimos días, muchacho.

—No… no te entiendo —susurró Bill.

—¿De veras? Vaya, Bill, antes eras más inteligente. Un joven realmente listo. El sábado por la noche proclamabas aún tu enojo contra los ricos, contra las mujeres ricas en particular. Pues bien, Andrea Gimball es un miembro de esta clase parasitaria que tanto detestas, y, como es natural, me admiran las consideraciones que guardas para con ella.

—Bueno… ella… —tartamudeó Bill—, ella es diferente.

—Si es eso lo que significa para ti… —suspiró Ellery.

—¿Qué significa para mí?

—Paz, amigo.

Ellery siguió fumando. Bill apretó el acelerador. Completaron el resto del trayecto en silencio.

No había nadie en el despacho de De Jong. Bill condujo en torno a South Broad, estacionó el «Pontiac» cerca de Market Street, y ambos se apresuraron por el oscuro vestíbulo del Palacio de Justicia del condado Mercer. En el despacho del fiscal, en el segundo piso, hallaron al bajito y dispéptico Pollinger y al robusto jefe de Policía conferenciando con las cabezas muy juntas. Las dos cabezas se separaron velozmente, con aspecto culpable.

—Vaya, miren quién está aquí —exclamó De Jong, con un tono

raro.

—Hablando del rey de Roma… —añadió Pollinger, con nerviosismo—. Siéntese, Angell. ¿Viene de Nueva York, señor Queen?

—Sí, quise enterarme de las noticias de allí, de primera mano. Bill se reunió allí conmigo. ¿Alguna novedad?

Pollinger miró a De Jong.

—Pues… —vaciló el fiscal—, antes de hablar de las novedades, me gustaría saber su opinión, señor Queen. Naturalmente, si tiene alguna que exponer.

—*Quot homines, tot sententice* —citó Ellery—. Tantos hombres, tantas opiniones. Sí, tengo una… muy pobre, pero mía.

—¿Por qué deseaba verle Finch?

—¡Oh!, eso… —Ellery se encogió de hombros—. Quería contratarme, en nombre de la Nacional, como investigador oficial del caso.

—El asunto de la póliza, ¿eh? —Pollinger tabaleó sobre su mesa —. Me imaginé que sería eso. Claro está, me alegrará mucho ayudarle. Podemos colaborar juntos.

—Todavía no he aceptado.

—¿De veras? —Pollinger enarcó las cejas—. De todos modos, escuchemos su opinión. Yo no soy uno de esos abogados cortos de vista que desdeñan el consejo de los aficionados. Conque… dispare.

—Siéntate, Bill —le invitó Ellery—. Aparentemente, hay algo nuevo.

El joven obedeció. De nuevo, sus ojos estaban al acecho.

—¿Y bien? —gruñó De Jong, en forma un tanto divertida.

Ellery se quitó la pipa de la boca.

—Estoy en desventaja. Obviamente, ustedes poseen una información que yo ignoro. Por el momento, no puedo ofrecer ninguna teoría que se concentre en un individuo determinado. Los hechos no se prestan a ninguna solución, al menos los hechos que tengo a mi disposición. Pero, desde el momento en que identifiqué a Wilson como Gimball, tuve la certeza de que existía una línea de investigación que podría resultar fructífera. Supongo que ustedes, caballeros, habrán leído recientemente los periódicos locales.

—Este caso ha acaparado toda su atención —asintió Pollinger, poniendo una cara muy larga.

—Se ha publicado una crónica firmada por una periodista local —continuó Ellery—, que confieso me ha impresionado. Me refiero al artículo de esa encantadora chica pelirroja que escribe para el Trenton Times.

—Ah, sí, Ella Amity —asintió De Jong.

—Vamos, despierte, De Jong. La joven se merece sus alabanzas. Logró captar algo que a ustedes se les escapó. ¿Recuerdan cómo ha calificado en su artículo a la cabaña donde Gimball encontró la muerte? —los dos funcionarios le miraron cortésmente de manera inexpresiva. Bill estaba chupándose los nudillos de una mano en profunda absorción—. La llamó —prosiguió Ellery— «La Casa a Medio Camino».

—La Casa a Medio Camino… —repitió Pollinger con impaciencia—, ¡oh!, sí.

—No es muy llamativo el nombre —confesó Ellery con sequedad —, aunque sí interesante. Porque la joven puso el dedo en la verdadera llaga del problema.

—A mí me parece un nombre feo —se burló De Jong.

—Pues usted pierde. La frase es una verdadera inspiración. ¿No comprenden su significado? —exhaló una nube de humo—. Dígame, ¿el asesinato de quién están investigando?

—¿De quién? —repitió Pollinger, estúpidamente.

De pronto, el fiscal irguió el cuerpo.

—Es un enigma —sonrió De Jong—, pero picaré. ¿El de Mickey Mouse?

—No está mal, De Jong —repuso Ellery—. Una vez más, pregunto: ¿Quién ha sido asesinado? —agitó una mano—. Y si no pueden darle un nombre al muerto, resultará mucho más difícil atrapar a su asesino.

—¿Adónde pretende ir a parar? —gruñó Pollinger—. El muerto era Joseph Kent Gimball, claro está. O Joseph Wilson, o Henry Smith… o cualquier otro nombre. Tenemos el hombre, el cadáver, y esto es lo importante, y sabemos quién es. ¿Qué diferencia supone, entonces, el nombre?

—Posiblemente, la mayor del mundo. Por desgracia, el viejo Shakespeare no vivió en la época de la criminología. Como ven, no lo saben. Gimball… o Wilson, exactamente. Wilson vivía en Filadelfia, y Gimball en Nueva York. Y hacía una parada en

Trenton… en la Casa a Medio Camino, como dice Ella. Muy adecuado. Y en la Casa a Medio Camino —continuó Ellery—, encontramos las ropas de Gimball y las de Wilson, un coche de Wilson y otro de Gimball. En la Casa a Medio Camino, ese hombre era Gimball y Wilson a la vez. Y yo vuelvo a preguntar: ¿en qué personalidad le asesinaron? ¿Cómo Gimball o cómo Wilson? ¿A quién quería matar la asesina: a Wilson o a Gimball? ¿A Joseph Kent Gimball, de Nueva York, o a Joe Wilson, de Filadelfia?

—No había pensado en este aspecto del caso —confesó Bill.

Pollinger se puso de pie y comenzó a medir el suelo por detrás de su mesa, a largas zancadas.

—¡Tonterías y más tonterías! —se burló De Jong—. Una sarta de necedades.

Pollinger se detuvo. Dedicó una mirada peculiar a Ellery, por debajo de sus ralas cejas.

—¿En qué personalidad cree usted que lo asesinaron?

—Esta es la cuestión —repuso Ellery, parodiando a Shakespeare —. No puedo contestar. ¿Y usted?

—Tampoco —respondió el fiscal—. No, no puedo —volvió a sentarse—. Pero considero una pregunta puramente académica. No entiendo… Bien…

—Ya llegamos a la cuestión —comentó Bill. Sus manos colgaban flojamente entre sus rodillas, mas perfectamente controladas. Ellery fumaba calmosamente.

Los finos dedos del fiscal jugueteaban con un cortaplumas de la mesa.

—De Jong efectuó un buen descubrimiento. Halló el coche que utilizó la persona que asesinó a Gimball el sábado por la noche… el pequeño coche con los neumáticos «Firestone».

Ellery miró a Bill. Era extraño de qué modo aquella sencilla declaración de Pollinger afectaba al joven abogado. Se le atirantó la piel como si fuese una materia cáustica, pareciendo reseca y apergaminada. Bill estaba sentado de manera rígida, como si temiera que el menor movimiento precipitase un alud.

—¿Y bien? —Ellery se aclaró la garganta.

—Abandonado —Pollinger se encogió de hombros—, como consecuencia de un accidente.

—¿Dónde?

—Creo que no existe la menor duda al respecto, caballeros —gruñó De Jong—. Es el coche en cuestión.

—Una afirmación olímpica… y gratuita. ¿Cómo puede estar tan seguro?

Pollinger abrió el cajón superior de su mesa.

—Debido a tres factores concluyentes —indicó, extrayendo del cajón un puñado de fotos—. Las impresiones de los neumáticos. Sacamos moldes de la serie central de las huellas dejadas en el barro delante de la cabaña, y los comparamos con los neumáticos del coche encontrado, un «Ford 32», pintado de negro. Ambas coinciden. Este es el factor número uno.

Bill parpadeaba como cegado por la luz.

—¿Y el número dos?

—El número dos —replicó el fiscal, volviendo a meter la mano en el cajón— es éste.

Sacó la mohosa figurita de la mujer desnuda que el detective de De Jong había hallado en el sendero principal de la cabaña la noche del crimen: el capuchón del radiador, cortado por los tobillos de la figura. La colocó al lado de otro objeto fabricado con el mismo metal oxidado: la base de la figurita, el verdadero tapón del radiador, con los bordes metálicos brillantes por el corte.

—Examine ambos fragmentos —ofreció el fiscal—. Verá que los extremos rotos casan perfectamente.

—¿Este tapón procede del «Ford»? —preguntó Ellery.

—Si no es así —gruñó De Jong—, yo estaba soñando cuando lo desenrosqué.

—Naturalmente —añadió Pollinger, con un tono extraño—, esto es casi una prueba tan contundente como las huellas dactilares. Bien, pasemos ahora al número tres.

Por cuarta vez, su mano se dirigió al cajón; cuando la sacó, estaba envuelta en un material oscuro y muy tenue.

—¡El velo! —exclamó Ellery, alargando a mano—. ¿Dónde lo encontraron, por Júpiter?

—En el asiento del conductor del «Ford» —Pollinger se retrepó en su asiento—. Ustedes comprenden la importancia que tiene este velo como prueba. Las marcas ce los neumáticos y el tapón del radiador roto dejan bien sentado que el «Ford» estuvo en la escena del crimen el sábado por la noche. Y el velo sirve para fijar la

culpabilidad. Al ser hallado en el coche es razonable suponer que éste fue conducido por la asesina. Puesto que la propia víctima le susurró a Angell, cuando expiraba, que su asesina llevaba un velo. Y hoy, en «lía, los velos no son corrientes.

Bill estaba contemplando atentamente el velo.

—Naturalmente —arguyó con voz ronca—, saben ustedes que todas estas pruebas representan una evidencia puramente circunstancial, claro. No están forzosamente relacionadas entre sí. ¿Dónde están los testigos visuales? Entonces, sí tendría usted un caso, fiscal. ¿O acaso han comprobado las horas empleadas en el crimen? ¿Cómo saben que el coche no fue abandonado antes del momento del crimen? ¿Cómo…?

—Mi querido amigo —le interrumpió Pollinger lentamente—, conozco de sobra la ley.

Se levantó y reanudó su paseo.

Se produjo una débil llamada a la puerta y el fiscal dio media vuelta.

—¡Adelante! —gritó.

Sellers, el detective agregado al personal de De Jong, se presentó en el umbral; detrás, había otro policía. El primero pareció sorprendido a la vista de los dos visitantes.

—¿Y bien? —aulló De Jong—. ¿Todo ha salido bien?

—Sí, jefe.

De Jong miró a Pollinger. El fiscal asintió y volvió a su sitio, detrás de la mesa. Bill asía los brazos de su butaca, paseando salvajemente la mirada de un rostro a otro. Sellers murmuró algo y el otro policía desapareció. Un instante más tarde regresó llevando a Lucy Wilson del brazo. Toda la sangre parecía haber abandonado la superficie de su cuerpo. Había grandes arcos color violeta bajo sus ojos. Sus manos estaban sumamente apretadas y el pecho subía y bajaba a grandes jadeos. Había algo tan aterrador y compasivo en su aspecto que, durante un largo momento, ninguno de los presentes logró articular palabra.

—¡Bill! ¡Oh, Bill, querido! —exclamó al fin ella, con voz débil, avanzando hacia su hermano.

El joven se levantó de la butaca como impulsado por una catapulta.

—¡Maldito idiota! —le gritó a De Jong—. ¿Qué pretende

arrastrando aquí a mi hermana, a estas horas de la noche?

De Jong hizo un gesto en dirección al detective Sellers, que dio un paso al frente, colocando una mano sobre el brazo de Bill.

—Vamos, Bill Angell. No nos dé más trabajo.

—¡Lucy! —exclamó Bill, apartando al detective. Cogió a su hermana por los hombros, sacudiéndola fuertemente—. ¡Lucy! ¿Por qué les has permitido que te trajeran a Nueva Jersey? No tenían derecho a hacerlo ¡No pueden hacerte cruzar un Estado sin una orden de extradición!

—Creí que… —susurró ella—. ¡Oh!, no sé, Bill. Me dijeron que el señor Pollinger quería hablar conmigo. Añadieron que…

—¡Maldito embustero! —rugió Bill—. ¡No tiene derecho a…!

Pollinger dio un paso al frente con cierta dignidad. Puso una fotografía en las manos de Lucy.

—Señora —preguntó severamente—, ¿reconoce este coche?

—¡No contestes! —la previno Bill.

Pero la joven frunció el ceño fatigosamente.

—Sí —asintió—. Sí, es mi auto. El «Ford» que Joe me regaló hace unos años por mi cumpleaños. Joe me dio…

—¿Sigue negando saber cómo salió su coche del garaje el sábado?

—Sí… No… No, no lo sé.

—Lo encontraron empotrado contra un árbol en Fairmount Park, Filadelfia —continuó el fiscal con voz monótona—. A menos de cinco minutos de su casa, señora Wilson. ¿No sufrió un accidente el sábado por la noche… al regresar de Trenton?

Algo inusitado de la escena, la luz verdosa, los otros hombres en silencio, las filas de libros legales de los anaqueles, la atestada mesa, acabó por penetrar en su cerebro. Las aletas de su nariz se estremecieron violentamente y su frente se cubrió de sudor.

—No… —susurró—. ¡Oh, Dios mío, no, señor Pollinger!

Le brillaban de terror las negras pupilas.

Pollinger exhibió el velo negro.

—¿No es suyo este velo negro?

La joven lo miró sin verlo.

—¿El qué?

—No sacará nada de ella, Pollinger —rezongó De Jong—. Es una chica lista. Acabemos con esto.

Un reloj dio ominosamente la hora desde la pared. El detective Sellers aumentó su presión sobre el brazo de Lucy. Bill estaba medio agazapado, sobrecogido por el temor.

—Caballeros —observó Ellery agudamente—, les aconsejo que no ofrezcan a esta joven como un sacrificio a la opinión pública. ¡Estate quieto, Bill!

—Conozco cuál es mi deber, señor Queen —replicó secamente el fiscal. Luego, cogió un documento de la mesa.

—¡No! ¡Maldito! ¡Usted no puede…! —exclamó Bill.

—Lucy Wilson —pronunció el fiscal con voz fatigada—, tengo aquí un mandamiento de arresto a su nombre. Se la acusa en nombre del pueblo del Estado de Nueva Jersey, del asesinato con premeditación de un tal Joe Wilson, conocido también como Joseph Kent Gimball, en el condado Mercer, del Estado de Nueva Jersey, la noche del sábado, primero de junio de 1935.

Los ojos de la joven giraron dentro de sus órbitas, al tiempo que se desmayaba en brazos de su hermano.

EL PROCESO

3

Mírame, Divina Providencia, y reduce
mi proceso a la medida de mis fuerzas.

El Palacio de Justicia del condado Mercer donde Lucy va a sufrir el proceso en contra de su vida, acusada del asesinato de su esposo Joseph Wilson, conocido también como Joseph Kent Gimball, prominente financiero neoyorquino y «luminaria social» (calificado así por el periodista con su propensión a las etiquetas), se alza en la calle South Broad, de Trenton, cerca de la esquina de Market, en un edificio de piedra maltratado por el tiempo, contiguo a la cárcel del condado de la calle Cooper, donde Lucy Wilson se halla haciendo acopio se fuerzas para la lucha épica que se avecina.

La sala en que su hermano, el abogado William Angell, de Filadelfia, dará comienzo a su defensa legal el lunes por la mañana contra las acusaciones del Estado de Sueva Jersey, está en el extremo norte ¿el edificio del segundo piso, siendo la Sala 207, que alberga el Tribunal de Delitos Comunes, donde suelen celebrarse las vistas por asesinato del condado de Mercer. Es una sala muy amplia, a la que se accede por el fondo, con un techo alto con dos series de claraboyas.

El estrado desde el que presidirá la vista de la causa el juez Ira V. Menander, veterano jurista, es alto y ancho, ocultando

casi el sillón del juez. En la pared situada detrás del estrado hay tres puertas, una al extremo derecho que conduce a la sala de los jurados, una al extremo izquierdo que da al Puente de los Suspiros, otra directamente detrás del sillón de Su Señoría, que lleva a su despacho.

A la derecha del estrado se halla el sillón de los testigos y más allá los asientos de los jurados, compuestos por tres filas de cuatro sillas cada una. Delante del estrado (continuaba el periodista, luciéndose en su labor), hay un espacio estrecho para los secretarios del Juzgado y una zona más amplia donde están situadas las mesas redondas que utilizan la defensa y la acusación.

La sección de los espectadores, que ocupa el resto de la sala, está dividida por un pasillo central. Cada parte contiene diez bancos largos de madera, en cinco filas. Y en cada banco pueden acomodarse de seis a siete personas, siendo, por tanto, la capacidad de la sala de ciento veinte a ciento cuarenta espectadores.

La señorita Ella Amity, corresponsal del Trenton Times, se burlaba de estos datos. Al escribir copiosa y lacrimógenamente en el número del domingo, veintitrés de junio, penetró en el meollo del asunto.

Mañana, a las diez de la mañana, una mujer bellísima, resplandeciente de vida y juventud, con un rostro y una figura no ajados por las disipaciones de nuestra época, será conducida desde la cárcel del condado de la calle Cooper, a través del pasadizo llamado Puente de los Suspiros, a un pequeño y sombrío vestíbulo que da a la sala donde el condado Mercer juzga a sus criminales más endurecidos.

Será entregada a un alguacil, como una esclava de los viejos tiempos, para quedar sujeta bajo el peso de la Justicia y vendida al mejor postor: el Estado de Nueva Jersey, representado por Paul Pollinger, fiscal del condado Mercer, o su hermano, tan afectuoso e inteligente, William Angel, de Filadelfia, que tendrá la defensa a su cargo.

Será el Jurado quien decidirá si Lucy Wilson, joven casada de

Filadelfia, fue la que clavó la afilada hoja de una plegadora en el corazón de su marido, o si fue otra persona. Muchos opinan que Lucy Wilson ha de ser juzgada por un Jurado que esté compuesto verdaderamente por personas de su misma clase, o de lo contrario el juicio no será justo.

No olvidemos que no es a Lucy Wilson a la que se juzga en este proceso, sino a la misma Sociedad; esa Sociedad que permite que un hombre acaudalado y de posición elevada se case con una joven de clase más humilde, en otra ciudad y con un nombre falso, aprovechándose de los diez mejores años de su vida. Y después, cuando es demasiado tarde, decide confesar la verdad, o sea el odioso pecado cometido con ella.

A la Sociedad, que hace posible que tal hombre cometa el pecado de bigamia, que tenga una esposa pobre en Filadelfia y otra rica en Nueva York, que pase su tiempo tranquilamente entre ambas mujeres, y en dos ciudades, como si fuese un conmutador.

Inocente o culpable, Lucy Wilson es la verdadera víctima, no el hombre que está enterrado en un cementerio de Filadelfia, con el nombre de Joseph Wilson, ni tampoco la heredera de varios millones que adoptó el apellido Gimball en vano, en la catedral de San Andrés, de Nueva York, en 1927. ¿Protegerá la Sociedad a Lucy? ¿Reparará la Sociedad el daño hecho a Lucy al arrebatarle los diez mejores años de su vida? ¿Intentará la Sociedad que las poderosas fuerzas de la riqueza y el poderío social no la aplasten bajo sus crueles tacones? Son éstas las preguntas que Trenton, Filadelfia y Nueva York, en realidad la nación entera, se formulan hoy.

Bill Angell asió la barandilla que separaba a los jurados del resto de la sala, con tal vehemencia, que sus nudillos se blanquearon.

—Damas y caballeros del Jurado: La ley concede a la defensa, lo mismo que a la acusación, el privilegio de anunciar por anticipado y en términos generales lo que ha de demostrar. Ustedes acaban de escuchar al fiscal de su condado. Yo no seré tan prolijo. Mi eminente amigo el fiscal, y Su Señoría el juez Menander, podrán decirles que en la mayoría de juicios por asesinato, la defensa declina el derecho a dirigirse al Jurado por anticipado, porque en la

mayoría de los casos tiene algo que ocultar, o bien edifica su defensa sobre la base de los restos del alegato presentado por la acusación. Pero esta defensa nada tiene que ocultar. Esta defensa se dirige a ustedes con el corazón limpio, confiando en que el condado de Mercer sabe y debe hacer justicia.

»Tengo muy poco que decir. Sólo esto: les ruego que olviden mi condición de hermano de la acusada, Lucy Angell Wilson. Les suplico también que se olviden de que Lucy es una mujer bonita en la plenitud de su vida. Les pido que olviden que Joseph Wilson cometió con ella la peor crueldad que puede cometer un ser humano. Que olviden que él era en realidad Joseph Gimball, un millonario, en tanto que ella es sólo Lucy Wilson, una mujercita pobre y honesta, procedente de un duro camino en la vida, como puede ser el de ustedes. Que olviden que durante los diez años de su matrimonio con Joseph Wilson, Lucy no obtuvo un solo centavo de beneficio de los millones de Joseph Kent Gimball.

»No les pediría que se olvidasen de todo esto, si por la mínima fracción de un segundo albergase la menor duda sobre la inocencia de Lucy Wilson. Si creyese que es culpable, subrayaría estos extremos, jugando con las simpatías de ustedes, señores del Jurado. Pero no lo hago. Sé que Lucy Wilson no es culpable de este crimen. Y antes de acabar, ustedes también comprenderán que no es culpable.

»Sólo les pido recuerden que el asesinato es la acusación más grave que un Estado civilizado puede formular contra un individuo. Y, siendo así, les suplico que tengan bien presente durante todos los instantes de esta vista, que el Estado debe demostrar la culpabilidad de Lucy Wilson de manera absoluta y sin que pueda subsistir la menor sombra de duda. Confío que Su Señoría les dirá ciertamente que, en un caso como éste, el Estado debe probar, paso a paso, sin el menor resquicio de duda, los movimientos de la acusada hasta el mismo momento del crimen. No deben quedar resquicios aptos para una labor de adivinanzas. Esta es la ley de la evidencia circunstancial y ustedes han de ser orientados en ella. Y recuerden, asimismo, que el cuidado de reunir y mostrar las pruebas corresponde únicamente a la acusación. Su Señoría ya les formulará las observaciones necesarias al respecto.

»Damas y caballeros del Jurado, Lucy Wilson les ruega que

tengan siempre presentes estos principios. Lucy Wilson pide justicia. Su destino se halla en las manos de ustedes. Estoy convencido que está en buenas manos.

—Yo quiero un trago de lo que haya en esa botella —pidió Ella Amity.

Ellery manipuló con los cubitos de hielo, la soda y el whisky escocés, y le entregó a la pelirroja el resultado. Bill Angell, sin chaqueta y con las mangas de la camisa subidas hasta el codo, movió la cabeza y se acercó a la ventana de la habitación de Ellery. La ventana estaba abierta de par en par; la noche de Trenton era cálida, ruidosa, tan turbulenta como en carnaval.

—Bien —preguntó Ellery, contemplando la espalda de Bill—, ¿qué opina?

—Le diré qué pienso —repuso Ella, cruzando las piernas y dejando el vaso—. Pienso que hay demasiados caballeros de color en los bancos del Jurado.

Bill dio media vuelta con rapidez.

—¿Por qué dice eso, Ella?

La pierna superior efectuó un arco de impaciencia.

—Mire, Bill Angell, yo conozco esta ciudad mejor que ustedes. ¿Toman a Pollinger por un completo imbécil? Bueno, denme una colilla.

Ellery le dio un cigarrillo.

—Me siento inclinado a estar de acuerdo con la Prensa —dijo—. Pollinger no nació ayer.

—Admito —asintió el abogado, frunciendo el ceño—, que lo juzgo bastante capacitado para su cargo. Pero, ¡maldita sea!, los hechos son los hechos. Simplemente, no puede tener escondido en la manga algo tan importante, sin haberlo ya revelado. —Ella se hundió más cómodamente en la poltrona del hotel Stacy-Trent.

—Escúcheme, pobre idiota —gruñó—. Paul Pollinger posee uno de los cerebros más despejados del Estado. Lo destetaron con un libro de leyes. Conoce al juez Menander como yo conozco los hechos de la vida. Y es un experto en elegir jurados de este país. ¿Cree que un fiscal semejante se prestaría a dar un tropiezo? Le aviso, Bill: vigile sus pasos.

—Está bien, está bien —el joven enrojeció coléricamente—. ¿Podría indicarme qué debo esperar que ese mago se saque de la manga? Conozco este caso como la palma de mi mano. Pollinger se ha dejado engañar por su afán de conseguir una rápida condena en un caso sensacional. Esto ya se ha hecho antes y se hará siempre.

—Entonces —intervino Ellery—, ¿crees que no hay base para una condena?

—En absoluto. Este caso ni siquiera pasará al Jurado. La ley es la ley en el Estado de Nueva Jersey, como en las demás partes del mundo. Cuando Pollinger termine su requisitoria, yo pediré el sobreseimiento y el juez Menander estará de acuerdo conmigo. Te apuesto hasta mi último centavo.

—¡Pobre, pobre egomaníaco! —suspiró la periodista—. Tal vez por esto desperdicio mi tiempo y mis energías en su favor. ¡Confianza! Le adoro, Bill, pero hasta mi paciencia tiene un límite. Está usted jugando con la vida de su hermana. ¿Cómo diablos puede estar tan seguro de sí mismo?

Bill se dirigió a mirar de nuevo por la ventana.

—Se lo explicaré —repuso al fin—. Ninguno de ustedes dos es abogado, por lo que no pueden entender mi punto de vista. Como todos los profanos, tienen ideas equivocadas sobre el valor de las pruebas acusatorias.

—A mí me parecen bastante consistentes.

—Al contrario, no lo son. ¿Qué tiene Pollinger? La declaración de un moribundo, que, por desgracia, yo mismo di a conocer. Esta declaración, lo reconozco, la efectuó la víctima sabiendo muy bien que se estaba muriendo; un punto legalmente importante, acusando a una mujer, oculta por un velo, de haberle apuñalado. Tiene las huellas de los neumáticos de un coche «Ford» en el suelo, delante de la escena del crimen. Concederé, en gracia a la argumentación, que puede lograr que los expertos identifiquen tales huellas como pertenecientes al «Ford» de Lucy. ¿Y qué? La criminal utilizó su coche. En éste se encontró el velo… que ni siquiera es suyo; lo sé, porque ella jamás ha llevado ni ha poseído velo alguno. Por tanto, el fiscal no podrá demostrar que lo sea. La acusación tiene, pues, el coche de Lucy utilizado por la criminal, que era una mujer con un velo. Posiblemente, surja alguien que podrá declarar haber visto a esa mujer tapada en el «Ford», cerca de la escena del crimen. Pero

dicho testigo, sea quien sea, no podrá identificar a Lucy como la mujer que conducía. Aunque mienta, o la identifique bajo una impresión equivocada, será un juego de niños destruir su credulidad. El mero hecho de llevar un velo ya imposibilita toda identificación en el sentido legal de la prueba.

—Tu hermana carece de coartada —recordó Ellery—, y en cambio, sí posee un doble motivo teórico para asesinar, de una potencia muy comprometedora.

—Todo muy tenue —el tono de Bill era violento—. Legalmente hablando, no necesitamos una coartada. Sin embargo, tengo la esperanza de que la taquillera del «Fox Theatre» la identifique. De todos modos, éste es todo el caso. Decidme, entonces, por favor, ¿dónde, en esta serie de hechos, veis la menor implicación de Lucy en persona? Ya conocéis la ley. La evidencia circunstancial, suficientemente poderosa para condenar, ha de colocar al acusado en el escenario del crimen, por encima de todas las demás pruebas. Y aclaradme de qué forma podrá Pollinger demostrar que Lucy, en carne y hueso, estuvo en aquella cabaña la noche del primero de junio.

—Su coche… —sugirió Ella.

—¡Narices! Su coche no la llevó allí. Cualquiera pudo robárselo. Y en realidad, esto es lo que ocurrió.

—Pero la consecuencia…

—La ley no juzga por consecuencias, sino por hechos. Aunque Pollinger exhibiera un pedazo de ropa de Lucy, hallado en la cabaña, un pañuelo, un guante, cualquier cosa suya, no bastaría para demostrar que ella estuvo allí. No sería una prueba. Me refiero a una prueba dentro de la evidencia circunstancial.

—Bien, no te excites tanto, Bill —suspiró la pelirroja periodista —. Tal como lo planteas parece un buen caso, pero…

Frunció el entrecejo y, levantando su vaso, tomó un largo sorbo.

El rostro de Bill se suavizó. Fue hacia la joven y le cogió la mano libre.

—Desde hace mucho tiempo, deseaba expresarle mi agradecimiento, Ella. Ahora lo hago. No piense que soy un ingrato. Usted ha sido un pilar de resistencia, y sus artículos en la Prensa han influido, indudablemente, en la opinión pública. Me alegro muchísimo de que usted esté a nuestro lado.

—¡Oh!, es mi oficio —replicó ella con ligereza, mas con una sonrisa teñida de emoción—. No creo que Lucy apuñalase a ese pelele. Y además, todo está permitido en el amor y en los procesos por asesinato, ¿verdad? Por otra parte, el aspecto de la diferencia de clases era demasiado tentador… Por añadidura, odio a esa gentuza que vive en Park Avenue y en la Quinta Avenida de Nueva York…

—Lo mismo que Bill —murmuró suavemente Ellery.

—Eh, oigan… —protestó el joven—. Sólo porque reconozca ahora cierto equilibrio… ello no significa…

Calló, y se ruborizó.

Ella Amity le contempló con aire de sorpresa.

—Ajá… —exclamó—. Huelo un romance. ¿Qué es, Bill? ¿Otro caso de Capuletos y Montescos?

—No sea tonta —rezongó él—. Ustedes dos poseen la deplorable costumbre de hacer una montaña de un grano de arena. ¡Esa chica está comprometida para casarse! ¡Qué diablo! Ella pertenece a un nivel social superior al mío. Yo no soy sino un…

Ella le guiñó un ojo a Ellery. Bill apretó los labios en un gesto de furia y se alejó hacia la ventana. Ella se puso de pie y volvió a llenar su vaso. Ninguno de los tres habló en largo tiempo.

En la atestada sala Paul Pollinger desarrolló el caso con asombrosa rapidez, tan frío y seguro como si la vista fuese una formalidad sin consecuencias, antes de la sentencia irrefutable. Aunque los altos ventanales y las claraboyas estaban abiertas, y los ventiladores en marcha, la sala resultaba sofocante debido al calor de la gente allí apretujada. El cuello de la camisa de Pollinger era un trapo sucio, y el rostro de Bill un océano de sudor. Sólo Lucy Wilson, sentada a la mesa de la defensa, flanqueada por dos guardias de aspecto severo, parecía impermeable al calor. Tenía la piel reseca y pálida, como si ya hubiesen cesado en su cuerpo los procesos vitales de la exudación. Estaba sentada, muy rígida, con las manos sobre la falda, contemplando la arrugada cara del juez Menander y evitando las embarazosas miradas del Jurado.

Al finalizar el primer día de la vista, escribía el periodista bizco

del Philadelphia Ledger, el fiscal Pollinger demostró una vez más, en un proceso por asesinato, su genio para una reconstrucción relampagueante de los elementos vitales. El señor Pollinger edificó su caso rápidamente. Durante la jornada, llevó al sillón de los testigos al coronel Hiran O'Dell, al abogado defensor William Angell, al jefe de Policía De Jong, a Grosvenor Finch, de Nueva York, a John Sellers, Arthur Pinetti, al sargento Hannigan, y al teniente Donald Fairchild, del Departamento de Policía de Nueva York. Gracias a las declaraciones de esos testigos consiguió establecer un motivo, por una póliza de seguros, contra la acusada, detallando los hechos relativos al descubrimiento del cadáver, y presentando cierto número de pruebas importantes, entre las que figuran los dos fragmentos de un tapón de radiador roto, supuestamente perteneciente al coche de la acusada. En opinión de los expertos observadores, el señor Pollinger consiguió asestar un buen golpe cuando logró, a pesar de las constantes objeciones de la defensa, introducir en el registro de la causa el testimonio de los expertos tocante a las importantes huellas de los neumáticos «Firestone» sobre el barro, delante de la cabaña en que Joseph Kent Gimball fue asesinado. Toda la tarde transcurrió con el testimonio directo y el contrainterrogatorio del sargento Thomas Hannigan, de la Policía de Trenton, que fue quien primero examinó dichas huellas de neumáticos, del jefe de Policía De Jong, que encontró el «Ford» perteneciente a Lucy Wilson, y del teniente Fairchild, reconocida autoridad en las identificaciones de huellas de neumáticos.

En el sillón —continuó transmitiendo el telegrafista de la antesala, siguiendo con la historia del caso para el Ledger—, el teniente Fairchild se resistió a todos los violentos intentos del señor Angell para arrojar alguna duda sobre sus hallazgos, manteniendo hasta el último detalle las afirmaciones del sargento Hannigan. El experto de Nueva York comparó las fotografías y los moldes vaciados en yeso de las impresiones de los neumáticos sobre el sendero con los neumáticos del «Ford» de Lucy Wilson, exhibidos en la sala del tribunal.

—En el caso de unos neumáticos ya gastados —declaró el teniente Fairchild, resumiendo sus hallazgos—, es posible efectuar una identificación tan positiva como en el caso de las huellas dactilares humanas. No existen dos neumáticos que lleven en

servicio algún tiempo, que dejen las mismas impresiones sobre una superficie plástica. Esos neumáticos llevan ya varios años de servicio y sus huellas resultan cortadas y rayadas. Yo hice correr cuidadosamente el coche de la acusada sobre el sendero de la cabaña, bajo condiciones exactamente iguales a las de la noche del asesinato. Y hallé que los neumáticos dejaban unas huellas idénticas a las recogidas en los moldes de yeso.

—¿Y su conclusión al respecto, teniente? —inquirió el fiscal.

—En mi opinión, no existe la menor duda de que las impresiones que vemos en estas fotografías y en los moldes fueron hechas por esos cuatro neumáticos.

Un intento del defensor Bill Angell, para sugerir que «los cuatro neumáticos aludidos» no eran los del coche de la señora Wilson, sino que habían sido deliberadamente sustituidos por la Policía, quedó fuera de cuestión en el interrogatorio directo llevado a cabo por el señor Pollinger.

—Todavía no han empezado los fuegos artificiales —le dijo Bill Angell a Ellery Queen en la tarde del tercer día del juicio.

Se hallaban en la habitación de Bill, en el Stacy-Trent. El joven estaba en camiseta, sumergiéndose el rostro en agua fría.

—Bueno, toma un trago, Ellery. La soda está en el armario. O una cerveza con ginebra, si te apetece.

Ellery se sentó exhalando un resoplido; tenía arrugado el traje y el rostro cubierto de sudor.

—No, gracias, ya he tomado un par de tragos abajo. ¿Qué ha ocurrido?

Bill cogió una toalla para secarse la cara.

—Lo corriente. A decir verdad, estoy un poco disgustado. Pollinger no puede, en modo alguno, conseguir un veredicto de culpabilidad con los argumentos que ha presentado. No ha relacionado a Lucy con el crimen, de ninguna forma. Y tú, ¿dónde has estado todo el día?

—Husmeando un poco.

Bill arrojó la toalla y se puso una camisa limpia.

—¡Oh!… —exclamó. Parecía vagamente defraudado—. Es muy de agradecer que hayas vuelto. Sé que este caso se ha interpuesto en

tus proyectos personales.

—No me has entendido —suspiró Ellery—. Estuve en Nueva York efectuando una pequeña investigación en favor tuyo.

—¿Cómo?

Ellery alargó la mano para coger un montón de cuartillas mecanografiadas. Constituían la transcripción de las declaraciones de aquel día.

—Nada en realidad. Tenía una idea pero no dio resultado. ¿Te importa que lea esto? Quiero saber qué ha ocurrido durante mi ausencia.

Bill asintió tristemente, terminó de vestirse y salió. Ellery quedó enfrascado en las cuartillas. Bill tomó el ascensor hasta el piso séptimo y llamó a la puerta 745, que fue abierta por Andrea Gimball.

Los dos se mostraron algo turbados, y por un instante, la tez de Bill igualó a la palidez de la muchacha. Esta llevaba un traje sencillo, de cuello alto, prendido en la garganta por un broche de perlas; el efecto era severo, y Bill intuyó durante una fugaz fracción de segundo, que Andrea sufría. Había unos círculos morados muy alarmantes debajo de sus ojos, y parecía enferma, agotada. Su esbelto cuerpo se apoyó en la jamba de la puerta.

—¡Bill Angell! —tartamudeó con voz ahogada—. Vaya… sorpresa. ¿No quiere entrar?

—Adelante, Bill, adelante —le invitó la voz de Ella Amity desde el interior—. ¡Y convierta esto en una verdadera fiesta!

Bill frunció el ceño y entró en la habitación. Era una salita adornada con profusión de flores frescas, y Ella Amity se hallaba bien arrellanada en el mejor sillón, con un vaso al lado y un cigarrillo en la mano. Burke Jones, sentado en el reborde de la ventana le observaba con mirada iracunda.

—¡Oh!, lo siento —murmuró Bill, deteniéndose en seco—. Volveré en otro momento más oportuno, señorita Gimball.

—¿Qué es esto —preguntó Jones—, una visita social? Creí que usted estaba al otro lado del seto.

—Mi asunto sólo se relaciona con la señorita Gimball —replicó Bill, secamente.

—Está usted entre amigos —sonrió levemente Andrea—. Siéntese, por favor, Bill Angell. Todavía no he tenido la oportunidad

de… Bueno, fue todo tan precipitado, ¿verdad?

—Tal vez —concedió Bill, tomando asiento y preguntándose por qué habría entrado—. ¿Qué hace usted aquí, Ella?

—La pequeña Ella está sobre la pista. Estoy averiguando cómo se comporta la parte contraria. Quizás obtenga un buen artículo. La señorita Gimball ha sido muy amable, pero el señor Jones cree que soy una espía, de modo que el equilibrio queda restablecido.

La periodista se echó a reír.

Jones se levantó del antepecho de la ventana, con un nervioso movimiento de su musculoso cuerpo.

—¿Por qué diablo no nos dejan tranquilos? —gruño—. Ya es bastante enojoso tener que permanecer en este maldito agujero…

Andrea consultó su reloj.

—Tal vez… Burke, ¿te importaría…?

—¿Importarme? ¿Importarme? ¿Por qué habría de importarme? —refunfuñó el joven.

Acto seguido, fue hacia la puerta, la abrió y salió cerrando de golpe tras sí.

—Muy poca educación —murmuró Ella—. Su novio tiene muy mal carácter. Ese chico necesita unos azotes, querida. En realidad, creo que es un gallito.

Se puso de pie perezosamente, vació su vaso, les dirigió a ambos jóvenes una encantadora sonrisa, y también se marchó.

Bill y Andrea permanecieron unos instantes en silencio. Éste llegó a hacerse opresivo. No se miraron uno al otro. Por fin, Bill se aclaró la garganta.

—No se enfade con Ella, señorita Gimball. Es una buena persona. Ya sabe cómo son esos periodistas…

—No, no me importa ni me enfado con ella, Bill —Andrea estaba estudiando sus manos—. ¿Qué deseaba usted?

Bill se levantó y se metió las manos en los bolsillos.

—Sé que todo esto es muy fastidioso para nosotros dos —dijo, cohibido—. Jones tiene razón. Nosotros nos hallamos situados en lados distintos del mismo seto. Yo no debiera estar ahora aquí.

—¿Por qué no? —preguntó Andrea. De pronto, se llevó las manos a su cabellera.

—Bueno… no es apropiado. No debería permitir…

—¿Sí?

La joven le miró de pronto fijamente.

Bill le dio un puntapié a una butaca.

—Está bien, lo diré. Se trata de consideraciones personales. Nadie puede acusarme de nada por decir la verdad. Usted… usted me gusta. Sé que soy solamente un maldito tonto… Bueno, no quiero decir esto. Quiero decir que mi hermana tiene su vida en peligro y yo tendré que emplear todo mi poder, todo mi saber y todas las armas de que disponga. En realidad, esto es lo que me veré obligado a hacer.

Andrea palideció y se humedeció labios antes de responder.

—Hable, por favor. Sé que tiene al metido en la cabeza… No es…

Bill volvió a sentarse y, osadamente, cogió una mano a la muchacha.

—Escuche, Andrea. Esta noche he venido aquí en contra de mi voluntad, mis instintos y mi educación, porque, bueno, porque no quiero que se enfade conmigo. Más adelante, ¿entiende? —respiró profundamente—. Andrea…, tal me vea obligado a llevarla al sillón de los testigos.

La joven retiró la mano como si le diera.

—¡Oh, no, Bill, no!

Él se pasó una mano por los ojos.

—Quizá lo exija la situación. Por favor: trate de comprender mi posición. Ahora le está hablando el abogado de Lucy, no Bill Angell. Pollinger casi ha terminado. Sobre la base de lo que ha demostrado no puede obtener un buen resultado. Peí antes de que termine, quizás exhiba algo que cambie completamente el asunto. E cuyo caso, yo me vería forzado a apretar los tornillos de mi defensa.

—Pero, ¿qué tiene esto que ver conmigo? —murmuró ella.

Bill, por estar mirando fijamente la alfombra, no vio el terror que asomaba sus pupilas.

—La defensa, en este caso como en otros muchos, es negativa. Consiste en confundir al jurado. Yo he de procurar grabar en las mentes de los miembros del Jurado las mayores dudas posibles. Ahora bien, estoy convencido de que Pollinger no ignora que usted estuvo en el lugar del crimen, gracias al rastro dejado por el «Cadillac». No sé si él le ha hablado a usted de esto o no —hizo una pausa, sin obtener respuesta—. Naturalmente, él no la pondría a

usted en el estrado, puesto que ello sólo podría perjudicar su posición incriminatoria —trató de tomarle la mano nuevamente, mas no pudo—. Pero, ¿usted no comprende que si ello perjudica a la acusación, en cambio ayuda a la defensa?

La joven se puso de pie, y Bill, mirándola, comprendió que deseaba mostrarse altiva, imperiosa, ofendida… sin conseguirlo. Andrea se mordió el labio inferior y se apoyó en el respaldo de la silla.

—Bill… no, por favor… por favor. Yo… ¡oh!, no estoy acostumbrada a suplicar. Pero ahora he de hacerlo. No quiero sentarme en el estrado de los testigos… No podría resistirlo. ¡No debo estar allí!

Su voz acabó por convertirse en un gemido.

Por primera vez, una ducha fría despejó el cerebro de Bill, dejándolo limpio, fresco, brillante. Se levantó y se encaró con Andrea.

—¿Por qué no? —preguntó con tono helado.

—¡Oh!… no puedo explicarlo —ella voltio a morderse el labio inferior.

—¿Tiene miedo a la publicidad?

—¡Oh, no, no, Bill! No es eso. ¿Cree que me importa…?

—Andrea —la voz del joven se había endurecido—, usted se halla en posesión de algunos hechos de importancia…

—¡No, no…! ¡Oh, no…!

—Sí… ahora lo veo todo claro. Usted La estado jugando conmigo, tomándome por un pobre bobo. Jugando con mi… mi simpatía hacia usted —enojado, la miró con malevolencia y la cogió por los hombros; ella se encogió y enterró el rostro entre sus manos —. ¡Todos sus buenos deseos… mentira! Esto me ha enseñado una lección. Quédese en su propio terreno. Usted pensó que me ofuscaría, que me haría descuidar mi guardia, que me mantendría callado… mientras mi hermana está siendo juzgada y ha de luchar por defender su vida. Se equivocó, señorita Gimball, y no volveré a dejarme engañar. Usted se sentará en el sillón de los testigos ¡y que Dios la perdone si usted sabe algo y prefiere callárselo antes que ayudar a mi hermana a obtener su libertad!

Andrea estaba sollozando y Bill le quitó las manos de los hombros, como si su contacto le resultase intolerable.

—¡Oh!, no lo entiende… —musitó la muchacha con voz ahogada —. ¡Oh, Bill, ¿cómo puede decir tal cosa? Yo… yo no fingía. Yo… no puedo salvar a su hermana. Lo que sé…

—¡Entonces, sabe algo!

El terror retratado en los ojos de Andrea le sobrecogió. Jamás había visto una expresión semejante en un semblante humano. Dio un paso atrás, sintiendo que su enojo se iba fundiendo.

—No sé nada —susurró ella, débilmente—. ¡Oh!, no sé lo que digo. Estoy… estoy aturdida. No sé nada de nada en absoluto, ¿me oye? ¡Oh!, Bill, por favor…

—Andrea —dijo él en voz baja—, ¿qué pasa? ¿Por qué no confía en mí, permitiéndome ayudarla? Usted está metida en un conflicto… ¿Se halla mezclada en este asunto? ¿Lo… lo mató usted?

Ella se apartó del joven abogado.

—¡No! Repito que no sé nada. Nada en absoluto. Y si piensa ponerme en el sillón de los testigos…, ¡huiré! ¡Abandonaré este Estado! Yo…

Bill respiró hondo, relajando su tensión.

—Muy bien —decidió quedamente—. Ahora sé a qué atenerme. Por su propio bien, señorita Gimball, le advierto que si hace algo perjudicial para mis intereses, la perseguiré hasta el día de su muerte. Yo estoy dentro de este caso, lo mismo que usted, pero Lucy puede salir peor librada que nosotros. No se marche de aquí y haré que todo le resulte más fácil, ¿me ha entendido?

Andrea no contestó; estaba sollozando con la cara hundida entre los almohadones del diván. Él la contempló un instante, mientras los músculos de sus mejillas se le movían con un involuntario tic nervioso; luego, dio media vuelta y salió de la habitación.

Cuando Ellery hubo leído toda la transcripción, deliberadamente se quitó la chaqueta, encendió un cigarrillo y volvió a sepultarse entre las páginas mecanografiadas. De entre aquella masa de testimonios, sobresalía algo. El testigo que habían interrogado aquella tarde. Ellery repasó la declaración lentamente, palabra por palabra, y las arrugas de su frente se profundizaron.

INTERROGATORIO DIRECTO DE POLLINGER.

P.—¿Cómo se llama usted?

R.—John Howard Collins.

P.—¿Posee usted una estación de gasolina?

R.—Sí.

P.—¿Dónde está situada?

R.—En la carretera Lamberton, a unos diez kilómetros de Trenton. Entre Trenton y Camden. Bueno, está más cerca de Trenton que de…

P.—Le señalo un punto de este plano, señor Collins. ¿Es ahí donde se halla la gasolinera?

R.—Sí, aproximadamente.

P.—¿Conoce bien ese sector?

R.—Seguro. Llevo nueve años en ese sitio. Y he vivido toda mi vida cerca de Trenton.

P.—Entonces, sabe dónde se halla la Marine Terminal, ¿verdad? ¿Puede señalarla en este plano?

R.—Sí, señor (el testigo coge un puntero y señala el edificio indicado en el plano), Aquí exactamente.

P.—Correcto. Vuelva al sillón, por favor. Señor Collins, ¿a qué distancia de la Marine Terminal se halla su gasolinera?

R.—A cinco kilómetros.

P.—¿Recuerda la tarde del primero de junio de este año, hace algo menos de un mes?

R.—Sí, señor.

P.—¿Muy claramente?

R.—Sí, señor.

P.—¿Por qué se acuerda con tanta claridad de aquella tarde?

R.—Bueno, por varios motivos. Primero, llovió casi toda la tarde y prácticamente no tuve clientela. Segundo, tuve una discusión con mi ayudante hacia las siete y media y le puse de patitas en la calle. Tercero, me quedaba poca gasolina la noche del viernes y llamé a la Compañía el sábado por la mañana para que me enviasen un camión especial inmediatamente. No quería quedarme sin suministro el domingo. Pero el camión no apareció en todo aquel sábado.

P.—Entiendo. Por tanto, todas esas cosas le hacen acordarse, con claridad, de aquella tarde, señor Collins. Ahora le muestro a usted la pieza de convicción número 17, la foto de un automóvil.

¿Ha visto alguna vez ese coche?

R.—Sí, señor. Llegó a mi estación de servicio aquella tarde, a las ocho y cinco.

P.—¿Cómo sabe que esta foto representa al mismo coche que estuvo en su gasolinera a las ocho y cinco minutos del primero de junio?

R.—Se trata de un «Ford» modelo 32, lo mismo que el que estuvo allí. Naturalmente, no podría jurar que es el mismo de no haber tomado el número de matrícula. Y dicho número se ve claramente en esta foto.

P.—¿Usted anotó el número de matrícula, señor Collin? ¿Por qué?

R.—Porque había algo raro en la mujer que lo conducía. Me refiero al «Ford». Sí, aquella mujer era… rara. Como si estuviese asustada. Además, llevaba aquel velo que le tapaba toda la cara. Actualmente, las señoras no llevan velos… bueno, velos como aquél. En conjunto, todo era tan raro, que no quise correr riesgos y tomé el número de la matrícula.

P.—Cuéntele al Jurado qué es lo que ocurrió.

R.—Sí, señor: salí corriendo de mi despachito y le pregunté: «¿Gasolina?». Ella asintió con la cabeza y yo dije: «¿Cuánta?»… y así. Luego, le serví cinco galones de gasolina.

EL JUEZ.—Este tribunal no tolera esa clase de demostraciones. Estas carcajadas son extemporáneas. Alguacil, haga salir de la sala a todo el que altere el buen orden de la vista. Continúe, señor fiscal.

P.—¿Qué sucedió después de haber servido cinco galones de gasolina, señor Collins?

R.—Ella me entregó un billete de un dólar y arrancó sin esperar el cambio. ¡Oh!, sí, esto es precisamente otro detalle que me obliga a acordarme de ella.

P.—¿En qué dirección se marchó?

R.—Hacia aquella choza que está cerca de la Marine Terminal, donde se cometió el asesinato.

BILL ANGELL.—¡Me opongo a la respuesta, Señoría, por sugerir una conclusión improcedente! Según el propio testimonio del testigo, su estación de gasolina se halla a cinco kilómetros de la Marine Terminal. Además, la forma de su respuesta es

claramente indicio de sus prejuicios en contra de la conductora del coche.

POLLINGER.—Si el coche arrancó en dirección a Trenton, también lo hizo en dirección al lugar del crimen, Señoría. Estamos tratando de direcciones, no de destinos.

EL JUEZ.—Cierto, señor Pollinger, pero en la respuesta hay una implicación. Que se tache dicha respuesta.

P.—¿Arrancó el coche hacia Camden?

R.—No, señor. Vino de Camden… de aquella dirección, vaya. Y arrancó hacia Trenton.

P.—Señor Collins, le estoy enseñando la prueba número 43 del Estado. ¿Sabe de qué se trata?

R.—Sí, señor, se trata del velo de la mujer que se encontró en el coche abandonado en Philly, cuando…

BILL ANGELL.—¡Protesto!

POLLINGER.—No siga, señor Collins. Sólo quiero que conste de acuerdo con sus conocimientos personales y sus observaciones directas. Muy bien, se trata en efecto de un velo femenino. ¿Reconoce este velo?

R.—Sí, señor.

P.—¿Dónde lo vio por última vez?

R.—Sobre la cara de la mujer que aquella noche llegó a mi estación de servicio conduciendo el «Ford» modelo 32.

P.—¿Puede ponerse en pie la acusada? Gracias. Señor Collins, mire atentamente a la acusada. ¿La ha visto anteriormente en alguna ocasión?

R.—Sí, señor.

P.—¿Dónde? ¿Cuándo? ¿En qué circunstancias?

R.—Fue ella la que conducía aquella noche el «Ford».

ALGUACIL.—¡Orden en la sala, orden en la sala!

POLLINGER.—Su testigo, abogado.

CONTRA INTERROGATORIO DE BILL ANGELL.

P.—Señor Collins, puesto que hace nueve años que posee usted esa estación de servicio en la carretera Lamberton, supongo que tiene allí mucho trabajo.

POLLINGER.—¡Protesto, Señoría!

P.—No importa. Se trata de un buen negocio ¿verdad, señor Collins?

R.—Sí, señor.

P.—Lo suficiente para hacer nueve años que vive de ese negocio. ¿Acierto?

R.—Sí, señor.

P.—Anualmente, ¿se detienen miles de coches en su estación, pidiendo gasolina?

R.—Bueno, supongo que así es.

P.—Supongamos que sí, claro. ¿Cuántos coches pasan por allí? Sólo un cálculo aproximado. ¿Cuántos diría usted que se detienen cada mes en su gasolinera? ¿O el mes pasado, por ejemplo?

R.—Es difícil de calcular… No llevo ningún registro de…

P.—Pero tendrá usted una idea… ¿Cien? ¿Mil? ¿Cinco mil?

R.—No puedo decirlo, repito. No lo sé. Muchos… muchos.

P.—¿No puede ser más exacto? Cien coches al mes, ¿cuántos sería al día?

R.—Unos tres. ¡Oh!, pasan muchos más.

P.—Más de tres al día. ¿Treinta al día?

R.—No lo sé con exactitud, pero tal vez ésta sea una cifra aproximada, sí.

P.—Treinta coches al día. Lo que hace, aproximadamente, unos mil al mes.

R.—Seguro.

P.—Entonces, usted ha servido gasolina, desde el primero de junio, a unos mil autos.

R.—Mirándolo de esta manera… sí.

P.—Sin embargo, al cabo de un mes, después de atender a mil conductores, después de bombear gasolina dentro de mil depósitos de coche, usted se acuerda de un auto en particular con tanta claridad como lo ha descrito, así como a su conductor, ¿no es así?

R.—Ya he declarado por qué me acuerdo. Aquel día llovió.

P.—Ha llovido exactamente cinco días desde el primero de junio, señor Collins. ¿Se acuerda de lo sucedido en dichos cinco días con la misma claridad?

R.—No, señor, pero también aquel día despedí a mi ayudante…

—R.—¿Despedir a un ayudante le sirve para acordarse de un conductor entre mil?

R.—También mi llamada a la empresa que suministra la gasolina…

P.—Aquellos días, treinta y uno de mayo y primero de junio, ¿han sido los únicos en nueve años, que ha estado usted corto de gasolina, señor Collins?

R.—No.

P.—Ya. Señor Collins, usted ha declarado que anotó el número de matrícula del «Ford» modelo 32 que acaba de identificar. ¿Puedo ver la nota, por favor?

R.—No la llevo encima.

P.—¿Dónde está?

R.—En mi otro traje.

P.—¿Y dónde está su otro traje?

R.—En casa.

ALGUACIL.—¡Orden en la sala, orden en la sala!

POLLINGER.—El testigo exhibirá la nota tan pronto como pueda.

BILL ANGELL.—¿Puedo rogarle al fiscal que tenga la amabilidad de permitir que esta defensa lleve el contrainterrogatorio a su manera?

R.—Mañana traeré la nota.

P.—¿La misma nota, señor Collins?

R.—Seguro.

P.—¿No una copia?

POLLINGER.—¡Señoría, protesto con todas mis fuerzas ante las insinuaciones del defensor! El Estado se halla en posición de autentificar la nota que exhibirá el testigo. Únicamente por descuido la nota no ha podido presentarse esta tarde.

BILL ANGELL.—¡Y yo protesto con todas mis fuerzas de que el señor fiscal declare ahora!

EL JUEZ.—Creo que temporalmente debería usted abandonar este curso de su contrainterrogatorio, señor defensor. El mismo podrá reanudarse cuando se presente la nota.

P.—Señor Collins, desde el momento en que la mujer del velo

llegó a la gasolinera hasta que se marchó, ¿cuántos minutos transcurrieron?

R.—Unos cinco.

P.—Unos cinco minutos… Usted ha declarado que bombeó cinco galones de gasolina en el depósito del coche. ¿Cuánto tardó en la operación?

R.—¿Cuánto? Creo que casi todo ese tiempo. Digamos unos cuatro minutos. Tuve un poco de dificultad en desenroscar el tapón y meter dentro la manguera. El tapón estaba oxidado y…

P.—Por tanto, durante cuatro de los cinco minutos usted estuvo ocupado con el depósito del coche. ¿Dónde está el tanque del auto?

R.—En la parte de atrás, naturalmente.

P.—En la parte de atrás. ¿Bajó del coche la mujer del velo, durante los cinco minutos?

R.—Estuvo sentada constantemente ante el volante.

P.—Entonces, usted no la vio durante cuatro de los cinco minutos, ¿verdad?

R.—Pues… no.

P.—Luego usted solamente pudo ver a la mujer un minuto…

R.—Digamos que sí.

P.—Digamos que sí… ¿qué quiere decir? ¿Que no fue así? ¿Acaso restando cuatro minutos de cinco no queda uno solo?

R.—Sí.

P.—Bien. ¿Qué parte de dicha mujer fue visible para usted durante ese único minuto?

R.—¡Oh!… bastante.

P.—¿No puede ser más exacto?

R.—Pues…

P.—¿Le vio la cintura?

R.—No… la cintura no. Estaba sentada ante el volante, como he dicho. No abrió la portezuela. No vi sino su busto.

P.—Y por lo que usted vio, ¿qué ropas vestía?

R.—Un sombrero muy grande y una chaqueta.

P.—¿Una chaqueta de qué clase?

R.—Una chaqueta… bueno, suelta. Chaqueta de paño.

P.—¿De qué color?

R.—No estoy seguro… oscuro.

P.—¿Oscuro? ¿Negro? ¿Azul? ¿Marrón?

R.—No puedo precisarlo.

P.—Señor Collins, cuando llegó la mujer con el coche aún había luz de día, ¿verdad?

R.—Sí, señor. Según la hora solar sería 240 algo más de las siete.

P.—Sin embargo, usted no vio el col de su chaqueta, a pesar de la luz del día.

R.—No exactamente. Sólo sé que la chaqueta era de color oscuro.

P.—¿Quiere usted decir que no se acuerda del color de la chaqueta?

R.—Recuerdo solamente que era oscura.

P.—No obstante, usted vio la chaqueta, ¿no es verdad?

R.—Acabo de decírselo.

P.—Luego el día primero de junio sabía el color de la chaqueta, pero hoy lo ha olvidado.

R.—Entonces no supe cuál era el color. No me fijé en la chaqueta, sobre todo en su color. Sólo sé que era una chaqueta oscura.

P.—Pero se fijó en el aspecto de la mujer.

R.—Sí, seguro.

P.—¿Observó usted a la mujer lo bastante como para sentarse en este sillón y, al cabo de un mes, identificar a la acusada como la mujer que conducía aquella tarde aquel coche «Ford», modelo 32?

R.—Sí.

P.—En cambio, no recuerda el color de la chaqueta.

R.—No.

P.—¿De qué color era el sombrero?

R.—No lo sé. Era grande…

P.—¿Llevaba guantes?

R.—No me acuerdo.

P.—¿Y no vio más que su busto?

R.—Sí.

P.—¿Y la vio sólo un minuto?

R.—Aproximadamente.

P.—¿Llevaba un velo espeso que le ocultaba la cara por

completo?

R.—Sí.

P.—Y a pesar de esto, usted identifica a la acusada como la mujer que conducía aquel «Ford».

R.—Bueno… la figura es la misma.

P.—¡Oh!, la figura es la misma. Naturalmente, se refiere usted a la misma figura desde el busto para arriba.

R.—Bien, así es, desde el busto para arriba supongo.

P.—Lo supone. ¿Declara usted por suposiciones o por conocimiento directo?

POLLINGER.—Señoría, protesto respetuosamente ante la presión ejercida por el abogado defensor sobre este testigo. Este contrainterrogatorio tan fútil…

EL JUEZ.—El abogado defensor, señor Pollinger, tiene derecho a demostrar la memoria del testigo en la identificación, durante su contrainterrogatorio. Continúe, señor letrado.

P.—Señor Collins, usted ha dicho que el «Ford» llegó a la gasolinera a las ocho y cinco minutos de la tarde del primero de junio. ¿Se trata de una declaración positiva o también es una suposición?

R.—No, señor, no es ninguna suposición. Según el reloj de mi despacho era esa hora. Hasta el segundo exacto.

P.—¿Consultó el reloj al llegar el coche? ¿Es ésta su costumbre, señor Collins?

R.—Lo estaba consultando en el momento en que llegó el «Ford». Ya he declarado que estaba hablando por teléfono con la empresa proveedora de gasolina cuando llegó el coche. Les preguntaba por qué no habían enviado el camión-cisterna en todo el día, y añadí: «Fíjense que son ya las ocho y cinco». Por eso miraba el reloj.

P.—¿Y fue precisamente entonces cuando el «Ford» frenó fuera?

R.—Sí.

P.—Salió usted del despacho y le preguntó a la mujer cuántos galones de gasolina quería, ¿verdad?

R.—Sí, señor, y ella levantó cinco dedos. Entonces, procedí a llenar el depósito.

P.—De modo que ella levantó la mano y usted no recuerda si

llevaba guantes. Recuerda algunas cosas y otras no.

R.—Sí, levantó una mano, pero no recuerdo nada de guantes.

P.—Ya. Usted llenó el depósito. ¿Lo llenó? ¿Con cinco galones de gasolina?

R.—Sí.

P.—Señor Collins, ¿ignora cuál es la capacidad del depósito de gasolina de un «Ford»?

R.—Seguro que lo sé. Unos once galones.

P.—Entonces, usted cometió un error al decir que llenó el depósito con cinco, ¿verdad?

R.—No, señor. Yo dejé el depósito lleno. O casi lleno.

P.—Lo cual significa que el depósito no estaba vacío. O que no estaba muy bajo…

R.—Exacto. Sólo bombeé unos cinco galones porque cuando iba por el quinto la gasolina empezó a desbordarse.

P.—Entiendo. O sea que cuando esa mujer levantó una mano, dando a entender que sólo necesitaba cinco galones de gasolina, el depósito no estaba vacío ni casi vacío. ¿Estaba medio lleno? ¿Podía haber continuado un buen trecho con lo que había en el depósito?

R.—Sí, señor.

P.—¿No le resultó extraño que un automovilista se detuviera a llenar un depósito medio lleno?

R.—No lo sé. Algunas personas se asustan ante la idea de quedarse sin combustible a mitad de camino. Sin embargo, recuerdo que lo juzgué un poco raro.

P.—Usted lo juzgó un poco raro… Raro… ¿en qué sentido?

POLLINGER.—¡Protesto! Lo que pensara el testigo no interesa a los miembros del Jurado.

EL JUEZ.—Se acepta la protesta.

P.—Señor Collins, hace un momento dijo usted que la mujer le mostró cinco dedos para indicarle la cantidad de gasolina que deseaba. Por consiguiente, ¿no habló?

R.—Ni una palabra.

P.—¿No abrió la boca para pronunciar ni una sílaba durante los cinco minutos que el coche estuvo en su gasolinera?

R.—No pronunció ni una palabra.

P.—Entonces, usted no oyó su voz, eh absoluto.

R.—No la oí.

P.—Si la acusada se pusiera de pie y dijera algo, usted no podría identificarla sólo por el sonido de su voz, ¿verdad?

R.—Seguro que no. ¿Cómo quiere que la identifique de esta forma? No la oí hablar… bueno, no oí hablar a aquella mujer.

P.—Usted ha identificado a la acusada como a la mujer que conducía el «Ford» exclusivamente por una semejanza física, por la construcción de la figura, del busto para arriba, no por la voz, que no oyó, ni por la cara, que no vio, porque la tenía tapada, ¿no es así?

R.—Sí. Pero una mujer alta, recia como es…

P.—Basta. Usted ha identificado el velo. Declaró, según creo, que es positivamente el mismo velo que llevaba la mujer que iba al volante del coche.

R.—Positivamente.

P.—¿No podría ser un velo distinto, aunque semejante?

R.—Claro que sí. Pero hace por lo menos veinte años que no he visto ninguna mujer con un velo como ése. Además, fue por eso por lo que me fijé en su… en la… ¡oh!, no recuerdo la palabra…

POLLINGER.—¿En su trama?

BILL ANGELL.—¿Quiere el señor fiscal abstenerse amablemente de poner palabras en boca del testigo?

R.—Eso es, en la trama, en la tela. Me fijé bien. El dibujo forma como unas olas tan juntas, que es imposible distinguir nada detrás. Sí, reconocería ese velo en cualquier parte.

P.—Usted reconocería el velo, la trama y el dibujo, pero no recuerda el color de la chaqueta de la conductora ni el sombrero o si llevaba guantes.

R.—Lo he dicho ya un centenar de veces.

P.—Ha declarado usted que el coche llegó por la dirección de Camden.

R.—Sí.

P.—En cambio, usted se hallaba en su despacho cuando el auto se detuvo en la estación de servicio.

R.—Sí, pero…

P.—O sea, que no lo vio descender por la carretera Lamberton desde Camden.

R.—Cuando salí estaba parado, pero su posición indicaba que iba hacia Trenton. Por tanto, debía de venir de Camden.

P.—¿Le vio venir desde allí?

R.—No, pero…

P.—¿No pudo venir procedente de Trenton y al llegar a la gasolinera dar la vuelta antes de situarse junto a la bomba de gasolina?

R.—Supongo que sí, pero…

P.—¿Está seguro de que dicho coche llegó a su estación de servicio el día primero de junio y no el treinta y uno de mayo o el dos de junio?

R.—¡Oh!, seguro.

P.—¿No recuerda el color de la chaqueta de la mujer, y, en cambio, sí recuerda la fecha exacta?

R.—Ya he dicho antes que…

BILL ANGEL.—O sea que…

POLLINGER.—¿Puedo sugerir al señor defensor que le permita al testigo concluir sus frases? Está ahora, precisamente, intentando explicar lo ocurrido, sin que el señor abogado le deje terminar tal explicación.

BILL ANGELL.—¿Cree el señor fiscal que permitirle hablar cinco minutos más daría mejor resultado? En tal caso, me encantará alargar mis preguntas. Además, el señor fiscal tampoco ha permitido a este letrado concluir su frase. Precisamente iba a decir: O sea que… esto es todo.

INTERROGATORIO EN DIRECTO DE POLLINGER.

P.—Señor Collins, aparte de la cuestión de la identificación de la conductora, usted afirma positivamente que conducía un coche idéntico al que se ve en la Prueba número 17, ¿verdad?

R.—Positivamente, señor.

P.—También afirma que llegó a las ocho y cinco minutos de la noche del primero de junio, por las buenas y suficientes razones que ya dio usted.

R.—Exacto, señor.

P.—¿No iba nadie más con aquella mujer en el coche?

R.—No, señor.

P.—¿Estaba sola?

R.—Sí, señor.

P.—¿Y llevaba puesto el velo que ahora tengo yo en la mano?

R.—Sí, señor.

P.—Y, no importa de qué dirección llegase; se marchó hacia Trenton, ¿es cierto?

R.—Sí, señor.

P.—¿Estuvo allí, viendo cómo el coche se alejaba hacia Trenton?

R.—Hasta que se perdió de vista.

POLLINGER.—Esto es todo, señor Collins.

RECONTRAINTERROGATORIO DE BILL ANGELL.

P.—Usted ha dicho que la mujer estaba sola en el coche.

R.—Esto es lo que he dicho, porque es la verdad.

P.—¿Era un cupé, verdad, con un maletero detrás?

R.—Claro.

P.—¿Estaba abierto el maletero?

R.—No, completamente cerrado.

P.—Estaba completamente cerrado. Entonces, es posible que alguien estuviese escondido en el maletero sin que usted lo sospechase. O sea que usted no puede jurar que la mujer estuviera sola en el auto.

R.—Bueno…

POLLINGER.—¡Protesto ante la forma y la intención de la pregunta! Su Señoría, el defensor trata de…

BILL ANGELL.—Vaya, vaya, no quiero discutir ahora, señor Pollinger. Me doy por satisfecho. Nada más, señor Collins.

El testigo fue despedido.

—Ahora llegaremos al momento crucial —le murmuró Bill al oído de Ellery en el tribunal a la mañana siguiente. Pollinger constituía para todos un verdadero enigma. Era un dispéptico de mirada astuta y aspecto de jugador profesional. Era la persona de

apariencia más fría de la atestada sala, flaco, bajo e inmaculado, tan alerta como el gorrión de aspecto inofensivo.

Jessica Borden Gimball estaba sentada en el banco tapizado, reservado para los testigos detrás de la mesa del fiscal, con sus manos enguantadas cruzadas. Vestía de negro, sin ningún adorno. Con su rostro enjuto, libre de maquillaje y afeites, sus ojos hundidos y su piel reseca, daba la impresión de una mujer envejecida por una existencia difícil pasada en la clase obrera. Andrea estaba a su lado, pálida como una muerta.

Bill apretó los labios al mirar a madre e hija desde el otro lado de la sala. Por debajo de la mesa acarició la mano de su hermana. Pero la expresión de intensidad hipnótica de Lucy no se alteró, ni apartó su mirada de la envejecida mujer sentada en el banco de los testigos.

—Philip Orléans al estrado.

El murmullo levantado por estas palabras fue acallado como una oleada al morir en la playa. Todos los rostros se pusieron tensos, y hasta el juez Menander pareció más grave que de costumbre. Un individuo alto y delgado, con la cabeza huesuda y los ojos brillantes de un asceta, se acercó al sillón de los testigos, quedamente, tras haber prestado juramento. Bill se inclinó hacia delante, apoyando la barbilla en una mano; estaba tan pálido como Andrea.

Detrás suyo, en el banco de los testigos, Ellery se agitó levemente y se arrellanó mejor en el asiento. Tenía los ojos fijos en Pollinger, el hombre clave. El fiscal estaba soberbio. En sus modales no había ni la menor insinuación de algo desusado. Si acaso, se mostraba más frío y más tranquilo que nunca.

—Señor Orléans, ¿es usted ciudadano de la República Francesa?

—En efecto.

El testigo hablaba con gangosidad, la gangosidad propia del acento galo, pero su voz era culta y aplomada.

—¿Cuál es su capacidad oficial en su país?

—Pertenezco a la Süreté de París. Estoy encargado de lo que en Estados Unidos se denomina Jefe del Departamento de Identificación Criminal.

Ellery vio cómo Bill se estremecía. El mismo se irguió más en su asiento. Durante un instante, no había sabido relacionar el nombre con el cargo. Mas, en aquel momento, la relación se presentó en su

mente con toda claridad. Orléans era uno de los nombres más famosos en los anales de la moderna historia criminológica, un hombre honrado, de fama universal, con varias condecoraciones por los servicios efectuados a una docena de Gobiernos.

—Entonces, ¿se califica como un experto en identificaciones criminales?

El francés sonrió ligeramente.

—Me honrará presentar a este Tribunal mis credenciales, Monsieur.

—Si es tan amable…

Ellery vio cómo Bill se mordía los labios nerviosamente. Era evidente que la convocatoria de aquel distinguido testigo le había pillado por completo de sorpresa.

—He estudiado la ciencia de la identificación criminal —explicó Orléans—, y la he convertido en mi oficio. Durante veinticinco años no he hecho otra cosa. Estudié con Alphonse Bertillon y tuve el honor de ser amigo personal y colega del inspector norteamericano Faurot. Los casos en que he prestado mi colaboración profesional…

Bill se había puesto de pie, pálido pero seguro de sí mismo.

—La defensa acepta las calificaciones del experto y no duda de ellas.

Pollinger elevó una comisura de su boca cosa de un milímetro. Fue su único signo de triunfo. Anduvo luego hacia la mesa donde estaban las piezas de convicción y cogió la plegadera hallada en el lugar del crimen. Al mango había unida una etiqueta, y la hoja todavía presentaba unas manchas oscuras, restos de la sangre de Gimball. Fue maravilloso ver el cuidado con que Pollinger manejó el objeto. Lo sostuvo por la punta, sin conmoverse aparentemente por el hecho de que sus dedos asieran una superficie manchada por sangre humana. Y lo blandió suavemente frente a sí, como la batuta de un director de orquesta. Todas las miradas de la sala estaban fijas en el cuchillo, como si el tribunal fuese un auditorio y los circunstantes una famosa orquesta.

—A propósito, señor Orléans —murmuró Pollinger—, ¿quiere explicar en beneficio del abogado defensor y del Jurado por qué es usted un testigo de este caso?

Los ojos de Bill, como los de los demás, estaban clavados en la plegadera, y su tez se trocó de gris a amarilla. Lucy la contemplaba

también con los labios entreabiertos.

—Desde el veinte de mayo —explicó Orleáns— estoy visitando los departamentos de Policía de Estados Unidos. Y el dos de junio tuve la suerte de llegar a Filadelfia. Me visitó el jefe De Jong de dicha ciudad, el cual me pidió mi opinión, como experto, respecto de ciertos aspectos de este caso. Luego, me entregaron varios objetos para su examen. Y por esto estoy aquí como testigo del fiscal, para hacerles conocer el resultado.

—Usted no estaba enterado en absoluto, señor Orléans, de los anteriores hallazgos de la Policía de Trenton, ¿verdad?

—Exactamente.

—¿No recibe tampoco honorarios por sus servicios?

—Me ofrecieron dinero —el famoso experto se encogió de hombros—, pero yo lo decliné. No acepto emolumentos cuando presto mis servicios a otras naciones.

—Usted no conoce a ninguna de las personas, acusada, defensor, fiscal, relacionadas con este caso, ¿cierto?

—Cierto.

—¿Sólo declara aquí en nombre de la verdad y la Justicia?

—Precisamente.

Pollinger hizo una pausa. De repente, blandió la plegadera ante el experto.

—Señor Orléans, le estoy enseñando la Prueba del Estado número cinco. ¿Se trata de uno de los objetos que usted examinó?

—Sí.

—¿Puedo conocer la naturaleza exacta de su examen?

Orléans sonrió débilmente, enseñando los dientes, muy blancos y relucientes.

—Comprobé las huellas dactilares.

—¿Y qué encontró?

El testigo poseía un buen sentido teatral. No contestó al instante. Sus penetrantes ojillos recorrieron antes la sala. Bajo la luz de las lámparas, brillaba la piel de su huesuda frente. Todo el mundo callaba.

—Encontré —pronunció, al fin, lentamente, con voz clara y desprovista de toda emoción— las huellas dactilares de dos personas. Las designaré momentáneamente como A y B. Había más huellas de A que de B. El número exacto es como sigue —consultó

una libreta por un instante—: De A en la hoja del cuchillo: una impresión del pulgar, dos del índice, dos del medio, dos del anular, una del meñique. De A en el mango: una impresión de pulgar, una de índice, una de medio. De B en el mango: una de índice, una de medio, una de anular y una de meñique.

—Ciñámonos a B, señor Orléans —dijo Pollinger—. ¿En qué posición halló las impresiones de B en el mango del cuchillo? ¿Estaban esparcidas o en algún orden establecido?

—¿Quiere sostener la plegadera, por favor? —Pollinger obedeció de modo que la plegadera quedó en posición vertical al suelo, con el mango arriba—. Las huellas de B en el mango iban de arriba abajo por el orden ya dado: índice arriba, medio directamente debajo, anular debajo del cordial y meñique debajo del anular. Todas las huellas estaban juntas.

—Bien, ahora traduzcamos los términos técnicos en otros más corrientes. ¿Sería correcto decir que en el mango de este objeto, de arriba abajo, tal como yo ahora lo sostengo, usted halló las impresiones de cuatro dedos: índice, medio, anular y dedo pequeño?

—Correcto.

—Usted ha dicho que las cuatro huellas estaban juntas. ¿Cuál es su interpretación como experto en huellas dactilares, de ese agrupamiento?

—No existe la menor duda de que B asió la plegadera de la manera normal en que cualquier persona empuña un cuchillo para asestar una puñalada. No existe la huella del pulgar, puesto que este dedo, en esta posición, se superpone normalmente a los otros.

—¿Eran claras todas esas huellas? ¿No había posibilidad de un error?

El francés frunció el ceño.

—Las huellas específicas que he señalado eran muy claras. Sin embargo, había varios indicios de manchas ilegibles.

—¿No en el mango? —preguntó el fiscal.

—Principalmente en el mango.

—No obstante, no existe ninguna duda respecto a las huellas claras que usted ha designado como pertenecientes a B, ¿no es así?

—Ninguna en absoluto.

—¿No había otras huellas superpuestas a las de B en el mango?

—No. Sólo algunas manchas, borrosidades. Pero las huellas no estaban tapadas por otras.

Pollinger estrechó los ojos. Se dirigió a la mesa de las pruebas y cogió dos pequeñas carpetas.

—Le enseño ahora la Prueba del Estado número diez, o sea, las huellas tomadas de las manos de Joseph Kent Gimball, también conocido como Joseph Wilson. ¿Empleó usted esta serie de huellas con propósitos de comparación al analizar las del arma?

—Sí.

—Por favor, ¿quiere aclarar sus descubrimientos para el Jurado respecto a estas clasificaciones arbitrarias de las dos series de huellas en el cuchillo como A y B?

—Las huellas que he designado como A son las huellas de la Prueba diez.

—O sea que las huellas de A son de Joseph Kent Gimball.

—Efectivamente.

—¿Puede, por favor, explicarlo con más detalle?

—Veamos… Tanto en el mango como en la hoja del cuchillo aparecen huellas de los dedos de ambas manos de Gimball.

Pollinger hizo una pausa, como reflexionando.

—Ahora, señor Orléans —dijo luego—, le enseño la Prueba del Estado número once. ¿Quiere seguir el mismo procedimiento respecto a esta pieza de convicción?

—Las huellas que he designado como B son idénticas a las que existen en la Prueba once.

—¿Alguna aclaración?

—Sí. Las huellas de B en la hoja proceden de la mano izquierda. Las de B en el mango de la mano derecha.

—¿Puedo rogarle que lea, en favor del Jurado, el pie que hay en la Prueba número once?

Orléans cogió la pequeña carpeta y leyó quedamente:

—Prueba del Estado número once. Ficha de huellas dactilares. Lucy Wilson.

Pollinger se apartó del testigo, murmurando casi entre dientes:

—Le cedo el testigo, señor defensor. Ellery se puso rígido cuando Bill Angell colocó las palmas de sus manos sobre la superficie de la mesa redonda, para tener un apoyo al levantarse. Parecía un difunto. Antes de separarse de la mesa, volvió la cabeza y le sonrió

a su hermana, que parecía petrificada. La sonrisa fue tan grotesca, tan fingida, tan mecánica, que Ellery desvió la mirada. Por fin, Bill se dirigió al sillón de los testigos.

—Señor Orléans, en la mente de esta defensa no existe ninguna duda respecto a su capacidad como experto en huellas dactilares. Además, le agradecemos profundamente sus servicios tan generosos en interés de la verdad. Por esta razón…

—¡Me opongo a que el abogado defensor haga discursos! —tronó Pollinger.

El juez Menander se aclaró la garganta.

—Le sugiero que se limite al contrainterrogatorio, abogado.

—Al instante, Señoría. Señor Orléans, usted acaba de declarar que las huellas dactilares de Lucy Wilson aparecen en la plegadera con que fue asesinado Joseph Kent Gimball. También ha afirmado que en dicha arma había muchos indicios de huellas borrosas, ilegibles, ¿no es cierto?

—No es eso exactamente lo que yo dije, señor —replicó Orléans cortésmente—. Dije que había varios indicios de manchas.

—¿No son manchas hechas por dedos? —Las manchas son ilegibles. No pudieron ser hechas por dedos desnudos.

—Pero sí por dedos cubiertos por alguna substancia fabricada, ¿verdad?

—Sí, es concebible.

—¿Cómo dedos metidos dentro de un guante?

—Es posible.

Pollinger pareció ofendido, en tanto que las mejillas de Bill volvían a colorearse ligeramente.

—También ha declarado, señor Orléans, que casi todas estas manchas estaban en el mango.

—Sí.

—Y es por el mango por donde lo coge una persona que desee empuñar un cuchillo de manera normal, ¿no?

—Sí.

—Y en el mango había unas manchas de naturaleza ilegible superpuestas a las huellas dactilares de Lucy Wilson.

—Sí —el experto se movió en su sillón con inquietud—. Señor, me niego a continuar especificando la naturaleza de esas manchas. No puedo decir, no sé cómo fueron hechas. Ni creo que la ciencia

pueda saberlo. A lo sumo, es posible adivinarlo.

—¿Esas manchas del mango tenían forma de huellas dactilares?

—No. Eran unas manchas borrosas de forma irregular.

—¿Como si una mano enguantada hubiese empuñado el cuchillo?

—Repito: es posible.

—¿Y dichas manchas se hallaban encima de las huellas dactilares de Lucy Wilson?

—Sí.

—Indicando que otra mano empuñó el cuchillo después que ella.

El francés volvió a enseñar sus blancos dientes.

—No puedo asegurarlo, señor. Esas manchas no son necesariamente el resultado de una intervención humana. Por ejemplo, si el cuchillo estuvo envuelto flojamente en un tejido, y colocado en un estuche, y éste recibió alguna sacudida, pudieron producirse dichas manchas.

Bill dio unos pasos por delante del testigo.

—También ha declarado usted, señor Orleáns, que las huellas dactilares de Lucy Wilson en el mango estaban agrupadas como si hubiera empuñado el cuchillo para asestar una puñalada. ¿No cree que esto es adelantar una conclusión improcedente?

—¿Cómo? —Orleáns frunció el ceño.

—¿No es posible que una persona cogiera la plegadera sólo para examinarla y dejara unas huellas dactilares también juntas?

—Oh, naturalmente. Yo me limité a poner un ejemplo del modo cómo están agrupadas las huellas.

—Entonces, en su calidad de experto, usted no puede asegurar que Lucy Wilson cogiera la plegadera con propósitos criminales.

—Claro que no. Yo sólo me concreto al hecho, señor. Y el hecho no puede alterarse. La interpretación ya es otra cosa.

El experto se encogió de hombros.

Cuando Bill Angell se dirigió a su mesa, Pollinger se puso de pie.

—Señor Orleáns, ¿encontró las huellas de Lucy Wilson en la plegadera?

—Sí.

—Usted ha estado sentado en esta sala y ha oído declarar que la plegadera fue adquirida el día anterior al crimen por la propia víctima, plegadera que no fue hallada en su hogar de Filadelfia, sino

en una cabaña, en la misma donde fue asesinado, con su envoltorio primitivo y una tarjeta, no redactada por mano de Lucy Wilson, sino de la víctima, con…

—¡Protesto! —rugió Bill—. ¡Protesto! Esto no es procedente ni…

—Nada más —concluyó Pollinger, sonriendo—. Gracias, señor Orleáns. Señoría… —hizo una pausa y respiró profundamente—, el Estado ha terminado.

Bill se puso de pie y pidió la retirada de los cargos. Pero el testimonio del experto francés acababa de modificar sustancialmente el aspecto del caso. El juez Menander se negó a la petición del abogado defensor. Bill enrojeció. Estaba muy enojado e incluso jadeaba al respirar.

—Señoría, la defensa solicita un aplazamiento. El testimonio del último testigo ha sido una verdadera sorpresa. La defensa no ha tenido tiempo de examinar dicha declaración, y ruega se lo concedan.

—Concedido —accedió el juez—. La vista queda aplazada hasta mañana por la mañana a las diez.

Cuando se hubieron llevado a Lucy y el Jurado se hubo marchado, estalló un alboroto entre los representantes de la Prensa. Con febrilidad, todos se apresuraron a salir de la casa atropelladamente.

Bill miró tristemente a Ellery; después, sus ojos se clavaron en el otro extremo de la sala. Andrea Gimball le devolvió la mirada con manifiesta angustia. El joven desvió la suya.

—¡Una bomba! Lucy no… no me dijo…

Ellery le cogió gentilmente del brazo.

—Vamos, Bill. Tenemos que trabajar.

La periodista pelirroja halló a Ellery fumando pensativamente sentado en un banco instando detrás del Palacio de Justicia, mirando al plácido río. Bill Angell se paseaba por delante del banco con una energía inhumana e incesante. El cielo nocturno presentaba una calina a causa del sofocante calor.

—De modo que están aquí —exclamó ella, animadamente, sentándose al lado de Ellery—. Bill Angell, va usted a desgastarse las suelas. Y con este calor… Debo advertirle que todos los

periodistas de este mundo le están buscando. La víspera del final de la defensa y… tengo la impresión de que haría mejor callándome.

El rostro de Bill estaba enjuto, macilento. Sus ojos no eran más que dos lucecitas hundidas en el fondo de un par de pozos. Toda la tarde había estado visitando a expertos, recibiendo a investigadores, conferenciando con testigos, conversando con colegas y efectuando innumerables llamadas por teléfono. Y estaba muerto de fatiga.

—Ni a usted ni a Lucy le hace esto ningún bien, Bill —dijo Ella, en voz queda—. Sin darse cuenta, terminará en un hospital, y entonces, ¿qué será de su pobre hermana?

Bill continuó paseándose. La pelirroja suspiró y cruzó las bien torneadas piernas. Del río se oyó el grito de una chiquilla y la profunda risa de un hombre. El Palacio de Justicia estaba sumido en sombras, achaparrado y amenazador. De pronto, Bill levantó las manos, agitándolas hacia el cielo neblinoso.

—¡Si al menos me lo hubiera contado!

—¿Qué te ha dicho? —inquirió Ellery.

Bill dejó oír un gruñido antes de responder.

—La explicación más sencilla que cabe imaginar…, tan sencilla que casi es increíble. El viernes por la noche Joe llevó a su casa el regalo. Naturalmente, ella quiso verlo. Por tanto, desenvolvió el paquete y lo examinó todo. De esta forma, sus huellas dactilares quedaron fijas en el mango de metal y en otras partes metálicas de los demás objetos. Muy simple, ¿eh? —se echó a reír secamente—. ¡Y el único testigo que podría corroborar la verdad de esta explicación está muerto!

—Vamos, Bill —razonó Ella Amity con tono ligero—, eso parece bastante razonable. ¿Quién no ha de creer que un regalo hecho por dos personas no ha sido manejado por ambas? La escribanía era un regalo de Joe y Lucy, y es muy natural que en ella haya las huellas de los dos.

¿Por qué no ha de creerlo un Jurado?

—Usted oyó la declaración del dependiente de los almacenes «Wanamaker». La escribanía la compró Joe… solo. Y el dependiente la limpió cuidadosamente antes de envolverla. Joe redactó la tarjeta en la misma tienda. Todavía no se ha hablado de Lucy, ¿verdad? Luego, ¿qué más? Joe se fue a casa. ¿Puedo demostrarlo? ¡No! Cierto, él me dijo que al día siguiente por la mañana se iría de

Filadelfia, lo cual implica que pensaba pasar toda la noche con Lucy, pero una implicación no es una prueba, y, considerando la fuente de la explicación, se trata de un testimonio forzado. Nadie le vio llegar a su casa el viernes por la noche, nadie le vio salir el sábado por la mañana. Nadie más que Lucy, y no es posible esperar que un Jurado, lleno de prevenciones, acepte las declaraciones de una acusada.

—El jurado no está lleno de prevenciones, Bill —refutó la pelirroja.

—Gracias por esta piadosa mentira. ¿Se ha fijado en la jurado número cuatro? Cuando yo la aprobé, pensé que sería un terreno fértil…, gorda, madura, de la clase media, doméstica… En cambio, se ha convertido en un mujer iracunda. Lucy es demasiado bonita, y esto hace que las demás mujeres le tengan envidia. Los demás… por ejemplo, el número siete tiene tendencia a sufrir calambres. ¿Cómo diablos podía saberlo? Y, claro, sospecha de todo el mundo.

Bill volvió a levantar los brazos.

Guardaron silencio, sin saber qué decir.

—Sí, será una verdadera pelea —murmuró Bill, al fin.

—¿Llamarás a Lucy a declarar? —quiso saber Ellery.

—¡Es mi única esperanza! No encuentro ningún testigo que constate su coartada del cine ni el asunto de las huellas dactilares; por lo tanto, tiene que testimoniar ella misma. Tal vez consiga atraerse algunas simpatías —Bill se sentó en el banco junto a los otros dos y se pasó una mano por el cabello—. De lo contrario, ¡que Dios nos ayude!

—Pero, Bill —objetó Ella—, ¿no se muestra demasiado pesimista? Yo he sondeado a varios talentos legales de la ciudad, y todos opinan que Pollinger tiene un caso muy flojo. Después de todo, no posee más que indicios.

—Pollinger es un fiscal terco —replicó Bill—. Y es él quien le dirá la última palabra al Jurado… ya que el Estado resume el caso después de la defensa. Cualquier abogado con experiencia estaría dispuesto a dar lo que fuera, con tal de poder dejar la última impresión en la mente de los jurados. Además, la opinión pública…

—¿Qué hay de la opinión pública? —se indignó la periodista.

—Usted nos ha ayudado mucho, Ella. Pero no tiene el apoyo legal. No tiene usted idea del daño que ha hecho el asunto del

seguro.

—¿Cómo? —preguntó Ellery, cambiando de postura en el banco.

—Antes de que el caso se viese en el tribunal, se rumoreó que la Compañía Nacional estaba retrasando el pago del seguro, por si acaso la beneficiaría de la póliza había asesinado al asegurado. El viejo Hathaway hizo un discurso sobre esto a la Prensa; no lo dijo con tanta claridad, pero lo dio a entender. Naturalmente, yo traté de reparar parte del daño formulando en Nueva York una demanda legal a fin de obligar a la Nacional a abonar la póliza. Pero esto es mera rutina, ya que el eje del asunto es el juicio. Mientras tanto, todos los jurados en potencia del Estado ya habían leído la historia. La fiscalía obligó a los jurados a negarlo, mas la verdad es que todos estaban enterados de ello.

Ellery arrojó al suelo la colilla del cigarrillo.

—¿Cuál era tu defensa, Bill?

—Lucy explicaría todo lo relativo a las huellas dactilares y a su coartada del cine. Tú sacarás a relucir las discrepancias en que ha incurrido el fiscal y… ¿Lo harás, verdad, Ellery?

—Claro, no seas más tonto de lo que pareces.

—Además, hay un ángulo del caso en que podrá serme de utilidad. Las cerillas.

—¿Las cerillas? —Ellery parpadeó—. ¿Qué hay de las cerillas?

Bill se levantó y reanudó su paseo.

—No existe la menor duda de que esas cerillas apagadas demuestran que la asesina fumó mientras aguardaba la llegada de Gimball. Para mí será fácil demostrar que Lucy no fuma ni ha fumado nunca. Si te llamo a declarar…

—Pero, Bill —le atajó Ellery lentamente—, tu afirmación es completamente gratuita, y empiezo a creer que estás terriblemente equivocado.

Bill se detuvo, estupefacto.

—¿Cómo? ¿Nadie fumó?

Parecía aturdido y sus ojos se hundieron más en las cuencas.

Ellery lanzó un suspiro.

—Bill, yo examiné la cabaña escrupulosamente. Y hallé cierta cantidad de cerillas usadas en un plato. Muy bien, lo natural es pensar al momento en el tabaco. Pero, ¿cuáles son los hechos?

—Lección número uno para ser detectives —rió la pelirroja; pese

a todo, contemplaba a Bill con inquietud.

—Sí, fumar significa utilizar tabaco —prosiguió Ellery—, y el tabaco equivale a cenizas y colillas. ¿Qué encontré, en cambio? Ni el menor rastro de ceniza o colillas, ni una pequeñísima hebra de tabaco, consumido o natural. Nada quemado por ninguna parte, ninguna señal en el plato ni en la mesa, de haber sido apagado o aplastado un cigarrillo, ni el menor indicio, en la chimenea o en la alfombra, de cenizas, colillas o quemaduras…, a pesar de examinar la alfombra centímetro a centímetro. Finalmente, no había ceniza ni colillas fuera, ni en los antepechos de las ventanas ni en el suelo, lo que demostraba que nadie había arrojado nada por las ventanas o la puerta —meneó la cabeza—. No, Bill. Las cerillas se emplearon para un propósito distinto del de fumar.

—De modo que el tabaco queda fuera de la cuestión —reflexionó Bill, desalentado.

—Un momento —Ellery encendió otro cigarrillo—. Esto queda fuera de la cuestión, sí; mas por el mismo razonamiento, en la cuestión aparece otro dato. Hay algo que puede ayudarte en tu plan de ataque. Sin embargo, antes de referirme a ello —le dio una chupada al cigarrillo—, ¿puedo preguntarte qué harás con Andrea Gimball?

Una mujer alta y de frío aspecto paseaba cogida del brazo de un hombre. El rostro de ella parecía impasible, mas era evidente que escuchaba a su acompañante, cuyo robusto cuerpo se balanceaba de lado a lado, como si perorase apasionadamente por algo. Luego, la pareja pasó por debajo de un farol y los tres personajes del banco reconocieron a Andrea Gimball y su novio. Burke Jones hizo alto bruscamente, lo mismo que Andrea, la cual miró a Bill como si hubiera visto a un fantasma. El joven se ruborizó intensamente, apretó los puños y los contempló con intensidad. Andrea, como una mujer repentinamente enloquecida, dio media vuelta en la misma dirección por donde habían venido. Jones permaneció un momento vacilante, fija su furibunda mirada en el abogado. Después echó a correr, agitando los brazos con violencia, en pos de su prometida.

Ella Amity se puso en pie.

—¡Bill Angell, de buena gana le daría dos tortas! —gritó—. ¿Qué le pasa, en nombre del sentido común? ¡Idiota! ¡Bonito momento ha escogido para actuar como un crío con su primer mendrugo!

Bill abrió las manos.

—Usted no lo entiende. Ella. Ninguno de ustedes lo entiende. Esa chica no significa nada para mí.

—Dígaselo a otro.

—Me interesa ella porque he descubierto que oculta algo.

—Oh… —exclamó Ella, con un tono distinto de voz—. ¿Qué es?

—No lo sé. Pero es tan importante para ella que se pone frenética a la mera idea de tener que subir al estrado a declarar. Por lo tanto… —abrió y cerró las manos rápidamente—, esto es exactamente lo que tendrá que hacer. Conque soy un idiota, ¿eh? —aguzó la mirada en dirección a la muchacha, que aún iba corriendo en la lejanía—. Yo le demostraré que no lo soy. Sí, Andrea Gimball es muy importante para mí… y para la pobre Lucy. ¡Tan importante, que la reservo como mi último testigo!

—Bill, querido… Oh, habla el viejo Blackstone. Bien por usted, abogado. ¿Puedo publicar la noticia?

—Oficialmente, no —replicó Bill—. Aunque podría propalarse como un rumor. Pollinger no puede oponerse. Ya la tengo citada legalmente.

—De acuerdo, un rumor, Señoría. ¡Hasta la vista, queridos!

Ella Amity chasqueó los dedos y voló tras la pareja.

—Bill, comprendo lo que esta decisión significa para ti —manifestó Ellery, al tiempo que el abogado se sentaba de nuevo.

—¿Lo que significa? ¿Por qué ha de significar algo? ¡Sólo me alegro por Lucy! ¡Significar…! —rezongó Bill.

—Sí, Bill, tienes razón —le suavizó Ellery—. Y también a mí me alegra por diversas razones. Por más de una razón —añadió, pensativamente.

Cuando el jurado se retiró a deliberar, después de las últimas advertencias del juez Menander, cambió la opinión entre los iniciados. Muchos pensaron que el veredicto sería rápidamente de inocencia. Otros predijeron una sesión larga, con desacuerdo final. Y sólo unos cuantos pronosticaron la culpabilidad.

Lucy, es verdad, había sido un testigo muy malo. Desde el principio, se mostró nerviosa, intranquila, asustada. Mientras Bill la conducía a través del testimonio, estuvo bastante calmada y serena,

llegando incluso a sonreír en algunas ocasiones. Mediante las preguntas simpáticas y afectuosas de su hermano, la joven contó su vida matrimonial junto al hombre al que conocía como Joseph Wilson, las amabilidades de éste para con ella; su amor, un relato detallado de cómo se conocieron, del noviazgo de la cotidiana vida conyugal.

Gradualmente, Bill la llevó a hablar de los últimos días que habían precedido al crimen. Lucy explicó cómo discutieron ambos la clase de regalo que le harían a Bill el día de su cumpleaños; cómo Wilson le había prometido comprar algo el viernes, o sea, el día anterior a su muerte, en «Wanamaker»; cómo había llevado a casa el obsequio admirado, y cómo él se lo había llevado consigo a la mañana siguiente, prometiéndole ver a Bill para entregárselo personalmente. Estuvo declarando durante un día y medio, y cuando Bill terminó con ella, la acusada había explicado todo lo ocurrido, negando todas las alegaciones de la acusación. Fue entonces cuando Pollinger se dispuso al ataque.

El fiscal se refirió a la historia de la joven con frialdad consumada. Se mostró como un verdadero maestro del interrogatorio, con gestos ampulosos e infinitas variaciones en sus insinuantes tonalidades de voz. Se burló de las protestas de honradez de la joven. Se mofó de la declaración de ella de no haber sabido ni sospechado jamás la verdadera identidad de su marido, afirmando que ningún jurado podía creer que una mujer que vive diez años con un hombre (especialmente cuando él «sospechosamente» pasa la mayor parte del tiempo fuera de casa) no llega a saber de él todo lo que hay que saber. Su contrainterrogatorio se distinguió por la falta de compasión, en tanto Bill estaba continuamente de pie, protestando y objetando.

—Señora Wilson —exclamó una vez Pollinger—, usted tuvo una oportunidad de hacer una declaración… un centenar de declaraciones antes de hoy, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Por qué no contó, pues, anteriormente su versión de por qué sus huellas dactilares estaban en la plegadera? ¡Respóndame!

—Yo, yo… nadie me lo preguntó.

—Pero sabía que sus huellas estaban en la plegadera, ¿verdad?

—No me di cuenta…

—Sin embargo, sí se da cuenta de la impresión que ha causado con esta apresurada explicación que se ha sacado de la manga… después de ver lo mal que está el asunto para usted y haber tenido la oportunidad de aconsejarse con su abogado.

La filípica del fiscal se vio interrumpida a cada palabra por las protestas de Bill, pero el golpe ya estaba asestado. Los jurados fruncían el ceño. Lucy retorcía sus manos angustiosamente.

—También ha declarado usted —prosiguió el fiscal—, que su esposo le prometió visitar a su hermano, en su despacho, el sábado por la mañana para entregarle el regalo.

—Sí… sí.

—Mas no lo hizo. El regalo se encontró en la cabaña, a varios kilómetros de Filadelfia, todavía envuelto como al salir de la tienda.

—Yo… se le debió olvidar. Tal vez.

—¿No comprende, señora Wilson, que todo el mundo cree que usted ha mentido en este extremo? ¿Que usted jamás lo examinó en su casa? ¿Que lo vio por primera vez en la cabaña y…?

Cuando Pollinger terminó con ella, a pesar de hacer Bill todo cuanto pudo para que fueran suprimidas muchas preguntas incriminatorias, Lucy estaba completamente destrozada, llorosa, mostrando ramalazos de ira, y constantemente, gracias a las trampas tendidas por el fiscal, contradiciéndose en su propio testimonio. Aquel hombre era muy hábil; su ferocidad sólo era superficial, como una emoción calculada y bellamente ajustada a la inestabilidad de la testigo. Interiormente, estaba tan frío e incansable como una máquina. Fue necesario suspender la vista hasta que Lucy se hubiera recuperado de su ataque de histerismo.

Bill sonrió tristemente al Jurado y continuó con la defensa. Llamó testigo tras testigo, vecinos, comerciantes, amigos, para corroborar la historia de Lucy, sobre todo en lo referente a la felicidad gozada en su matrimonio hasta la víspera misma del crimen. Todos afirmaron que jamás había sospechado que Wilson llevara una doble vida, y que la propia Lucy nunca había dado muestras de albergar la menor duda al respecto. Bill hizo que varios testigos declarasen la verdad de la costumbre de Lucy de acudir al cine los sábados por la noche, en ausencia de su marido. Estableció, gracias a varios amigos y dependientes de algunas tiendas de las que ella era parroquiana, que la joven nunca había comprado un

velo, así como que jamás había usado ninguno. Durante todos estos interrogatorios, Pollinger se mostró sereno y seguro, muy rápido en destacar la debilidad o vacilación de un testigo a la predisposición a favorecer a la acusada.

Por fin, Bill se refirió al coche.

Durante la declaración de un testigo de Pollinger, el experto oficial en huellas dactilares del departamento de Policía que había examinado el «Ford», había hecho ya observar que no tenía ninguna significación la circunstancia de que solamente las huellas de Lucy Wilson apareciesen en el coche. Este era suyo, llevaba años conduciéndolo, y era natural que por todo el vehículo aparecieran sus huellas. Bill también intentó, con poco éxito, que ciertas manchas borrosas encontradas en el volante y en el cambio de marchas se interpretasen como huellas hechas por manos enguantadas, pero el testigo de la acusación se negó a reconocerlo.

Bill llevó al estrado a una sucesión de expertos con el fin de apoyar este punto. Mas todos los testigos se vieron impugnados fríamente por el fiscal, bien por falta de capacidad auténtica de un experto, bien por pobreza de expresión, o por tratarse de declaraciones excesivamente favorables para la acusada. La autenticidad de las marcas de los neumáticos dejó a Bill totalmente desamparado. En cambio, hizo comparecer a un experto en metales, empleado del Departamento Federal de Modelos.

Este testigo declaró que, en su opinión, el tapón del radiador del «Ford» no podía haber «caído» mediante el proceso indicado por Pollinger: una zona oxidada tan debilitada por las vibraciones del auto que finalmente se rompió en el lugar del crimen, sin ayuda humana. El experto afirmó que había analizado las dos partes rotas del tapón y que únicamente un golpe muy fuerte podía haber partido a la figurita en dos. Entró en detalles relativos a las tensiones y al envejecimiento de los metales. Pollinger impugnó esta opinión mediante un duro contrainterrogatorio, prometiendo finalmente presentar a otro experto que emitiría un parecer totalmente distinto.

Por fin, en el cuarto día de la defensa, Bill llevó a Ellery al sillón de los testigos.

—Señor Queen —le preguntó, cuando el detective hubo esbozado ligeramente sus antecedentes semiprofesionales—, ¿estuvo usted en el lugar del crimen antes de la llegada de la Policía?

—Sí.

—¿Examinó la escena del crimen completamente, atraído por un interés del caso puramente profesional?

—Sí.

Bill le enseñó un objeto pequeño.

—¿Recuerda haber visto esto durante el registro de la cabaña que efectuó usted?

—Sí.

Se trataba de un plato barato.

—¿Dónde estaba situado cuando usted examinó la vivienda?

—Sobre la mesa… la mesa detrás de la cual yacía el difunto.

—O sea, que se hallaba bien a la vista. ¿Podía pasar desapercibido?

—No.

—¿Contenía algo el plato, señor Queen, cuando lo vio?

—Sí. Varias cerillas consumidas, con claros indicios de haber sido quemadas.

—¿Quiere decir que las cerillas habían sido rascadas y encendidas?

—Sí.

—¿Ha seguido el proceso desde el principio? ¿Ha escuchado los argumentos de la acusación?

—Sí.

—¿Se ha mencionado, por parte de la acusación, en cualquier momento —preguntó Bill ásperamente—, este plato o las cerillas que contenía el mismo, que usted vio en el lugar del crimen?

—No.

Pollinger se irguió de un salto y durante cinco minutos él y Bill discutieron con el juez Menander. Por fin, éste le dio permiso al abogado para proseguir.

—Señor Queen, usted es muy conocido como investigador criminal. ¿Puede ofrecer a este Jurado una explicación de las cerillas quemadas, tan cuidadosamente ignoradas por la acusación?

—¡Oh, sí…

Se produjo otra discusión, más enconada todavía. Pollinger

echaba chispas por los ojos. Sin embargo, el juez le permitió a Ellery continuar adelante con su declaración, que, en líneas generales, siguió el mismo razonamiento que le había ofrecido a Bill unas noches antes con respecto a la imposibilidad lógica de que alguien hubiera usado las cerillas con el propósito de fumar.

—Usted ha demostrado, señor Queen —volvió Bill a la carga—, que las cerillas no se emplearon para encender tabaco. ¿Encontró algo en su inspección de la cabaña que explicase, a su entera satisfacción, para qué se emplearon?

—Pues sí. Había un objeto, que no sólo examiné yo, sino el jefe de Policía De Jong y sus detectives aquella misma noche. Su estado convierte mi conclusión, en las actuales circunstancias, en completamente inevitable.

Bill blandió otro objeto.

—¿Se refiere a esto?

—Sí.

Era el corcho quemado y hallado en la punta de la plegadera.

Hubo otra discusión, aún más violenta. Después de un intercambio de argumentaciones, el juez ordenó que el corcho fuese admitido como una prueba de la defensa.

—Señor Queen, estaba este corcho quemado por el fuego cuando usted lo encontró?

—Incuestionablemente.

—¿Lo halló en la punta de la plegadera con que fue asesinado Joseph Kent Gimball?

—Sí.

—Como criminalista, ¿puede ofrecer una teoría al respecto?

—Sólo existe una posible interpretación —replicó Ellery—. Obviamente, cuando la punta de la plegadera penetró en el corazón de Gimball, el corcho no estaba allí. Por tanto, la asesina debió colocar el corcho en tal sitio después del crimen, y luego quemarlo por medio de las cerillas halladas en el plato, con sucesivas aplicaciones de las mismas. ¿Por qué hizo esto la asesina? ¿Cuál es el efecto de un corcho chamuscado, encajado en la punta de un cuchillo? Se convierte en un tosco pero eficaz instrumento de escritura. El cuchillo hace de mango, y el corcho carbonizado deja un rastro algo borroso, pero de posible lectura. Dicho de otro modo, la asesina, después del crimen, escribió algo por algún motivo

propio.

—¿Por qué, en su opinión, no utilizó la asesina un instrumento más sencillo?

—Porque no había ninguno allí, ni disponía de otro. En la cabaña no había ningún tintero, ni plumas o lápices, ni ella llevaba ninguno encima, así como tampoco lo había en la persona de la víctima…, excepto la escribanía, donde sí había un tintero y una pluma. Mas no había tinta, puesto que era nueva y todavía no se había usado para escribir. Si la asesina tenía que escribir, y no llevaba nada al efecto sobre su persona, tenía que fabricar algo, y eso es lo que hizo. El corcho, claro está, procedía de la escribanía, de la misma plegadera, de donde ella ya lo había quitado previamente para cometer el crimen. Por tanto, por anticipado sabía ya que tenía que escribir. En cuanto a pensar en la forma de hacerlo, el uso de un corcho quemado es tan universalmente conocido, por ejemplo en el teatro, que no se necesitaba ser muy inteligente para aprovecharse de él.

—¿Ha oído usted que la acusación mencionase este corcho chamuscado al presentar su caso contra la acusada?

—No.

—¿Halló usted una nota o alguna clase de mensaje escrito?

—No.

—¿Cuál es su conclusión sobre esto?

—Que, claramente, alguien se llevó la nota o mensaje. Si la asesina escribió una, existió una. Es lógico suponer, por tanto, que la escribió para alguien, y que ese alguien se la llevó, lo que indica un factor nuevo en este caso que nadie había sospechado. Y aunque la asesina se llevase consigo su nota, lo que es absurdo, este mero hecho introduce un elemento que la acusación no ha tenido en cuenta.

Durante una hora, Ellery Queen y Pollinger sostuvieron una acendrada polémica a uno y otro lado de la barandilla que separaba el sillón de los testigos del resto de la sala. El fiscal afirmaba que el testimonio de Ellery carecía de todo valor por dos razones: porque era amigo personal de la acusada y porque su refutación se basaba «en la teoría y no en la práctica». Cuando finalmente fue despedido Ellery, ambos estaban jadeantes y sudorosos.

Sin embargo, la prensa reconoció que la defensa había ganado

un punto muy importante. A partir de entonces, la actuación de Bill cambió radicalmente. Sus ojos expresaron una gran confianza, que empezó a infiltrarse en el Jurado. El número dos, un negociante de Trento muy agudo, susurró varias veces con su vecino, que poseía la expresión más inocua del mundo, como el individuo que se halla alejado de toda clase de vicisitudes. Mas de repente, aquella inocuidad desapareció bajo una nube de meditaciones. Y los demás miembros del Jurado se mostraron también más interesados que lo habían estado anteriormente.

En la última mañana, tras varias sesiones dedicadas a testigos de poca importancia relativamente, Bill entró en la sala con un aspecto tan decidido, que impresionó a la concurrencia que había en la misma. Menos pálido que de ordinario, dirigió en derredor una mirada tan feroz que preocupó bastante al fiscal. Bill no perdió tiempo.

—¡Jessica Borden Gimball, al estrado!

Andrea, sentada detrás de la mesa del fiscal, dio un respingo. La señora Gimball se mostró asqueada, después asombrada y, por fin, furiosa. Hubo una breve conferencia en la mesa de la acusación, en la cual el senador Frueh, que desde el principio de la vista se había sentado junto a Pollinger, llevó la voz cantante. Luego, la dama de la alta sociedad, procurando suavizar sus rasgos, se dirigió al sillón.

Bill la atosigó a preguntas, replicó brevemente a las interrupciones de Pollinger, y la sometió a un interrogatorio tan violento que la testigo palideció de rabia. Cuando hubo terminado con ella, a pesar de las ácidas protestas de la declarante, todo el mundo tuvo la impresión de que la señora Gimball poseía más motivos que nadie para asesinar a Joseph Kent Gimball. Pollinger trató de suavizar el impacto pintándola, en el contrainterrogatorio, como una mujer asombrada, gentil y mal comprendida, que ni siquiera tenía el consuelo del matrimonio para paliar todo el mal que Gimball le había causado. Luego, procedió a destacar sus movimientos en la noche del crimen: su asistencia al baile benéfico del «Waldorf», que Bill había puesto en duda, y la improbabilidad de la insinuación de que hubiera podido escabullirse de allí y efectuar el trayecto de cien kilómetros entre ida y vuelta sin que

nadie la echara de menos.

Instantáneamente, Bill convocó a Grosvenor Finch al estrado. Obligó al director de la compañía de seguros a admitir que la señora Gimball había sido la beneficiaría de la póliza del difunto hasta unas semanas antes de su muerte. Aunque Finch lo negó, salió a relucir la posibilidad de que la señora Gimball se hubiese enterado de dicho cambio por su mediación. Para destacar tal punto, Bill le recordó a Finch su declaración hecha a De Jong la noche del asesinato, según la cual «si se refiere a que alguno de nosotros pudo marcharse de allí, venir hasta aquí y matar a Joe Gimball, supongo que, hipotéticamente, tiene razón».

Pollinger replicó con una transcripción de la declaración exacta y luego preguntó:

—¿Qué quiso decir con esto, señor Finch?

—Que teóricamente, bajo la luz del sol, todo es posible. Aunque también señalé lo absurdo que me parecía de ello.

—¿Se halla usted en situación de decir si la señora Gimball se alejó, por algún tiempo, del «Waldorf» aquella noche?

—La señora Gimball no salió del hotel en toda la velada.

—¿Le comunicó usted a la señora Gimball que el hombre a quien creía su marido había cambiado la beneficiaría de su póliza?

—Nunca. Ya lo he declarado innumerables veces. No hay una sola persona en este mundo que pueda afirmar que yo insinuara siquiera que Gimball había cambiado de beneficiaría.

—Nada más, señor Finch.

Bill se puso de pie y llamó con toda claridad:

—¡Andrea Gimball!

La joven se dirigió al sillón de los testigos como si estuviera recorriendo una larga distancia. Tenía los ojos bajos, y sus manos, cruzadas fuertemente ante ella, le temblaban visiblemente. No había el menor rastro de color en sus mejillas. Prestó juramento y al sentarse se quedó tan inmóvil que parecía hallarse en trance. Al momento, toda la sala intuyó el drama. Pollinger se mordía las uñas. El grupo Gimball daba muestras inequívocas de gran nerviosismo.

Bill se inclinó hacia el sillón y la miró hasta que los ojos de la muchacha, como atraídos por un imán, encontraron los de él. Nadie comprendió el mensaje cruzado entre ambos en aquel brevísimo

espacio de tiempo, pero los dos protagonistas del drama mudo se pusieron más pálidos y desviaron sus miradas. La de Bill se posó en el muro fronterizo, y la de ella en sus manos.

—Señorita Gimball —empezó Bill con voz inexpresiva—, ¿dónde estaba usted la tarde del primero de junio?

—Con el grupo de mamá —repuso ella, con voz muy baja—, en el «Waldorf Astoria» de Nueva York.

—¿Toda la velada, señorita Gimball?

El tono de Bill casi era acariciador, mas con la suavidad salvaje del animal de presa. Ella no contestó, limitándose a retener el aliento y a morderse el labio inferior en un sollozo convulsivo.

—¡Conteste a mi pregunta, por favor!

Andrea sollozó más francamente.

—¿Tendré que refrescarle la memoria, señorita Gimball? ¿O llamar a varios testigos para que se la refresquen?

—Por favor… —susurró ella—, Bill…

—Se halla usted bajo juramento para declarar sólo la verdad —le recordó él severamente—. ¡Y yo tengo derecho a una respuesta! ¿No recuerda dónde pasó parte de aquella noche, mientras usted no estaba en el «Waldorf»?

—¡Señoría —tronó Pollinger, en medio de la conmoción general—, el abogado defensor está coaccionando claramente a su propio testigo!

Bill le dirigió una sonrisa.

—Señoría, éste es un juicio por asesinato, y yo he llamado a un testigo hostil. Tengo derecho a interrogar directamente a un testigo hostil al que no pude contrainterrogar durante la presentación del caso por el Estado porque la acusación no lo convocó. Es un testimonio pertinente, un testimonio muy importante, que al momento relacionaré con el caso, si el señor fiscal me concede esta oportunidad —añadió, entre dientes—: aunque parece reacio a ello.

—El abogado defensor —reconoció el juez Menander— está en su derecho al interrogar a un testigo hostil. Adelante, señor Angell.

—Secretario, lea la pregunta, por favor —pidió Bill.

El secretario obedeció.

—Sí —asintió Andrea, con voz tenue.

—¡Dígale al Jurado dónde pasó parte de aquella velada!

—En la… cabaña del río.

—¿Se refiere a la cabaña donde fue asesinado Joseph Gimball?

—Sí… —susurró ella.

La sala explotó. El grupo Gimball ya estaba de pie, gritando. Sólo Pollinger se mostró impasible. Bill no cambió de expresión, y Andrea cerró los ojos. El juez tardó varios minutos en acallar el alboroto. Andrea, acto seguido, contó su historia con voz átona: cómo al recibir el telegrama de su padrastro, cogió el «Cadillac» de su prometido y se marchó a Trenton; cómo al comprender que se había adelantado una hora a la de la cita, fue a dar una vuelta y regresó a la cabaña al final del crepúsculo, hallando entonces el cadáver de Gimball.

—¿Pensó que estaba muerto, cuando en realidad aún estaba con vida? —le preguntó Bill, con dureza.

—Sí…

—¿No tocó el cuerpo del herido, señorita Gimball?

—¡Oh, no, no, no!

La joven continuó explicando su espanto, su chillido, y su huida de la cabaña. Ellery garabateó unas palabras en una cuartilla y se la pasó a Bill. Andrea calló unos momentos, y sus ojos se agrandaron, pasando del color azul a gris, a causa de su temor.

Bill apretó fuertemente los labios. El papel que tenía en su mano tembló un poco.

—¿Cuánto tiempo estuvo en su segunda visita a la cabaña?

—No lo sé… no lo sé… Unos minutos…

La joven estaba completamente horrorizada, y levantó ligeramente los hombros como para protegerse.

—¡Unos minutos! Cuando llegó la primera vez, a las ocho, ¿había algún coche en uno u otro de los senderos de acceso?

Parecía como si la testigo meditase para sí, musitando las palabras sin comprender su significado.

—No había ningún coche en el sendero principal. Y en el lateral vi el «Packard», estacionado contra el porche pequeño de la cabaña.

—El coche de Wilson, sí. Después, cuando usted volvió a la casa, debían de ser las nueve. Yo la vi marcharse, ¿se acuerda? A las nueve y ocho minutos.

—Sí… supongo que sí.

—Bien, cuando usted regresó a las nueve, el «Packard» todavía estaba allí, naturalmente, pero, ¿había otro vehículo en alguno de los dos senderos?

—No, no, en absoluto —repuso ella, instantáneamente.

—Y usted afirma —continuó Bill, implacablemente— que no vio a nadie en la cabaña en ninguna de sus dos visitas.

—A nadie, a nadie en absoluto.

Andrea Gimball apenas respiraba. Levantó los ojos, tan llenos de pesar, de reproche y de muda súplica, que Bill se azoró.

—¿Vio señales de algún auto en el sendero principal la segunda vez?

—No… no me acuerdo.

—Usted ha declarado que, por haber llegado muy temprano, condujo por la carretera Lamberton hacia Camden durante una hora aproximadamente. ¿Recuerda haber visto, a la ida o a la vuelta, un «Ford» conducido por una mujer tapada con un velo?

—No lo recuerdo.

—No lo recuerda, ya. ¿Recuerda a qué hora regresó usted a Nueva York aquella noche?

—A las… once y media. Yo… me fui a casa, me cambié de ropa y acudí al «Waldorf» para incorporarme al grupo de mamá.

—¿Nadie se fijó en tan larga ausencia?

—Yo… no, no, creo que no.

—Su prometido estaba allí, sin usted, con su madre, el señor Finch, otros amigos… y nadie observó su ausencia. ¿Espera que creamos tal cosa?

—Yo… estaba trastornada. No recuerdo que nadie dijera nada.

Bill curvó los labios, de cara al Jurado.

—A propósito, señorita Gimball —preguntó de repente—, ¿qué hizo usted con la nota que le dejó la asesina?

Automáticamente, Pollinger se puso de pie; luego lo pensó mejor y volvió a sentarse sin protestar.

—¿Nota? —balbuceó Andrea—. ¿Qué nota?

—La nota escrita con el corcho quemado. Usted ha oído la declaración del señor Queen. ¿Qué hizo usted con la nota?

—No sé de qué habla —la muchacha elevó ligeramente la voz—. No había ninguna… ¡Bueno, no sé nada de ninguna nota!

—En el lugar del crimen hubo tres personas, señorita Gimball —

estableció Bill con el dedo tenso—. La víctima, la asesina y usted. Concediéndole a usted el beneficio de la duda. La asesina redactó una nota después del crimen; por tanto, no le escribió a su víctima. Y, ciertamente, no se escribía una nota a sí misma. ¿Dónde está la nota?

—¡No sé nada de ninguna nota! —chilló ella, histéricamente.

—Opino —intervino Pollinger, poniéndose de pie— que esto ya ha ido demasiado lejos, Señoría. La testigo no está acusada de nada. Y ha dado una respuesta más que suficiente de algo que ni siquiera está demostrado.

Bill contestó apasionadamente, pero el juez Menander sacudió la cabeza.

—Su pregunta ha quedado debidamente contestada, señor Angell. Es preferible que continúe con el interrogatorio.

—¡Excepción!

—Concedida. Siga, por favor.

Bill volvióse enconadamente hacia el sillón de los testigos.

—Señorita Gimball, ¿puedo rogarle que explique al Jurado si contó usted sus aventuras de la noche del crimen a algún investigador oficial del caso, al jefe de Policía De Jong, al fiscal señor Pollinger, o a cualquier otra persona?

Pollinger volvió a incorporarse, pero se sentó de nuevo. Andrea le miró, humedeciéndose los labios.

—Deseamos su propia respuesta, señorita Gimball —le advirtió el joven con ironía—. No me obligue a pedirle ayuda al señor fiscal.

Andrea jugueteó con sus guantes.

—Pues… en fin, sí.

—Oh, sí… ¿Contó usted su historia voluntariamente? ¿Por su libre albedrío?

—No, yo…

—Ya. El jefe de Policía De Jong, o el señor Pollinger la intimidaron a contarla.

—El señor Pollinger.

—Dicho de otro modo: de no haberla conminado el señor fiscal, usted jamás hubiera explicado su intervención en el lugar del crimen. Un momento, señor Pollinger. ¡Usted esperó hasta que las autoridades la abordaron! ¿Cuándo fue esto, señorita Gimball?

La muchacha trató de evitar todas las miradas de la sala

concentradas en ella.

—No me acuerdo exactamente. Tal vez una semana después de…

—¿Después del crimen? No le asuste la verdad, señorita Gimball. El crimen. Esta palabra no la asusta, ¿verdad?

—Yo… no, no, claro que no.

—Una semana después del crimen el fiscal la interrogó. Durante aquella semana usted no dijo nada a las autoridades respecto a haber visitado la escena del crimen aquella noche. ¿Correcto?

—No… no era importante. Yo no podía aportar ninguna ayuda. Y me disgustaba verme envuelta en…

—¿Le disgustaba verse envuelta en un asunto feo? Bien, señorita Gimball, estando usted en el lugar del crimen, ¿tocó la plegadera?

—¡No! —las respuestas eran más vigorosas; las pupilas de la muchacha volvían a ser azules y sus ojos parecían echar chispas. Ella y Bill se contemplaban ferozmente, separados por la barandilla.

—¿Dónde estaba la plegadera?

—En la mesa.

—¿No la tocó ni con un dedo?

—No.

—¿Llevaba usted guantes aquella noche?

—Sí, pero me quité el de la izquierda.

—¿Y la derecha seguía enguantada?

—Sí.

—¿No es cierto que al huir de la cabaña chocó usted con la puerta y se le cayó el diamante de su anillo de compromiso?

—Sí.

—¿Lo perdió? ¿No sabía que le había caído?

—Yo… no.

—¿No es cierto que yo lo encontré y se lo dije aquella misma noche, y que usted me suplicó desesperadamente que no se lo contase a nadie.

Andrea estaba furiosa.

—¡Sí! —sus mejillas estaban inflamadas.

—¿No es cierto —continuó Bill, impertérrito, con voz ronca y apasionada— que usted incluso me besó en un esfuerzo por obligarme a callar tal hecho a la Policía?

La joven estaba tan aturdida que casi se levantó.

—¡Oh… oh! Usted me prometió… —se mordió el labio inferior para contener las lágrimas.

Bill echó atrás la cabeza, airadamente.

—¿Vio a la acusada la noche del crimen?

Las mejillas de la muchacha estaban ya menos coloradas.

—No —susurró.

—¿No la vio en ningún momento, en la cabaña, cerca de la cabaña, o en la carretera entre la cabaña y Camden?

—No.

—Pero usted reconoce que visitó aquella noche el lugar del crimen y no se lo contó a nadie hasta que fue interrogada en privado por el señor fiscal.

Pollinger estaba ya de pie, protestando. Se produjo una larga discusión.

—Señorita Gimball —resumió Bill, roncamente—, ¿ignoraba que su padrastro llevaba una doble vida?

—Lo ignoraba.

—¿No sabía que poco antes del primero de junio su padrastro cambió la beneficiaría de su póliza del seguro de vida?

—¡No!

—Usted odiaba a su padrastro, ¿verdad?

Otra discusión. Andrea estaba pálida de rabia y vergüenza. En la mesa del fiscal, el grupo Gimball gritaba con viva indignación.

—Perfectamente —cortó Bill todos los comentarios—, por mi parte he terminado. Contrainterrogatorio.

Pollinger se acercó al sillón.

—Señorita Gimball, cuando usted me visitó una semana después del crimen, ¿qué le dije yo?

—Que habían seguido la pista del «Cadillac», descubriendo que pertenecía a mi prometido. Me preguntó si había estado en el lugar del crimen aquella noche y, en tal caso, por qué no había acudido voluntariamente a declararlo.

—¿Le indiqué alguna vez que yo la estuviese protegiendo a usted, o le rogué que se callase su historia?

—No. Se mostró usted muy severo conmigo.

—¿Me contó su historia tal como acaba de contársela a los señores jurados?

—Sí.

—¿Qué le contesté?

—Que lo comprobaría todo.

—¿Le formulé algunas preguntas?

—Muchas.

—¿Preguntas pertinentes? ¿Respecto a la evidencia? ¿A lo que usted vio o no vio?

—Sí.

—¿Y no terminé asegurándole que su historia no se interfería en absoluto con las pruebas que el Estado poseía ya en contra de la acusada y que, por tanto, pensaba ahorrarle la molestia y el dolor de ponerla en el estrado durante el juicio?

—Sí.

Pollinger retrocedió un paso y sonrió paternalmente. Bill volvió a avanzar.

—Señorita Gimball, ¿no es cierto que el fiscal no la convocó a usted como testigo en esta vista?

—Sí —la voz de la joven sonaba ya fatigada, débil, insegura.

—¿A pesar de tener usted una historia por contar que podía poner, concebiblemente, una duda razonable sobre la culpabilidad de la acusada en las mentes del Jurado?

Una pausa.

—La defensa ha terminado.

Mientras aguardaban el veredicto y las horas se convirtieron en un día y luego en dos, sin que el jurado llegase a una decisión, la opinión pública fue cambiando. Los prolongados debates en la sala del Jurado eran un signo favorable para la acusada; al menos, parecían indicar la existencia de un punto muerto. Bill estaba animado, y a medida que pasaban las horas comenzó a sonreír débilmente.

Los resúmenes después de la breve sesión de la refutación de los testigos respectivos fueron muy cortos. Bill, que resumía antes, destacó su acusación personal contra Pollinger. Afirmó que no solamente la defensa había explicado de manera razonable todas las acusaciones del Estado, sino que Pollinger, además, se había mostrado criminalmente remiso en el cumplimiento de su deber. El fiscal, tronó, había suprimido pruebas de importancia: toda la

historia de Andrea Gimball referente a su presencia en el lugar del crimen.

Observó que la función del acusador no era acusar, no era perseguir, sino buscar la verdad. Y Pollinger había dejado de mencionar otros dos datos de importancia que hubieran pasado inadvertidos, a no ser por la perspicacia de un testigo de la defensa: las cerillas apagadas y el corcho chamuscado. El fiscal no había podido explicar su finalidad, y ciertamente, las cerillas y el corcho no estaban relacionados en modo alguno con la acusada. Además, la acusación no había logrado demostrar que el velo perteneciera a la acusada, ni determinar su procedencia.

Finalmente, Bill subrayó la teoría de la defensa. Lucy Wilson era la víctima propiciatoria buscada por la verdadera asesina. Los poderes de la riqueza, de la posición social, clamó, habían elegido como víctima a una pobre mujer indefensa: la mujer que no había recibido de Gimball más que su amor. Alguien la había escogido como víctima. Y en apoyo de esta teoría, se refirió al testimonio del experto federal en metales, el cual había declarado que el tapón del radiador del coche no podía haberse roto más que intencionadamente. Alguien, por tanto, lo había roto. Pero en ese caso, ese alguien había obrado deliberadamente, y el intento sólo tenía como finalidad complicar en el crimen a la propietaria del coche en cuestión: Lucy Wilson.

A partir de aquí, Bill arguyó, de acuerdo con la discusión mantenida con Ellery Queen la noche anterior, que era un juego de niños reconstruir toda la infame intriga; la asesina robó el coche de Lucy; se detuvo a comprar gasolina con el solo objeto de grabar el coche y la mujer tapada en la mente del dueño de la estación de servicio.

—¡Esto quedó demostrado —proclamó— por el hecho de que realmente no necesitaba gasolina, ya que hubiese podido recorrer de ochenta a cien kilómetros con la que todavía conservaba en el depósito! La asesina fue a la cabaña, vio la plegadera con la tarjeta ofreciendo el regalo, mató a Gimball con aquélla, y finalmente regresó a Filadelfia, dejando el coche en un sitio donde pudiera ser fácilmente encontrado por la Policía.

—Si esta acusada, mi hermana —continuó—, fuese la criminal, ¿por qué tenía que utilizar el velo? Ella hubiese sabido que la

cabaña estaba aislada, que tenía muy pocas posibilidades de ser vista por nadie, aparte de la víctima, a la que dejaría muerta. ¡Pero la verdadera asesina sí tenía un motivo para usar el velo si quería implicar a Lucy! De haber mostrado su rostro, la maquinación quedaba descubierta. Y si Lucy hubiese sido tal mujer, ¿por qué dejar el velo para que fuese encontrado en el coche? En cambio, la asesina sí poseía todas las razones del mundo para obrar así, si realmente deseaba complicar a Lucy.

»Además, de ser Lucy la criminal, todo resultaría terriblemente estúpido. ¿Hubiese dejado un rastro tan claro de su coche? ¿Hubiese dejado las huellas de los neumáticos en el barro? ¿Hubiese permitido que fuese hallado su automóvil? ¿Hubiese dejado el velo en él? ¿No hubiese intentado crearse una coartada? ¿Hubiera empuñado el cuchillo sin llevar guantes? ¡Todo estúpido, estúpido! ¡Tan estúpido, que su misma estupidez proclama su inocencia! ¡Pero si una mujer hubiese querido convertir a Lucy en la víctima propiciatoria del crimen, sí habría obrado de este modo y habría dejado tales pistas!

Fue un resumen apasionado que dejó una visible impresión en el Jurado. Bill concluyó más quedamente, sobre la valoración de la duda razonable.

—Si hay un solo miembro del Jurado que honesta y conscientemente declare ahora que no hay duda razonable sobre la culpabilidad de la acusada…

Dejó en suspenso la frase, agitó levemente las manos y se sentó.

Pero Pollinger dijo la última palabra. Se burló de la hipótesis emitida por la defensa de la maquinación contra la acusada.

—Esto no es más que el ardid de toda defensa débil —afirmó.

En cuanto a la estupidez de la acusada, el fiscal señaló con una significativa mirada hacia Ellery, que cualquier criminalista práctico sabe que los criminales son estúpidos; sólo es en los libros donde los criminales son cerebros privilegiados.

—La acusada —añadió— no es una criminal habitual, y sus motivos, como suele ocurrir en el caso de la mujer vengativa, se traicionaron en sus ciegas acusaciones; dejó un rastro sin darse cuenta.

El Estado había demostrado ampliamente, aseguró el fiscal con énfasis, los movimientos de Lucy Wilson en el día del crimen, hasta

el momento de su comisión. La vieron en la carretera, camino de la cabaña, unos minutos antes del crimen. Había sido vista conduciendo en dirección a la cabaña. Su coche dejó unas huellas claras sobre el barro, delante de la casa, en tales circunstancias, que era posible probar, como había probado el Estado, que el coche había estado frente a la cabaña durante el tiempo del asesinato. Esto situaba a la acusada en el lugar del crimen de manera circunstancial. Y de haber alguna duda respecto a la conductora del coche «Ford», había quedado rechazada completamente por las huellas dactilares de la plegadera con que mató a su esposo.

—Las huellas dactilares —agregó con ironía— no pueden fraguarse… salvo, quizás, en esos libros que he mencionado.

El Jurado sonrió.

—Esta acusada puso sus manos en la plegadera, dentro de la cabaña. Y el Estado la ha relacionado con el cadáver.

Lo cual servía para eliminar toda duda razonable en un caso circunstancial. ¿Cuál era la respuesta de la defensa a esta primordial cuestión de las impresiones digitales en el cuchillo? ¡Que dichas huellas se habían impreso la noche antes en casa de la acusada! Pero, ¿existía alguna prueba de tan débil historia? No había un solo testigo que apoyase tal explicación. No había una sola prueba de que la víctima hubiese estado la noche del viernes en su casa de Filadelfia. Y ¿cuándo se oyó esta explicación? Después de haberse sabido que las huellas dactilares estaban en la plegadera. ¿No comprendía claramente el Jurado que era una burda historia amañada rápidamente para ocultar la verdad?

—Les doy mi palabra —continuó el implacable fiscal—, que todas mis simpatías están con ese pobre joven que ha defendido con tanta inteligencia a su hermana en el curso de este proceso. Ha hecho cuanto ha podido para defender un mal caso, un caso perdido. Todos lo lamentamos profundamente por él. Pero esto no debe hacerles vacilar, damas y caballeros, en su juicio sobre este caso. Un Jurado determina los hechos e ignora las simpatías. No deben permitir que les influyan las emociones al dar su veredicto, emociones que sólo servirían para obstaculizar el camino de la Justicia.

»Además —añadió secamente—, la acusada fue incapaz de proporcionar una coartada para la noche del crimen.

Cuando Pollinger se refirió a los motivos, tocó de paso la cuestión de la premeditación.

—El motivo fue doble, como ya he demostrado: vengarse del hombre que la había tenido engañada durante diez años, y el deseo natural de lucrarse, castigándole al propio tiempo por tan terrible engaño. Que él era Joseph Kent Gimball, que poseía una póliza por un millón de dólares y que recientemente había cambiado el nombre de la beneficiaría de la misma, la señora Wilson debió saberlo mucho antes del primero de junio. En realidad, nada demuestra que ella misma no empujase a Gimball a cambiar la beneficiaría como «indemnización» por el daño que le había causado a ella; psicológicamente, todo nos induce a creerlo. Y bajo esta luz, ¿cómo puede nadie dudar de que se trate de un crimen planteado fríamente, por anticipado? Si hubiese alguna duda en sus mentes, miembros del Jurado, recuerden que la acusada llegó a la cabaña disfrazada, en un esfuerzo inútil por esconder su identidad. La defensa ha argüido que el uso de la plegadera recién adquirida como arma del crimen indica un homicidio espontáneo, un asesinato en el acaloramiento del momento; y que, por tanto, aunque Lucy Wilson hubiese matado a su esposo, sólo se trataría de un asesinato impremeditado. ¡Pero cuán falsa es esta hipótesis examinada a la luz de la verdad! Porque si yo adoptase la teoría de la defensa, o sea, que Lucy Wilson es la víctima propiciatoria de este caso, veremos al momento que el empleo del cuchillo fue sólo una alternativa muy conveniente para ella. De haber alguien tratado de complicar a la acusada, sólo habría sido mediante un plan preconcebido. Y ese imaginario «alguien» habría tenido que saber que Joseph Kent Gimball compraría una escribanía el día anterior a su muerte; y como esto es imposible, el sedicente «maquinador» habría planeado matar a Gimball por otro medio: un revólver, una cuerda…, incluso un puñal. Pero no esta plegadera. Y, no obstante, fue con la plegadera como fue asesinado Gimball. ¿No tiende1 esto a probar que no existió ninguna maquinación? El argumento es falso en toda la línea. Lucy Wilson llegó a la cabaña dispuesta a matar a su esposo, tal vez con un revólver, u otro cuchillo. Y en el acaloramiento de la discusión, empleó el cuchillo que estaba ya en el lugar del crimen. Este punto no tiene discusión.

Su discurso fue una obra maestra de la oratoria persuasiva.

Después, se sentó, limpiándose el sudor con un pañuelo.

Las advertencias del juez Menander al Jurado fueron sorprendentemente cortas. Señaló los posibles veredictos y explicó las leyes de la evidencia circunstancial. Se observó con extrañeza, por parte de los espectadores, que el famoso jurisconsulto se abstenía de insinuar en su corta peroración, que sólo duró veinte minutos, su propia opinión sobre el caso… un fenómeno desacostumbrado en un Estado que permitía a los jueces, al término de un proceso, manifestar claramente sus puntos de vista.

Y el caso pasó a manos del Jurado.

A las setenta y una horas debates, se supo que el Jurado había llegado por fin a emitir un veredicto. La noticia llegó por la tarde durante una conferencia improvisada con la prensa en la habitación de Bill, en el Stacy-Trent. Tan larga espera había convencido al joven de su triunfo, haciéndole recobrar su buen humor natural, tal vez incluso con más animación de la acostumbrada, riendo y bebiendo whisky escocés auténtico. Existían amplios motivos para tal optimismo. Seis horas después de retirarse el Jurado a deliberar, se filtró la nueva de que los miembros eran diez contra dos a favor de una exculpación. El retraso sólo podía significar que los dos jurados se mostraban tercos. El anuncio de haberse llegado a una decisión demostraba que aquéllos habían acabado por ceder ante la abrumadora mayoría.

La convocatoria para el tribunal calmó un poco a Bill, como una ducha fría. Todos corrieron hacia el Palacio de Justicia.

Bill, mientras aguardaba que Lucy fuera conducida a la sala, después de atravesar el Puente de los Suspiros, paseó una atenta mirada a su alrededor. Después, se dejó caer en su silla.

—Todo ha concluido ya —le murmuró a Ellery—. Vaya, veo que el grupo Gimball brilla por su ausencia.

—Una vista muy notable —comentó Ellery, secamente.

Fue entonces cuando llegó Lucy, debidamente escoltada, acallando todas las conversaciones. La joven se hallaba inmersa en una especie de estupor, y apenas era capaz de arrastrar las piernas. Ellery le acarició una mano, mientras un médico le administraba un tranquilizante; Bill le dirigió la palabra en tono animoso, y los ojos

de la acusada adquirieron una tonalidad más serena, volviendo asimismo parte del color a sus mejillas.

Hubo los inevitables retrasos. No encontraban a Pollinger. Por fin, alguien consiguió localizarle y llegó corriendo al tribunal. Los fotógrafos se enzarzaron en una discusión con los satélites del *sheriff*. Expulsaron a una persona de la sala… Los alguaciles reclamaron silencio a gritos…

Por fin, entró el Jurado. Eran doce individuos cansados, sudorosos, cuyos ojos parecían afectados por una movilidad epidémica. El número siete parecía enfermo y encolerizado. El número cuatro altivo. Pero incluso ellos dos desviaron la mirada del espacio libre existente delante del estrado. Cuando observó sus expresiones, Bill se inmovilizó. Su rostro palideció.

En medio de un silencio tan profundo que se oía el tictac del reloj de pared, el portavoz del Jurado se puso de pie y anunció el veredicto emitido con voz temblorosa.

Había hallado a Lucy Wilson culpable de asesinato en segundo grado. Lucy se desmayó. Bill no movió un solo dedo; era como si se hubiese helado en su silla. A los quince minutos, Lucy volvió en sí y fue condenada por el juez Menander a veinte años de reclusión en la penitenciaría del Estado.

Por lo visto, como supo Ellery más tarde, entre los apasionados grupos, los jurados cuatro y siete habían conseguido ellos solos tan asombroso resultado, después de sesenta horas y treinta y tres minutos de discutir en una sala caldeada, formando el inicial diez a dos para la exculpación, en un doce a cero para culpabilidad. Los jurados cuatro y siete habían comprometido a no solicitar la pena de muerte, para poder vencer a sus colegas más débiles.

—Todo se debió a las huellas dactilares de la plegadera —declaró más tarde el jurado número cuatro a la Prensa—. Nosotros no podíamos creer la explicación fútil de la acusada.

El jurado número cuatro era una mujer hombruna, con una barbilla de hierro.

En el corazón de Ellery Queen había una fuerte opresión en tanto hacía la maleta, llamaba al mozo, y se dirigía por el corredor a la habitación de Bill. Trató de recobrar su compostura y llamó a la

puerta. No hubo respuesta; ante su sorpresa, la puerta no estaba cerrada. Abrió y entró.

Bill estaba tumbado en la cama, medio vestido. Sus polvorientos zapatos habían dejado sendas manchas en la sábana. Llevaba la corbata torcida a un lado, y la camisa estaba húmeda, como si hubiese estado expuesta bajo una ducha. Miraba al techo inexpresivamente. Tenía los ojos enrojecidos, por lo que Ellery pensó que había estado llorando.

—Bill… —murmuró gentilmente el detective.

Pero el joven no se movió.

—Bill… —repitió Ellery. Luego cerró la puerta y se apoyó de espaldas a ella—. Supongo que no he de expresarte cuánto siento… —le resultaba difícil exponer sus pensamientos—. Bueno, venía a comunicarte que me marcho. De todos modos, no he querido irme sin decirte que esto todavía no ha terminado. En cierto modo, es una suerte que hayan condenado a Lucy a veinte años. Si llega a ser a la silla… Ahora no hay necesidad de efectuar una carrera contra reloj.

Bill sonrió. Era raro verle sonreír, con aquellos ojos rojizos y hundidos, y el rostro como la máscara de la muerte.

—¿Has estado alguna vez en una celda? —preguntó, quedamente.

—Lo sé, Bill, lo sé —suspiró Ellery—. Pero es mejor que… lo otro. Y voy a trabajar en el asunto, Bill. Deseaba que lo supieras.

—No creas que no aprecio tus esfuerzos. El —contestó Bill—. Pero… —comprimió los labios.

—No hice nada en absoluto. Se trata, en realidad, de un enigma incomprensible. Sin embargo, creo percibir un rayito de sol… Bueno, no estoy aún en condiciones de contarte nada Bill.

—¿De veras?

Ellery avanzó unos pasos.

—Eh… ¿y dinero? Esto debe haberte llenado de deudas con todo el mundo. Me refiero a una apelación… Cuesta mucho, ya lo sabes.

—No, Ellery. No puedo aceptar… De todos modos, gracias lo mismo. Eres un buen amigo.

—Bien…

Ellery permaneció irresoluto unos minutos en el centro del dormitorio. Luego, se acercó a la cama, palmeó la espalda del amigo

y se marchó. Al cerrar la puerta tras sí, se encontró con Andrea Gimball, apoyada en la pared de enfrente. Por un momento, el detective sintióse asombrado. El aspecto de aquella muchacha de pie, delante del cuarto de Bill, con su vestido arrugado, un pañuelo mojado y convertido en una bola en sus manos, sus ojos hundidos y enrojecidos… como los de Bill, le pareció inconveniente. Debía de haber estado con los otros, gozando de su satisfacción por el triunfo.

—Vaya —exclamó Ellery lentamente—, miren quién está aquí. Muy a tiempo, señorita Gimball, para el velatorio.

—Señor Queen… —Andrea se humedeció los labios.

—¿No cree que sería más prudente que se marchase de aquí?

—¿Está…?

—No es aconsejable que le vea ahora —continuó Ellery—. Supongo que prefiere estar solo.

—Sí, claro —ella jugó con el pañuelo—. Yo… yo ya lo había pensado.

—Y sin embargo, está usted aquí. Es usted muy amable… Señorita Gimball, escúcheme un momento, por favor.

—¿Sí?

Ellery cruzó el pasillo y la cogió del brazo; a pesar del calor reinante, estaba extrañamente helado.

—¿Sabe lo que le ha hecho usted a Bill y a esa pobre mujer condenada a veinte años de cárcel?

Ella no replicó.

—¿No cree que sería decente tratar de remediar el mal que les ha causado?

—¿Que yo les he causado?

Ellery retrocedió unos pasos.

—Usted no podrá dormir —prosiguió suavemente— hasta que se decida a contarme su historia. Su verdadera historia. Bien lo sabe, ¿verdad?

—Yo… —Andrea calló, trémulos los labios.

Ellery la miró fijamente. Después, entornó los ojos y deliberadamente le volvió la espalda y se dirigió a su habitación donde el mozo le esperaba, con su equipaje a punto.

Mientras se alejaba por el pasillo hacia el ascensor oyó con claridad las palabras de la muchacha. Sabía que las pronunciaba en

voz alta, sin darse cuenta de que lo hacía. Eran una súplica y una plegaria, con tanta angustia, que Ellery estuvo a punto de dar media vuelta y regresar.

—¿Qué debo hacer, Dios mío? ¡Oh, si al menos supiese qué he de hacer!

Ellery dominó su impulso. Había algo en la mente de aquella muchacha que sólo podía surgir por un impulso interior. Junto con el mozo llegó al ascensor. Al entrar en él, miró hacia Andrea. Su mirada fue penetrante, pensativa.

Andrea seguía donde la había dejado, retorciendo el mojado pañuelo entre sus dedos, mirando la habitación de Bill Angell, como si la paz residiese allí, una paz fuera de su alcance. Y aquella visión atormentada y penosa permaneció largo tiempo flotando en la memoria de Ellery. Sólo sirvió para subrayar su convicción de que aquella agraciada y esbelta joven acabaría por cambiar completamente el apasionado caso Wilson-Gimball.

LA TRAMPA

4

—Diantre —exclamó el inspector Queen, disgustado—, ¿otra vez?

Ellery no dejaba de silbar, mientras se anudaba la corbata de lazo delante del espejo del salón.

—A mí me parece —gruñó el inspector— que, desde que aquellos amigos tuyos de ese maldito Trenton se vieron complicados en aquel condenado caso, te has convertido en un asiduo de Broadway. ¿A dónde vas?

—Salgo.

—Solo, claro.

—No. Tengo, según los términos consagrados, una cita con la más deseable, la más encantadora, la más rica y la más sangre azul de las muchachas de este país. Además, está comprometida para casarse. Y no es que me importe un pito, claro —añadió críticamente.

—Has cambiado totalmente, hijo mío —se quejó el inspector—. Por lo menos, antes tenías bastante cabeza para dejar de lado a las mujeres.

—Los tiempos le cambian a uno de forma deplorable.

—La chica Gimball, ¿eh?

—Exactamente. El apellido Gimball, por otra parte, resulta un anatema corriente en algunos círculos. Son Jessica y Andrea

Borden, y la gente de Park Avenue no las llama de otra manera.

—Y… ¿cuál es la idea, El?

Ellery se puso el esmoquin y se alisó las solapas de satén.

—La idea —contestó— es ampliamente exploratoria.

—Ya.

—No, de veras. Un joven necesita internarse alguna vez en la alta sociedad. Se produce una ilusión temporal de un privilegio social. Y la he equilibrado con varias excursiones al East Side. Es maravilloso el contraste.

—¿Qué estás explorando? —inquirió el inspector.

Ellery volvió a silbar. Djuna, el criado para todo, penetró en la estancia.

—¿Otra vez? —refunfuñó con desaprobación. Ellery asintió y el inspector Queen levantó las manos al cielo—. Con una chica, claro… —añadió Djuna—. Bien, aquí hay algo.

—¿Algo?

—Un paquete. Acaba de llegar. Por mensajero. Ataviado como un general.

El criado dejó algo grande y abultado sobre el diván y arrugó la nariz.

—Veamos qué es.

Djuna desenvolvió el paquete, dejando al descubierto una lata, una caja aplanada, y un mensaje redactado en papel con epígrafe.

—¿Le pidió usted tabaco a un individuo llamado Pierre?

—¿Pierre? ¿Pierre? ¡Oh!, Dios mío, la incomparable señorita Zachary… —Ellery sonrió, cogiendo el mensaje—. Este es el resultado de tratarse con gente rica, papá. La nota decía:

> *Mi querido señor Queen:*
>
> *Perdone la demora. Mi mezcla se compone de tabacos extranjeros, y los recientes disturbios laborales de Europa retuvieron el último envío. Confío en que hallará satisfactorio el tabaco y a su gusto. Por favor, acepte la caja adjunta, donde hay unos libritos de cerillas de papel, junto con mis mejores deseos. Me he tomado la libertad de hacer imprimir su nombre en cada librito, según mi norma. Si encuentra el tabaco demasiado fuerte o demasiado suave, nos complacerá en el futuro fabricar una mezcla ajustada a sus gustos.*

Queda respetuosamente a su disposición.

—¡El bueno de Pierre! —exclamó Ellery, dejando la nota a un lado—. Djuna, pon ese tabaco en mi tabaquera. Ahora, muchachos, me largo.

—Ya lo veo —rezongó el inspector con amargura.

Contempló ansiosamente cómo Ellery se ladeaba el sombrero, se ajustaba la corbata por última vez, y se marchaba silbando.

—No es esto —decía algo más tarde Andrea con tono severo— lo que esperaba de usted, Ellery Queen. Este lugar, después de los lugares tan encantadores a los que me ha llevado, es terrible.

Ellery echó una ojeada por el elegante club nocturno situado en el rascacielos del Radio City.

—Mi querida señorita, no quiero precipitarme. Esos problemas de educación mundana requieren gran delicadeza en su manejo. Una dieta demasiado continua de pan y agua.

—¡Tonterías! Bailemos.

Lo hicieron en exquisito silencio. Andrea se entregaba a la música con una fluida aquiescencia del cuerpo que convertía el bailar con ella en un auténtico placer. Flotaba en brazos de él, de modo tan leve y sumiso, que Ellery tenía la impresión de que estaba bailando solo. Pero tenía conciencia del aroma del cabello de la joven, y recordaba, con una sensación culpable, la expresión del rostro de Bill Angell, la noche en que tan cerca estuvo ella del joven abogado, fuera de la cabaña de Trenton.

—Me gusta bailar con usted —murmuró ella, cuando cesó la música.

Le pareció que la mirada de la joven era asustada.

—La discreción —suspiró él— me obliga a darle las gracias y no insistir.

Luego, Andrea se echó a reír y ambos regresaron a su mesa.

—Hola, pareja —saludó Grosvenor Finch.

Les estaba sonriendo; a su lado se hallaba el senador Frueh, todo lo envarado que le permitía su bajita figura, con expresión de franca desaprobación. Los dos llevaban esmoquin. Finch parecía un poco embarazado.

—¡Ah!, tenemos compañía —exclamó Ellery, sosteniendo la silla para Andrea—. ¡Camarero, sillas! Siéntense, caballeros, siéntense. Confío no haberles resultado demasiado escurridizo esta noche.

—Ducky —le preguntó Andrea a Finch—, ¿qué significa esto?

El interpelado estaba confuso; se sentó y se pasó una mano por el pelo gris. El senador Frueh, jugueteando con su bellísima barba, vaciló; después, sentóse también, coléricamente, y mirando fijamente a Ellery.

Este encendió un cigarrillo.

—Vamos, Finch, parece usted un chico del campo atrapado en el acto de robar las manzanas de un huerto. ¡Tranquilícese!

—¡Ducky! —se indignó Andrea, dando una patada sobre el piso —. Te estaba hablando.

—Bueno… —tartamudeó Finch, rascándose la barbilla—, fue así, Andrea. Tu madre…

—¡Me lo imaginé!

—Andrea, ¿qué podía hacer yo? Además, Simón se puso de su parte. Mi situación era muy difícil…

—Nada de eso —le cortó Ellery, amistosamente—. Lo comprendemos bien, tanto Andrea como yo. ¿Qué sospechan, caballeros? ¿Que lleve una bomba en mi bolsillo derecho y un ejemplar del Daily Worker en el izquierdo? ¿O consideran simplemente inmoral mi influencia sobre una jovencita adolescente?

—Permítame manejar esto, señor Queen —le atajó Andrea, sonriendo a pesar suyo—. Ducky, quiero que contestes con toda franqueza. ¿Te ordenó mamá que nos espiaras esta noche?

Los gordezuelos dedos del senador parecían volar, ultrajados, hacia el ralo pelo de su cabeza.

—¡Andrea, nos insultas! ¡Espiando!

—Basta, Simón —intervino Finch, enrojeciendo—. Sabes que, virtualmente, es la verdad. A mí no me gustó la idea. Pero por lo que me contó tu madre, Andrea…

—¿Qué te contó? —inquirió la joven, con un brillo peligroso en sus pupilas.

La mano de su interlocutor descubrió un arco en el aire.

—Bueno… que ibas por los barrios míseros y… Queen te ha llevado a sitios que ella considera… impropios, y no le gusta.

—¡Pobre Rockefeller! —exclamó Ellery, meneando tristemente la cabeza y mirando en torno al local—. Estoy seguro de que este epíteto le mortificaría enormemente.

—¡Oh!, no me refiero a este lugar —Finch se había puesto más colorado aún—. Ya le dije a Jessica… Bueno, este local está muy bien, pero otros…

—A propósito, Andrea —intervino Ellery—, esta noche estuve a punto de llevarla a la Rand School. Imagínese lo que les hubiera costado encontrarnos, caballeros. Y en aquel ambiente, la cosa quizá no habría resultado tan pacífica. Aquellos intelectuales son algo duros.

—No tiene gracia, Queen —refunfuñó el senador Frueh—. ¿Por qué demonios no deja en paz a Andrea?

—¿Por qué demonios —replicó Ellery plácidamente— no se ocupa de sus propios asuntos?

Finch estaba encendido hasta la raíz del cabello.

—Nos lo merecemos, Queen —sonrió torvamente—. Vamos, Simón; la idea ya era mala desde el principio.

La barba del abogado temblaba sobre la camisa blanca, como una cascada detenida en su curso.

—Queen no es tonto, aunque Andrea lo sea.

—¡Esto es la última gota que faltaba! —gritó Andrea.

—Calma… Deseamos hablar francamente. Queen… ¿qué persigue usted?

Ellery exhaló el humo de su cigarrillo; sus pupilas brillaban burlonamente.

—¿Qué persigue un hombre? Una casita en el campo, un jardín, unos chiquillos.

—Deje de hacer el payaso. No me engaña ni por un momento, Queen. Aún sigue el rastro del caso Wilson, ¿eh?

—¿Esto es un interrogatorio o se trata de una pregunta teórica?

—¡Ya lo sabe usted!

—Bien —murmuró Ellery—, en realidad no es asunto suyo, puesto que han tenido la gentileza de preguntarlo… sí ¿Qué tiene esto que ver con usted?

—Simón… —protestó Finch débilmente.

—No seas tonto, Grosvenor. Como amigos de Andrea.

—Amigos míos, no —le interrumpió la joven con tono helado.

Tenía la cara pálida y las palmas de sus manos húmedas de sudor.

—…sabemos que no es por el simple deseo de gozar de su compañía por lo que ha estado saliendo con ella desde que el Jurado dictó veredicto de culpabilidad contra aquella mujer en Trenton. Y ahora, ¿qué diablos pretende?

—Paz —suspiró Ellery—, y una completa ruptura entre ustedes y yo. ¿Está claro?

—¿Por qué ronda en torno a Andrea? ¿Sospecha de ella?

—Creo que esto ya ha durado demasiado —se interpuso la muchacha—. Se olvida de su propio respeto, senador. En cuanto a ti, Ducky, me sorprende que te hayas prestado a… Aunque supongo que la culpa es de mamá. Siempre consigue dominar tu voluntad.

—Andrea… —exclamó el abogado desdichadamente.

—¡Basta! Y usted, senador, se olvida de que soy mayor de edad, con una mente propia. Que nadie me saca de casa por la fuerza, se lo aseguro. Si he decidido pasar el tiempo con el señor Queen, es asunto mío, no suyo. Sé lo que hago, y si me equivoco —añadió con una sonrisa débil y amarga—, lo descubriré muy pronto.

Y ahora, por favor, ¿quieren irse y dejarnos solos?

—Claro, Andrea, si piensas así… —asintió Finch, dejando su silla—. Me he limitado a cumplir un deber para con tu familia. Después de esto…

Ellery se puso de pie, cortésmente. Nadie dijo nada y él murmuró:

—Pensaba que su papel era legalista, senador. ¿También se ha transformado en detective? En tal caso, permítame que le dé la bienvenida a nuestras filas.

—¡Bufón! —gruñó el senador, tironeando su barbilla—. Cuide sus pasos.

Acto seguido, se marchó resoplando.

—Lo siento, Andy —murmuró Finch, cogiendo la mano de la joven.

—En realidad, no ha sido culpa tuya, Ducky —le sonrió ella, aunque retirando la mano.

Finch suspiró, saludó a Ellery con la cabeza y siguió a su compañero.

—Supongo que será mejor acompañarla a casa, Andrea —sugirió

Ellery—. La velada ha quedado arruinada para usted.

—No sea tonto. Si acaba de empezar. ¿Bailamos?

Ellery conducía «Duesenberg» el que atronaba el espacio con creciente violencia, como si fuese un león viejo que se hubiese mordido la cola. Volaba por la carretera, igual que si le persiguiesen todos los demonios del infierno.

—¡Pfff! —silbó Andrea, sujetándose el sombrero—. ¿Qué tal son sus reflejos, amigo? Soy joven todavía y la vida es bella.

—Soy —repuso Ellery, dejando el volante para buscar un cigarrillo en sus bolsillos— una verdadera torre de fortaleza.

—¡Oh! ¡Espere! —gritó ella, metiendo su propio cigarrillo en la boca de Ellery—. Este cacharro tal vez sepa correr solo, pero prefiero no arriesgarme… Y no es que me importe.

—¿De veras? ¿Que le importe qué?

La joven se acercó a Ellery, mirando sin ver la huidiza cinta de la carretera.

—¡Oh!, todo… Bueno, no nos pongamos tristes. ¿A dónde vamos?

Ellery agitó el cigarrillo.

—¿Importa? Una carretera despejada, una encantadora compañía, sin tráfico, el sol que brilla heroicamente… Soy feliz.

—¡Bravo por usted!

—¿Por qué no lo es usted?

—¡Oh!, claro, con delirio —Andrea entornó los ojos. Ellery continuó conduciendo pacíficamente. Al cabo de unos instantes, ella volvió a abrir los ojos y exclamó con tono alegre—. Adivine… Esta mañana me encontré una cana.

—¡Maldición! ¿Tan pronto? Como ve, el senador Frueh tenía razón. ¿Se lo arrancó?

—Naturalmente.

—Como si la calvicie pudiera apaciguar las penas.

—¿Qué sentido tiene esta frase? Es enigmática.

—Es algo más. En realidad, *tusculanarum disputationum*. Si usted ha estudiado algo más de lo que le enseñaron en la escuela, sabrá que se trata de una perla expelida por el senador Cicerón. Es tonto, observó, arrancarse los pelos por efecto de la desesperación.

—¡Oh…! —Andrea cerró los ojos—. Usted cree que soy desgraciada.

—Mi querida niña, ¿quién soy yo para juzgar? Mas si quiere saber mi opinión, creo que usted no tardará en arrepentirse.

La joven se sentó muy erguida, llena de indignación.

—¡Me gusta esto! Tal vez no se da cuenta de que, durante las últimas semanas, le he visto más a usted que a ninguna otra persona.

Ellery desvió el «Duesenberg» para evitar una grieta del asfalto producida por el calor.

—Si yo he contribuido a su desdicha, debería ser arrastrado y descuartizado. Y creo conocer a varias personas que asistirían muy contentos a esta operación. Pero si bien no soy el compañero más animoso del mundo, no creo que sea mi influencia la culpa de su infelicidad.

—¡Oh!, usted no lo cree… —replicó Andrea—. Hubiera tenido que oír lo que anoche dijo mi madre sobre este tema… cuando llegué a casa, después de haber recibido los informes del senador-espía.

—¡Ah!, su madre… —suspiró Ellery—. No, no quiero engañarme pensando que esa pobre viuda aprueba al hijo del inspector Queen. ¿Qué sospecha en mí? ¿Designios funestos contra su virtud, sobre su cuenta bancaria… o qué?

—No sea tonto. Ella desaprueba solamente nuestras salidas.

—¿No se trata de mi relación con la tragedia ocurrida en la Casa a Medio Camino, según Ella Amity?

—Por favor —le suplicó Andrea—. Olvidemos esto, ¿quiere? No, después de haberme usted llevado a ver Esperando a Lefty, y a aquel asilo de indigentes de la calle Henry, y al albergue municipal, simplemente explotó. Cree que usted está envenenando mi mente.

—Una suposición muy razonable. ¿Ha actuado el virus?

—Yo no diría tanto. Aunque jamás había pensado que la miseria… —Andrea se estremeció y se quitó el sombrero. Su cabello, reluciente al sol, empezó a revolotear en torno a su cabeza —. Mamá cree que es usted la persona más terrible del mundo. Y no es que me importe mucho lo que piensa… respecto a usted.

—Andrea, esto ha sido tan súbito… ¿Qué ha sucedido?

—Mamá se parece mucho a esas terribles personas de la obra de

Faulkner que usted me regaló… *Pylon*, ¿sabe? ¿Qué decía el periodista de ellas? Si se las estruja, mana petróleo en vez de sangre.

—No entiendo la analogía. ¿Qué líquido derramaría su madre?

—Vino viejo, vino añejo, ¿comprende? Vino añejo transformado trágica e inevitablemente en vinagre. ¡Pobre mamá! Ha sufrido mucho en esta vida; en realidad, no sabe qué le ha sucedido.

Ellery rió.

—Una descripción muy acertada. Sin embargo, Andrea, su discurso resulta muy poco filial.

—Mamá es… bueno, mamá. Usted no lo entendería.

—Lo crea o no, también yo tuve una madre. Por tanto, la entiendo.

Andrea calló largo rato.

—El abuelito… —murmuró al fin con tono soñador—. Veamos… Sí… claro. Lo único que extraería de su pobre cuerpo serían leucocitos. No hay en él ni rastro de sangre roja.

—¿Y Ducky? Usted le conoce mejor que yo.

—Es muy fácil… —replicó Andrea, chupando la punta de su índice—. Ducky… Ducky… ¡oporto! No, también es vino. Sí, espíritu de alcanfor. ¿No es terrible?

—Tremendo… ¿Por qué alcanfor?

—Oh, Ducky es tan recto… No sé por qué, pero siempre he relacionado el alcanfor con la gente altiva, los dormitorios y los enfriamientos de cabeza. No me pregunte por qué. Será debido a mi pobre condicionamiento de niña.

—Andrea, creo que está usted bebida. Sólo el alcohol podría relacionar a ese hinchado plutócrata con un resfriado.

—No sea tonto, ya sabe que no bebo. Por esto se halla tan extrañada mamá; yo soy la joven anticuada que de repente ha cambiado… Bien, Tolstoi.

—¿Quién?

—El senador. Una vez vi un retrato de Tolstoi que me recordó al senador. ¡Esa barba tan… tan obscena! La cuida más que una mujer su permanente. Naturalmente, usted ya sabe qué hay en sus venas.

—¿Jugo de tomate?

—No. Formaldehido puro. Si alguna vez experimentó una emoción auténtica, debió de ser hace más de cuarenta años. Y éste

—suspiró ella— es el fin de la historia. ¿De qué hablamos ahora?

—Un momento —le rogó Ellery—. ¿Y el amigo Jones?

—Yo…, no… Bueno, hace dos semanas que no he visto a Burke.

—¡Santo cielo! Si yo soy la causa de la ruptura de la alianza social del siglo…

—Por favor, no bromeo. Burke y yo hemos…

Calló y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento, contemplando la carretera.

—¿Definitivamente?

—¿Hay algo definitivo en este mundo? Antes… estaba tan segura… Me parecía todo lo que una chica puede desear en un hombre. Alto…, yo siempre he tenido debilidad por los hombres altos, no demasiado guapo, pero de buena figura, con modales exquisitos…

—Pues a mí —replicó Ellery— no me impresionó como si fuese precisamente un príncipe real.

—Estaba trastornado. De buena familia, montañas de dinero…

—Y completamente desprovisto de materia gris.

—Ya sabía que diría algo burlón. De todos modos, supongo que tiene razón. Ahora comprendo que fue el sueño de una chiquilla tonta. Esas cosas no cuentan, ¿eh?

—Creo que no.

—Hace algún tiempo —sonrió ella penosamente—, tampoco yo era mucho mejor.

Ellery condujo un rato en silencio. Andrea volvió a entornar los párpados. Los kilómetros iban siendo devorados por el «Duesenberg», quedando atrás como un río plácido, soporífero. De repente, Ellery se estremeció.

—Se ha olvidado de sí misma.

—¿Qué?

—Si alguien… por ejemplo Bill Angell, entrase en su vida, continuando su nauseabunda metáfora…

—Oh… —Andrea se echó a reír al cabo de un momento—. Creo que podría juzgarme a mí noblemente; cosa que nadie hace.

Es la crema de la debilidad humana.

—¿Ligeramente… inquieta? —preguntó Ellery quedamente.

La joven se incorporó vivamente.

—¿A qué se refiere, Ellery Queen?

—¿No lo sabe?

—¿Y por qué… Bill Angell?

Ellery se encogió de hombros.

—Perdone, creí que jugábamos de acuerdo con las reglas de la honradez. Ya veo que me equivoqué.

Siguió mirando a la carretera. Andrea conservó inmóvil su perfil. Finalmente, le temblaron los labios y desvió la mirada.

—Un día bochornoso, ¿verdad? —observó Ellery.

—Sí —la voz de ella era baja.

—Un cielo azul… la campiña verde… la carretera blanca… las vacas pardas y coloradas… cuando uno las ve… —hizo una pausa —. Cuando uno las ve.

—No…

—He dicho: cuando uno las ve. Ya sabe que no todo el mundo puede verlas.

La joven continuaba tan inmóvil que Ellery pensó que no le había oído, y la miró rápidamente. Sus mejillas estaban más blancas que la carretera, y los mechones de pelo rubio en torno a su carita parecían luchar contra el viento. Sus dedos asían con fuerza el sombrero colocado en su falda.

—¿A dónde me lleva? —preguntó ella al fin, con voz algo ronca.

—¿A dónde le gustaría ir?

A la muchacha le llamearon los ojos. Se incorporó de nuevo en su asiento, una ráfaga de viento le azotó el rostro y se asió a la parte superior del parabrisas para sostenerse.

—¡Pare! ¡Pare, se lo ordeno!

Obediente, el «Duesenberg» se detuvo en un ribazo al borde de la carretera.

—Ya está —sonrió Ellery—. Ahora, ¿qué?

—Dé media vuelta —gritó ella—. ¿Adónde quiere ir? ¿Adónde me llevaba?

—A visitar a alguien —repuso él con tono quedo— que no posee las ventajas visuales de usted. Dudo de que esa desdichada persona pueda vislumbrar un pedazo de cielo mayor que la palma de su mano. Pensé que resultaría amable que alguien cumpliese hoy uno de los mandamientos de la Iglesia… con ella.

—¿Con ella? —repitió Andrea en un susurro.

Ellery le cogió una mano, que se quedó floja y fría entre la suya.

No se movieron durante unos minutos. Ocasionalmente, pasaba velozmente un coche; en una ocasión, un motorista perteneciente a la Policía del Estado de Nueva Jersey aflojó la marcha, mirándoles con suspicacia, se rascó la cabeza y volvió a acelerar. El sol caldeaba el inmóvil vehículo, y unas gotitas de sudor resbalaban por la frente y la nariz de Andrea. Luego, bajó la mirada y retiró la mano. No habló.

Ellery volvió a poner en marcha el «Duesenberg» y siguió la ruta. En su frente había una arruga de ansiosa perplejidad.

La guardiana uniformada les miró, se hizo a un lado y señaló a alguien del oscuro corredor con una mano tan gruesa y callosa como la de un oficial de tráfico.

Oyeron los pasos de Lucy antes de distinguirla. Era un sonido de arrastre de pies, lento, doloroso. Tuvieron que esforzar la vista cuando el sonido creció de tono. Por sus narices se colaba un olor indescriptible, nauseabundo, compuesto, al parecer, de diversos olores mezclados entre sí; ácido fénico, pan rancio, almidón, zapatos viejos y lejía de colada.

Por fin llegó Lucy. Sus inexpresivos ojos parpadearon un poco al mirarles desde el otro lado de la divisoria de rejas, asidos a las mismas como los monos en un zoo, pero sin parlotear; tan fijos y quietos estaban que hubieran podido ser tomados por los espectadores de un teatro.

El rumor de pasos se aceleró, y la joven se acercó a las rejas con la mano levemente extendida.

—¡Oh!, estoy tan contenta… Han sido tan bondadosos viniendo… —sus ojos, muy hundidos y rodeados por un círculo violeta, se posaron en el rostro de Andrea casi tímidamente—. Muy bondadosos los dos —añadió suavemente.

Era difícil mirarla. Era como si hubiese corrido una maratón y todo el vigor y la fortaleza de su cuerpo se hubiesen agotado. Su tez no era ya olivácea, sino parda, con un color terroso que más sugería la muerte que la vida.

Andrea tuvo que aclararse la garganta antes de poder hablar.

—Hola —dijo, tratando de sonreír—. Hola, Lucy Wilson.

—¿Cómo estás, Lucy? Tienes muy buen aspecto —mintió Ellery,

tratando de que su piadosa mentira sonara natural.

—Sí, estoy bien, gracias… muy bien. Yo… —Lucy hizo una pausa, y un espasmo de terror se extendió por sus facciones como la sombra de un animal acorralado. Luego, desapareció como por ensalmo—. ¿No vendrá Bill?

—Seguro que sí. ¿Cuándo le viste por última vez?

—Ayer —sus dedos inertes se asieron al enrejado; su rostro era como un pobre grabado de una fotografía vieja—. Ayer. Viene cada día. Pobre Bill… Está tan apesadumbrado… Ellery, ¿no podrías ayudarle un poco? ¡Oh!, no tendría que estar tan preocupado.

Su voz vaciló y se extinguió, como si todo lo dicho fuese una idea súbita, puesta a punto en los límites de su conciencia para ser pronunciada en defensa de sus pensamientos reales, bien grabados en su cerebro.

—Ya sabes cómo es Bill. Si no tiene algo en que ocuparse se siente infeliz.

—Sí —repuso Lucy con tono infantil; en sus labios flotó la sombra de una sonrisa, tan remota como su voz—. Bill siempre ha sido así. Es tan… tan fuerte… Siempre me hace sentirme… —su voz volvió a perderse para subir de nuevo como sorprendida de su propia vitalidad—… tan bien…

Andrea empezó a decir algo pero calló de pronto. Sus enguantados dedos también asían las rejas, y el rostro de Lucy estaba muy cerca del suyo. De repente, aquellos dedos se contrajeron fabrilmente.

—¿Cómo la tratan? —quiso saber—. Me refiero a…

Los ojos de Lucy la escrutaron lentamente; unos ojos profundos y vidriosos, protegidos por su voz del mundo real, libre y ancho.

—¡Oh!, muy bien, gracias. No puedo quejarme. Son muy buenos conmigo.

—¿Tiene usted bastante…? —las mejillas de Andrea se sonrojaron—. Bueno, quiero decir si hay algo… si puedo ayudarla en algo, señora Wilson. En algo que usted necesite, tal vez.

Lucy pareció asombrada.

—¿Necesitar? —sus cejas se contrajeron como si reflexionase—. Pues no, gracias —luego, cosa sorprendente, se echó a reír. Era una risa agradable, apenas teñida por la ironía o la burla, ingenua y llena—. Sólo deseo una cosa. Aunque temo que usted no pueda

conseguirla.

—¿Qué? —suplicó Andrea—. Lo que sea. ¡Oh!, deseo ayudarla. ¿Qué quiere, señora Wilson?

Lucy meneó la cabeza, con el esbozo de una sonrisa.

—Mi libertad.

El terror volvió a asomarse a su semblante para desaparecer al instante.

Un fuego interior quemó las mejillas de Andrea; sintió el codo de Ellery hundirse en sus costillas y mecánicamente sonrió, a su vez.

—Oh, temo que…

—¿Dónde estará Bill? —inquirió Lucy como para sí, dirigiendo la mirada hacia la puerta de los visitantes.

Andrea cerró los ojos, en tanto palpitaba una comisura de su boca.

—He arreglado… —murmuró Lucy, poco después— la celda muy bien. Bill me trajo unas flores, unas fotos… Supongo que va contra el reglamento, pero consiguió dármelo. ¡Oh!, Bill siempre consigue lo que quiere… —les miró casi con ansiedad—. En realidad, no estoy tan mal. Además, sólo es por algún tiempo, ¿verdad?

Bill me asegura que saldré cuando la apelación…

—Así, Lucy, así —aprobó Ellery. Erguida la cabeza, tabaleó con los dedos sobre el enrejado—. Recuerda que tienes amigos que no dejan de trabajar en tu favor… que jamás dejarán de hacerlo, Lucy. Recuérdalo, ¿quieres?

—Si lo olvidase un solo instante —susurró ella— creo que me volvería loca.

—Señora Wilson… —tartamudeó Andrea con voz ahogada—. En realidad, no…

La celadora, que estaba recostada contra el muro de piedra, intervino con voz inflexible y metálica.

—Se acabó la visita.

El terror volvió a reaparecer, mas esta vez no desapareció. Los músculos de la barbilla de Lucy temblaron violentamente, como si un tosco dedo hubiera hurgado en una herida. El cristal desapareció de sus ojos, revelando la profunda agonía interior.

—¡Oh!, tan pronto… —se quejó; trató de sonreír, frunció el

entrecejo, se mordió los labios y finalmente, sin previo aviso, con una tremenda alteración de sus rasgos, estalló en un torrente de lágrimas.

—Lucy… —murmuró Ellery.

—¡Oh, gracias, gracias! —exclamó ella, y sus dedos se apartaron de las rejas con unas señales azules.

Dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta interior, seguida de su guardiana asexual.

—¿Qué diablos —preguntó una voz ronca, desde la entrada de los visitantes— están haciendo aquí?

Ellery se volvió como un gato asustado. No había previsto aquel encuentro.

La mano derecha de Bill Angell estaba apretando como una garra un ramillete de flores, cuyos pétalos miraban hacia el suelo.

—Bill —contestó en voz baja—, hemos venido a…

—¡Y bien! —le cortó el joven, fijando sus ojos en Andrea con una mirada llena de cólera—. ¿Qué le parece esto? ¿Le gusta este lugar? Magnífico, ¿eh?

Andrea buscó el brazo de Ellery, y éste sintió como sus dedos le apretaban el bíceps.

—Oh, yo…

—Me extraña que no se muera de vergüenza. ¡Qué insolencia! —Las palabras de Bill eran como flechas buscando el blanco—. ¡Venir aquí! ¿Para recrearse? Ahora ya la ha visto. ¿Dormirá usted más tranquila esta noche?

A Ellery le dolía el bíceps. Andrea tenía los ojos tan abiertos que no parecían naturales. Luego, soltó el brazo de Ellery y corrió hacia Bill. Su paso se quebró incierto al llegar frente a él. De mala gana, Bill se apartó, sin dejar de mirarla. Andrea pasó por su lado con la cabeza baja.

—Bill… —pronunció Ellery con voz queda.

El joven abogado no le contestó. Miró las flores y deliberadamente le volvió la espalda al detective.

Andrea le aguardaba al final del corredor, apoyada contra el blanco muro, sollozando.

—Está bien, Andrea —le consoló Ellery—. Vámonos.

—Sí, llévame a casa —gimió ella—. ¡Oh, sáqueme de este horrible lugar!

Ellery llamó a la puerta y oyó la voz cansada de Bill.

—Adelante.

El detective empujó la puerta de una de las anticuadas habitaciones del «Astor», y halló a Bill PUERTA inclinado sobre la cama, haciendo una maleta.

—El hijo pródigo vuelve —exclamó—. Hola, tonto.

Cerró la puerta y se apoyó de espaldas a ella.

Bill tenía el pelo alborotado y había un reto en su barbilla. Continuó haciendo la maleta como si no hubiera entrado nadie.

—No seas estúpido, Bill. Deja de guardar esos calcetines y escúchame —Bill no contestó—. Te he buscado por tres Estados. ¿Qué haces en Nueva York?

Bill se enderezó.

—¿No es un momento algo especial para que demuestres tu interés por mis asuntos?

—Mi interés jamás ha decaído, muchacho.

Bill se echó a reír.

—Mira, Ellery, no quiero enfadarme contigo. No te censuro. Tu vida es tuya, y ciertamente no está hipotecada ni por mí ni por Lucy. Pero puesto que has escogido mantenerte apartado, sigue igual. O me obligarás a irme de aquí.

—¿Quién dice que me he apartado de vosotros?

—No creas que no veo lo que ocurre. Desde que condenaron a Lucy no has dejado en paz a esa chica…

—¿Nos has estado espiando, Bill?

—Llámalo como gustes —Bill se ruborizó—. Creo que es muy gracioso. No opinaría lo mismo si pensara que tu interés por ella es puramente profesional. Pero jamás he oído hablar de un interés profesional hacia una joven que induzca a llevarla a los clubs, a los bailes y a los antros nocturnos todos los días. ¿Por quién me tomas, por un maldito idiota?

—Sí.

Ellery se apartó de la puerta, arrojó el sombrero sobre la cama y le atizó un puñetazo tan fuerte a Bill en el estómago, que el joven tosió y cayó sobre la cama.

—Ahora no te muevas y escucha, estúpido.

Bill saltó de la cama, muy apretados los puños.

—¡Oye, tú…!

—Pistolas al amanecer, ¿eh? —sonrió Ellery. Bill enrojeció más y se sentó. Ellery continuó plácidamente, encendiendo un cigarrillo —. En primer lugar, no te portarías de este modo si tu cerebro funcionase normalmente. Mas no es así, por lo cual te perdono. Estás locamente enamorado de esa chica.

—Tú sí que estás loco.

—Y la batalla mental para conciliar tu pasión con tu conciencia y tu sentido del deber hacia Lucy te ha sacado de quicio por completo. ¡Celos de mí! Bill, tendrías que avergonzarte de ti mismo.

—¿Celoso? —rió Bill amargamente—. Conforme, te daré un pequeño consejo. Ellery, a pesar de toda tu confianza en ti mismo, no dejas de ser sólo un hombre. Ten cuidado con esa muchacha. Te engañará como hizo conmigo.

—Emocionalmente, has regresado a los diecisiete años, hijo mío. Lo malo contigo es que no reconoces tus propios síntomas. No me digas que no sueñas con ella. No puedes olvidar, ni por un momento, aquel beso suyo. Luchas, contigo mismo las veinticuatro horas del día. Desde el juicio no te he perdido de vista… ¡Bill, eres un asno!

—No sé por qué te escucho —rezongó el joven.

—No hace falta ser un Freud para saber qué te pasa. Y tu análisis sobre el «interés profesional» por Andrea es propio de un adolescente.

—¿Enamorado? Si desprecio cada centímetro de…

—Naturalmente —sonrió Ellery—. Pero yo no he venido para darte un sermón sobre los intríngulis de tu tierna pasión. Deja que te explique el asunto y permitiré que te disculpes conmigo.

—Ya he oído bastante y…

—¡Siéntate! Cuando condenaron a Lucy en Trenton hubo una cosa muy sobresaliente que lo ensombreció todo. Había la peculiar conducta de Andrea, durante y después de su declaración en el sillón de los testigos —Bill gruñó burlonamente—. Y esto me hizo meditar. Mis pensamientos me llevaron a ciertas conclusiones. Y estas conclusiones me indujeron a cultivar la amistad de la joven. No podía hacer otra cosa, puesto que todas las demás pistas habían fallado. Había comprobado una y otra vez todas las facetas de este caso, sin hallar nada sospechoso en ninguna parte, y tropezando siempre con una pared en blanco.

—¿Qué diablos —frunció Bill el ceño— esperabas conseguir saliendo con ella? No puedes reprocharme que yo pensara…

—Veo que vuelves a mostrarte razonable. En realidad, mi asidua devoción a esa joven damita ha preocupado a alguien más que a tu noble ego. La señora Gimball, bien, Jessica Borden, se halla al borde de la postración. El senador Frueh tiene espuma en la boca, y Finch se muerde sus inmaculadas uñas. En cuanto al joven Jones, según los últimos informes, está tratando de matar a uno de sus caballos de polo. ¡Excelente! Esto es exactamente lo que deseaba. Y he logrado algo.

—Que me aspen si lo entiendo —repuso Bill, meneando la cabeza.

Ellery acercó una silla a la cama.

—Antes contesta a una pregunta. ¿Qué haces en Nueva York?

—Despejando mi cerebro —Bill se tumbó en la cama y miró al techo—. Voy al cine… Después del proceso formulé una demanda de pago a la Compañía Nacional rellenando un formulario. Claro está, sólo era pura fórmula. La Nacional ignoró la petición, negándose a abonar la póliza, alegando que la beneficiaria había sido condenada por el asesinato del asegurado.

—Ya.

—La Compañía notificó al ejecutor de Gimball, algún amigote de la familia, que estaban dispuestos a pagarle a él el valor remanente de la póliza, con la condición de desistir de cualquier reclamación posterior. Y creo que esto ya se ha hecho.

—¿La condena invalida la póliza?

—Absolutamente.

—¿Y cómo marcha la apelación?

—He obligado a que la financie el Estado de Nueva Jersey; supongo que lo habrás leído en los periódicos. Conseguí retrasar las cosas, fundándome en algunos detalles técnicos; por tanto, no se tomará ninguna decisión hasta el año próximo. Mientras tanto —el rostro de Bill se ensombreció—, Lucy está en Trenton. Mejor que en la penitenciaría —frunció el ceño—. ¿Cuál fue la idea de llevar a…?

—¿A quién?

—Maldición, ya lo sabes: a Andrea.

—Mira, Bill —replicó Ellery suavemente—. ¿Por qué estaba Andrea tan aterrada ante la idea de tener que declarar en el juicio?

—Que me maten si lo sé. En realidad, su declaración no aportó nada nuevo al caso.

—Esto es verdad hasta cierto punto. Lo cual hace que su repugnancia fuese aún más sorprendente. Claro está, podía tratarse de su aversión a confesar que había estado en el lugar del crimen. Aversión que podía estar motivada por el deseo de no hablar de tal vista antes de que lo averiguásemos, pero después carecía de motivo. En realidad, ella debía estar ansiosa de acceder a tus deseos.

—¡Oh, ya lo creo! —se burló Bill.

—No seas chiquillo. La muchacha te gusta… y… tú le gustas a ella… por no emplear un término más fuerte —Bill se ruborizó—. Lamenta lo de Lucy…

—¡Fingimientos! Está jugando conmigo…

—Eres más sensible de lo que indica tu observación, Bill. Andrea es una gran chica, y en ella hay buena materia, tan buena, que su ambiente todavía no la ha dañado sustancialmente. No es hipócrita, y en circunstancias normales habría estado muy contenta de poder ayudar a Lucy. En cambio… bueno, ya sabes cómo actuó.

—No hizo nada. Está al otro lado de la barrera. Está enfadada con nosotros a causa de Gimball.

—Tonterías. Aquella noche, en la cabaña, fue la única que manifestó cierta simpatía hacia Lucy.

Bill jugueteaba con la colcha, retorciéndola y alisándola de nuevo para volver a retorcerla.

—De acuerdo. ¿Cuál es la respuesta?

Ellery se acercó a la ventana.

—¿Cuál dirías que ha sido su emoción predominante desde que se descubrió lo referente a su visita a la cabaña?

—Miedo.

—Exactamente. ¿Miedo de qué?

—Ojalá lo supiera —gruñó Bill.

Ellery regresó junto a la cama y se asió al pie de la misma.

—Obviamente, miedo a contar su historia. Pero, ¿por qué ese terror? —Bill se encogió de hombros; estaba retorciendo de nuevo la colcha—. ¿No ves que su miedo no es interior, sino exterior? ¿Miedo de estar bajo presión? ¿Miedo inducido por amenazas?

—¿Amenazas? —parpadeó Bill.

—Te has olvidado del corcho chamuscado.

—¡Amenazas! —Bill estaba ya de pie, brillándole los ojos de esperanza—. Dios santo, Ellery… Jamás… ¡Pobre chica!

Empezó a pasearse por delante de la cama, murmurando consigo mismo, mascullando palabras incomprensibles.

Ellery le dirigió una mirada crítica.

—*L'affaire marche*. Para mí esto ha sido evidente durante algún tiempo. Es la única teoría que encaja con todos los hechos, físicos y psicológicos. Ella quería ayudarte y, sin embargo, no lo hizo. Si aquella noche hubieras visto el rostro de esa chica… Claro, no lo viste, porque además eres ciego como un murciélago. Andrea ha pasado por un infierno. ¿Y por qué tenía que someterse a tal tortura, a menos que un miedo ulterior la obligara a callar? En efecto, el miedo que siente no es por ella.

—Por esto…

—Calla un momento. Este problema admitía un análisis algo burdo. Si alguien la había amenazado, advirtiéndole que callara, era obvio que la persona que la amenazaba temía algo que ella podía revelar. Por tanto, esto me dictó mi curso de acción. Monopolizando su tiempo, tendía a conseguir dos cosas: jugar con su buen corazón hasta conseguir que revelase lo que sabía, y en segundo lugar —Ellery exhaló una nube de humo—, forzar la mano de la persona que la amenazaba.

—Pero, Ellery —objetó Bill rápidamente—, esto significa…

—Esto significa —asintió Ellery— que he puesto a Andrea en peligro. Muy cierto.

—¡No tienes derecho a ello!

—La tonada cambia, ¿eh? ¿Levantas ya los brazos para defenderla? —Ellery sonrió—. Nosotros no podemos tener en cuenta los personalismos, Bill. La persona que advirtió a Andrea, sea quien sea, ya debe de saber ahora que yo he cultivado su amistad. Conoce mi interés por el caso. Y se preguntará qué he conseguido saliendo con la muchacha. Se pondrá nerviosa… En una palabra, pasará a la acción.

—Entonces —tronó Bill, cogiendo su chaqueta—, ¿a qué esperas?

Ellery sonrió y aplastó su colilla contra el cenicero.

—De todos modos, he manejado el asunto de forma que estemos

en camino de realizar un descubrimiento. El otro día llevé a Andrea a Trenton para quebrantar sus últimas defensas. Sabía que la vista de Lucy, en su estado actual y en aquel ambiente, ayudaría a mis propósitos. Andrea estuvo llorando durante todo el camino de vuelta a Nueva York. Y creo que hoy…

Pero Bill ya estaba en el corredor pulsando el botón del ascensor.

El mayordomo con cara de pez frunció el ceño.

—La señorita Andrea no está en casa.

Su tono sugería que la señorita Andrea nunca estaría en casa para Bill.

—Vamos —rugió el joven, apartando al criado.

Seguido de Ellery pasaron al elegante salón del apartamento de los Borden-Gimball. Bill miró rápidamente a su alrededor.

—¡Y bien! ¿Dónde está? ¡No podemos perder todo el día!

—Perdón, señor…

Bill colocó una mano sobre el estrecho pecho y empujó. La nariz del hombre de cara de pez se abatió y él trastabilló con expresión asustada.

—¿Hablará usted o le saco las palabras de la boca una a una?

—Lo… lo siento, señor, pero la señorita Andrea no está en casa.

—¿Dónde está? —intervino Ellery.

—Salió hace una hora, de repente.

—¿Dijo adónde?

—No, señor, no dijo nada.

—¿Quién está en casa? —preguntó Bill.

—Sólo el señor Borden; la enfermera de tarde ha salido y él está dormido en su cuarto. Lo siento, señor, pero no creo que debamos molestarle en su estado.

—¿Dónde está la señora Gimball?

El mayordomo pareció ofendido.

—También salió, señor. Creo que se ha marchado a la casa de campo del señor Borden, en Oyster Bay.

—¿Sola? —inquirió Ellery, extrañado.

—Sí, señor, este mediodía. A descansar unos días, señor.

Ellery tenía el semblante grave. Bill, mirándole, sintió helársele

la sangre en las venas.

—¿Estaba la señorita Andrea en casa cuando se marchó su madre?

—No, señor.

—¿Dice usted que la señorita Andrea se fue hace una hora? ¿Sola?

—Sí, señor. Recibió un telegrama…

—¡Dios mío! —musitó Ellery.

—¡Demasiado tarde! —gimió Bill—. Demasiado tarde, Ellery. ¿Por qué tú no…?

—Bill, no pasa nada. A lo mejor, eso carece de importancia. ¿Dónde está el telegrama? ¡De prisa!

El mayordomo parecía completamente asustado.

—Se lo llevé a su tocador, señor. Tal vez…

—¡Vamos allá!…

El mayordomo se dirigió a la escalinata, conduciéndolos al segundo piso del apartamento. Señaló una puerta y se alejó, aún asustado. Ellery empujó la puerta; la habitación estaba vacía. Había indicios de una marcha apresurada. Y el silencio de la estancia resultaba ominoso.

Bill profirió un grito y recogió un papel arrugado que había en el suelo. Era un telegrama.

ALGO TERRIBLE HA SUCEDIDO. VEN RÁPIDAMENTE SOLA SIN DECIR NADA A NADIE. ESTOY EN NORTH SHORE INN, ENTRE ROSLYN Y OYSTER BAY, EN CARRETERA PRINCIPAL. CORRE.

MAMÁ.

—Malo, Bill —susurro Ellery—. La North Shore Inn es el local que posee Ben Duffy, el director de orquesta. Y lleva varios meses cerrado.

Bill tenía el rostro desencajado. Luego, sin una sola palabra, echó el telegrama al suelo y corrió hacia la puerta. Ellery se detuvo a recoger el papel amarillo, vaciló, se lo metió en el bolsillo y siguió a su amigo. Bill ya estaba abajo.

—¿Ha venido alguien hoy? —le preguntó Ellery al mayordomo.

—¿Alguien, señor?

—Sí, visitantes. ¡Hable, hombre!

—Oh… sí. Una joven periodista, con un nombre muy raro.

—¿La señorita Ella Amity? —Ellery parpadeó.

—Sí, señor, éste es el nombre.

—¿Cuándo y a quién vio?

—Vino esta mañana temprano, señor. Creo que no vio a nadie. Bueno, no lo sé.

Yo no estaba de servicio…

—¡Diantre! —exclamó Ellery, bajando velozmente las escaleras.

El sol se hundía en el horizonte cuando el «Duesenberg» de Ellery entró en el sendero que se extendía delante de la construcción achatada, cuyo letrero anunciaba «North Shore Inn», o sea Posada de la Playa Norte. El lugar estaba cerrado por completo y no había el menor signo de vida.

Saltaron del auto y se dirigieron a la entrada. La puerta, de modo ominoso, estaba sólo entornada. Pasaron a una vasta sala, llena de polvo, con mesas y sillas apiladas en los rincones. En medio de la penumbra, no pudieron distinguir más detalles. Bill profirió una maldición y Ellery avanzó las manos.

—Vamos, Bucéfalo —murmuró—. De nada sirve cargar ciegamente contra lo desconocido —calló un momento y añadió—: En realidad, no creía… Al parecer, hemos llegado demasiado tarde. ¡Esa condenada mujer…!

Bill le apartó a un lado y adelantó unos pasos. Comenzó a recorrer el vasto local, apartando sillas y mesas a un lado y levantando nubes de polvo. Ellery permanecía inmóvil, con el ceño fruncido. Después, fue hacia un lado, donde se abría una puertecita con un cartel encima que indicaba «guardarropa». Se inclinó hacia el interior y estrechó los ojos para aguzar la mirada.

—Bill —llamó en voz baja. Luego, saltó por la valla que hacía de mostrador. Bill acudió al momento. Halló a Ellery arrodillado dentro del pequeño cubículo junto a la derribada figura de Andrea. La joven estaba tendida en tierra, con las rodillas levantadas, caído el sombrero y el cabello alborotado, totalmente inmóvil. A pesar de la penumbra, su rostro tenía el color de la ceniza.

—¡Dios mío! —exclamó Bill—. Está… está…

—En absoluto. Corre a buscar un cubo de agua. Debe de haber un grifo en la cocina. ¿Dónde tienes la nariz? ¿No vez que la han cloroformizado?

Bill tragó saliva y echó a correr. Cuando volvió encontró a Ellery aún arrodillado, sosteniendo a la inconsciente muchacha en una postura semiincorporada, en tanto le golpeaba metódicamente las mejillas. En las mismas era ya visible la señal de sus dedos, pero ella continuaba tan inmóvil como un cadáver.

—Mala cosa —rezongó Ellery—. Le han propinado una buena dosis. Deja el cubo, Bill, y busca unas toallas, un mantel, servilletas… algo de tela. No te preocupes por la limpieza. Tendremos que adoptar medidas heroicas. Busca también un par de sillas.

Cuando regresó Bill, tambaleándose bajo el peso de dos sillas y una brazada de ropa sucia de polvo, Ellery estaba inclinado sobre el busto desnudo de la joven, dándole masaje. Bill abrió desmesuradamente los ojos, asombrado.

—¿Qué diablos haces?

—Vuelve la cara si no puedes soportar la vista de la carne femenina. Por si quieres saberlo, le doy masaje. ¡Vaya joven pudoroso! Esto forma parte del tratamiento, idiota. Pero antes pon estas dos sillas fuera… juntas. Andrea necesita respirar aire fresco, por encima de todo.

Bill tragó saliva y corrió hacia la puerta de entrada, la abrió, miró hacia atrás y volvió a tragar saliva. Luego desapareció. Un momento después, Ellery salió llevando en brazos el cuerpo inerte de Andrea.

—Coge el cubo… ¡Oh, te he dicho juntas! Así está mejor. Ahora, trae el cubo.

Cuando Bill volvió con el recipiente, Andrea estaba ya tendida sobre las dos sillas, con la cabeza caída hacia atrás. Ellery le había levantado el vestido hasta la cintura, dejando al descubierto un fino pantaloncito.

Bill quedóse rígido, presa del mayor estupor. Ellery comenzó a trabajar en silencio. Colocó un mantel bajo la espalda de la joven y mojó las servilletas en el cubo de agua fría. Después tomó una, empapada, y la puso encima de la cara lívida de Andrea, como la toalla caliente de un barbero, dejándole al descubierto solamente la punta de su nariz.

—No te estés aquí tieso como un poste —gruñó Ellery—. Vamos, levántale las piernas. Muy en alto y no dejes que Andrea se caiga de

las sillas. ¿Qué demonios te pasa, Bill? ¿No habías visto nunca las piernas de una chica?

Bill cogió las piernas de la joven, ruborizándose como un colegial, y de vez en cuando tiraba la falda de Andrea hacia abajo para mantenerla decentemente tapada. Ellery mojó más servilletas y las fue aplicando sobre el pecho desnudo. Quitaba una y aplicaba otra, sin descanso.

—¿Para qué sirve esto? —preguntó Bill.

—Es muy sencillo. La cabeza baja y los pies en alto… para que la sangre afluya al cerebro. Restauración de la circulación. Es un método —gruñó Ellery— que aprendí de un tipo llamado Holmes hace varios años. Un joven cirujano. Mi padre fue la víctima entonces, lo cual, considerando la edad de papá, resultó un caso de emergencia. Esto ocurrió en *El caso de los hermanos siameses*, ¿te acuerdas?

—Oh, sí, sí —asintió Bill con voz estrangulada, mientras seguía mirando al cielo.

—¡Mantén sus piernas en alto! Ah… ¿qué pasa, jovencita? Esta postura no la recomienda especialmente la Academia de Danza de la señorita Agatha, pero creo que dará muy buenos resultados —Ellery cambió otra servilleta—. ¡Hum!… Había algo más… ¡Sí, la respiración artificial! ¡Caramba, si fue una de las partes más importantes del tratamiento…! —metió una mano por debajo de la servilleta enrollada sobre la cara de la muchacha y, apretando fuertemente, le abrió la boca. Luego, quitó dicha servilleta y el rostro de Andrea quedó al descubierto, un poco menos pálido que antes y totalmente mojado—. Vaya, todo ha ido bien. Ahora, veamos.

Se inclinó sobre ella y empezó a moverle los brazos arriba y abajo.

—Pareces Rube Goldberg —sonrió Bill débilmente.

De repente, Andrea abrió los ojos mirando al cielo.

Bill continuó manteniendo sus piernas en alto y contemplando a la joven bobaliconamente. Los ojos de la muchacha, inseguros al principio, acabaron por fijarse en Bill.

—Menos mal —exclamó Ellery, satisfecho—. ¿Qué tal la operación llevada a cabo por el doctor Queen? Bien, Andrea ya vuelve a estar entre amigos.

La conciencia volvió a brillar en sus enrojecidos ojos. Sus mejillas se tiñeron de color carmesí.

—¿Qué hace usted? —se enojó.

Bill sólo carraspeó.

—Por favor —intervino Ellery—, bájale las piernas, Bill. ¿En qué estás pensando?

El joven soltó las piernas de Andrea como si quemasen, y ambas cayeron sobre las sillas con un golpe sordo que hizo perpadear a la dueña.

—¡Oh, idiota! —le recriminó Ellery—. ¡Valiente ayudante estás hecho! Calma, Andrea. Siéntese, ahora… Muy bien. ¿Se encuentra mejor?

—Oh, estoy mareada… —se incorporó, sostenida por el brazo de Ellery, y se llevó una mano a la frente—. ¿Qué ha ocurrido? ¡Oh, qué sucia estoy!

Su mirada pasó del cubo de agua a las servilletas arrojadas al suelo, y por fin a sí misma. Tenía las medias rotas por las rodillas, el vestido lleno de polvo y sus manos manchadas por todas partes. Después, bajó la mirada hasta su busto.

—Oh… —balbuceó, y con un gesto rápido se cubrió púdicamente con el vestido—. Yo… usted… usted ha…

—Sí, nosotros —afirmó Ellery amablemente—. Calma, Andrea. Bill no miró y yo, prácticamente, soy asexual. Lo importante es haberla sacado de su sopor. ¿Qué tal se siente?

Ella sonrió desmayadamente.

—Deshecha. Mareada… Siento mi estómago como si lo hubiesen aporreado durante una hora.

—Es el efecto del cloroformo. Ya pasará.

La joven miró, todavía ruborizada, a Bill, el cual se había vuelto de espaldas y estaba leyendo, muy interesado, un letrero ilegible al otro lado de la carretera.

—Bill… —tartamudeó ella—, Bill Angell…

—Lamento lo del otro día —se disculpó él bruscamente, sin volverse y moviendo los hombros.

Andrea suspiró y se recostó en el brazo de Ellery.

—Eso fue el otro día.

Bill dio media vuelta.

—Andrea…

—No, no hable, por favor —le suplicó ella. Déjeme… déjeme sobreponerme. ¡Oh!, está todo tan embarullado ahora…

—Maldita sea… Andrea, qué tonto fui.

El aire del crepúsculo era ya demasiado fresco.

—¿Usted? —la joven sonrió tristemente—. Si usted fue un tonto, ¿qué fui yo?

—Me alegro —terció Ellery— de que los dos me hayan ahorrado el trabajo de calificarles.

—Fue una trampa —explicó ella, y el detective sintió cómo se ponía rígida contra su brazo—. El telegrama…

—Sabemos todo ‘lo relacionado con el telegrama. ¿Qué sucedió?

De pronto, Andrea se incorporó plenamente.

—¡Mamá! Debo ir a ver a mamá…

—Ya no tiene nada que temer, Andrea. El telegrama era un cebo; naturalmente, no lo envió su madre. Sólo estaba destinado a engañarla a usted.

—Por favor, llévenme con mamá —suplicó la muchacha, estremeciéndose.

—¿No trajo el coche?

—No, vine en tren y llegué aquí caminando desde la estación. Por favor…

—Seguramente tiene usted algo que decirnos ahora, Andrea —sugirió Ellery.

Ella se llevó una mano a los labios, dejando en ellos una mancha.

—Yo… antes quisiera reflexionar.

Ellery la miró fijamente y al fin dijo con ligereza:

—Mi coche sólo es de dos asientos. Aunque hay un espacio…

—Yo iré ahí —se ofreció Bill, rápidamente.

—Estoy segura —manifestó Andrea— de que los tres podemos ir sentados.

—¿Prefiere usted sentarse en las rodillas de Bill o en las mías?

—Yo conduciré —dijo Bill.

—Tú no —se opuso Ellery—. Este coche sólo lo conduce el doctor Queen. Temo que estará muy incómoda, Andrea. Tengo entendido que las rodillas de Bill son muy huesudas, o sea, muy incómodas.

Bill echó a andar con la espalda muy envarada.

—Correré el riesgo —aceptó Andrea, alisándose el pelo.

Ellery conducía con aire negligente, silbando. Bill estaba sentado a su lado como un guiñapo, con las manos a los costados. Y Andrea estaba muy inquieta sobre las rodillas del joven. Nadie hablaba, y sólo en algunas ocasiones Andrea murmuraba las indicaciones precisas sobre la ruta a seguir. El coche traqueteaba más de lo conveniente, pues por algún motivo ignorado, Ellery no lograba evitar ni el más mínimo bache de la carretera.

Andrea se reunió con ellos en el jardín, a los quince minutos exactos de su llegada. Se había cambiado el polvoriento vestido por otro de color pastel, aunque el matiz resultaba indeterminado a la luz del crepúsculo. Se sentó en una butaca de mimbre y, por un momento, nadie dijo nada. El jardín todavía exudaba un calor húmedo, como consecuencia de la manga de riego utilizada por el jardinero y del sol de la tarde, suavizando sus pieles tensas, en tanto el aroma de las flores ascendía hacia sus olfatos. En un plano inferior, y en lontananza, las aguas del río Sound mostraban su azul aterciopelado, gentilmente inquietas. Todo estaba tranquilo, sereno, pacífico. Andrea se recostó en la silla.

—Mamá no está aquí, de lo que me alegro —observó.

—¿No está aquí? —Ellery frunció el ceño.

—Ha ido a visitar a los Carews, unos antiguos amigos. He advertido a los criados que no le digan nada… de la forma cómo llegué. De nada serviría alarmarla.

—Naturalmente. Usted me recuerda a esas heroínas de película que encuentran siempre un guardarropa a su disposición.

La joven sonrió, demasiado fatigada para contestar.

—¿Y bien? —la urgió Bill con voz ronca.

Ella no contestó al momento, contemplando el tronco de un árbol. Por entre los arbustos se materializó un criado llevando una bandeja con tres vasos altos, llenos de un líquido helado. Un ayudante dispuso una mesa y, por un instante, ambos estuvieron atareados; después, desaparecieron. Inexplicablemente, Andrea tomó un sorbo de su bebida, dejó el vaso sobre la mesa y se levantó para iniciar un paseo ante ellos, yendo de un arbusto a un macizo de flores, con el rostro siempre apartado de los dos amigos.

—Andrea —le pidió Ellery pacientemente—, ¿todavía no ha llegado el momento?

Bill se inclinó hacia adelante, con su vaso en la mano, quedándose inmóvil. Sus ojos estaban magnetizados por el lánguido paseo de la joven. Esta retorcía los dedos, estrujando el largo tallo de un gladiolo. De pronto, giró sobre sí misma, presionando sus manos contra las sienes.

—¡Oh, estoy tan cansada de guardarlo para mí! —exclamó—. Ha sido una pesadilla. Si tuviese que callármelo un día más, me volvería loca. Ustedes no saben, no conocen la tortura que he sufrido. ¡No es justo! ¡No es justo!

—¿Recuerda la referencia de Browning en *El Anillo y el Libro* —murmuró Ellery— respecto a «la gran justicia de un error excesivo»?

Andrea se calmó y comenzó a jugar con un junquillo. Después suspiró y tomó asiento en la silla de mimbre.

—Comprendo su intención. Quizá este error fuese justo. Yo así lo creí. Tenía que creerlo. Ahora —susurró— no lo sé. Ya no sé nada con seguridad. Estoy ofuscada de tanto pensar en ello. Y estoy… terriblemente asustada.

—¿Asustada? —repitió Ellery quedamente—. Sí, supongo que lo está, Andrea. Y debido a ese miedo, usted no ha comprendido que nosotros deseábamos ayudarla a usted, a la pobre Lucy y a la causa de la Justicia. ¿No comprende que con un frente unido podemos paliar este miedo suyo y luchar contra todos los peligros?

—¿Usted… lo sabe? —jadeó ella.

—No todo. Ni la mitad. Sé que la noche en que usted estuvo en la cabaña, junto al río Delaware, sucedió algo. Le sucedió algo a usted. Pienso, Andrea, que aquellas cerillas apagadas y el corcho chamuscado fueron correctamente evaluados en el juicio de Lucy. La asesina escribió una nota utilizando aquel corcho como un lápiz; la nota desapareció y usted estuvo allí. Por tanto, la nota debía ir destinada a usted. Y sus acciones subsiguientes demostraron claramente que la nota era una amenaza para usted —agitó la mano impacientemente, para aclarar la atmósfera del humo del tabaco—. Mas todo esto son simples conjeturas, y yo quiero hechos, quiero la verdad, y quiero escucharla de sus labios porque usted es la única persona, aparte de la asesina, que puede estableced toda la verdad.

—No servirá de nada —susurró ella, en medio de la penumbra

crepuscular—. De nada. ¡Oh!, ¿cree que no he luchado con mi conciencia? A pesar de todo, a pesar de la amenaza, ¿cree que no lo hubiera contado todo si con ello hubiera podido ayudar a la pobre Lucy?

—¿Por qué no deja que sea yo quien lo juzgue, Andrea?

El suspiro de la joven fue de rendición.

—Casi todo lo que le conté anteriormente era verdad… pero no todo. Recibí el telegrama y cogí el coche de Burke, y aquella tarde fui a Trenton.

—Adelante —la animó Ellery.

—Llegué allí a las ocho en punto. Toqué la bocina y no apareció nadie. Entonces, entré. La cabaña estaba vacía. Vi las prendas masculinas colgadas en la pared, la mesa, todo… En realidad, aquello me pareció muy raro y empecé a sentirme… amedrentada. Algo me decía que había ocurrido o iba a ocurrir una cosa terrible. Impresionada por el silencio que reinaba, salí de allí corriendo, salté al coche y me marché hacia Camden para meditar por el trayecto —hizo una pausa y sus oyentes no hicieron ningún comentario.

En medio de la oscuridad, Bill aguzaba la vista para verla, como una curva inmóvil y pálida sentada en la butaca. El rostro del joven estaba tan falto de color como el vestido de Andrea.

—Luego, volvió usted a la cabaña —murmuró Ellery—. Pero no a las nueve como dijo antes, ¿verdad, Andrea? ¿Era bastante antes de las nueve?

—Eran las ocho y treinta y cinco, según el reloj del coche.

—¿Está segura? —inquirió Bill roncamente—. ¡Dios mío, Andrea, no cometa otro error! ¿Está segura?

—¡Oh, Bill! —gimió ella, y ante la consternación de ambos amigos se echó a llorar.

El joven endureció la expresión; después abandonó su asiento y se acercó a la muchacha.

—Andrea… —las palabras le salían atropelladamente—, ya no me importa… no me importa nada. Por favor, no llore. ¡Oh!, la he tratado tan mal… No llore… Yo no sabía… Lo comprende, ¿verdad? Estaba aterrado por mi hermana. Si al menos…

La mano de la joven se aferró a la de él. Bill la sostuvo tímidamente, sin apenas respirar, como si se tratase de un valioso tesoro. Siguió en esta postura mientras ella continuaba efectuando

su confesión. La noche ya había caído, siendo sólo visible el resplandor del cigarrillo de Ellery.

—Cuando llegué a las ocho, la cabaña estaba a oscuras. Encendí la lámpara… la de la mesa. Cuando volví a las ocho y media, la lámpara continuaba encendida. Vi su luz a través de las ventanas.

—¿Había un «Ford» —preguntó bruscamente Ellery— en el sendero semicircular cuando volvió usted allí la segunda vez?

—Sí. Aparcado detrás. Recuerdo haberme preguntado a quién pertenecería. Era un «Ford» viejo, sin nadie dentro. Más tarde… —se mordió el labio—, más tarde supe que era el de Lucy. Pero entonces lo ignoraba. Entré en la cabaña, esperando encontrar a Joe.

—¿Y bien? —la urgió Ellery.

La joven se echó a reír con amargura.

—Estaba aturdida, pero nunca esperaba ver… lo que vi. Empujé la puerta principal y me detuve en el umbral. Sólo podía distinguir la mesa, el platito encima y la lámpara encendida. Creo que por aquel entonces ya estaba mortalmente asustada. Algo me decía que… Bien, avancé unos pasos y…

—Andrea —musitó Bill, sintiendo cómo la mano de la muchacha se estremecía entre la suya.

—Vi dos piernas en el suelo, que sobresalían por detrás de la mesa. Estaban… inmóviles. Me llevé una mano a la boca… sin poder pensar durante unos momentos… Luego, todo pareció explotar. Todo se volvió absolutamente negro. Sólo tuve conciencia de un agudo dolor en la nuca y que me estaba cayendo al suelo.

—¿La golpeó la asesina? —gruñó Bill.

El eco de sus palabras se extinguió antes de obtener respuesta.

—La persona que oyó su coche —explicó Ellery— comprendió que llegaba alguien. Podía haber escapado por la puerta lateral, pero necesitaba llevarse el «Ford», ya que esto formaba parte de su intrincado plan para complicar a Lucy. Por tanto, aguardó detrás de la puerta principal. Cuando usted entró, la golpeó en la nuca… Claro, debí deducirlo mucho antes. La nota… Continúe, Andrea.

—Tuve suerte de llevar sombrero —siguió la joven, con una risita histérica—. O tal vez ella… no me golpeó muy fuerte. Volví en mí unos minutos después de las nueve; recuerdo haber consultado mi reloj en medio de mi mareo. La cabaña estaba otra

vez vacía. Bueno, eso pensé al principio. Yo estaba en el suelo, delante de la mesa, donde había caído. La cabeza me dolía tremendamente. La boca me sabía a algodón. Me levanté y me apoyé en la mesa, débil y atontada. Entonces, me di cuenta de que tenía algo en la mano…

—¿En qué mano? —quiso saber Ellery.

—La derecha. En mi mano enguantada. Era un pedazo de papel, de papel de envolver. Como el que ya había observado encima de la repisa de la chimenea. Un papel desgarrado.

—¡Qué estúpido soy! Debí examinar mejor aquel papel. Pero estaba tan retorcido… Lo siento, Andrea, adelante.

—Miré el papel, aún aturdida. Había como unos garabatos. Leí la nota a la luz de la lámpara.

—Andrea —murmuró Ellery—, si al menos… ¿Dónde está la nota? ¡Señor, sé bondadoso con nosotros! ¿Guardó aquella nota, Andrea?

Ellery no podía distinguirla en la oscuridad, pero Bill que todavía sujetaba la mano como si fuese una cuerda de salvación a través de un abismo, sintió su avidez, la rapidez con que la otra mano se dirigió al corpiño de su vestido, se ocultó y reapareció con un arrugado papel.

—Sabía que algún día… A pesar de todo —repuso—, la guardé, y la he conservado.

—¡Bill! —gritó Ellery. Había saltado de la silla y estuvo ante ellos con tanta rapidez que la pareja retrocedió ligeramente alarmada—. ¡Hazme luz! Sácame la caja de cerillas del bolsillo. Necesito una luz… ¡Maldición, suelta ya esa mano! Ya la sujetarás más tarde. ¡Una luz!

Se produjo cierta confusión y al cabo de unos instantes brilló un fósforo encendido. Las mejillas de Bill estaban impregnadas de rubor. Andrea cerró los ojos como deslumbrada por la minúscula iluminación. Ellery se inclinó sobre la nota, comiéndose literalmente cada letra, cada señal, cada palabra, como si aquel pedazo de papel fuese un ológrafo antiguo y bendecido.

La cerilla se apagó. Bill encendió otra. Y otra. Había gastado casi toda la cajita antes de que Ellery se enderezase, todavía estudiando

las letras mayúsculas con enorme intriga, con un fruncimiento de cejas, con cierto desaliento.

—¿Y bien…? —preguntó Bill, ya de nuevo a oscuras—. ¿Qué dice?

—¿Eh? —gruñó Ellery, regresando a su silla—. No mucho, aunque sea importante. Yo guardaré esta nota, Andrea, si no le molesta. Dice: «No diga nada de lo que ha visto u oído esta noche, si vale algo para usted la vida de su madre». La palabra «algo» está subrayada varias veces. Bill, creo que debemos a esta joven nuestras mayores disculpas.

—Andrea… —musitó Bill con tono humilde y suplicante.

No pudo añadir nada más. Ellery oyó el suspiro de la joven, en tanto Bill sentía la mano tan querida buscando la suya y la volvía a apretar.

—Muy interesante —comenzó Ellery con tono ausente—. Ahora comprendo las razones de su silencio, Andrea. De su silencio, impuesto por alguien que había demostrado ser un asesino, dependía la vida de su madre. Sí, ahora resulta claro —la joven pareja le oyó lanzar un gruñido de enojo—. Tengo que censurarme severamente por mi ataque de estupidez. Usted, Andrea, ignoraba cuándo o dónde se abatiría el golpe. Sí, sí… muy interesante. Supongo que su madre no está enterada de nada de esto.

—¡Oh, no!

—¿No se ha confiado a nadie hasta esta noche?

—¿Cómo podía confiarme a alguien?

—Sí, fue una gran prueba —reconoció Ellery—. Y no me hubiera gustado soportarla yo.

Andrea, como reflexionando, expresó:

—Ahora, esta noche… La asesina debe estar asustada. Evidentemente, fui una estúpida. Debí adivinarlo. Pero cuando esta tarde llegó el telegrama, me trastornó. Me cogió por sorpresa. Me imaginé toda clase de desgracias. De modo que me marché en seguida a esa posada… Bien, la autora del telegrama no corrió riesgos. Tan pronto entré en el vestíbulo, sin tener tiempo para comprender que me habían engañado, una mano me apretó suavemente la nariz, haciéndome oler algo dulzón, y me desmayé. Ya no recuerdo nada más hasta que volví en mí, al aire libre, encima de las sillas, con Bill… levantándome las piernas —calló y el

joven se puso colorado como un chiquillo.

—¿No vio nada… la cara, una mano, un fragmento de vestido?

—Nada.

—¿Cómo era aquella mano al tacto?

—No la sentí en absoluto. Supuse que era una mano. Sólo sentí la tela… debía de ser un pañuelo, empapado de cloroformo.

—Un aviso… un nuevo aviso… ¡muy notable!

—¿Qué tiene de notable? —quiso saber Bill.

—Perdona, pensaba en voz alta. Bien, el aviso no sirvió de nada, ¿verdad, Andrea? En lugar de decidir mantener la boca cerrada, usted la ha abierto por completo.

—¿No lo entiende? —exclamó Andrea—. Tan pronto como usted me salvó de mi desmayo, lo vi claro. La mujer que me atacó esta tarde debe de ser la misma que me golpeó en la cabaña aquella noche y me puso la nota en la mano. Lo comprendí al instante. Y estuve segura… segura… al fin.

—¿De qué? —interrogó Bil suavemente.

—Segura de que su hermana no era esa mujer, tonto. Bill, nunca creí realmente que Lucy matase a Joe y me atacase a mí, pero no tenía la seguridad de ello. Y esta tarde lo he sabido. Lucy está en la cárcel, de modo que no ha podido… ¿no lo ven? Al menos, esto se ha puesto en claro, convenciéndome de su inocencia. Aún es importante proteger a mamá… ¡Oh!, más importante que nunca, pero la terrible injusticia cometida con Lucy… Por eso, ahora, he confesado toda la verdad.

—Pero su madre…

—¿Cree usted que alguien…?

—Nadie sabe que nosotros estemos aquí, Andrea —la calmó Ellery—. Y cuando su madre vuelva, la protegeremos sin que lo sepa. Sin embargo, esta nota… sin firma… Sí, era de esperar. Mas no hallo nada típico en la fraseología. Por otra parte, la relativa longitud del mensaje debió resultar bastante enojosa para la persona que lo redactó. La frase «de su madre», o sea la última del mensaje, es regularmente más débil, y la palabra «madre» es prácticamente ilegible. Naturalmente, la longitud de la nota explica la cantidad de cerillas empleadas. Cuando se quema un corcho sólo se carboniza la superficie superior; una pincelada o dos, y la carbonización ha desaparecido, necesitando otra aplicación ígnea…

Andrea, cuando usted entró en la cabaña y la golpearon en la cabeza, ¿vio la plegadera encima de la mesa, con el corcho pinchado en la punta?

—No. No estaba allí, estoy segura. La vi solamente cuando recobré el conocimiento.

—Ya es algo. O sea, que antes de ser atacada usted, el arma estaba todavía hundida en el corazón de Gimball. Entre el momento en que la atacaron y aquél en que se recobró, la asesina retiró el cuchillo del muerto, pinchó con él el corcho, lo chamuscó, arrancó un pedazo de papel de envoltorio de regalo, y escribió la nota. Y antes de que usted recuperase el sentido, le puso la nota en la mano y huyó en el coche de Lucy. ¿No captó ni siquiera un leve vislumbre de la persona que la atacó, Andrea?

—No.

—¿Ni siquiera una mano?

—Fue una sorpresa total.

—¿Qué ocurrió cuando usted volvió en sí?

—Leí la nota. Entonces, sí me asusté. Luego, miré hacia la mesa y vi a Joe. Estaba tendido en el suelo, y le manaba sangre del pecho… parecía muerto. Cuando le reconocí, creo que chillé.

—Yo oí el chillido —asintió Bill—, y lo he vuelto a oír cien veces en mis sueños.

—Pobre Bill… Cogí mi bolso y salí corriendo. Vi los faros de un auto en la carretera, muy cerca de la cabaña. Entonces me di cuenta de la situación peligrosa en que me hallaba, sola, con un muerto, que era mi padrastro… Salté al «Cadillac» y arranqué, poniéndome un pañuelo sobre la cara al pasar junto al otro coche. Naturalmente, ignoraba qué auto era y a quién pertenecía. Salí de la carretera principal y llegué a Nueva York, dando un rodeo, hacia las once y media. Subí al apartamento sin ser vista, me puse el vestido de noche, y me fui al «Waldorf».

Di la excusa de haber padecido de jaqueca y nadie se extrañó. Lo demás… —suspiró con infinito cansancio— ya lo saben.

—¿Ha recibido más avisos, Andrea? —preguntó Ellery, pensativamente.

—Uno. Llegó el día después de… Un telegrama. Sólo decía: «No diga nada».

—¿Dónde está?

—Lo destruí. No pensé que un telegrama…

—¿Desde qué estafeta fue remitido?

—¡Oh!, no me fijé. Me dejó prácticamente petrificada —levantó la voz—. ¡Oh!, ¿cómo podía contarles todo esto, cuando sabía que alguien me vigilaba desde las sombras, dispuesto a matar a mamá si yo decía una sola palabra?

—Cierto, Andrea —asintió Bill, compasivamente.

—¿No cambia mi historia todo el caso de Lucy, Bill? Ustedes podrían conseguir que mi madre y yo estuviésemos protegidas a partir de ahora. El ataque efectuado hoy contra mí demuestra que no fue Lucy la que…

—No, Andrea. Desde el punto de vista legal no constituye ninguna prueba. Pollinger afirmaría que este ataque fue planeado por los amigos de Lucy para hacerla aparecer inocente del asesinato por el que fue condenada.

—Estoy de acuerdo con Bill —confirmó Ellery de repente—. En realidad, a partir de ahora nuestro plan ha de ser completamente diferente. Andrea, le concederé lo que es tan popularmente conocido como el aire… un don generoso, en estas circunstancias. Usted no dirá nada del ataque sufrido hoy en la North Shore Inn, ni siquiera a su madre. Su atacante, pensando que usted ha tomado su aviso en serio, se sentirá más segura y usted no estará expuesta a otros ataques. La persona que la cloroformizó, querida, no está sedienta de sangre, por lo que usted podrá sentirse bastante a salvo.

—Como a usted le parezca mejor —se conformó Andrea.

—¡Pero, Ellery…! —protestó Bill.

—No, no. Estoy seguro de que no existirá peligro si dejamos el asunto tranquilo, Bill —la silla de Ellery crujió—. Y ahora será mejor que nos marchemos. La madre de Andrea no tardará y no es conveniente tener que dar falsas explicaciones. Andrea, hasta la…

Alguien iba avanzando por entre los arbustos. Ellery dejó de hablar. El ruido se hizo más audible. Era como si un enorme animal, ciego, avanzase hacia ellos por entre la vegetación del parque.

—Silencio, Bill —susurró Ellery—. Apartémonos de aquí, de prisa. Andrea, quieta. Pero a la primera señal de peligro corra con toda su alma.

Bill siguió a Ellery hacia el lugar más en sombra; el detective le asió del brazo, apretándoselo. Andrea estaba completamente inmóvil…

—¡Andrea! —gritó una voz masculina, ronca.

—Burke… —murmuró Andrea.

—¡Andrea! —repitió el recién llegado coléricamente—. ¿Dónde demonios estás? No veo nada en esta oscuridad.

Le oyeron pisotear la hierba y por fin apareció en el claro. Jadeaba fatigosamente, como si hubiera corrido.

—Estoy aquí, Burke —le guió la voz de la joven desde su butaca de mimbre.

Jones profirió un gruñido. Iba tanteando el camino hacia ella. Bill, casi agazapado al lado de Ellery, miraba hacia el sitio de donde procedían los pasos.

—Conque estás aquí, ¿eh, Andy? —rió sarcásticamente Jones—. ¿Huyendo de mí? Vaya modo de tratar a tu prometido. He tenido que buscar tu rastro. Telefoneé a tu apartamento y un sirviente me dijo que estabas aquí con tu madre. ¿Me das un beso? Vamos…

—¡Quítame las manos de encima! —gritó Andrea—. Estás borracho como una cuba.

—¿Qué son un par de copas con los amigos? Vaya, Andy, dame un beso y hagamos las paces.

Bill y Ellery oyeron unos ruidos algo confusos y, por fin, un bofetón.

—¡Dije que me quitaras las manos de encima! —repitió la muchacha, sin subir la voz—. No me gusta que me toque un borracho. Y ahora… largo de aquí, Burke.

—Conque sí, ¿eh? —gruñó Jones—. Está bien, Andrea, tú te lo has buscado. Lo que necesitas es un hombre de verdad que sepa cómo tratarte, muñeca.

—Apártate, que apestas…

—Seguramente, te gusta más ese leguleyo de Filadelfia, ¿no? Bien, pues yo no quiero que mi prometida se divierta con otros hombres. No, señor; no mi prometida. Lo que me pertenece, Andy, lo que es mío. Y ahora dame un beso… y no tardes.

—Burke, hemos terminado. ¿Quieres irte, por favor?

—¿Terminado? ¡Oh, no, nada de eso! ¿Cómo que hemos terminado?

—Concluido. He roto nuestro compromiso. Fue una equivocación. Tú no estás ahora en tus cabales, Burke, estás bebido. Lárgate, antes de que hagas algo de lo que después tengas que arrepentirte.

—Lo que necesitas es un poco de látigo, muñeca… ¡Ven aquí y verás lo que es bueno!

Estaban ya forcejeando en medio del claro. Bill rechazó la mano de Ellery y silenciosamente avanzó unos pasos. Ellery vaciló, se encogió de hombros y se retiró más entre las sombras, bajo la protección de un corpulento árbol. Oyó un rumor como de desgarramiento, como si algo hubiera sido rechazado con violencia. Jones gruñó muy sorprendido.

—¿Qué diablos…?

—Soy Bill Angell —masculló el abogado—. No te veo, cerdo, pero te huelo muy bien. ¿Dónde están tus bravatas?

—¡Suéltame, estúpido!

—¿Aún no se te ha curado el brazo?

—Seguro, pero o me sueltas o…

Un puño chocó contra un hueso, y un cuerpo cayó sobre el césped.

—Es una vergüenza aprovecharse de un borracho —rezongó Bill entre las tinieblas—, pero tú te lo has buscado.

Jones se había puesto de pie.

—¡Ah!, eres ese abogaducho, ¿eh? ¿De modo que tenías una preciosa cita en la oscuridad?

Añadió una obscenidad y alargó el puño.

—¡No, Bill! —chilló Andrea.

—Los puños del joven abogado salieron disparados y Jones volvió a medir el suelo.

—Esto te enseñará a jugar al polo, Jones. Y ahora te largarás de aquí tranquilamente, o te daré un puntapié que…

—¡Bill!

Jones calló, y Ellery casi podía distinguirle tumbado sobre el césped. Pero volvió a ponerse de pie. Durante unos segundos, Ellery sólo oyó jadeos y el sonido de unos puños aporreando carne humana. Luego, alguien volvió a caer. Jones lanzó una maldición. Ellery le oyó trastabillar y, por fin alejarse. Poco después, resonó el ruido de un motor al ponerse en marcha. Ellery regresó al claro.

—Bravo, héroe —exclamó secamente—. ¿Sabes qué eres, sir Galahad? Un perfecto imbécil.

—De acuerdo —admitió Bill desafiante—. Pero debí sentarle las costuras a ese remilgado pilar de la sociedad, la primera vez que le vi. Nadie puede hablarle a Andrea de esta manera sin…

—¿Dónde está Andrea? Esto está muy silencioso.

—Estoy aquí —murmuró la joven.

—¿Dónde?

—El sitio es privado, caballero.

Ellery levantó los brazos al cielo.

—Jamás llevé a cabo una investigación que estuviera materialmente asistida por el pequeño Eros. ¡Nauseabundo! Bien, nada puedo hacer por impedirlo. Que Dios os bendiga, amigos míos. ¿Hemos de quedarnos hasta que entre en su casa, Andrea?

—Espérame en el coche —repuso Bill, con voz soñadora.

Ellery sonrió amparado por la oscuridad. Luego, oyó cómo la pareja se alejaba lentamente.

Cuando Bill se reunió con Ellery se mostró reservado, si bien le resplandecía el rostro. Ellery le miró a la luz del tablero de mandos del «Duesenberg», sonrió para sí, y puso en marcha el motor.

Poco después, el detective detuvo el auto en la calle mayor de Roslyn, se disculpó y corrió hacia una cafetería. Tardó bastante en regresar. Al salir del establecimiento, se dirigió a pie a la estafeta de Correos. Cinco minutos después estaba de vuelta, con expresión pensativa.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Bill.

—Varios recados. Por teléfono. Uno a Trenton.

—¿A Trenton?

—Sí, tenía que hablar con Ella Amity.

Pero no se ha presentado en la redacción del periódico en todo el día. Sin duda, trabaja en alguna pista propia. ¡Ah!, su cerebro femenino… También hablé con el sargento Velie.

—Asunto privado, ¿eh?

Bill se recostó en el asiento cuando Ellery volvió a arrancar, y en su semblante reapareció la expresión soñadora.

—Sí, puedes llamarlo así —rió Ellery—. Como sabes, el sargento Velie es una verdadera roca inconmovible. Siempre me apoyo en su fortaleza cuando estoy cansado. En realidad, es el Viernes de papá,

y tan mudo como un faraón momificado. Bien, Velie conocía una buena agencia y prometió enviar los sabuesos lo antes posible.

Bill se incorporó bruscamente.

—¡Ellery! De modo que…

—Claro, tonto. Tu pequeño ataque de galantería de esta noche me ha obligado a cambiar mis planes. Deliberadamente, me mantuve escondido para que Jones ignorase mi presencia; pero si cuenta lo sucedido podría desarrollar unas escenas muy peligrosas. Tu presencia en la finca de los Borden podría despertar en la mente de alguien unas sospechas muy desagradables.

—No podía permitir que aquel pajarraco… —se excusó Bill.

—Sí, sí, Romeo, lo entiendo perfectamente. Además, ahora gozamos de una ventaja más. Una custodia siempre es más eficaz cuando el custodiado ignora que lo está. Los amigos de Velie vigilarán a Andrea y a su madre muy de cerca, no temas. De esta forma, tendrán la mejor protección bajo circunstancias muy favorables.

—Pero esa maldita asesina tal vez halle un medio…

Ellery pareció ofendido.

—Mi querido Bill: si este arreglo me proporciona una sensación de seguridad, ha de ser bastante para ti. Yo soy muy exigente en asuntos tan delicados.

—Está bien, está bien. Pero sería terrible que la asesina atacase de nuevo. Si se entera de que Andrea nos ha dicho…

—¿El qué?

—¿Cómo?

—¿Qué nos ha dicho Andrea?

—Pues nos ha contado exactamente lo que ocurrió aquella noche…

—Sí, pero, ¿significa algo?

—No te entiendo —gruñó Bill.

Ellery condujo algún tiempo en silencio.

—¿No ves, Bill, que esta asesina teme mortalmente algo relacionado con la presencia de Andrea en el lugar del crimen aquella noche? —explicó al fin—. Ya oíste la historia de Andrea. ¿Te iluminó mucho? ¿Te ayudó a descubrir la verdad? ¿Hallaste algo perjudicial para una persona determinada desde el punto de vista detectivesco?

—No —admitió Bill.

—Y sin embargo, debió de haber algo. Si Andrea hubiera captado un destello fugaz de la asesina, su rostro, su silueta, sus ropas, o al menos una mano, sería concebible que esa persona misteriosa desease advertir amenazadoramente a la joven que no dijese nada. Pero la asesina debe saber que Andrea no vio nada, ya que la golpeó por detrás y Andrea cayó instantáneamente al suelo sin sentido. Entonces ¿de qué está asustada la asesina?

—Que me registren —replicó Bill.

—¿Quieres pasar la noche conmigo, Bill? —inquirió Ellery en forma casual. Después, cuando el «Duesenberg» se quejó bajo el impacto del pie de su dueño sobre el acelerador, murmuró—: Tal vez sea eso… tal vez…

—¿El qué?

—¡Oh!, nada.

—Oye, ¿por qué fuiste a la estafeta de Correos?

—A investigar sobre el telegrama que llevó a Andrea a la «North Shore Inn».

—¿Y qué?

—Nada. El empleado no recuerda quién lo envió.

El inspector se hallaba en el Departamento de Policía, y los dos amigos estaban saboreando la segunda taza de café en la salita de los Queen a la mañana siguiente, cuando sonó el timbre de la puerta.

Oyeron a Djuna, que tenía un cerebro muy asentado, interrogando a alguien en el vestíbulo.

—¡Djuna! —gritó Ellery—. ¿Quién es?

—Una joven —replicó el criado con enfado, apareciendo en el umbral de la sala.

Djuna, a pesar de su corta edad, era un misógino.

—Caramba —exclamó Andrea detrás del fiel servidor—, este joven ogro casi me echó escaleras abajo. Supongo que aquí se reciben muy pocas visitas femeninas… ¡Oh!

Bill se levantó, ciñéndose el batín sobre su pijama a rayas, cedido por Ellery; luego, miró asustado a la puerta del dormitorio.

—¡Oh! —exclamó también, volviendo a sentarse con una

sonrisita de circunstancias.

—Una visita inesperada —sonrió Ellery ampliamente—. En realidad, nos ha pillado a medio… Bien, no importa. Adelante, adelante. Djuna, si vuelves a ladrarle a esa dama otra vez, te retorceré ese sarnoso cuello, ¿entendido?

Djuna torció el gesto y se fue a la cocina. Pero regresó, casi al instante, con la pipa de la paz, transformada en una taza de café, un platito, una cucharita y una servilleta.

—¿Café? —refunfuñó, dejándolo todo y volviendo a marcharse.

—Vaya jovenzuelo encantador —rió Andrea, mientras Ellery le llenaba la taza—. Creo que me gusta.

—Y usted a él. Siempre reserva sus modales más duros para las personas que le gustan en secreto.

—Bill Angell, pareces terriblemente embarazado. Pensaba que los solteros conservaban su compostura en todas las circunstancias.

—Es por el pijama —tartamudeó el joven.

—Sí, es bastante raro. ¿Es suyo, señor Queen? Gracias.

La muchacha tomó un sorbo de café. Parecía contenta, casi feliz, ataviada primaveralmente y sin mostrar la menor evidencia de las experiencias del día anterior.

—Mi libido me está abandonando —se disculpó Ellery—. Bien, Andrea, esta mañana parece de muy buen humor.

—Lo estoy. He dormido estupendamente, he paseado a caballo por el Park esta mañana y aquí estoy. Y aquí están ustedes. ¡Todavía sin vestir a las diez y media!

—Es por culpa de Bill. Ronca mucho, ¿sabe? Es un verdadero adepto a los ronquidos, posee esa asombrosa virtud. Y me mantuvo despierto más de media noche.

Bill se puso colorado hasta la raíz del cabello.

—¡Bill!

—¡No es verdad! ¡No he roncado en mi vida!

—Gracias a Dios… Creo que no soportaría a un hombre que…

—¡Oh!, ¿de veras? —replicó el joven—. Pues roncaré si me place, y me gustaría conocer a la mujer que…

—Caramba, el pollito se enfada —rió Andrea maliciosamente—. ¡Oh, Bill, me gustas cuando te brillan los ojos y haces esas muecas tan graciosas!

—A propósito —intervino Ellery—, ¿fue todo bien, Andrea? Me

refiero a anoche.

—Oh, sí —asintió ella—. Mamá llegó poco después de marcharse ustedes. Naturalmente, se sorprendió al verme, pero inventé una excusa y la convencí para volver a Nueva York.

—¿Sin ningún problema? —quiso saber Bill.

—Ni el más mínimo. Bueno, no lo que pueda llamarse problema —rectificó Andrea, levantando la barbilla—. Cuando volvimos, hallé una frenética carta de la madre de Burke. Supongo que ustedes no la conocen.

Bill gruñó poco cortésmente.

—No tenemos ese placer —repuso Ellery—. Es un marimacho, ¿verdad?

—Mucho peor. Tiene la aviación metida en la cabeza… un caso de enfermedad aguda. Sólo sueña con volar. Hasta los pilotos profesionales la temen. Tiene un pelo gris plateado, una nariz como la de César y las riquezas de Midas. La querida señora Jones quería saber qué le había ocurrido a su queridito Burke.

—¡Oh…! —murmuró Bill, escrutando el rostro de la joven con ansiedad.

—Por lo visto —explicó ésta—, anoche llegó a su casa con un ojo negro, una nariz estropeada y un diente de menos. Burke está muy orgulloso de su físico y esto le mantendrá algún tiempo fuera de circulación.

—Lo cual será estupendo para los caballos —bromeó Bill—. Y tú…

—Naturalmente —prosiguió Andrea—, la señora Jones quería saber también por qué rompí el compromiso. Entonces, intervino mamá en la conversación telefónica, y aquello pareció que no iba a concluir jamás. Temí que a mamá le diese un ataque en mi dormitorio, sin respetar la alfombra.

—Y tú… —repitió Bill.

—A mí no. Yo reflexioné —Andrea miraba al suelo—. Pensé que un desmayo al día ya era suficiente. Después… —bajó la voz. Levantó la cabeza y por fin sonrió—. Supongo que se están preguntando por qué estoy aquí…

—Nos basta con su presencia —replicó Ellery con galantería.

—Bueno, esta mañana, al despertar, me acordé de algo que anoche olvidé por completo. Es algo que seguramente no tiene

importancia, pero como usted dijo que quería saberlo todo…

—Andrea… —Ellery se puso de pie, mas volvió a sentarse al momento—. ¿Respecto a aquella noche en la cabaña?

—Sí. Algo que vi antes de ser atacada.

—¿Algo que vio? —la gravedad de Ellery se veía perjudicada por su excitación—. ¿Qué fue, Andrea? No se preocupe por su falta de importancia; seré yo quien lo juzgue. ¿Qué fue?

—Las cerillas —Andrea se encogió de hombros—. Las cerillas de papel sobre el plato. ¡Oh!, ya le dije que era algo muy trivial. Pero… eran diferentes.

Bill se puso de pie y se dirigió a la ventana, como si de repente le hubiese asaltado una idea. Abajo, en la calle Ochenta y Siete, un enorme coche brillaba junto a la acera. Unos metros más atrás había otro con un individuo de rostro duro sentado ante el volante y fumando.

—Andrea, no debiste venir —exclamó el joven—. ¿Te has vuelto loca? Ese coche con el policía dentro destaca visiblemente. Si esa maldita mujer lo ve…

La muchacha palideció, pero Ellery intervino con impaciencia:

—No hay peligro, Bill, no seas cobardica. Vamos, Andrea, ¿qué hay de las cerillas? ¿Por qué eran diferentes?

La joven tenía los ojos fijos en Bill.

—No había tantas —murmuró.

—¿No tantas? ¿Cuándo?

—Cuando yo estaba de pie delante de la mesa, justo antes de que ella me golpease en la cabeza. Vi el plato claramente. Todo lo vi perfectamente claro, como una fotografía. Debía de ser por los nervios. Estaban en plena tensión y mi cerebro corría como desbocado…

Ellery estaba apoyado sobre la mesa, muy blancos sus nudillos.

—Antes de ser golpeada, el plato contenía menos cerillas que… ¿cuándo?

—Que cuando volví en mí y hallé la nota en mi mano, y la asesina había desaparecido. Bueno. Joe estaba en tierra y…

Ellery se apartó de la mesa.

—Veamos, Andrea, pongamos esto en claro. Usted entró, avanzó hacia la mesa, vio el plato, fue golpeada en la nuca y al volver en sí había más cerillas en el plato que cuando entró. ¿Es así? Ahora

bien, ¿cuántas cerillas más había? —su voz contenía una nota apremiante—. Reflexione, por favor. Quiero saber el número exacto.

Andrea estaba aturdida.

—¿Pero, cómo…?

—¡Andrea, responda a mi pregunta!

La joven arrugó la frente, en honda meditación.

—No recuerdo cuántas más había cuando recobré el sentido. Sólo me acuerdo de las que había en el plato cuando entré en la cabaña.

—Dígalo.

—Había seis, estoy segura de ello. Seis cerillas en el plato. Supongo que las conté inconscientemente.

—Seis… seis —Ellery empezó a pasearse arriba y abajo—. Quemadas, ¿eh?

—Sí, o mejor, quemadas a medias… en fin, ya sabe.

—Sí. Seis cerillas rascadas y usadas.

Ellery apretó los labios y continuó su paseo, con mirada ausente.

—Pero, Ellery —preguntó Bill—, ¿qué diferencia puede haber en lo que ella vio? ¿En la cantidad de las cerillas?

Ellery hizo un gesto de impaciencia. Andrea y Bill se miraron mutuamente… perplejos, al ver que Ellery se dejaba caer en una butaca y empezaba a contar con los dedos, con cierta excitación. Por fin, dejó de contar y sus facciones recuperaron la calma.

—Andrea, ¿cuál era la situación respecto al plato cuando usted lo vio por primera vez en la cabaña?

—¿A las ocho?

—Sí.

—El plato estaba vacío.

—¡Maravilloso! Andrea, esta noticia es vital. ¿Está segura de no haberse olvidado de nada? Hay una cosa… Si al menos…

Volvió a callar para quitarse las gafas y se golpeó con ellas los labios varias veces.

—No lo creo —respondió Andrea—, no lo creo en absoluto.

—Por favor, Andrea, concéntrese. La mesa. Trate de recordarla tal como la vio. ¿Qué había en ella a las ocho?

—El plato vacío. La lámpara, apagada; yo la encendí, como ya le dije ayer. Nada más.

—Y a las ocho y media, cuando volvió a entrar… o sea antes de ser atacada, ¿qué había?

—La lámpara, el plato, con seis cerillas quemadas y… ¡Oh!

—Oh… —repitió Ellery—. Vaya, hemos tocado la cuerda mnemotécnica.

—Había algo más —asintió ella—, ahora me acuerdo. También había un librito de cerillas en el plato. ¡Cerrado!

—¡Ah!… —exclamó Ellery, volviendo a colocarse las gafas—. Muy interesante… —por el modo cómo lo dijo, por la forma cómo sus pupilas destellaron detrás de los cristales de las gafas, Bill sintió encenderse en su alma una esperanza—. Esta cajita de cerillas de papel, Andrea… ¿recuerda algo especial de ella?

—No, sólo que estaba cerrada. Era un librito de cerillas de papel, completamente vulgar. Uno de esos librillos en que la tapa encaja dentro de la cinta donde se rascan las cerillas… el raspador creo que se llama, ¿verdad?

—Sí, sí… ¿Y esto es todo, Andrea? ¿Nada más?

—Pues no… Nada más.

Los ojos de Ellery parecían echar chispas.

—Bien, esto da cuenta del período anterior a ser atacada. ¿Qué había en la mesa después del ataque, cuando usted volvió en sí?

—El plato con muchas cerillas quemadas, como ya las vio usted aquella misma noche poco después, la lámpara… y aquella horrible plegadera con el corcho chamuscado en la punta.

—Nada más, ¿eh?

Andrea meditó unos instantes.

—No, nada más.

—¿No estaba ya allí el librito de cerillas?

—No.

—Hum —Ellery estudió a la joven unos momentos con la mirada extraña. Luego, dejó la silla y se enfrentó con Bill—. ¿Te gustaría la misión de no separarte de Andrea en unos cuantos días? He cambiado de idea. Ahora sí creo que puede correr algún peligro…, más que anoche.

—¡Ya te lo advertí! —se enojó el joven, agitando los brazos—. Andrea, fue una tontería venir aquí de manera tan manifiesta. ¿Qué puedo hacer, Ellery?

—Llevar a Andrea a su casa. Y quedarte allí. Ser su sombra. No

creo que esta misión te resulte molesta.

—Yo creo que… —murmuró Andrea débilmente.

—Es lo más seguro, Andrea. Bien, bien, Bill, no te quedes aquí como una figura de Madame Tussaud.

Bill corrió hacia el dormitorio. Regresó en un tiempo imposible, totalmente vestido y colorado hasta las orejas.

—¡Eh!, un momento —le espetó Ellery, entrando en el dormitorio a su vez.

Cuando volvió, exhibió pensativamente un revólver del 38.

—Puedes llevarte este cacharro. Está cargado. Sabes cómo usar un revólver, ¿verdad?

—Claro —gruñó el joven.

—¡Dios mío…! ¡No pongas esa cara de susto, Andrea! Se trata sólo de una medida de seguridad. Y ahora, largo de aquí los dos. ¡Cuida de ella, Bill!

—Tal vez haya problemas con la familia de Andrea —sonrió Bill, blandiendo el revólver—. ¿Me has dado el arma para eso?

—Tal vez —repuso gravemente Ellery— podrías utilizarla para liquidar a Cara de Pez.

Bill cogió a Andrea por el brazo y casi arrastró a la asombrada muchacha fuera del apartamento. Ellery se dirigió rápidamente a la ventana. Estuvo allí inmóvil hasta que vio a Bill y a Andrea salir del portal. El joven asía el brazo de la muchacha con la mano izquierda, y llevaba la derecha ominosamente metida en el abultado bolsillo. Ambos se metieron en el primer coche, el cual salió disparado. El de atrás lo siguió al instante. Con los ojos relucientes, Ellery se dirigió al teléfono del dormitorio y llamó a la telefonista de conferencias. Mientras aguardaba, sus labios adquirieron una curiosa expresión.

—Hola, De Jong… ¿Es De Jong?… Aquí Ellery Queen al habla… Sí, de Nueva York… Bien, gracias. Oiga, De Jong, ¿qué hay de la evidencia en el caso Wilson?

—Cáscaras —exclamó el policía—, ¿todavía se ocupa de eso? ¿A qué evidencia se refiere?

—Específicamente, al plato que yo vi cómo usted se llevaba la noche del crimen. El plato con las cerillas.

—¡Oh!, está todo archivado —en la voz del jefe de Policía de

Trenton había una nota de curiosidad—. ¿Por qué?

—Por razones excelentes que, por el momento, no puedo explicar. De Jong, desea que me haga un favor. Saque ese plato con su contenido… —Ellery hizo una pausa— y cuente las cerillas quemadas.

—¿Qué? ¿Es una broma?

—Jamás hablé más seriamente en mi vida. Cuente las cerillas. Y llámeme. Le estaré esperando.

Le dio el número y colgó. De Jong gruñó algo y también colgó.

Mientras aguardaba, Ellery se dedicó a medir el suelo de la salita a largos pasos.

Por fin, llamó el teléfono.

—¿Y bien? —preguntó.

—Veinte.

—Veinte… —repitió Ellery lentamente—. Bien, bien… ¿qué opina de eso? Gracias, De Jong. Muchas gracias.

—¿Pero qué diablos…? ¡Contar las cerillas! Yo no…

Ellery sonrió vagamente, murmuró una frase inexpresiva y colgó. Luego, permaneció inmóvil un momento, reflexionando.

Por fin, se tumbó en la cama. Poco después se levantó para coger un cigarrillo del bolsillo de su chaqueta. Mientras fumaba, fue estudiando su rostro en el espejo del tocador. Luego, volvió a la cama. Finalmente, aplastó la colilla en un cenicero y pasó al salón. Djuna estaba quitando los platos del desayuno, contemplando de manera huraña la taza usada por Andrea.

—Esa muchacha… —inquirió el criado—, ¿es su chica?

—¿Eh? ¡Oh, no, claro! —Djuna pareció aliviado—, Djuna…

—Bueno, en realidad, parece buena chica. Y muy bonita —admitió el fiel servidor.

Ellery se acercó a la ventana y cruzó las manos detrás de la espalda.

—Djuna, siempre fuiste buen matemático. ¿Qué queda si restamos veinte de veinte?

Djuna le miró sorprendido.

—Cualquier chiquillo lo sabe. Nada.

—No —objetó Ellery sin volverse—, estás equivocado, hijito. Cuando se quitan veinte de veinte, aunque te parezca muy raro… queda todo. ¿Curioso, verdad?

Djuna lanzó un resoplido y prosiguió su tarea. Sabía que en tales disquisiciones era inútil toda discusión.

—¡Todo! —exclamó Ellery poco después, dándose una palmada en la frente—. ¡Dios mío, ahora todo está tan claro como una mañana primaveral!

—Sí —se burló Djuna.

Ellery se dirigió al sillón reservado al inspector y se sentó, cubriéndose el rostro con las manos.

—¿Qué ha dicho usted? —preguntó Djuna frunciendo el ceño.

Pero Ellery no contestó, por lo que Djuna se encogió de hombros y marchó hacia la cocina con la bandeja.

—Tan claro como el caldo del asilo —repitió Ellery—. Más claro aún. ¡Sí, por el trueno del cielo!

Saltó del sillón, corrió al dormitorio y levantó el teléfono con la rápida determinación del hombre que lo ve todo con claridad y sabe que tiene un trabajo por delante.

DESAFÍO AL LECTOR

«El público —escribió en una ocasión Thomas De Quincey—, es un mal adivino».

Si el hedonístico Tommy tenía razón para el público de su época, al expresar este pensamiento, ya no es valedero en nuestros días porque el hombre medio ha evolucionado mucho durante el último siglo.

Cualquier autor de novelas policíacas sabe hoy que el público moderno (al menos, esa parte del público que busca su escape en las novelas detectivescas) es un buen adivino; hasta demasiado en mi opinión. En realidad, por las cartas recibidas al respecto, yo diría que el lector engañado por el autor es la excepción y no la regla.

Pero nosotros nos defenderemos lo mejor que podamos. ¡Adivinar no es justo! Aunque cada escritor es su propio Hoyle al dictar las reglas del juego, conseguimos estar de acuerdo en algo fundamental. Adivinar no es justo, porque el número de personajes de una novela policíaca es necesariamente limitado, y además, en diversas fases del relato, el lector puede sospechar, por adivinanza, del personaje que al final queda desenmascarado por el autor como el culpable del crimen.

Durante muchos años, mi voz ha clamado en el desierto, confío que no en vano, rogándoles a los lectores que repriman heroicamente sus inclinaciones adivinatorias, y jueguen la partida desde el punto de vista científico. Es más difícil, pero infinitamente más divertido.

¿Por qué no empezar por el problema del asesinato de Joseph Kent Gimball?

En este punto de la novela, el lector está en posesión de todos los datos necesarios para edificar una solución completa y lógica

del crimen. Su tarea consiste ahora en descubrir las pistas vitales, encajarlas de manera racional, y de ellas deducir quién es el único y posible criminal. Esto puede hacerse; se ha hecho, como verá el lector.

Si en esto fracasa, siempre queda el recurso de tratar de adivinar. Si el lector logra efectuar la debida deducción, le agradeceré que me lo comunique. En realidad, esto no es necesario rogarlo. Si el lector acierta, ello probará que yo no me había equivocado.

ELLERY QUEEN.

LA VERDAD

5

Cuando se examina algo
a fondo, suele hallarse la verdad
donde menos se esperaba.

Hasta el día en que Andrea narró su historia relativa a la media docena de cerillas apagadas, el enigma de la muerte de Joseph Kent Gimball estuvo en suspenso, como detenido por la mano del Destino. Pero cuando la historia se contó, la animación superó a la suspensión, el misterio se tornó claridad, y las suposiciones en certidumbre. El caso fue arrebatado de las oscuras manos del Destino por el joven Ellery Queen, que lo dirigió con todo el cuidado y la destreza que los diversos años de experiencia, como diagnosticador del crimen, le habían proporcionado.

Después de aquel día, Ellery estuvo sumamente atareado. Sin embargo, todas sus actividades fueron objeto del mayor secreto; sus dos desplazamientos apresurados a Trenton fueron subrepticios y nadie se enteró de las diversas llamadas telefónicas que efectuó, excepto las personas a quienes iban dirigidas. Conferenció privadamente con varios individuos de aspecto duro; buscó el consejo profesional del sargento Velie, y, si hay que decir toda la verdad, dispuso cierto asunto de carácter inocente aunque ilegal, con una completa ignorancia de los derechos civiles de todo

ciudadano libre, lo cual habría hecho estremecer a su padre, el inspector Queen.

Después, sus planes fueron completamente aireados.

El sábado, cosa extraña, inició las hostilidades. Ellery jamás explicó si la elección de aquel día fue resultado de la casualidad o por designio de su cinismo personal, pero aquel hecho sirvió para agudizar la tensión. Las personas implicadas en el caso se vieron obligadas, de este modo, a recordar los sangrientos sucesos de aquel otro sábado, cuando Gimball sintió el frío impacto del metal en su corazón; aquel sangriento recuerdo se vio reflejado claramente en todos los rostros ajados y tensos.

—Les he convocado, damas y caballeros —anunció aquella tarde Ellery, en el apartamento de los Borden en Park Avenue—, sin deseos de dirigirles un discurso. Pero hay magia en el aire y el tiempo apremia. Algunos de ustedes han estado viviendo en un feliz estado letárgico, sintiéndose seguros en la monotonía del *status quo* anterior. Ello es lamentable, puesto que antes del final de este día, les prometo despertarles con lo que podría considerarse bastante rudeza.

—¿Qué significa esto? —le increpó Jessica—. No nos dejará nunca en paz? Qué derecho tiene usted…?

—Hablando legalmente, ninguno. Sin embargo —suspiró Ellery —, será muy prudente que me sigan el humor. En realidad, está a punto de ser exhumada la tragedia de la muerte de Joseph Kent Wilson.

—¿Ha vuelto a reiniciar el caso, Queen? —masculló el viejo Borden con una mueca amargada de sus labios.

Había insistido en ser conducido abajo en su sillón de ruedas, y estaba sentado entre los demás con la inmovilidad parcial de su cuerpo, y su único ojo vivo.

—Mi querido señor, la investigación jamás se cerró. Lucy Wilson, la joven de Filadelfia, fue condenada por aquel crimen, pero su condena no resolvió el caso. Ciertas fuerzas han continuado trabajando desde aquella grotesca débâcle de Trenton. Y esas fuerzas no han descansado jamás. Ahora me siento dichoso al anunciarles —añadió Ellery con sequedad—, que dichos esfuerzos han sido recompensados.

—No comprendo en qué se relaciona todo esto con esta familia

—observó ásperamente el senador Frueh, jugueteando con su barba, y sus astutos ojillos fijos en el detective—. Si posee usted nuevas pruebas, entréguelas al fiscal del condado de Mercer. Por qué continúa acosando a esta familia? Si quiere lucha —añadió con tono más rudo—, gustosamente pelearé con usted en el terreno legal. Conozco las reglas.

—Senador —sonrió Ellery—, de extraña manera sus palabras me recuerdan algo que dijo hace ya algún tiempo nuestro buen amigo Marco Valerio Marcial: «Los leones africanos atacan ferozmente a los toros, pero nunca a las mariposas». Como epigrama…

El viejo abogado tenía las mejillas del color de la púrpura.

—¡Deje fuera a toda esa gente de cualquier intento que lleve entre manos! —gritó.

—Ahorrarles el palo, ¿eh? —suspiró Ellery—. Se ha equivocado conmigo, senador. Lo haría si pudiera. Mas temo que usted también tendrá que soportar la náusea de mi compañía por algún tiempo. Después… bien, es preferible no hablar del futuro. He descubierto que éste generalmente llega siempre, a pesar de los esfuerzos hechos para impedir su progreso.

Jessica jugaba con su pañuelo, de manera irritada, aunque conservaba su compostura con un esfuerzo tremendo de su voluntad. Grosvenor Finch se movía con inquietud, vigilando a la dama. Sólo Andrea, sentada a un lado, y Bill Angell, detrás de su silla, parecían tranquilos. Los dos tenían sus ojos clavados en Ellery.

—¿No hay más objeciones? —preguntó el detective—. Gracias —tras mirar su reloj, añadió—: Creo que será mejor ponernos en marcha.

—¿En marcha? —se sorprendió Finch—. ¿Adónde nos lleva?

Ellery cogió el sombrero.

—A Trenton.

—¡A Trenton! —exclamó la madre de Andrea.

—Vamos a visitar otra vez el lugar del crimen.

Al oír estas palabras, todos palidecieron y durante un segundo estuvieron demasiado perplejos para protestar.

Por fin, el senador Frueh saltó adelante, blandiendo un dedo.

—¡Esto ha llegado demasiado lejos, señor mío! Usted no tiene autoridad… Prohíbo que mis clientes…

—Mi querido senador, ¿existe en usted una objeción personal en

visitar la escena del crimen?

—¡Nunca he estado allí!

—Lo cual me consuela y elimina una duda. Bien, asunto concluido. ¿Nos vamos?

Nadie se movió, excepto Bill.

—¿Puedo preguntar —intervinó el viejo millonario con su voz de bajo— qué espera usted lograr con este proceder inusitado, señor Queen? Sé que no nos formularía una petición tan penosa para nosotros, a menos que tenga un objetivo definido en su mente.

—Prefiero no explicar cuáles son mis objetivos, señor Borden. Mas se trata de un plan muy sencillo. Vamos a efectuar una especie de representación teatral. Volveremos a reproducir el asesinato de Joseph Kent Wilson.

—¿Es esencial? —inquirió el anciano, dejando caer el párpado móvil de su rostro.

—La necesidad siempre ha sido la madre de la invención, señor Borden, pero la demostración es el arte de imitar a la madre naturaleza. Y ahora, damas y caballeros, me disgustaría mucho tener que ejercer sobre ustedes una presión de carácter oficial.

—¡Yo no voy! —decidió hoscamente Jessica Borden—. Ya estoy harta. Joe ha muerto. Aquella mujer fue su asesina… ¿Por qué no nos deja tranquilos?

—Jessica… —ordenó el anciano, volviendo su ojo sano hacia su hija—. Disponte a salir.

La aludida se mordió el labio inferior…. Luego, dijo sumisamente.

—Sí, papá.

Se puso de pie y subió a su dormitorio.

Nadie habló hasta que Jasper Borden volvió a romper el silencio.

—Creo que también iré yo —anunció gravemente—. Andrea, llama a la enfermera.

Andrea quedóse absorta ante aquellas palabras.

—¡Pero, abuelito…!

—¿Me has oído, niña?

Ellery se retiró hacia la puerta, esperando. Todos se fueron levantando de sus asientos y empezaron a realizar los preparativos de marcha. El mayordomo de cara de pez apareció cargado con diversos sombreros.

—Ellery… —murmuró Bill.

—Hola, Bill. ¿Qué tal ha ido tu oficio de custodio en esos días? No veo en tu rostro ni heridas ni cicatrices.

Bill no sonrió.

—Ha sido un infierno. La duquesa es un demonio con ruedas. Hasta hoy no he logrado entrar en la casa. Pero Andrea y yo dispusimos un plan. He pasado esos días por ahí fuera, vigilando. Andrea accedió a no salir del apartamento si yo no estaba de guardia. A veces, hemos estado juntos.

—Un principio prometedor para una pareja que tiene intenciones honorables —sonrió Ellery—. ¿Alguna señal de peligro?

—No.

Andrea bajó, lista para salir. Llevaba una chaqueta de tela ligera y su mano derecha estaba metida en el bolsillo. Parecía como si dentro del bolsillo empuñase una pistola. Bill dio ávidamente un paso hacia ella, pero la joven meneó la cabeza, miró a su alrededor y señaló a Ellery con la cabeza. El detective frunció el ceño al ver el abultado bolsillo. Luego, le hizo una señal a Bill para que no se moviera, y salió al bolsillo con Andrea.

—Tenía que hablar con usted antes de… —le susurró la muchacha. De pronto, calló, mirando en torno suyo aprensivamente.

—Andrea, ¿qué pasa?

—Esto —sacó la mano del bolsillo—. Llegó con el correo de esta mañana, envuelto en un papel barato y dirigido a mí.

Ellery no lo cogió, sino que posó por un momento sus ojos en el objeto, y luego escrutó el rostro de la joven. La mano que sostenía el objeto temblaba. Era un grupo de figuras, de yeso, de color rojizo. El grupo representaba a tres monos agazapados sobre un pedestal. Uno tenía una zarpa sobre la boca, otro la tenía en los ojos, y el tercero ambas zarpas en las orejas.

—No hables mal, no veas el mal, no oigas maldades —susurró Andrea—, o algo por el estilo. ¿Verdad que es una locura? —se echó a reír con risa histérica—. Pero me ha asustado. Yo…

—Sí, es otro aviso —Ellery frunció el ceño—. Nuestra asesina se está poniendo nerviosa. ¿Guardó el envoltorio?

—¡Oh!, no, lo arrojé. Le aseguro que no habría podido deducir nada del mismo. No había marcas y era corriente.

—Ya… es usted muy confiada. Y ha conseguido destruir otra prueba al mezclar sus huellas dactilares con las posibles huellas originales del paquete. ¿Se lo ha contado a Bill?

—No, no quise preocuparle. ¡Pobre Bill! Ha sido un gran consuelo para mí estos días…

—Métaselo de nuevo en el bolsillo —le aconsejó Ellery tajantemente—. Viene alguien.

Se abrió la puerta del ascensor, dejando paso a una figura elevada.

—¡Ah, Jones…! Buen chico. Le agradezco que haya venido —exclamó Ellery.

Andrea se ruborizó y huyó hacia el apartamento. Los ojos del recién llegado, inyectados en sangre, permanecieron fijos en la puerta por donde ella había desaparecido.

—Recibí su mensaje —dijo con voz gruesa. Aparentemente, estaba borracho—. No sé por qué he venido. Aquí no soy bien visto.

—Bueno —replicó ligeramente Ellery—, tampoco me quieren mucho a mí.

—¿Qué le ocurre, Sherlock? ¿Más teorías?

—Pensé que le gustaría venir con nosotros. Nos vamos a Trenton, a realizar un pequeño experimento.

Jones se echó a reír.

—¡Caramba, a mí todo me da lo mismo!

El sol era un gajo de naranja encima de los árboles, más allá del río Delaware, cuando llegaron a la cabaña aislada, cerca del Marine Terminal. Ellery, al volante de su «Duesenberg», delante de la pequeña caravana de coches, les había conducido por una ruta tortuosa a los arrabales de Trenton, y después a la carretera Lamberton, con la precaución aconsejada por su repugnancia a atraer la atención de los periodistas de la localidad.

El día había sido caluroso, y las hojas de los árboles que rodeaban la cabaña estaban inmóviles. El follaje no se movía en absoluto, hasta lograr que todo el paisaje pareciese irreal, como una burda y exánime imitación de la naturaleza. Hasta la superficie del río, vislumbrada más allá de la orilla arbolada, era sólo una vidriosa representación del agua corriente. En aquella soledad, la cabaña se

elevaba silenciosamente, como un espantapájaros en medio de un panorama brutal y salvaje.

Nadie habló cuando Ellery, con una rápida mirada a su alrededor, introdujo a sus poco voluntariosos invitados a la cabaña. Todos hacían visibles esfuerzos por dominarse; todos, excepto Jasper Borden, el inválido, cuyo vivaz ojillo no perdía detalle en aquel rostro pétreo. Finch y Bill tuvieron alguna dificultad en manejar el sillón de ruedas del anciano hasta el interior de la casa. Finalmente, todos estuvieron dentro, sentados junto a las paredes, quietos como chiquillos asustados, mientras la lámpara situada encima de la mesa rechazaba las tinieblas del crepúsculo. Ellery tomó a su cargo la dirección del escenario.

Durante unos instantes no dijo nada, complacido al verles intimar con el ambiente de la cabaña. Aparentemente, nada había sido cambiado allí dentro desde la noche trágica, varias semanas atrás, excepto que en la mesa no había nada, aparte de la lámpara; que las prendas del perchero habían desaparecido, y que el olor a muerte se había disipado. Pero mientras todos estaban allí sentados, contemplando la cabaña vacía, el recuerdo de lo ocurrido volvió a llenar sus cerebros, hasta el punto de ver casi el cuerpo de Joe Gimball, inmóvil en el suelo.

—Si pueden perdonarme —pronunció Ellery de repente, apartándose de la puerta—, me situaré en el proscenio. Puesto que vamos a reproducir un drama, nada mejor que emplear los términos profesionales. Por favor, que nadie se mueva.

Salió rápidamente, cerrando la puerta tras de sí; Bill se situó de espaldas a la misma. La puerta lateral estaba cerrada. De pronto, en medio del ominoso silencio, se oyó un ruido, y todos los ojos expresaron el pánico. Enmarcada por la puerta lateral, se hallaba Ella Amity.

—Hola —saludó lentamente, mirando a su alrededor.

No llevaba sombrero y su pelo rojizo, acentuado contra la oscuridad reinante fuera, llameaba como un nimbo en torno a su cabeza.

—No es más que la pequeña Ella, amigos —anunció innecesariamente—. ¿Puedo entrar?

Avanzó serenamente, cerró la puerta y se quedó en el centro de la estancia, con mirada reluciente. Al cabo de un momento, todos

desviaron los ojos. Las aletas de la nariz de la periodista empezaron a temblar.

—De forma que es aquí donde el pobre Joe recibió su merecido, ¿eh? —murmuró Jones, mirando al suelo, detrás de la mesa.

—Calle, Burke —se irritó Finch.

La mano del senador Frueh se detuvo en su gesto de acariciarse la barba, mas reanudó la caricia con más energía. Andrea estaba sentada en el sillón que había ocupado Lucy Wilson la noche del asesinato. Estaba muy quieta y parecía dormida. Bill movía la cabeza de lado a lado incesantemente, y sus mejillas estaban ligeramente coloreadas.

Se abrió la puerta principal, y todos volvieron a sobresaltarse; era Ellery, con una maleta grande. Cerró la puerta y se volvió hacia el auditorio.

—¿Ella Amity? —murmuró—. Vamos, Ella, ¿de dónde diablos sale?

Ellery parecía molesto, de forma rara y secreta.

—Un pajarillo me dijo algo hoy —repuso la pelirroja—. Me contó que aquí iba hoy a suceder algo. Y por eso he venido. Y opino que es usted un antipático por no habérmelo comunicado.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Andando. Es bueno para la silueta. No se preocupe, querido, no escondo nada bajo mi manga, y mi ficha está en blanco. He venido por el río, a la luz de la luna… ¿o del sol? Bueno, no importa. ¿Qué sucede aquí?

—Calle y tal vez lo descubra —Ellery se dirigió bruscamente a la mesa y dejó la maleta encima—. Bill, quiero que vayas a Trenton a hacer algo por mí.

—¿Qué demonios…? —gruñó el joven.

Pero Ellery lo llevó a un lado y habló con él unos segundos *sotto voce*. Bill asintió. Luego, con una mirada extrañamente salvaje, abrió la puerta y desapareció. Ellery, que parecía terriblemente preocupado con la puerta, volvió a cerrarla. Sin pronunciar una sola palabra, fue hacia la mesa, abrió la maleta y empezó a sacar diversos artículos de su interior. Eran verdaderos objetos de guardarropía: los adminículos que el jefe de Policía De Jong quitó de la cabaña después de la primera investigación del crimen. Mientras Ellery trabajaba en silencio, todos oyeron el ruido de un

motor fuera. Las ventanas tenían las cortinas corridas, por lo que nadie podía ver lo que allí ocurría; no obstante, comprendieron que se trataba de Bill Angell que se marchaba a Trenton para ejecutar el misterioso encargo. Se miraron con inquietud unos a otros. Bill parecía tener cierta dificultad en arrancar, y el motor hizo mucho ruido, tanto que cuando Ellery empezó a hablar todos tuvieron que aguzar el oído para captar sus palabras. En aquel momento, la oscuridad reinaba ya fuera de la cabaña.

—Bien —murmuró Ellery, dejando el último artículo en su sitio apropiado y permaneciendo inmóvil bajo la luz de la lámpara—, el escenario está preparado. Observarán que las ropas de Gimball vuelven a estar en el perchero; que el paquete que contenía el regalo de una escribanía para Bill Angell se halla de nuevo sobre la repisa de la chimenea, y que el plato limpio y vacío está también sobre la mesa, junto a la lámpara. Lo único que falta es el cadáver de la víctima, pero estoy seguro de que ustedes poseen imaginación suficiente para suplir esta ausencia.

Con el pulgar, por encima del hombro, indicó al suelo, detrás de la mesa, y todos los ojos siguieron aquella especie de flecha; aunque la alfombra carecía de cadáver alguno, a nadie le fue difícil imaginar el que allí había habido la noche de autos.

—Ahora, permítanme resumir —continuó Ellery, con tono brillante y muy relucientes las pupilas a la luz de la lámpara— los acontecimientos de aquel día, anteriores al asesinato. Tal recapitulación les ayudará a comprender lo que tal vez no sea rigurosamente exacto, mas da las horas relativas a lo sucedido, suficientes para nuestros propósitos.

El senador Frueh quiso interrumpir al orador, pero antes se vio obligado a humedecerse los resecos labios.

—Sean cuales sean sus propósitos, juzgo altamente reprobable…

—El caballero de la calle Ochenta y Siete, tiene la palabra, senador —le interrumpió Ellery—. Le agradeceré que guarde absoluto silencio, lo mismo que los demás. Más tarde, ya tendrá la oportunidad de vaciar todo el contenido de su corazón.

—Calla, Simón —gruñó Jasper Borden, por el único lado sano de su boca.

—Gracias, señor Borden —dijo Ellery, blandiendo un dedo—. Observen. Estamos en la tarde del sábado primero de junio. Fuera

está lloviendo… con bastante intensidad. La lluvia repiquetea contra las ventanas. Todavía es de día, esta lámpara está apagada y el paquete no se halla encima de la chimenea. Las puertas están cerradas.

Alguien suspiró profundamente. Ellery continuó con tono implacable, despiadado.

—Son las cinco de la tarde. Joseph Kent Gimball está en Nueva York, en su despacho. Ha llegado allí desde Filadelfia, conduciendo su «Packard»; probablemente sin detenerse por el camino, pues de lo contrario habría dejado el «Packard» aquí, cogiendo el «Lincoln» hasta Nueva York. El hecho de que el viejo coche estuviera aparcado en el sendero lateral de esta cabaña indica que fue el último coche que utilizó.

Ellery hizo una leve pausa.

—Bien, ya ha enviado los dos telegramas, uno a Bill Angell y el otro a Andrea; los dos son idénticos, pidiendo que ambos jóvenes, por separado, claro está, acudan por la noche a esta cabaña, a las nueve, y dando minuciosas instrucciones complementarias. Por la tarde, ha enviado otro telegrama a Bill, mediante el teléfono, a su despacho de Filadelfia, insistiendo para que no falte aquí por la noche.

Ellery paseó su mirada por los callados circunstantes.

—¿Qué es lo que hace a las cinco? Deja su despacho, va al lugar donde tiene el coche, cerca de su oficina, y conduce por el Túnel de Holanda, hacia Trenton. En el coche lleva su muestrario acreditativo de su falsa personalidad de Wilson y el regalo para el cumpleaños de Bill Angell. Llega a esta cabaña a las siete y deja el auto en el sendero lateral. Todavía llueve.

Poco después, cesa la lluvia. Mientras tanto, ésta ha borrado todas las antiguas huellas humanas y las señales de neumáticos, dejando el terreno, como suele decirse, virgen.

El senador Frueh murmuró algo parecido a «un cuento de viejas», pero calló cuando el anciano millonario le fulminó con su único ojo vivo.

—A callar, senador —rió Ella Amity—. Esto no es el Congreso. Siga, Ellery. Me siento fascinada.

—Gimball está en ésta habitación —prosiguió el detective fríamente, como si nadie le hubiera interrumpido—. Se pasea, deja

el regalo sobre la repisa de la chimenea, y se acerca a una ventana para escrutar el cielo. Ve que ha aclarado. Todavía es temprano; está inquieto, preocupado; necesita que su mente descanse un poco de sus agobios. Sale por la puerta lateral y desciende por el sendero hacia el cobertizo de los botes, dejando sus huellas sobre el suelo fangoso. Navega en su lancha y desciende por el Delaware para aquietar sus nervios. Son las siete y quince minutos.

Los que estaban sentados asían fuertemente los brazos de sus butacas, y los que permanecían de pie, agarraban los respaldos de los asientos.

—Hasta ahora he descrito lo que probablemente ocurrió —continuó Ellery—, porque esas acciones se refieren a un hombre muerto y enterrado. Ahora, me referiré a los vivos. Andrea, necesito su ayuda. Son las ocho; usted acaba de llegar a la cabaña y ha dejado en el sendero principal el «Cadillac» que se llevó usted sin saberlo Jones. ¿Quiere, por favor, repetir todo lo que hizo entonces?

Andrea se puso de pie y fue hacia la puerta, sin pronunciar una sola palabra. Su palidez destacaba más aún la frescura de su tez.

—¿He…, he de salir?

—No, no, abra sólo la puerta. Finjamos que está abierta.

—La lámpara estaba apagada —susurró ella.

Ellery alargó el brazo y la cabaña quedó sumida en tinieblas. Desde la oscuridad sonó una voz, como desencarnada, que hizo estremecer todos los espinazos.

—No estaba tan oscuro. Todavía había cierta claridad en el exterior. Adelante, Andrea.

Oyeron cómo la joven avanzaba lentamente hacia la mesa.

—Yo…, yo miré a mi alrededor. La cabaña estaba vacía. Naturalmente, podía ver, aunque iba oscureciendo. Fui hacia la mesa y encendí la lámpara… de esta forma.

Volvió a reinar la luz; todos vieron a la joven de pie junto a la mesa, con la cara hacia la lámpara y la mano en la cadenilla que servía de interruptor.

La mano se apartó de la cadena. Andrea retrocedió un paso, miró hacia la chimenea, el perchero, y las vetustas paredes. Por fin, consultó su reloj. Dio media vuelta y regresó a la puerta.

—Esto es todo lo que hice… entonces —declaró, en un susurro.

—Fin de la primera escena —anunció Ellery—. Gracias, puede

sentarse por ahora —ella obedeció—. Andrea ve que ha llegado con una hora de adelanto; por tanto, sale, coge el «Cadillac», se dirige a Camden; probablemente llegó hasta Duck Island, pues el tiempo invertido en el trayecto, según declaró, fue aproximadamente de una hora… La criminal —añadió Ellery—, llegó a las ocho y quince minutos.

Hizo una pausa y el silencio resultó intolerable. Los rasgos de los presentes podían haber sido tallados en roca viva, a causa de alguna convulsión de la naturaleza. La noche, la triste cabaña, los rumores del exterior, quedaban retorcidos en la conciencia de todos, sin poder ser eliminados.

—La asesina llegó a las ocho y cuarto, desde la dirección de Camden, en un «Ford» que había robado del garaje de Lucy Wilson, en Fairmount Park…, no importa cuándo. La asesina está ahora fuera. Sube cautelosamente el peldaño de piedra del porche principal. Abre la puerta, entra rápidamente, vuelve a cerrar, da una vuelta sobre sí, dispuesta a…

Ellery se hallaba junto a la puerta, accionando cuanto decía. Todas las miradas seguían sus gestos, todos estaban fascinados.

—Encuentra que la cabaña está vacía. Se relaja, y aparta el velo de su cara. Había esperado sorprender a su víctima aquí. Entonces comprende que se habrá marchado, pero que ha de regresar, ya que el «Packard» permanece fuera y la lámpara está encendida; Gimball, por tanto, no andará lejos. Esperará. Y espera sin molestias. Esta cabaña está aislada y ella cree que nadie en el mundo, más que ella y Gimball, están enterados de su relación con la doble personalidad de aquél. Se pasea por aquí, con inquietud. Ve el paquete encima de la chimenea… —Ellery fue hacia allí, cogió el paquete y le arrancó el papel que lo envolvía de manera ruda, dejando al descubierto la escribanía. Ellery la dejó encima de la mesa y se inclinó hacia la misma—. No hay que decir —murmuró— que la asesina llevaba unos guantes protectores.

Levantó la plegadera manchada aún de sangre, y la tarjeta, sucia por los muchos dedos que le habían manejado.

—Fíjense en lo que la casualidad ha puesto delante de los ojos de la asesina —observó agudamente, enderezando el cuerpo—.

Halla la tarjeta, indicando que la escribanía es un regalo de Lucy Wilson. Ya le ha robado el coche a Lucy para complicarla en el crimen; pero ahora, a su alcance, tiene algo mucho mejor…, un arma que habrá de relacionarse con Lucy Wilson de forma irremediable. Por tanto, la asesina descarta la idea de utilizar el arma que intentaba emplear, fuese cual fuese. Utilizará la plegadera, lo cual constituirá otro eslabón que conectará a Lucy con el asesinato. Naturalmente, no sabe aún toda la suerte que tiene, porque ignora que las huellas dactilares de Lucy están en el cuchillo. Luego, coloca de nuevo el paquete sobre la chimenea. Mas sin la plegadera, que empuña en su mano.

Jessica Borden dejó escapar un gemido por entre sus resecos labios; evidentemente, no se dio cuenta de ello, puesto que siguió contemplando a Ellery con mirada vidriosa y fija. El detective asió con firmeza la plegadera y se dirigió a la puerta lateral.

—Oye pasos, procedentes de la parte del río. Debe de ser su víctima. La asesina se sitúa detrás de la puerta, con el cuchillo en alto. Se abre la puerta, ocultando su figura. Joseph Kent Gimball entra, de regreso de su pequeña navegación por el río. Se quita el barro de los zapatos sobre el umbral, cierra la puerta, avanza, inconsciente de la amenaza que tiene detrás. Son algo más de las ocho y media, minuto más o menos —de repente, Ellery se tiró a fondo—. La asesina hace un leve ruido al moverse. Gimball, situado detrás de la mesa, gira sobre sí mismo. Por un instante, ambos se contemplan fijamente; la asesina ha vuelto a taparse la cara con el velo, por lo que su víctima no le ve las facciones, y sí sólo sus ropas. Rápidamente, el cuchillo se dirige a su corazón y Gimball cae… muerto al parecer.

La madre de Andrea empezó a sollozar, sin dejar de mirar a Ellery. Las lágrimas resbalaban lentamente, manchando sus mejillas. Sus sollozos eran casi indignantes.

—¿Qué sucede? —murmuró Ellery—. Que el cuchillo está dentro del corazón de Gimball. Sólo es necesario huir para completar el crimen. Y entonces…

—Llegué yo —susurró Andrea.

—¡Dios mío! —gruñó Finch—. Pensé que habías dicho, Andrea…

—¡Por favor! —le interrumpió Ellery—. No importa lo que usted

pensase. Ha habido muchas mentiras, u ocultaciones de la verdad, antes de que pudiéramos llegar al fondo de la misma. Andrea, por favor, actúe para nosotros.

Ellery corrió hacia la puerta principal y se colocó al lado.

—La asesina oye el ruido del coche que regresa. Alguien llega. ¡Un mal cálculo! Espera que el coche pase y se aleje; mas no, el auto se detiene al lado de la puerta. La asesina todavía tiene tiempo de huir por la puerta lateral. Pero desea llevar el «Ford» a Filadelfia. Sabe que puede cuidar de sí misma. Entonces, se agazapa junto a la puerta…

Andrea ya estaba allí. Se movía como sonámbula, lentamente, sobre la alfombra, en dirección a la mesa, con los ojos fijos en el suelo.

—Sólo eran visibles las piernas de la víctima —murmuró Ellery.

Andrea se detuvo junto a la mesa, la miró y vaciló. Entonces, Ellery saltó sobre ella y su brazo descendió sobre su cabeza. Andrea exhaló un profundo suspiro.

—La asesina ataca a Andrea por la espalda y la deja inconsciente. Andrea cae al suelo. La mujer trabaja con rapidez. Se da cuenta de la persona a la que ha atacado. Es necesario dejarle una nota de aviso. No lleva pluma ni lápiz encima y busca en el bolso de la joven: tampoco. Registra la cabaña, y no encuentra nada útil. La estilográfica que lleva Gimball está agotada. No hay tinta tampoco en la escribanía. ¿Qué hacer?

Ellery hizo una pausa teatral.

—Entonces ve el corcho procedente de la punta de la plegadera y tiene una inspiración. Arranca un pedazo del papel de la escribanía, va a la mesa con el corcho, extrae el cuchillo del cuerpo del moribundo, vuelve a insertarle el corcho en la punta y comienza a chamuscarlo con cerillas. Chamusca, escribe, chamusca y escribe, arrojando las cerillas quemadas en el plato. Finalmente, ha concluido la nota…, un aviso a Andrea para que no diga a nadie lo que ha visto esta noche… o pondrá en peligro la vida de su madre.

—Andrea…, querida… —gimió Jessica.

Ellery hizo un gesto con la mano.

—La mujer mete la nota en la mano de Andrea y deja la plegadera con el corcho sobre la mesa. Se marcha, llevándose el «Ford». Andrea vuelve en sí a las nueve aproximadamente. Lee la

nota, ve el cadáver, reconoce a su padrastro, cree que está muerto, chilla y huye. Entonces, llega Bill Angell, el moribundo logra articular unas palabras… Bien, éste es el guión —Ellery cambió bruscamente de tono—, tal como me fue relatado.

El silencio volvió a enseñorearse de la cabaña.

—¿Qué quiere decir, Queen? —preguntó el senador Frueh, sin ira ni rencor.

—Quiero decir —replicó Ellery—, que falta una página del guión. Que se ha omitido algo importante. ¡Andrea!

La joven levantó la vista. Había algo extraño en el ambiente. La muchacha estaba muy tensa.

—¿Sí…?

—¿Qué vio usted cuando entró aquí por segunda vez, antes de ser golpeada en la nuca? ¿Qué vio encima de la mesa?

La muchacha se humedeció los labios.

—Pues…, la lámpara, el plato… con…, con…

—¡Sí!

—Con seis cerillas dentro.

—¡Qué interesante! —exclamó Ellery, inclinándose hacia los presentes, sus ojos semientornados y peligrosos—. ¿Lo han oído? Seis cerillas. Bien, permitan que indague esto de modo más científico. Andrea afirma que antes de ser golpeada, estando aún aquí la asesina, vio seis cerillas quemadas en el plato. Un dato muy significativo, que lo altera todo, ¿no es cierto? —había en su tono de voz una cualidad rara, y todos empezaron a mirarse entre sí, temerosos de expresar en voz alta un mismo y terrible pensamiento. La voz de Ellery volvió a dominarles—. Sin embargo, esto fue antes de ser chamuscado el corcho. Por tanto, las seis cerillas no fueron usadas para quemar el corcho…, que fue lo que pensé al principio, creyendo que las veinte cerillas se habían utilizado para ahumar el corcho. No, no, seis cerillas se emplearon para un propósito diferente. Entonces, si no se utilizaron para chamuscar el corcho, ¿por qué se encendieron?

—¿Por qué? ¿Por qué? —inquirió Ella Amity ávidamente.

—Es muy sencillo… ¡Oh, sí!, muy sencillo. ¿Para qué se encienden las cerillas, normalmente? ¿Para provocar un incendio? ¡Oh!, aquí nada fue consumido por el fuego…, ya que no había cenizas en la cabaña, ni dentro ni fuera, como ya expliqué en otra

ocasión; tampoco fue para chamuscar el corcho, porque la plegadera todavía estaba metida en el corazón de Gimball cuando Andrea entró aquí la segunda vez y vio las seis cerillas. Por tanto, un incendio está fuera de cuestión.

Ellery volvió a callar unos instantes como para aclarar mejor sus ideas.

—¿Para procurarse luz, para encontrar el camino en la oscuridad?… ¡Oh!, no, la lámpara estaba encendida, y fuera no había más huellas que las de Gimball. Pero éste no necesitaba iluminación en el exterior, puesto que cuando regresó a la cabaña, para enfrentarse con la muerte, todavía había suficiente claridad exterior. ¿Para calentarse? No había cenizas en la chimenea, y el fogón que allí ven desvencijado no sirve para nada. Tampoco hay gas. ¿Para torturar a la víctima? Altamente improbable. Lógicamente, es posible; se trata éste de un crimen violento, y es probable que la víctima fuese torturada con el fin de obtener alguna información. No obstante, yo ya le pregunté al forense si había quemaduras en el cadáver, y la respuesta fue totalmente negativa. Entonces, ¿por qué diablos se encendieron seis cerillas?

—A mí me parece una idiotez —murmuró Jones.

—Lo sería —replicó Ellery—, de no existir ningún otro uso. Pero sí existe todavía uno. Se encendieron para fumar.

—¡Para fumar! —se admiró Ella Amity—. En cambio, en el juicio, usted afirmó que no podían haberse usado para fumar.

Los ojos de Ellery chispearon.

—Entonces, no sabía que Andrea había visto seis cerillas gastadas antes de ser chamuscado el corcho. Bien, dejemos esto ahora. Andrea…

—¿Sí? —la joven volvió a mostrar su infinito cansancio de nuevo.

Ellery sacó un sobre del interior de la maleta. Luego, vertió su contenido sobre el plato de la mesa. Eran unas cerillas ya gastadas. Todos le contemplaban, intrigados. Ellery volvió a meterlas todas en el sobre, excepto seis.

—Venga aquí, por favor.

Andrea se puso de pie lentamente y anduvo hacia la mesa con las piernas rígidas.

—¿Sí? —repitió.

—Todo casa perfectamente, ¿eh? —en la voz de Ellery había cierta ironía cruel—. Está bien. Usted regresó aquí a las ocho y media de aquella noche y miró la mesa antes de ser golpeada en la cabeza. Aquí tenemos seis cerillas en el plato.

—¿Y bien?

La voz de Andrea sonaba agotada, muy rara, como si en su radiante juventud hubiera llegado ya al final de la ruta.

—Mire la mesa, Andrea —ante el tono acerado del detective, la muchacha pareció salir de su estupor, ya que dio un paso atrás y dirigió la vista hacia la mesa—. La lámpara… y el plato con seis cerillas. ¿Nada más?

—¿Nada más?

—¿Había algo más, Andrea? ¡Piense! ¡Piense, mire y diga la verdad! —añadió, cruelmente—. ¡Quiero la verdad, Andrea! \Esta vez quiero toda la verdad!

Algo, en el tono de la voz, hizo vibrar un nervio del cerebro de la joven, y tendió la vista por entre los rostros ávidos de los circunstantes.

—Yo…

Entonces, sucedió lo más increíble. La mirada de Andrea volvió a concentrarse en la mesa y en el plato con las cerillas. Allí se detuvo un instante y, lentamente, como impulsada por una fuerza contra la que era inútil toda resistencia, se movió unos cinco centímetros más allá del plato. Un sitio vacío; allí no había nada. Pero Andrea sí veía algo; su expresión lo proclamaba, lo mismo que sus ojos, sus manos retorciéndose febrilmente, su rápido jadeo. La memoria regresó a su cerebro como un líquido a través de una espita; ello fue completamente visible para todos los que la estaban mirando.

—¡Oh!…, ¡oh! ¡Dios mío!… —susurró.

—¿Qué mentira —resaltó la voz de Ellery— va a decirnos ahora, Andrea?

Su madre dio un salto en su silla. Grosvenor Finch pronunció algo que sonó como un gruñido. El senador Frueh estaba blanco de ira. Burke Jones jadeaba. Sólo el viejo del sillón de ruedas estaba inmóvil, como un cadáver entre los vivos.

—Mentira… —susurró Andrea—. ¿A qué se refiere? Iba sólo a decir…

—Otra mentira —la interrumpió Ellery suavemente—. Bien, ahorrémonos el dolor de escucharla. Yo lo sé todo, jovencita. Hace tiempo que lo sé. Mentiras, todo mentiras… Una mentira respecto a las seis cerillas. Una mentira que alguien la golpease en la cabeza. Una mentira lo de los avisos recibidos. ¡Todo mentiras! ¿Debo decirle por qué mintió? ¿Debo explicar cuál es el factor representado por usted en esta mortal ecuación? ¿Debo decirle…?

—¡Dios del cielo! —exclamó Jessica Borden, roncamente.

El lado derecho de Jasper Borden estaba lívido, en ciega protesta. Los demás estaban inmóviles…

A la luz de la lámpara, Andrea permanecía como clavada al suelo, por lo que tan evidente era para todos… su culpabilidad. Movió los labios, como su abuelo, mas sin que surgiera el menor sonido. Luego, con una rapidez que les pilló de sorpresa y de horror, Andrea huyó hacia la puerta lateral y desapareció.

Ocurrió todo tan de repente que hasta que el ruido del motor de un coche llegó a sus oídos, nadie se movió en la cabaña. Incluso Ellery parecía clavado en el suelo. Después, el motor atronó el espacio y oyeron cómo un coche se alejaba con increíble velocidad.

—¿Qué ha hecho esa chica, maldita sea? —rugió el senador Frueh, corriendo hacia la puerta.

Su exclamación quebró el encanto, y todos se precipitaron tras él, como una masa ebria. Al cabo de un momento, la cabaña quedó vacía, excepto por el viejo del sillón de ruedas, que se quedó solo, contemplando con su único ojo sano la puerta lateral.

Fuera, todos iban tropezando entre sí, en su prisa por llegar a los coches. En la oscuridad, las luces traseras de un auto iban disminuyendo rápidamente en la carretera, en dirección a Duck Island. De pronto, una voz gritó:

—¡Mi coche no funciona!

Hubo otros gritos.

—¡Tampoco el mío!

—¡Ni el mío!

—¿Qué demonios…?

—La gasolina… huele a gasolina… —murmuró Ellery—. Alguien ha vaciado los depósitos…

—¡Ese maldito Angell! —declaró una voz—. ¡Está confabulado con ella! Los dos…

—En el mío aún queda algo de gasolina… —exclamó otra voz.

Todos oyeron el ruido del motor. Un coche salió del sendero y, sólo sobre dos ruedas al tomar la curva, enfiló hacia la carretera Lamberton. Pronto se perdió de vista detrás del primer coche.

Se agruparon todos en la carretera, avizorando las tinieblas. Todo parecía irreal.

En aquella noche, nada parecía posible; ni en aquella carretera, en aquella casa, bajo aquel cielo. Sólo podían mirar fijamente al frente y respirar, estúpidamente, como un grupo de animales.

—No podrá ir muy lejos —decidió Ellery—. Debe de haber algo de gasolina en todos los depósitos; la apuraremos para seguirla.

El ocupante del segundo coche, con los nervios en tensión, conducía incansablemente, sólo atento a la luz roja de la trasera del otro auto. La carretera estaba como boca de lobo; llegaban ya a Duck Island. La noche, el cielo, la carretera, todo parecía interminable. Locamente, la lucecita roja danzaba, sé detenía, avanzaba de nuevo… De pronto, fue haciéndose mayor, mientras el segundo auto corría hacia ella. Algo había ocurrido. En el estado de Andrea, cegada por el pánico, impulsada por el temor… era una maravilla que hubiese conseguido dominar el coche hasta entonces.

Los frenos del segundo coche chirriaron, el auto traqueteó, frenó y arrojó a su conductor contra el volante. Al otro lado de la carretera, el rostro de Andrea, ante el volante de su coche, era una mancha cerúlea; estaba tumbada sobre el asiento, contemplando desesperadamente el océano de la noche. En su huida se había apoderado de un sedán, que ahora se hallaba ligeramente fuera de la carretera, medio aplastado contra un árbol. La única luz procedía de las estrellas, que estaban muy lejos.

—¡Andrea! —la joven no pareció oír su nombre; su mano derecha subió hasta su garganta, apretando con fuerza—. Andrea, ¿por qué has huido?

La joven estaba asustada, muy asustada. Volvió lentamente la cabeza, como movida por el terror. A la débil luz de las estrellas, sus ojos resplandecieron de espanto. Su perseguidor estaba calmosamente en la carretera, entre los dos autos, con las manos colgando flojamente.

—Andrea, querida, no has de asustarte de mí. Dios sabe que estoy ya harto de todo. Nunca quise hacerte daño… Si al menos supieras… —la borrosa cara entre los dos coches se estremeció y volvió a inmovilizarse—. Pronto llegarán los otros, Andrea… Oye, ¿recuerdas haber visto aquella noche encima de la mesa el…?

Andrea movió los labios, sin hacer el menor sonido, como si sus cuerdas vocales estuvieran paralizadas por el terror.

Por la carretera venía un coche, en medio de las tinieblas circundantes. Sus faros, como las antenas de un gigantesco insecto, sondeaban la oscuridad, iluminando levemente el firmamento.

—Antes de que lleguen… —la voz calló y suspiró casi infantilmente—. Quiero que sepas… que jamás intenté causarte el menor daño. Me refiero a cuando entraste aquella noche en la cabaña de forma tan inesperada. Luego, cuando caíste… no pude matarte, Andrea. Habría sido una locura. Maté a Joe Gimball porque no tenía derecho a seguir viviendo. Sólo la muerte podía borrar todo el mal que había hecho, y alguien tenía que castigar sus culpas. ¿Por qué no yo? Ahora, ya está hecho… y todo concluido. Ese detective piensa que tú mataste a Joe, que has huido porque eres culpable. Yo sí sé por qué huiste, Andrea… porque recordaste lo que viste encima de la mesa aquella noche… Naturalmente, no puedo permitir que calles creyéndote todos culpable. ¡Oh!, creí ser muy hábil… No comprendía por qué debía sacrificarme por arrebatar una existencia que no merecía vivir. Ahora comprendo que debí obrar a ciegas, sin ningún plan preconcebido, y después entregarme a la Justicia. Habría sido más… más justo.

Se dibujó una sonrisa amarga en aquel rostro enmarcado por la noche. Andrea chilló súbitamente, con un grito sollozante surgido de su garganta, no por el horror, sino por la piedad.

Algo brilló en la mano del que estaba próximo a ella.

Dentro del sedán se produjo un ligero movimiento, simultáneo con el susurrar de unas tranquilas palabras.

—Adiós, Andrea. Recuérdame… bien, recuérdame. Espero que ella… también me recuerde.

La mano volvió a destellar, hacia arriba.

—¡Oh, no! —chilló Andrea.

Bill Angell gritó desde la parte posterior del coche:

—¡Andrea, por favor, agáchate!

Unos hombres acudían desde la cuneta de la carretera, pistola en mano. Se abrió la portezuela posterior del sedán, y Bill Angell saltó a la carretera.

El rostro del perseguidor se convulsionó. Un dedo se engarfió, hubo una detonación, humo y un hilo de fuego. Pero la figura se limitó a tambalearse y no cayó; en su semblante se retrató una expresión de inmensa sorpresa, que al momento se vio remplazada por la amargura y la determinación.

—¡He sido engañado! —rugió.

Luego, la figura saltó hacia delante, dejando caer el inútil revólver, y forcejeó fieramente con Bill por la propiedad del arma que éste empuñaba. Pelearon sobre la carretera, de un lado a otro, ahora ya brillantemente iluminada por los faros del tercer auto, que acababa de detenerse. Los hombres que se habían materializado en la cuneta, iban aproximándose a los combatientes como hormigas, rodeándoles, aprisionándoles.

Hubo otra detonación; como si fuese una señal, cesó toda lucha, se apartaron los hombres, y se produjo un terrible silencio en medio de la noche. La gente que salía del tercer coche se inmovilizó de repente. Esta vez no había sorpresa en el semblante del verdugo de Joseph Kent Gimball, sino paz. La figura yacía pacíficamente sobre la carretera, relajada en la muerte, dormida para siempre.

—¡Oh! ¡Bill…! Bill… has matado… —gimió Andrea.

El joven jadeaba, tratando de insuflar a sus pulmones bocanadas de aire nocturno. Luego, contempló a la postrada figura del suelo. Todavía tenía el revólver asido con sus envarados dedos.

—Un suicidio… Luchó por la posesión del revólver… No pude impedirlo… ¿Está muerto?

De Jong estaba en cuclillas, aplicando el oído sobre el pecho del caído. Después, se puso de pie, con aspecto grave.

—Sí, está muerto. Señor Queen…

Ellery corrió hacia él.

—¿Está usted bien, Andrea? —preguntó al momento.

—Muy bien —la voz de la joven sonaba apagada.

De pronto, abrió la portezuela delantera del sedán y se arrojó en brazos de Bill.

—Señor Queen… —repitió De Jóng, con aire embarazado—. Lo hemos captado todo… nuestro taquígrafo lo oyó todo desde aquel

grupo de árboles. Sí, es una confesión, y usted ha impedido… Bueno, supongo que Pollinger le debe sus excusas.

—Si alguien tiene que ser felicitada —indicó Ellery—, es esa jovencita. Muy bien hecho, Andrea —continuó pasando un brazo por los hombros de Bill—. Muy bien. Sólo tenía dudas respecto a la reacción de nuestros amigos ante su huida. Podía haber terminado todo en una tragedia para usted. Claro que traté de impedirlo, enviando a mis amigos, al lugar exacto, por anticipado, y sustituyendo los cartuchos llenos por otros vacíos. Muy bien, Andrea, ha seguido mis instrucciones al pie de la letra.

El grupo reunido junto al tercer coche no dijo nada, no hizo nada, nada en absoluto. Se limitó a contemplar el cadáver tendido en la carretera.

—Naturalmente —dijo Ellery el lunes siguiente por la mañana —, aunque soy un hombre muy atareado, no me habría perdido esto ni por todo el oro del mundo.

Estaban en la cámara privada del juez Ira V. Menander, del Palacio de Justicia del condado de Mercer. Algunas formalidades habían impedido que Lucy fuese puesta en libertad el día anterior, domingo. Pero aquella mañana, Bill presentó una súplica al juez Menander, a fin de iniciar un nuevo proceso según la «nueva evidencia», petición apoyada fervorosamente por el fiscal Pollinger. El juez desestimó la condena de Lucy Wilson, la petición fue concedida, y Bill, con Andrea a su lado, corrió por el Puente de los Suspiros hacia la prisión contigua con la orden oficial de libertar inmediatamente a su hermana.

Todos se hallaban ya en el despacho del jurisconsulto; Lucy asombrada por su nueva libertad, alelada pero muy feliz. Paul Pollinger estaba con ellos, con una risita de circunstancias.

—Me han contado, señor Queen —observó el juez, después de haberle ofrecido sus disculpas a Lucy por los pesares pasados—, que hay una historia extraordinaria en relación con la solución de este caso. Confieso que soy un poco curioso. Usted, al parecer, goza de un destino muy extraño, joven. He oído cosas muy raras de usted. ¿Qué magia ha utilizado esta vez?

—Magia, sí —asintió el fiscal—, porque esto fue.

Ellery miró a Bill, a Lucy, a Andrea, sentados los tres en el sofá del juez, con las manos unidas, como tres chiquillos.

—¿Magia? Caballeros, esto es ingenuo en sus labios. Se trata simplemente de una antigua fórmula: capta los factores debidos y hazlos encajar. Mézclese todo con lógica. Y añada unas gotas de imaginación. ¡Listo el combinado!

—Parece delicioso —replicó secamente el juez—, mas no resulta muy informativo.

—A propósito —intercaló Pollinger—, ¿hasta qué punto estaba planeada la escena de la otra noche en la cabaña? Todavía estoy algo enfadado por haberme dejado de lado usted y De Jong.

—Toda la escena estaba planeada de antemano. Además, Pollinger, era obra nuestra. Cuando Andrea me habló de las seis cerillas quemadas, comprendí al momento toda la trama. Yo podía presentar ya un caso lógico, pero no habría satisfecho a sus malditos tribunales. Perdón, Señoría. Por tanto, necesitaba mostrarme más sutil. Había que atrapar al criminal. Y para mí estaba claro que una de las características más curiosas del mismo era su notable solicitud hacia Andrea. En efecto, si la joven conocía hechos comprometedores para el criminal, debido a algo que había visto encima de la mesa en la noche del crimen, ¿por qué el asesino no la mató lo mismo que a Gimball? Después, teníamos los «avisos», y el cloroformo. Otro asesino habría recurrido a medidas desesperadas contra Andrea; éste se contentó con simples advertencias, con amenazas carentes de fuerza persuasiva. Por tanto, razoné: si el criminal se preocupaba por el bienestar de Andrea, mi plan más lógico consistía en colocar a Andrea en una situación peligrosa.

Todos aprobaron con el gesto.

—Lo mejor era aparentar que la creía culpable del crimen. Al asesino entonces sólo le quedarían dos alternativas: matar a Andrea para impedir que finalmente revelase lo que sabía, o confesar su crimen para salvarla de más sospechas; lo cual, en las actuales circunstancias, era lo más probable. Estaba persuadido de que el criminal no atentaría contra la vida de Andrea, debido a sus pasadas amenazas inocuas; sin embargo, no quise correr riesgos y cambié los cartuchos del arma del asesino. Naturalmente, De Jong y sus hombres aguardaban en el lugar exacto donde yo había

planeado el «accidente» del coche de Andrea; Bill, por su parte, esperaba fuera de la cabaña, escondido y armado dentro del coche con el que había de huir el culpable. Bill no se marchó a Trenton, pues ello sólo fue una excusa para que saliera de la cabaña; fue él quien vació los depósitos de gasolina de los coches, junto con los hombres de De Jong, en tanto ponía en marcha el motor de su auto para encubrir los demás ruidos. Luego, los hombres de De Jong se marcharon al lugar del «accidente». Yo le di a Andrea unas instrucciones previas respecto a su participación en el drama, explicándole lo que tenía que hacer en la cabaña y cómo hacerlo; asimismo, dispuse que solamente quedaran en buen uso su coche y el del criminal, vaciando los depósitos de los demás, quedando inutilizados por el momento; de este modo, me aseguré de que el asesino perseguiría libremente a la joven, adelantándose a los demás, ofreciéndole de este modo la ocasión de hacerle su confesión a Andrea.

—Entonces, usted ya sabía por anticipado quién era el asesino —exclamó el fiscal.

—Efectivamente —asintió el detective—, no hubiera podido planear mis actos sin saberlo. De lo contrario, ¿cómo habría sabido qué otro coche, aparte del de Andrea, debía quedar en estado de servicio?

—Ahora me parece una pesadilla —suspiró la muchacha.

Bill le murmuró unas palabras al oído y ella apoyó la cabeza en el hombro de aquél.

—Bien, señor Queen —carraspeó el juez—. ¿Cuándo escucharé toda la historia?

—Ahora mismo, si así le place a Su Señoría. ¿Dónde estaba? —Ellery repitió, en beneficio de su interesado oyente y del fiscal, el razonamiento establecido el sábado por la noche en la cabaña—. Como ven, era evidente que las seis cerillas usadas, que Andrea vio antes de que el criminal chamuscase el corcho, se habían utilizado para fumar. Entonces, se planteaba una pregunta lógica: ¿quién había empleado las seis cerillas para fumar?

»En la primera visita de Andrea a la cabaña, a las ocho, no había nada en el plato, que estaba vacío y limpio. Por aquel entonces, el «Packard» de Gimball estaba en el sendero lateral. Cuando Andrea regresó a las ocho y media, el coche seguía allí, y había otro delante

de la casa, en el sendero principal. Dentro de la cabaña, el plato contenía ya seis cerillas quemadas.

»Por tanto, dichas cerillas se encendieron en ausencia de Andrea, entre las ocho y las ocho y media. ¿Quiénes estuvieron en la cabaña durante la ausencia de Andrea? Naturalmente, Gimball, que regresó a ella para ser asesinado. Y la evidencia de las señales de neumáticos indicaba que el otro coche, el «Ford», era el único que había llegado en ausencia de Andrea. Nadie llegó a pie, puesto que no había huellas humanas en el fango, aparte de las de Gimball. O sea que desde que Gimball fue asesinado, entre las dos visitas de Andrea, y puesto que no llegó nadie andando, y solamente otro coche, el criminal debió llegar forzosamente en ese otro vehículo. Por tanto, el único que pudo encender las cerillas era el criminal, aparte de la propia víctima.

»Entonces, si las seis cerillas se habían encendido para fumar, yo podía eliminar a Gimball inmediatamente. La víctima no fumaba, y hay muchos testimonios al efecto. Lo cual 6Ólo dejaba la posibilidad del criminal… Naturalmente, teóricamente era posible que Andrea hubiese encendido ella misma las cerillas, a pesar de haber declarado lo contrario. Pero si era ella la que las había encontrado y toda mi solución descansaba sobre su versión, difícilmente era ella la fumadora. Si dudaba de la veracidad de su historia, yo no podía actuar. Por lo tanto, y obrando sobre la presunción de que Andrea decía la verdad, la eliminé. Era obvio que si ella había hallado las seis cerillas al regresar a la cabaña, no podía haberlas encendido ella misma.

—Pero mi querido señor Queen… —el juez estrechó los ojillos.

—Sí, lo sé —le atajó el detective—. Sólo es posible creer cuando se mete el dedo en la llaga. Pero mi razonamiento no era débil, como luego demostraré. Déjeme continuar. Sabía ya que el criminal había fumado en la cabaña antes de la llegada de Andrea a las ocho y media, y que en este proceso había empleado seis cerillas. Bien, ¿qué había fumado el asesino? Al instante comprendí la importancia y la dificultad de esta pregunta.

—Importante —sonrió el juez— y asombroso para mí.

—¿Había fumado cigarrillos el criminal? Totalmente imposible.

—¿Cómo diablos llegó a esta conclusión? —quiso saber el fiscal.

Ellery suspiró.

—Seis cerillas gastadas significan otras tantas colillas, pues los cigarrillos casi nunca requieren más de una cerilla. Seis cerillas, bien quemadas, como estaban, implicaban por tanto una cantidad igual de cigarrillos. Muy bien. ¿Qué había hecho el fumador de las colillas? ¿Las había aplastado contra el suelo? Sabemos que el criminal utilizó el plato como un cenicero, porque Andrea vio en él las seis cerillas. ¿Había el criminal aplastado las colillas en el plato? Cuando Andrea llegó a la cabaña por segunda vez, no vio ni colillas ni cenizas en el plato, en un momento en que el criminal no podía prever verse interrumpido en su labor y, por tanto, no tenía por qué esconder las colillas. De haber fumado cigarrillos el asesino, antes de la llegada de Andrea, las colillas y las cenizas habrían estado en el suelo, en el plato, en la alfombra, en la chimenea o debajo de las ventanas, por la parte de fuera… pero no estaban ni en el plato ni en la mesa; no había rastros de una sola colilla ni de cenizas en la alfombra ni en ninguna parte, dentro de la cabaña, ni una sola hebra de tabaco… ni de nada. No había quemaduras en la alfombra, como las producidas por el pie al aplastar una colilla; y tales quemaduras se habrían producido, aunque el criminal hubiese cogido después las colillas y las cenizas para arrojarlas en otra parte. En cuanto al terreno circundante de la cabaña, no se encontró nada allí, como ya tuve el gusto de manifestar. En realidad, se me informó que nadie había encontrado nada en la parte exterior de la cabaña ni entre el barro; de la misma manera no se encontró otras huellas de pies que las de Gimball, todo lo cual indicaba que el asesino no había arrojado las colillas ni las cenizas por alguna ventana, antes de huir de allí.

»Después de este análisis vi claramente que, aunque el criminal había fumado antes de la llegada de Andrea, no se trataba de cigarrillos. Lo cual —prosiguió Ellery, encogiéndose de hombros— sólo dejaba como posibilidades un puro o una pipa.

—¿Cómo eliminó una de las dos posibilidades? —inquirió el fiscal.

—Obviamente, un puro deja cenizas, aunque no necesariamente una colilla. El mismo análisis que eliminaba la ceniza en el caso de los cigarrillos, eliminó la ceniza en el caso de un puro. Por otra parte, una pipa no deja cenizas en absoluto, a menos que se golpee la cazoleta para vaciarla, lo que no siempre es necesario; además, el

uso de seis cerillas encajaba con el empleo de una pipa. Una pipa constantemente se apaga y hay que encenderla de nuevo. Sin embargo, no era esencial relacionar las seis cerillas con una pipa o un puro, puesto que el verdadero significado de esta cuestión se deduce de la simple eliminación de los cigarrillos, *per se*.

—Sí, claro, ahora lo comprendo —asintió Pollinger.

—Ciertamente, estaba claro. Si el criminal fumaba una pipa o un puro, el criminal era un hombre.

—Excelente razonamiento —alabó con entusiasmo—. Muy bien. Una mujer quedaba ya fuera de cuestión por este simple procedimiento. Pero toda la evidencia indicaba que el asesino era una mujer.

—Por tanto, toda la evidencia estaba equivocada —replicó Ellery—. Si hay que fiarse de la lógica, hay que aferrarse a ella, de lo contrario no se deduce sino que se adivina. La deducción señalaba indudablemente a un hombre; la evidencia indicaba a una mujer; por consiguiente, la evidencia era falsa o mal comprendida. La evidencia pregonaba que una mujer, con el rostro oculto por un velo, había cometido el crimen; la deducción decía que se trataba de un hombre. Por lo tanto, era un hombre disfrazado de mujer y el velo resulta muy importante y significativo, como el disfraz esencial para ocultar las facciones masculinas.

—En realidad —prosiguió Ellery—, cuanto más reflexiona sobre esta deducción, más me convencía de su verdad. Al menos, existía una confirmación psicológica del sexo del criminal, un punto muy diminuto; sin embargo, son los puntos pequeñísimos los que siempre revelan los mayores descubrimientos.

—¿Cuál era? —inquirió curioso el juez.

—El curioso fenómeno del lápiz de labios que no se empleó.

Todos parecieron intrigados.

—¿El lápiz labial que no se empleó? —repitió Pollinger, rascándose el mentón—. Diantre, Queen, esto me suena a Conan Doyle.

—Un buen cumplido, gracias. Pero resulta evidente, ¿eh? Sabíamos que el criminal, a quien suponíamos una mujer, se vio en la obligación de redactar una nota para Andrea. Sabíamos que no había ningún recado de escribir a mano… y que «la mujer se vio obligada a utilizar un corcho chamuscado para poder escribir». Un

proceso fatigoso, ¿eh? ¿Y no se les ocurrió que toda mujer, sin excepción, lleva en su bolso el instrumento natural para garabatear unas palabras? Un lápiz de labios. ¿Por qué dedicarse al poco satisfactorio y laborioso proceso de chamuscar un corcho, cuando lo único que tenía que hacer era abrir el bolso, coger su lápiz de labios y escribir? La respuesta, psicológicamente, era que no llevaba lápiz de labios. Esto sólo ya apunta al hecho de que se trataba, en realidad, de un hombre y no de una mujer.

—¿Y si por casualidad, se trataba de una mujer que no usase lápiz de labios? —intervino el juez Menander—. Ello es posible.

—Muy bien, es posible. Pero Andrea estaba en el suelo, inconsciente. ¿Llevaba un bolso? ¿Iría Andrea, una joven hermosa, sin un lápiz de labios en su bolso? Naturalmente que tenía uno. Entonces, ¿por qué la asesina, siendo mujer, no abrió el bolso de la joven y cogió su lápiz de labios para escribir la nota? La respuesta es porque no pensó en ello. ¡Oh, una verdadera mujer sí habría pensado! Y de nuevo nos hallamos con el indicio psicológico del hombre.

—Pero los lápices labiales, en estos modernos tiempos de avances científicos y técnicos —objetó Pollinger—, pueden descubrirse mediante su fórmula química.

—¿De veras? Estupendo… Entonces, ¿por qué la asesina no utilizó el lápiz de labios de Andrea? Aunque se le siguiese la pista, ésta habría conducido a Andrea, no a la asesina. No, no…, la confirmación psicológica seguía apuntando hacia un hombre disfrazado de mujer. En efecto, sabemos dos cosas relativas a su descripción: que es un hombre y que probablemente fuma en pipa.

—Perfecto, perfecto —aprobó el juez.

—Ahora bien —continuó vivamente el detective—. El empleo de las cerillas de papel inevitablemente sugiere la existencia de un librillo de cerillas. Le pregunté específicamente a Andrea si podía recordar haber visto algo más sobre la mesa… pensando en dicho librillo. Naturalmente, el criminal podía habérselo guardado en el bolsillo, pero lo normal era lo contrario. Recuerden que la llegada de Andrea fue algo inesperado para el asesino, en un momento en que éste todavía no había concluido su obra criminal. Sí, Andrea afirmó recordar algo más encima de la mesa cuando divisó las seis cerillas gastadas: un librillo de cerillas de papel. Perfecto, esto me

proporcionó la última pista.

—Confieso que no lo entiendo —tartamudeó el juez.

—Bien, tal vez no estén enterados de otro hecho que surgió a la luz con la historia de Andrea. Cuando recobró el conocimiento, el librillo de cerillas había desaparecido. Y si era así, sólo cabía pensar que el criminal se lo había llevado. ¿Por qué?

Una chispa de interés avivó las pupilas de Bill.

—¿Por qué no, El? Todos los fumadores se guardan las cerillas. Especialmente, los que fuman en pipa; siempre andan faltos de cerillas. Extraen una cerilla del librillo y vuelven a metérselo en el bolsillo.

—*Touché* —admitió Ellery—, pero no en un punto vital. Al metérselo de nuevo en el bolsillo, implicaba que el librillo aún contenía cerillas, ¿verdad?

—Claro.

—Sin embargo —replicó Ellery—, aquel librillo no podía contener ya ninguna.

—Un momento, joven —le interrumpió el juez—. Esto se asemeja a la magia a que antes aludí. ¿Cómo llega usted a tan sorprendente conclusión?

—Por un proceso muy sencillo. ¿Cuántas cerillas había en el plato… contándolas todas, las utilizadas para fumar y las empleadas para chamuscar el corcho?

—Veinte, tengo entendido.

—¿Cuántas cerillas hay en esos librillos vulgares y baratos de cerillas de papel?

—Veinte.

—Precisamente. ¿Lo entienden? Esto significa que, al menos, un librillo de cerillas quedó completamente vacío aquella noche en la cabaña. Aunque el criminal no empezase un nuevo librillo, totalmente lleno, habría agotado el contenido de uno y se habría visto obligado a gastar varias cerillas de otro hasta completar el total de las veinte encontradas… con lo que el primer librillo habría quedado vacío durante este proceso. Bien, tenemos ya un librillo vacío. Sin embargo, el criminal se lo llevó consigo. ¿Por qué? Nadie recoge jamás un librillo de cerillas agotado. Cuando lo está, la gente lo arroja siempre.

—Tal vez la gente ordinaria —reflexionó Pollinger—, pero usted

olvida que aquel hombre era un criminal en la escena de su crimen, Queen. Pudo llevarse el librillo por simple precaución… para no dejar ninguna pista.

—Muy bien razonado —murmuró Ellery, sonriendo levemente—. Para no dejar ninguna pista. Pero, ¿cómo puede dejar una pista un simple librillo de cerillas? Esos librillos siempre se utilizan como anuncios. Usted puede alegar que el producto o el lugar anunciado en la tapa tiene una dirección que el asesino temió que dejara un rastro indicativo de su origen o de los recientes movimientos de aquél. Esto no tiene defensa; usted no puede basar una sola conclusión en la dirección hallada en un librillo de cerillas. En Nueva York pueden entregarle a usted uno de estos librillos fabricados en Akron, Tampa o en Evansville. A mí, cuando compro tabaco, me han entregado cajas de cerillas procedentes de San Francisco. No, no; no fue la dirección estampada en el anuncio de la tapa de la caja de cerillas lo que obligó al asesino a llevársela —Ellery efectuó una pausa—. Y sin embargo, se la llevó. ¿Por qué? ¿Qué otra pista temía dejar abandonando el librillo en la cabaña? Obviamente, una pista directa o indirecta que conducía a él… a revelar su identidad.

Sus oyentes asintieron sobriamente, inclinándose ávidamente hacia delante.

—Ahora recuerden esto. Desde el principio, el asesino temió que Andrea hubiese visto algo perjudicial para él en el lugar del crimen. Podía ser su rostro o su aspecto; más él la atacó por detrás y la muchacha no tuvo la menor oportunidad de vislumbrar a su asaltante. Pero el asesino debía considerar que Andrea vio algo de terrible importancia, tanto, que se tomó un tiempo considerable, con el cadáver tendido en el suelo, para chamuscar varias veces el corcho, a fin de redactar una advertencia de amenaza para la joven; al día siguiente, se tomó la molestia de enviarle un telegrama, y aún le mandó otro más sutil cuando vio que el cerco se iba estrechando a su alrededor. Todos estos movimientos le resultaban muy arriesgados, a pesar de no resultar sospechoso. Sin embargo, insistió en avisar a Andrea, en mantenerla callada. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué había visto la joven, o qué temía él que hubiese visto, tan comprometedor para él? Sólo podía tratarse del librito de cerillas que se había llevado consigo y que ella había visto encima de la

mesa, junto con las seis cerillas gastadas, un instante antes de ser golpeada en la cabeza.

»Bien, necesitamos un motivo para la desaparición del librito de cerillas. Y sólo hay uno. El librito estaba cerrado, y el criminal lo sabía; se hallaba encima de la mesa, a plena vista; fuese lo que fuese lo que le inquietaba de tal librito, se trataba de algo simple, directo, de algo que se podía captar en un instante, relacionándolo con la parte exterior del mismo. ¿Temía acaso que la joven hubiese reconocido el librito como del asesino? Poco probable; ordinariamente, la gente «no reconoce» un librito de cerillas, puesto que muchas personas utilizan libritos idénticos. Por tanto, tenía que tratarse de una insignia, tal vez de un monograma, de alguna sencilla inscripción de la tapa, que Andrea podía identificar instantáneamente con un individuo determinado.

—Resulta tan curioso —sonrió Andrea, aunque algo ahogadamente— pensar que…

—Lo más irónico —le atajó Ellery— es que Andrea no recordaba haber visto nada especial en la tapa de aquel librito de cerillas. Lo vio, sí, mas su mente no lo registró, debido al espanto que agitaba su ánimo. Fue sólo el otro día, mientras yo planeaba el pequeño drama de la cabaña, cuando obligué a su mente a recordar, por medio de una pregunta directa, después de que yo había deducido ya la respuesta; y entonces, por primera vez, lo recordó. Pero el criminal no podía correr el riesgo, diciéndose que ella tal vez no lo hubiera visto. Al fin y al cabo, cuando la atacó, Andrea miraba directamente a la mesa. Ni por un instante dudó el asesino que ella no hubiese leído lo que había en la tapa del librito y que ignorase, por consiguiente, su identidad. De esta forma, yo poseía ya otro elemento respecto al asesino. Era un hombre. Fumaba en pipa. Utilizaba unos librillos de cerillas con alguna clase de identificación en la tapa.

—Estupendo —ponderó el juez, cuando Ellery hizo una pausa para encender un cigarrillo—. Aunque seguramente esto no es todo, ¿verdad? Porque todavía no comprendo…

—¿Todo? Apenas. Esto era solamente el primer eslabón de la cadena. El segundo lo proporcionó el corcho chamuscado. Ya demostré en otra ocasión, que si el criminal utilizó dicho corcho fue porque carecía de otro instrumento para redactar la nota, aparte del

lápiz de labios de Andrea, que no pensó en emplear dada su condición masculina. Esto significaba que él tampoco llevaba pluma o lápiz en aquel momento… Recuerden que la necesidad de redactar la nota ocurrió de manera inesperada. O bien, que si llevaba pluma o lápiz, algo especial le impedía usarlos —Ellery hizo otra pausa—. Pollinger, ¿se acuerda de mi extemporánea efusión poco después del crimen, cuando indiqué que usted no podía decir a quién habían asesinado, si a Gimball o a Wilson?

Pollinger compuso una fea mueca.

—Sí, y recuerdo que usted afirmó que ello era muy importante para la solución del caso.

—Por aquel entonces, ni yo comprendía su importancia. En realidad, era vital para comprender la solución. Sin esto, sin saber en qué personalidad había sido eliminada la víctima del caso, era imposible efectuar una eliminación lógica de los sospechosos, puesto que este conocimiento conducía a la característica más relevante del asesino. El retrato de éste habría sido vago y carente de interés, sin la respuesta a esa pregunta. Jamás podré destacar la gran importancia de ésta.

—Parece usted muy grandilocuente —observó el juez.

—Era una pregunta primordial para el asesino —replicó Ellery secamente—. ¿En qué personalidad habían asesinado al difunto: como Gimball o como Wilson? Bien, yo ya estaba en disposición de contestar a esa pregunta.

»Síganme, por favor. Puesto que el asesino había matado a su víctima, complicando a Lucy Wilson en el crimen, debía saber que Lucy tenía, según la Policía, un poderoso motivo para matar a su marido, puesto que nadie complica a una persona inocente sin saber que ésta tiene un buen motivo también. El simple hecho de ser Lucy la esposa del asesinado no la convertía lógicamente en la víctima de la conspiración. Ahora bien, ¿cuáles eran los motivos de Lucy? En efecto, ¿qué motivos se esgrimieron contra ella durante la vista? Nuestro sagaz amigo, aquí presente, adujo que ella podía haberse enterado, antes del crimen, que Joseph Wilson la había mantenido engañada durante diez años, ocultándole que, en realidad, era Joseph Kent Gimball, y que este conocimiento había transformado su amor en odio; que con su muerte, la joven obtenía un millón de dólares. Estos eran los únicos motivos de Lucy, y no había otros,

puesto que según todos los testimonios, ella y Wilson habían llevado una existencia dichosa y ejemplar. Mas para que el asesino comprendiese estos motivos relativos a Lucy Wilson, tenía que estar enterado de ellos. O sea que sabía que Joseph Wilson era, en realidad, Joseph Kent Gimball; sabía, asimismo, que a la muerte de éste, ella heredaría el seguro de un millón de dólares. Para estar enterado de esto, el asesino tenía que saber que Gimball y Wilson eran una sola persona, y que había estado llevando una doble vida durante varios años.

»Pero si el asesino sabía que su víctima llevaba una doble vida, también sabía que no sólo mataría a Gimball, sino a ambos.

Por tanto, la víctima no murió exclusivamente como una de estas dos personalidades, sino como las dos a la vez, y ahora son ustedes los que han de juzgar la importancia de esta deducción.

—Temo que se lo dejaré para usted —sonrió Pollinger.

—De acuerdo. Si el asesino mató a Gimball-Wilson, el hombre de dos vidas, sabiendo que los mataba a ambos, la pregunta inevitable era: ¿Cómo se había enterado el asesino de esas dos vidas? ¿Cómo sabía que Gimball, de Nueva York, el individuo de la alta sociedad, era también Joseph Wilson, el vendedor ambulante? Durante años, Gimball había adoptado toda clase de precauciones para que su doble vida fuese un secreto; durante años, nadie sospechó nada; aparentemente, durante años, Gimball no cometió la menor imprudencia que traicionase tal secreto. Le comunicó a Bill, según lo que éste contó a De Jong la noche de autos, que nadie estaba enterado de la existencia de la cabaña. Y, sin embargo, el asesino escogió la Casa a Medio Camino como el lugar del crimen. Ciertamente, Gimball intentaba revelar en aquella cabaña su secreto a Bill y a Andrea, pero fue asesinado antes de poder hacerlo. De haber intentado contárselo también a una tercera persona, no lo habría hecho antes de aquella noche. Y no obstante, el asesino conocía toda la historia. ¿Cómo se había enterado de ella?

—Claro está, una pregunta lógica —asintió el juez.

—Con una respuesta lógica —replicó Ellery.

—¿No pudo enterarse por casualidad? —apuntó Bill desde el sofá.

—Posiblemente, pero improbable. Gimball, según sabemos bien, jamás descuidaba su vigilancia. Los dos telegramas, de haber caído

en manos del asesino, sólo le habrían revelado la situación de la Casa a Medio Camino… ¡Oh!, me gusta esa expresión. Pero de haber sabido únicamente el criminal la situación de la cabaña, no habría sido suficiente para impulsar su mano armada. El asesino debía conocerlo todo antes del día en que murió. Tenía que saber, no sólo el lugar donde se hallaba la cabaña, sino la identidad de la verdadera esposa del muerto, dónde vivía, y algo relativo a su carácter y sus costumbres; necesitaba tiempo para planear el crimen, para averiguar que Lucy poseía un «Ford», para enterarse de su costumbre de ir al cine los sábados por la noche, cuando estaba sola, puesto que el asesino tenía que confiar en la falta de una coartada sólida para Lucy, si deseaba incriminarla. Todo esto precisa tiempo, no un solo día, tal vez más de una semana, si el asesino se veía obligado a llevar a cabo sus investigaciones subrepticiamente, como debió hacer. No, Bill, no fue un descubrimiento casual.

—¿Entonces…? —casi gritó Pollinger.

—Entonces… sólo había un medio por el que el asesino pudo enterarse de todo, y es un medio tan claro que no pude ignorarlo. Si por pura lógica es imposible eliminar, fuera de toda duda, el descubrimiento casual por parte del asesino de la doble vida de Gimball-Wilson, podemos descartar tal casualidad gracias a un indicio positivo, que afortunadamente existe. Gimball fue asesinado poco después de haber decidido efectuar una plena confesión de sus culpas, contando su doble personalidad a personas allegadas a sus dos familias. Si se considera que su primer paso, en el camino de tal confesión, fue cambiar la beneficiaría de su póliza de seguro en favor de su verdadera esposa Lucy, desposeyendo a su falsa mujer, Jessica, el dato resulta demasiado significativo para que sea una mera coincidencia. ¿No lo ven? Al fin, existía ya una evidencia de su doble vida… nueve evidencias, en realidad: el hombre y las señas de la nueva beneficiaría estaban en la póliza original y en las otras ocho copias del nuevo seguro revisado. Y fue asesinado a causa de estos indicios. ¿Cómo podía dudar ya de que el asesino se había enterado de la doble personalidad del muerto gracias a tales? Cualquiera que se hubiera enterado del cambio de beneficiaría, o tuviese acceso a las pólizas, habría descubierto el secreto de los dos nombres y las señas de Lucy; le bastaría con seguir a Gimball hasta

uno de sus desplazamientos a la Casa a Medio Camino para que, en menos de dos semanas, descubriera todo lo necesario con que planear el asesinato y achacárselo a Lucy.

La joven estaba llorando suavemente; Andrea la rodeó con el brazo. Al verlo, Bill sonrió fatuamente, como un padre orgulloso al contemplar el cariño de sus dos hijas.

—Y así —siguió Ellery—, poseemos ya un retrato completo y perfecto del criminal. Enumeraré sus características.

»1. Era un hombre.

»2. Era un fumador, posiblemente en pipa, adicto ciertamente al tabaco, ya que únicamente un verdadero y empedernido fumador recurriría a fumar hallándose en el lugar donde pretende asesinar a su víctima.

»3. En el momento del crimen, llevaba un librillo de cerillas con un monograma o algo que le identificaba directamente.

»4. El criminal tenía motivos de resentimiento contra Gimball y Lucy.

»5. No llevaba pluma o lápiz encima, o prefirió no utilizarlos porque, de algún modo, podían descubrir su personalidad.

»6. Probablemente, el criminal procedía del bando de Gimball y no de Wilson… como daba a entender su intención de complicar a Lucy.

»7. El criminal quería a Andrea, a quien perdonó a pesar del peligro que ella constituía a sus ojos. El criminal todavía experimentaba más tiernos afectos hacia la madre de Andrea, pues ni una sola vez intentó cumplir sus amenazas hacia ella… intento que, de haberse llevado a cabo, incluso en broma, habría sellado para siempre los labios de la joven.

»8. El golpe que mató a Gimball fue, según el forense, con la mano derecha. O sea que el criminal no era zurdo.

»9. El criminal sabía que Gimball había cambiado el nombre de la beneficiaría de la póliza».

Ellery sonrió ampliamente.

—En matemáticas, es posible efectuar muchos trucos con el número nueve. Ahora, permitan que les enseñe otro con el mismo número… Con esas nueve características bien definidas del asesino, el análisis se convirtió en un juego de niños. Sólo tenía que estudiar mi lista de sospechosos y contrastar las nueve características con

cada uno de ellos.

—Fascinante —reconoció el juez—. ¿Quiere decir que por este método pudo llegar a una conclusión definitiva?

—Por este método —replicó Ellery— pude eliminar a todos los sospechosos… menos a uno. Veamos.

»En primer lugar, el punto número uno elimina de golpe a todas las mujeres. El criminal era un hombre. ¿Cuáles son los hombres de este caso? Bueno, el viejo Jasper Borden…

—¡Oh! ¡Qué horror! —jadeó Andrea—. ¿Acaso sospechó por un solo instante de mi pobre abuelito?

—Mi querida niña —volvió a sonreír Ellery—, ante un cuidadoso análisis todo el mundo es sospechoso. No podemos permitirnos el lujo de mostrarnos sentimentales con una persona, por el hecho de que sea vieja y tullida, ni con otra porque sea joven y bella. Decía, pues, Jasper Borden. Sí, es un inválido, nunca sale de casa; este crimen era el de un hombre activo, muy cierto. Pero si ésta fuese una novela de detectives, probablemente Borden habría estado fingiendo su invalidez, y se habría podido escurrir de su casona de Park Avenue, a altas horas de la noche, para llevar a cabo su venganza. Lógicamente hablando, ¿qué pasa con Jasper Borden? Bien, queda eliminado por el segundo punto: nunca fuma, como me dijo ante un testigo, su enfermera, que ciertamente habría refutado tal afirmación de no ser cierta. Además, como aquí no se trata de una novela policiaca, sabemos que el señor Borden sufre una semiparálisis que le hubiera impedido cometer el crimen.

Una pausa.

—Después… Bill Angell.

Bill pegó un brinco en el sofá.

—¡Maldito Judas! —sonrió—. ¿También entraba yo en tu lista de sospechosos?

—Naturalmente —asintió Ellery tranquilamente—. ¿Qué sabía yo de ti, Bill? No te había visto desde hacía varios años… y en ese tiempo podías haberte convertido en un endurecido criminal. ¡Oh!, en serio, fuiste eliminado por varios puntos, exactamente cuatro, cinco y seis. O sea, que, si bien tenías un motivo en contra de Gimball, no tenías ninguno para complicar a Lucy, a tu propia hermana. El cinco: el criminal no llevaba, o no podía utilizar, una pluma o lápiz de propiedad; en cambio, tú sí.

—¿Cómo demonios lo sabes?

—Qué torpe eres… —suspiró Ellery—. Por el método más simple de este mundo.

Los vi, ¿no te acuerdas? Incluso lo mencioné en nuestra pequeña charla del Stacy-Trent, al referirme a que debías de ser un hombre muy ocupado debido a la cantidad de lápices afilados que llevabas en el bolsillo superior de la chaqueta. Esto fue solamente unos minutos después del crimen. Si tú llevabas un puñado de lápices y eras el criminal, habrías usado uno para escribirle la nota a Andrea. Los lápices, pese a toda la ciencia moderna, no dejan una pista. Y punto número seis: el criminal pertenecía al bando de Gimball. Obviamente, tú no. Por tanto, con toda lógica, quedaste eliminado.

—Así me maten… —rezongó Bill.

—Vayamos con nuestro fatuo senador Frueh. ¿Qué tenemos? Ante mi gran extrañeza, el senador Frueh encajaba en todas las características…, claro. Pero en éste, un solo hecho ya era suficiente para eliminarle, un hecho que ni siquiera aparecía en la lista de características, aunque hubiese debido incluirlo. Lleva barba.

¡Y es auténtica! Hace años que es su orgullo y su dicha, y ha salido retratada en los periódicos durante varias generaciones. Ningún hombre con una barba semejante, recuerden que le llega al pecho, podría ocultarla convenientemente con un simple velo. Había un testigo que vio claramente a la «mujer tapada»: el dueño del surtidor de gasolina. De haber llevado barba aquella «mujer», se habría fijado en ella. El velo no le llegaba a la barbilla, y la barba habría salido por debajo. Además, la «mujer», según el testigo, era recia y alta; y Frueh es bajo y delgado. Aunque Frueh se hubiera afeitado la barba antes de cometer el crimen, después volvió a exhibirla. ¿Falsa? ¿Postiza? Muy improbable, con todas las cosas a que tenía que atender. Si hay todavía una duda en sus cerebros, amigos, la próxima vez que vean al senador, tírenle de la barba y verán.

»Ahora, vayamos con el amigo Burke Jones. Eliminado al momento por el punto número ocho, por tener fractura del brazo derecho. No era ningún engaño el artículo periodístico donde se informaba al público que el distinguido jugador se había roto el brazo, jugando al polo; cosa que vieron centenares de personas. Además, el brazo roto era el derecho. Y el criminal asestó el golpe

mortal con dicho brazo. Por tanto, Jones no podía haber cometido el crimen, físicamente.

»El retrato quedaba completo —concluyó Ellery quedamente—, lo mismo que el proceso de eliminación. He descrito las características que sólo corresponden a una persona, que encajan tan perfectamente con ella que no queda la menor duda posible. Naturalmente, esa persona era Grosvenor Finch.

Hubo un largo silencio, durante el cual sólo se oyeron los apagados sollozos de Lucy.

—Muy notable —repitió el juez aclarándose la garganta.

—En absoluto. Simple sentido común. ¿Cómo encajaba Finch en las características? Veamos.

»1. Era un hombre.

»2. Adicto a fumar, y en pipa; el día que estuve en su despacho, su secretaria, la señorita Zachary, me ofreció una pulgarada del tabaco de pipa de su jefe, mezclado para él por un famoso experto. Como soy también un empedernido fumador de pipa, sé que solamente un fumador tan furibundo lleva su refinamiento hasta encargar mezclas especiales para su pipa.

»3. ¡Poseía unos libritos de cerillas más indicativos de su personalidad de lo que era de esperar! Su secretaria, aquel mismo día, cuando yo aprobé la calidad del tabaco, me prometió que el proveedor de Finch me enviaría una muestra con (se tomó ella la libertad de añadir), los cumplidos de Finch. El proveedor, Pierre, de la Quinta Avenida, me envió una libra de tabaco, y con ella una caja de libritos de cerillas con mi nombre impreso en todas las tapas. Pierre tuvo la amabilidad de comunicarme por escrito que ésta era su costumbre. Si enviaba de igual forma todos sus envíos a sus clientes, y el mío ostentaba mi nombre en los libritos de las cerillas, y éste era el procedimiento habitual de Pierre, obviamente Finch poseía una gran cantidad de libritos con su nombre estampado en la tapa. No un monograma, no una insignia, sino el nombre entero. Por esto estaba tan inquieto, por esto se llevó consigo el librito. Creía firmemente que Andrea había leído el nombre de Grosvenor Finch en la tapa.

—¡Santo cielo! —exclamó Pollinger, levantando las manos.

—4. El criminal tenía un motivo contra Gimball y contra Wilson a la vez. Esto es debía a haberse enterado de la doble vida llevada

por su víctima, cosa a la que llegaré dentro de un momento. Pero, sabiendo esto, estaba claro que sólo una persona del bando Gimball podía desear su muerte, por ser el autor de la vergüenza recaída en Jessica; también estaba claro que el criminal tenía razones para vengarse de Lucy, el símbolo viviente de la doble vida de Gimball. Y Finch se hallaba muy enamorado de Jessica.

»5. ¿El instrumento de escribir? Muy curioso. El mismo día en que visité la oficina de Finch, éste me ofreció un cheque como anticipo para contratar mis servicios en favor de la Compañía Nacional. Ante mis propios ojos, rellenó el cheque con una estilográfica que sacó de su bolsillo. Cuando me enseñó el cheque, vi que la escritura había sido hecha con tinta verde. ¡Tinta verde! Muy distintiva, y poco corriente. Por tanto, no podía redactar la nota de la cabaña con esa tinta. Tenía que emplear otro medio. Incuestionablemente, llevaba la pluma encima. De todos modos, ahora que ha muerto, nunca sabremos toda la verdad respecto a cómo iba vestido aquella noche, pero existen muchas probabilidades de que se hubiese arremangado los pantalones, poniéndose un vestido femenino encima. Si llevaba también la chaqueta debía disimularla el alto corpiño. Por esto llevaba consigo el tabaco y la pipa, pues debían estar en algún bolsillo de sus prendas masculinas, por debajo de su disfraz femenino.

»6. Ciertamente, pertenecía al bando Gimball. Y llevaba muchos años en tratos íntimos con ambas familias, Borden y Gimball.

»7. Está fuera de toda duda que sentía un gran cariño por Andrea, lo que se evidenciaba por sus mismas amenazas. En cuanto a la madre de la joven… no hay nada que apoye esta opinión, pero sus solicitudes hacia ella, su constante cuidado después de la muerte de Gimball, son indicios claros del amor que por ella experimentaba.

—Sí, creo que esto es verdad —asintió Andrea en voz baja—. Estoy segura… de que estaba enamorado de mamá. Desde hacía mucho tiempo. Naturalmente, era soltero. Mamá me ha contado varias veces que jamás se casó por haberse ella casado con papá… con mi verdadero padre, con Richard Paine Monstelle, no con Gimball. Y cuando papá falleció, y mamá se casó con Gimball…

—El amor por su madre fue la única razón de que Finch asesinase a su padrastro, Andrea. Al descubrir que Gimball había

engañado a su madre con un casamiento ilegal, que pasaba la mayor parte del tiempo con otra mujer en otra ciudad, y que su propio sacrificio era en vano, Finch decidió matar al causante de tantos males.

»8. El asesino era diestro, o al menos utilizó el brazo derecho para asestar el golpe mortal. Esto no era definitivamente aplicable a Finch, pero a la luz del resto de la evidencia, tan abrumadora, carecía de importancia. Al menos, era posible que Finch hubiese empleado el brazo derecho.

»9. El último punto, y en muchos aspectos, el más importante. Finch estaba enterado del cambio de beneficiaría en la póliza de Gimball. Este punto quedó resuelto sencillamente. ¿Quién conocía tal cambio? Dos personas. Una, el propio Gimball. Pero éste no se lo había contado a nadie, según sabemos. La otra era Finch x7inch y sólo Finch, entre todos los posibles asesinos, estaba al corriente del cambio de beneficiaría antes del crimen.

Ellery fumó pensativamente.

—Esto último no quedaba muy claro ni era fácil de resolver. Presentaba ciertas dificultades en teoría. Un acceso a la solicitud y a las pólizas era la única forma por la que alguien podía descubrir la pista de la doble personalidad de Gimball. Pero desde el momento del cambio de nombre hasta que Gimball depositó el sobre sellado en el despacho de Bill, que éste guardó en su caja de caudales, sólo las compañías de seguros implicadas en el asunto tuvieron acceso a las pólizas. Podemos eliminar a los empleados de las mismas debido a la inmensa improbabilidad. Pero no podemos eliminar a Finch, que, según propia confesión, estaba enterado del cambio, puesto que su Compañía se lo había notificado en su calidad de «agente» de Gimball, cuando se recibió la solicitud de un formulario para cambiar el nombre de la beneficiaría.

»Naturalmente, aquí surge un problema: a pesar de las protestas de Finch en contra, ¿le comunicó a alguien más el cambio de nombre, dándole de este modo a otra persona una pista primordial? Pasaré por alto el hecho de que Finch, al insistir en su negativa al respecto, efectuó la declaración más perjudicial para él, puesto que virtualmente se estaba acusando como el único poseedor de tal conocimiento; de haber tenido conciencia de tal implicación, ciertamente se habría apresurado a contárselo a alguien, para

extender las posibilidades de la culpabilidad.

»Pero aunque no fiemos en su palabra, ¿a quién pudo decírselo, teóricamente? ¿A una mujer? ¿A la señora Gimball, a la que entonces todavía se consideraba señora Gimball, por ejemplo? Como mujer, ésta quedaba eliminada de toda sospecha, ya que el criminal era un hombre. De habérselo comunicado a otra mujer, también quedaba eliminada por el mismo razonamiento. De contárselo a otro hombre, bien Finch, bien la improbable mujer, teníamos sencillamente que comprobar si las características se ajustaban al mismo, o a cualquier otro de los complicados en el asunto ¿Y qué sucede en tal caso? Que solamente Finch encaja por completo en los nueve puntos. De modo que, por una ruta tortuosa, llegamos a la conclusión de que Finch no se lo contó a nadie; o que, en caso contrario, sus imprudentes palabras no ejercieron ningún efecto en el asesinato.

»Yo he reconstruido sus acciones: sus sospechas, su visita, probablemente secreta, a Filadelfia, su descubrimiento de todos los antecedentes, de la Casa a Medio Camino, su plan del crimen, su disfraz, la forma de complicar a Lucy… y así sucesivamente.

—Naturalmente, el disfraz era necesario —intercaló el fiscal.

—Oh, sí. Si Lucy tenía que parecer la asesina, era necesaria la prueba de que ella había conducido el «Ford». El velo, claro está, servía para enmascarar las facciones masculinas y, naturalmente, el criminal no podía hablar con el dueño del garaje porque su voz habría descubierto el engaño. Como ya indiqué en otra ocasión, Finch se detuvo deliberamente en la gasolinera para dejar un rastro distintivo señalando a Lucy. Como no era abogado, no comprendió que la red de pruebas acusadoras que había tejido alrededor de ella no pesaría demasiado en el espíritu del Jurado. Si no hubiera tenido la suerte de encontrar una plegadera en la cabaña, sobre la cual Lucy había dejado sus impresiones digitales la noche anterior, en su casa, estoy seguro de que hubiese sido absuelta.

—Sin la evidencia de las huellas dactilares, yo habría desechado el caso a la primera solicitud de la defensa —asintió el juez, moviendo la cabeza—. En realidad, incluso con tal evidencia, el caso era débil. Le pido perdón, Paul, pero supongo que usted también se daba cuenta. Temo que el Jurado no se mostró muy inteligente. En conjunto, todo descansaba en la fe puesta en la

historia contada por la señora Wilson… historia que nadie creyó, por lo visto.

—Aquella dama hombruna del Jurado… —sonrió Ellery—, pero esto es otra historia. Sin magias, ¿eh? Sólo sentido común, Señoría. Claro que no puedo explicar mis secretos, puesto que ello sólo serviría para desilusionar a mi público.

Los dos abogados de Nueva Jersey se echaron a reír; en cambio, Bill volvió a ponerse mortalmente serio.

—Señoría… —dijo dos veces, tragando saliva.

—Un momento, señor Angell —el viejo jurista se inclinó hacia delante—. Queen, yo creo que hay algo que no ha sido explicado. Usted actuó sobre la presunción de que la señorita… ¿puedo llamarla Andrea, hija mía?, que Andrea contó la verdad respecto a las cerillas y todo lo demás. ¿Qué derecho —preguntó con severidad— tenía usted a suponer tal cosa? Creía que usted se atenía estrictamente a la regla del hecho establecido y demostrado. Si ella le hubiese contado una mentira, toda la estructura de su solución se habría venido abajo.

—¡Oh, esa mente legal!… —sonrió Ellery—. ¡Cómo disfruto discutiendo con juristas! Muy cierto, Señoría. Todo se habría venido abajo. Pero no fue así porque Andrea me contó la verdad. Y yo lo supe asimismo cuando llegué al final de mi camino mental.

—Esto no queda muy claro para mí —arguyó Pollinger—. ¿Cómo diablos lo supo?

Ellery encendió pacientemente otro cigarrillo.

—¿Por qué tenía que mentir Andrea? Sólo podía ser así en el caso de haber asesinado ella a Gimball, con el intento de confundir las pistas —blandió el humeante cigarrillo—. Pero, ¿a qué conducía su mentira, si era tal? A la culpabilidad de Grosvenor Finch. ¡Qué necesidad! Pues si ella era la verdadera criminal del caso, ya había implicado como culpable a Lucy Wilson. ¿Y dónde estaba Lucy? En la cárcel, convicta del crimen. Por tanto, las pistas conducentes a complicar a Lucy Wilson habían dado buen fruto desde el punto de vista de Andrea, si ésta era la criminal. Entonces, ¿por qué decir una mentira que sólo conducía a la culpabilidad de Finch? ¡Después de la condena de Lucy…! ¿Por qué invalidar sus propias pistas, dejadas para acusar a una persona, y decir una mentira para acusar a otra? Ello resultaba totalmente inadmisible. Y aunque al contar su

mentira, hubiese ignorado para qué serviría, ¿por qué decirla si Gimball ya estaba muerto y Lucy encarcelada? Había cometido impunemente el crimen; su víctima, la viva, no la muerta, se hallaba condenada legalmente. Por tanto, no le servía de nada confundir más las pistas. De esto modo comprendí que Andrea decía la verdad.

—¡Seguro que sospecharía de su propio padre! —rió Andrea.

—Esto, que quiere ser una sarcástica observación —replicó Ellery—, es una buena adivinanza. En efecto, hace algún tiempo, al investigar otro crimen, fue eso exactamente lo que ocurrió: toda la lógica señalaba a mi padre. Sí, todo indicaba que el inspector Queen era el criminal. Bueno, pasé unos días pésimos, se lo aseguro.

—¿Y qué ocurrió? —se interesó el juez.

—¡Ah!, esto también es otra historia.

—Todavía no ha terminado con ésta —le desafió Pollinger con una sonrisa humorística—. No me gusta parecer meticuloso, pero opino que si el hecho de estar enterado Finch del cambio de beneficiaría resultaba tan afirmativo de su culpabilidad, no se ha mostrado usted muy brillante esta vez, Queen. Al fin y al cabo, usted sabía que Finch estaba al corriente de ello desde el principio del caso.

—¡Dios mío! —se quejó el detective—. ¿Por qué elegiré a los abogados por auditorio? Muy hábil, Pollinger, muy astuto. Pero ha pasado una cosa por alto. Que Finch estuviera al corriente del cambio de beneficiaría no tuvo significación para el caso hasta que éste estuvo completamente desarrollado. Este hecho no significó nada para mí hasta que demostré por la lógica que el criminal tenía que estar enterado de tal cosa. Yo no podía saber que el criminal necesitaba conocer tal cambio hasta haber efectuado mis deducciones preliminares. Lo que me hizo ver claramente que el criminal tenía que estar al corriente del cambio de beneficiaría en la póliza fue comprender que el criminal estaba enterado de la doble vida de Gimball. Y lo que me hizo ver que el criminal estaba enterado de tal doble vida fue el hecho de que deseara culpar a la esposa de aquél. Lo que me hizo ver que el asesino quería acusar a Lucy, fue el hecho de que ésta era inocente, toda vez que el culpable era forzosamente un hombre. Y sin todos estos pasos previos, el dato final habría carecido por completo de todo

significado para mí.

—He dicho —concluyó Bill—. Bravos, aplausos y saludos. Señoría…

—¿Qué pasa, jovencito? —preguntó el juez alegremente—. Si está preocupado por la póliza, puedo prometerle que no habrá ninguna dilación en los procedimientos. A su hermana se le abonará el total del seguro…

—No, no, Señoría —tartamudeó Bill—. Es que…

—No quiero ese dinero —declaró Lucy con sencillez. Ya no lloraba—. No quiero tocarlo… —se estremeció.

—Pero, mi querida niña… —protestó el juez—, tiene que aceptarlo. Es suyo. Fue la voluntad del difunto.

Los ojos negros de Lucy, a pesar de su cansancio y sus profundas ojeras, esbozaron una sonrisa.

—¿Quiere decir que es mío… que puedo hacer con él lo que quiera…?

—Claro está.

—Entonces, lo regalo —y Lucy colocó un brazo sobre la espalda de Andrea—, a alguien que, espero, pronto estará emparentado conmigo. Andrea, ¿quieres aceptar ese dinero como un obsequio mío… y de Joe?

—¡Oh, Lucy! —gritó la joven, echándose a llorar.

—Esto era lo que deseaba comunicarle, Señoría —intervino Bill, con las mejillas muy coloradas—. Me refiero a ese sentimiento de Andrea a que ha aludido Lucy… Bueno, nosotros… La semana pasada, Andrea y yo fuimos un día… En fin, Señoría —consiguió dominarse y sacó algo del bolsillo—. Aquí está la licencia. ¿Puede casarnos, por favor?

—Me encantará complacerles —rió el juez.

—Malo, malo —rezongó Ellery—. Muy falto de imaginación, Bill. Esto es lo que ocurre siempre. El héroe se casa con la protagonista y después a vivir felices comiendo perdices. ¿Sabes lo que es el matrimonio? Significa plazos e hipotecas, botellas calientes a las dos de la madrugada, y compartir toda clase de momentos difíciles que el autor, prudentemente, se abstiene de mencionar.

—Sin embargo —sonrió Bill nerviosamente—, me gustaría que tú fueses el padrino, Ellery. Y a Andrea también.

—¡Ah!, esto es diferente —exclamó el detective.

Luego, se acercó al sofá, levantó la llorosa faz de la joven y la besó sonoramente.

—Ya está. ¿No es un derecho del padrino besar a la novia? Al menos —rió ampliamente, enjugándose débilmente los labios con un pañuelo—, he obtenido mi recompensa.

Colección *Círculo del crimen*

Nº	TÍTULO	AUTOR
1	Llamada para el muerto	John Le Carré
2	El tercer hombre	Graham Greene
3	Mi policía anda suelto	Mickey Spillane
4	Jamás te cruces con un vampiro	Stuart Kaminsky
5	Los cuatro hombres justos	Edgar Wallace
6	La cara del asesino	Fredric Brown
7	[illegible] oscuro	Robert Bloch
8	La piscina mortal (La piscina de los ahogados)	Ross MacDonald
9	Un crimen en Holanda	Georges Simenon
10	El plazo expira al amanecer	William Irish
11	El caso de la secretaria insistente	Erle Stanley Gardner
12	Trampa para Cenicienta	Sébastien Japrisot
13	Al final del arco iris	James M. Cain
14	Fantasmas	Ed McBain
15	El misterio de las cerillas	Ellery Queen
16	Por favor, pase el acusado	Rex Stout
17	Estado de sitio	Eric Ambler
18	Amor en Amsterdam	Nicholas Freeling
19	No des la espalda a la paloma	Juan Ibáñez
20	La lista de Adrian Messenger	Philip MacDonald
21	Rafferty, teniente de homicidios	Bill Ballinger
22	Un trago de veneno	Charlotte Armstrong
23	El ter[illegible]co de oro	Peter Chambers
24	El asesino está a bordo	Quentin Patrick
25	El detective negro	Ed Lacy
26	El misterio de la casa roja	A. A. Milne
27	La muerte y el lacayo bailarín	Ngaio Marsh
28	Siete muertes de mi dama favorita	Stanton Forbes
29	Calle siniestra	Wade Miller
30	El hombre de Londres	Georges Simenon
31	El color del asesinato	Julian Symons
32	El octavo círculo	Stanley Ellin
33	Desde Rusia con amor	Ian Fleming
34	La banda de los musulmanes	Chester Himes
35	Un personaje imaginario	Doris Miles Disney
36	Asesino frío	Mickey Spillane
37	La sombra de Fu-Manchú	Sax Rohmer
38	La gran redada	William P. McGivern
39	La quinta mujer	María Fagyas
40	Jugando con la muerte	Hugh Curtis
41	[illegible]	Frédéric Dard

42 El segundo más largo
Bill Ballinger
43 La llave escondida
George Harmon Coxe
44 Todo por la pasta
Ed McBain
45 Me casé con un muerto
William Irish
46 [illegible] coqueta indiferente
Horace McCoy
47 La muerte va a la escuela
Quentin Patrick
48 [illegible]
Auguste Le Breton
49 [illegible]
Tobias Wells
50 El Santo contra el Tigre
Leslie Charteris
51 Los muertos no pueden Amar
Judson Philips
52 [illegible]
Thomas B. Dewey
53 Semejante a un ángel
Margaret Millar
54 [illegible]
Philip MacDonald
55 Los muertos no hablan
James Hadley Chase
56 [illegible] a balazos
Richard Sale
57 [illegible] de Bolonia
Charles Exbrayat
58 Tiempo de matar
Donald Westlake
59 [illegible]
Burton Hirschfeld
60 [illegible] todas las miradas
Hugh Pentecost
61 La sonrisa de marfil
Ross MacDonald
62 [illegible] la uña
Bill Ballinger
63 Seis hombres muertos
S. A. Steeman
64 No quisiera estar en tus zapatos
William Irish
65 La década prodigiosa
Ellery Queen
66 [illegible]
Bruno Fischer
67 El signo de los cuatro
Arthur Conan Doyle
68 [illegible] asesinato
Chester Himes
69 [illegible]
Pierre Boileau
70 El tren de las 12,30
Freeman Wills Crofts
71 [illegible]
John Blackburn
72 [illegible] revuelve
Albert Simonin
73 [illegible]
Bruce Hamilton
74 El rapto de las Sabinas
Francisco García Pavón
75 El testimonio del acusado
Robert Jeffries
76 La bestia se acerca
Margaret Millar
77 La cola del dragón
George Bagby
78 [illegible] hombre
Doris Miles Disney
79 El enigma de la banderilla azul
Stuart Palmer
80 [illegible] asesinato
Anthony Gilbert
81 Siete votos para morir
Bill Bannister
82 La muerte ronda a la princesa
Robert Bernard
83 [illegible] de Saturno
Barry Stephen Keeler
84 [illegible]
Carl Kasdar
85 La gran noche
Stanley Ellin
86 ¡[illegible], querida!
Peter Cheyney
87 El robo del tren
Michael Crichton
88 El momento de la verdad
Bill Lacy
89 [illegible] para el asesino
John Ó Hara

90 Vientos de medianoche
John Blackburn
91 Castillo de naipes
Stanley Ellin
92 Operación terror
The Gordons
93 La joya de siete estrellas
Bram Stoker
94 Ángel
Carter Brown
95 Asesinato en Cantón
Robert Van Gulik
96 El misterio del Big Bow
Israel Zangwill
97 Un arrendamiento de muerte
Ruth Rendell
98 Homicidio justificado
Whit Masterson
99 Aquella noche de lluvia
Hillary Waugh
100 Poco tiempo para vivir
James Hadley Chase
101 La banda de la rana
Edgar Wallace
102 Estudio en escarlata
Arthur Conan Doyle
103 ¡Cuidado con las curvas!
A. A. Fair
104 La pista del crimen
Wilkie Collins
105 La monja sin rostro
Antonia Fraser
106 El dinero del muerto
J. S. Fletcher
107 Costa Bárbara
Ross MacDonald
108 Extraña confesión
Antón Chéjov
109 El secuestro de Litmore
Henry Wade
110 Raffles, ladrón por afición
E. W. Hornung
111 Operación Colmillo
Peter O'Donnell
112 El vengador
Edgar Wallace
113 La aguja hueca
Maurice Leblanc
114 Muerte a cuenta
Margaret Yorke
115 La mañana encadenada
Alistair MacLean
116 Hielo
Ed McBain
117 Hielo
Ed McBain
118 Crimen y castigo I
Fedor Dostoievski
119 Crimen y castigo II
Fedor Dostoievski
120 Los archivos de Sherlock Holmes
Arthur Conan Doyle



ELLERY QUEEN es el seudónimo de dos primos estadounidenses, de origen judío, escritores de literatura policíaca y creadores del personaje que lleva el mismo nombre que su seudónimo.

Frederick Dannay (de nombre real Daniel Nathan) y Manfred Bennington Lee (de nombre real Manford Lepofsky), eran primos y trabajaban como agentes de publicidad en Nueva York. En 1929 publicaron una novela policíaca con el seudónimo de Ellery Queen, que también servía como nombre del protagonista, que a pesar de algunos problemas editoriales, cosechó gran éxito. Como consecuencia editaron la revista *Ellery Queen's Mystery Magazine* con el mismo éxito, que llegó a tener una vida de sesenta y cinco años. Su popularidad fue tal, que llegaron a crear una franquicia, bajo su supervisión, para que otros autores pudieran escribir con este seudónimo. También trabajaron como guionistas de cine y televisión, y sus novelas fueron radiadas por capítulos, seriadas para televisión y llevadas al cine. Crearon el personaje Drury Lane publicando varias novelas bajo el seudónimo de Barnaby Ross, y también crearon el personaje Tim Corrigan.

Frederick Dannay nació en Nueva York el 20 de octubre de 1905 y falleció en la misma ciudad el 3 de septiembre de 1982.

Manfred Benington Lee también nació en Nueva York, el 11 de enero de 1905 y falleció, también en la misma ciudad, el 3 de abril de 1971.